



Manuel Maples Arce

Mi vida por el mundo

Universidad Veracruzana

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es). Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial. La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

Mi vida por el mundo

Universidad Veracruzana

Raúl Arias Lovillo
Rector

Porfirio Carrillo Castilla
Secretario Académico

María Antonieta Salvatori Bronca
Secretaria de Administración y Finanzas

Agustín del Moral Tejeda
Director General Editorial

Mi vida por el mundo

Manuel Maples Arce

(Memorias III)



Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Diseño de forros: Lizeth Pedregal, a partir de una fotografía del archivo familiar, propiedad de Mireya Maples Vermeersch

Clasificación LC: PQ7297 M274 M5 2010

Clasif. Dewey: M868.44

Autor: Maples Arce, Manuel, 1900-1981

Título: Mi vida por el mundo : (Memorias III) / Manuel Maples Arce.

Edición: 2a ed.

Pie de imprenta: Xalapa, Ver. : Universidad Veracruzana, 2010.

Descripción física: 327 p. : retrs. ; 23 cm.

ISBN: 9786075020143

Materias: Maples Arce, Manuel, 1900-1981--Biografías.

Prosa mexicana--Siglo XX.

DGBUV 2010/24

Primera edición, abril de 1983

Segunda edición, 3 de junio de 2010

© Universidad Veracruzana

Dirección General Editorial

Apartado postal 97

Xalapa, Ver., 91000, México

diredit@uv.mx

Tel / fax)228 818 59 80; 818 13 88

ISBN: 978-607-502-014-3

Impreso en México

Printed in Mexico

Prólogo

Bajo el mito de las estrellas

A la hora crepuscular de la memoria, por el camino que lleva al sueño seguí el corredor de los antiguos fantasmas, llegué hasta la estría mágica, dije la contraseña y empujando la puerta, que cedió suavemente, aparté la telaraña de las apariencias y penetré en el aula en cuya penumbra alcancé a distinguir la sombra del maestro:

—¿No temes a la noche roturada por Tezcatlipoca?

—Tomé la “diritta vía”. Vine teleguiado por la estrella de Quetzalcóatl.

—¿Qué vienes a buscar por estos inframundos?

—Vengo a rendir homenaje a mi viejo y sabio maestro.

—Evítame las loas. Cuéntame algo de tu vida. ¿Qué hiciste por el mundo?

—Viajé mucho. A veces estuve en la orilla, otras en alta mar. No pocas veces crucé los cielos del planeta. Fui funcionario. Acumulé experiencias. Expedí visas. Hablé en público. Escribí poemas. Me senté a la mesa de los emperadores. Me acosté en el lecho de belleza. A veces viví con vértigo y otras con lentitud. Estuve en el torbellino de la guerra. Tuve alegrías y penas. Luché en favor de los derechos del hombre, por la fraternidad mundial.

—¿Cómo anda tu saber? ¿Te preocupas por Sophia?

—Mi alma suele pasar por momentos de confianza y de escepticismo. La vida es la marcha de la angustia hacia la nada.

—La nada es espantosa. Sigue buscando. ¿Estás por la vida de la carne o la del espíritu?

—No abdiqué. Quiero pervivir.

—Alguien me confió que estabas muy apegado a la materia. Yo mismo te vi una noche bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal.

—Eso fue hace tiempo. Aún estaba yo “al animal uncido”, como dice el poeta irlandés. Me inició en la filosofía un panadero librepensador que me aconsejaba: “Tú pídele a la suerte 200 mujeres de 200 meses, 200 000 doblones, un río de maravilloso empuje y morirte cuando te dé la regalada gana”. A lo que yo le replicaba: “Eso es lo que quiero”.

Pues en mi edad temprana
yo aún no sabía
que su gracia era vana,
mi vivir agonía.

Después leí en el *Evangelio de San Mateo* la historia de los saduceos. Ellos interrogaban como si del otro lado de la invisible frontera hubiera el mismo jaleo que en esta vida, las mismas viudas y divorciadas y los mismos goces sensuales, pero si hemos de creer a los evangelios en el más allá se hila de otro modo.

—Me gustaría entrar en consulta contigo. ¿Quieres que te examine por la lógica proposicional o por el método de preguntas y respuestas?

—Acepto la mayéutica.

—Renuncia, pues, a la ambigüedad y no te salgas por la tangente. Busca la adecuación.

—Lo acontecido parece ser lo verdadero en la soberanía de lo absoluto.

—Si la pregunta es verdadera no tardarás en llegar a la puerta de la verdad. ¿Eliges algún premio o te conformas con los meros méritos?

—A los símbolos me atengo. Pero desterremos el lugar común, el fuego olímpico, el laurel de la patria, el bálsamo del olvido, el Juárez de basalto, etc. Podríamos incluso suprimir los mensajes.

—¿Por qué?

—Es lo mismo que decíamos ayer: fama es humo; donde hay un hombre internacional, ese soy yo; la vida es una sonrisa; empine el codo; embebécese en la rubia; colée la cola; mueva la cubeta; váyase a la porra, etc., etcétera.

—Conforme. Pero no la repetición sistemática, que es la miel de los programas. A la gente le gusta que le den en la maceta.

—Es lamentable, porque la repetición crea el hábito y, por ende, mata la originalidad.

—¿Quieres hacer tu declaración al público que está delante?

—Mi nombre es Fulano de Tal, vivo en la calle de la Notoriedad número áureo, y concurso en el tema “Mi vida en el ruedo existencial”, en competencia con Fray Servando, Guillermo Prieto, los Ulises Criollos, y demás exhibicionistas del yo, mi bien, lo propio, mi conciencia, mis amigos, mi corazón, mi hígado, mi redaño.

—Ahora, por las mónadas de Leibnitz, dime quién eres entre las máscaras del mundo.

—Yo soy yo mismo, y nunca lo dudé. Lo descubrí por el aguijón del dolor. Una vez que estaba tendido en la hierba haciéndome el muerto, alguien me dio un pinchazo e instantáneamente, sin ninguna operación lógica, supe que estaba vivo. Algo semejante le aconteció a Descartes, aunque no con tanta evidencia, pues como estaba acostumbrado a pensar y se desvelaba pensando en los caminos de la soledad, tuvo que pasar por la duda para llegar a la certidumbre. Por la razón que encadenaron sus ideas, según se refiere en el libro cuarto de su *Discours de la Méthode*. Si dudaba podía equivocarme, pero *Je pense, donc je suis*.

—No me parece mal como cotejo de la realidad, pero tampoco me convence del todo.

—Llámele usted, si quiere, experiencia.

—¿Eres el mismo y el que cambia?

—Así es, aunque algunos amigos me lo reprochen. Por ser el mismo soy el que cambia. Tal es mi condición, mi génesis, mi ser. “Tal como en *mí mismo*, la eternidad *me* cambia”.

—Llevas la primera puesta. ¿La dejas en tu cuenta del Banco Ensimismático o te arriesgas?

—Adelante y más lejos aún.

—Por el doble del lote acumulado, ¿quieres decirme si los jóvenes muertos en Tlatelolco pueden servir para algo más que como mártires?

—Hago mía la *Oda a la juventud*, de Adam Mickiewicz:

Si, grâce à son corps tué
d'autres, d'un pas plus haut
peuvent escalader l'honneur.

—Bien dicho. Pero creo que no salimos de la cuestión lacrada del Banco Paradojal de México, donde no son todos los que están ni están todos los que son.

—¿El paradojal dijo usted? Yo creí que el Episcopal. No, el Episcopal es el Comercial.

—Volvamos a lo esencial.

—La vida es institucional.

—Pero el pueblo es inconciencional.

—Decíamos que tienes lo vano de la ilusión. Para acortar. Llevarás la cuenta en la memoria, con lo cual ganaremos tiempos. El tiempo apremia. Es oro para los norteamericanos. Para los árabes, colmillos de elefante y plumas de avestruz.

—Por las brujas de Macbeth, dime: ¿quién dijo que las estrellas se reflejan en el apego al deber y a la conciencia?

—Emmanuel Kant, el sabio austero de Königsberg. Aunque su argumento era más poético que filosófico. Schiller también anduvo entre las espadas de la luz moral y la maravillosa estrellería.

—El cielo centelleante es una reconcentrada tentación para los poetas y filósofos.

—De vez en cuando dejamos su soliloquio por el drama de la tierra y nuestra angustia. Que nadie nos tilde de platónicos bajo el afilado fulgor de los astros, mientras el sempiterno movimiento de la vida nos acerque a las lindes separativas de lo insensible y en nuestro corazón se mantenga un anhelo de infinito.

—¿Conformizas tu parte en los casilleros de la Academia o la dinamizas en la magia de la poesía?

—La dinamizo. Así tendré la posibilidad de nuevas y más variadas categorías líricas.

—¿Cómo entiendes la poesía?

—Como una visión de la vida. Pero más que entenderla, la intuyo en libertad, maravillosa, primordial.

—¿Qué pruebas aduces al prodigio?

—Mi vida afincada en la sensibilidad y la creación lírica.

—¿Es el poema la irrealidad de lo real?

—Al menos la transposición de la visión a la palabra, aunque no son las mismas palabras que se lanzan al ruedo de la política, sino las que surgen de la emoción. La metáfora aumenta su valor esencial y se sobrepone al mito

que la condiciona. Yo quise que la poesía estuviera con la Revolución, con los sumos valores y la dignidad humana. Pero la Revolución no se ha identificado con la poesía, ni siquiera ha justificado su dialéctica; se ha vuelto una chapuza.

—Olvidas el destino de las revoluciones; eres irremediamente idealista.

—Renuncio a todo y me quedo con la poesía.

—Hablemos un poco de la creación. ¿Qué opinas de los seis días laborales y el domingo regalón?

—Aquí se trabaja menos que en los viejos días de la Biblia, o acaso aquéllos eran siglos de evolución, como decía un pensador que sabía de esas cosas.

—¿Has intentado buscar alguna vez las pruebas de la existencia de Dios?

—Múltiples veces, pero sin éxito. No me pareció que cabría utilizar ni la lógica ni la matemática. Creí que lo hallaría en un lugar solitario como sugiere la Biblia. Nada más propicio que la montaña o el desierto, pero en la circunstancia, lo más adecuado era el cerro que se encontraba detrás de mi casa. Me instalaba bajo un árbol y cerraba los ojos un buen rato, igual que un místico que aguarda lo inefable. Sin embargo, cuando abría los ojos estaba solo, rodeado por la luz del día, el paisaje, el brillo del río a lo lejos y el saludo de un pájaro.

—En realidad, lo que tú querías es que se te apareciera el diablo en persona.

—No, eso fue más tarde y me duele que mis medios seductivos fueran tan elementales. Trazando algunos signos cabalísticos y arrancándole tres pelos a un gato negro, a la media noche, que nunca se encontraba a tiro, no logré nada. Yo quería que me ayudara a la posesión de cierta doncella.

—¿Cuál doncella?

—Helena, la flor de estas riberas, la que seduce a los hombres, estimula el comercio y desencadena la guerra. Pero por más que repetía desde el secreto círculo el signo de Fausto, se hizo el sordo e invisible. Recurrí entonces al conjuro de la poesía. Con un artificio de palabras sorprendí su candor y alcancé sus dones. Así tomé el camino, de la Gaya Ciencia y me despedí para siempre del verbo mágico.

—Pero volvamos al punto. ¿En qué términos estás con Dios?

—No mal, aunque su misterio es el del siglo diez y nueve y yo vine en el veinte, en que se abre de nuevo el debate. Su problemática ha tenido altas

y bajas. Por algún tiempo no se le mencionó pero Kierkegaard y Dilthey volvieron a ponerlo en “onda”.

—No deberías expresarte con tanta familiaridad y con ese lenguaje de muchacho.

—Por las barriadas anduvo Dios sin que nadie se le acercara para decirle, con doliente voz de penitenciado, una palabra de consuelo y esperanza.

—Me parece que te embarcas en la galera existencialista. ¿Estás listo para la muerte con Heidegger o corres el riesgo con Platón, de ser inmortal?

—Toda afirmación que no sea previamente probada entra al campo de lo contencioso. Espero tiempos más despejados. Sartre ha venido a embrollar más la cuestión con su dialéctica, manipulando como un juglar, la libertad, el Ser, el Tiempo y la Nada.

—No eres, pues, inmortal.

—Digo que la inmortalidad es la esperanza y yo no la he perdido.

—Se me figura que juegas con dos barajas.

—Soy moderno. Estoy hecho de materia y espíritu. Miro al pasado, pero camino hacia el futuro.

—¿Hay un paralelo entre la Tragedia y la Política?

—Ciertamente, en las explosiones nucleares, en la amenaza de lo desconocido y en la desesperanza.

—¿Qué sacas en consecuencia? ¿Hay que someterse a las potencias del terror y el sufrimiento?

—Fortificarse en lo posible y eliminar el miedo.

—Y ahora, entrando a otra realidad no menos trascendente, ¿cuáles son los preliminares que conducen a la Eternidad y quién los formuló?

—El judío Benito Spinoza, que dijo: “El esfuerzo en perseverar en su ser no implica tiempo finito, sino indefinido”, proviene de su Ética y significa el anhelo de no morir. Spinoza ideaba así la Eternidad, y el que tiene la Eternidad tiene ganada la voluntad de Dios.

—¿Y la antifrase mexicana?

—“Ya nos llevó el tren y todo tiene su término en el tiempo”. Fue dicha frente a los muros de derrumbe de Tenochtitlán. Después se ha refrendado muchas veces y la he oído en los camiones, en los mercados y en la Universidad.

—¿Cuál sería la dialéctica de su solución?

—Vivimos en la contradicción.

—¿Hay alguna fundamentación?

—La ciencia mistifica el corazón.

—Cambiamos de institución.

—¿Cuál es la opción?

—Sufragio regitivo. No reelección.

—No. Roña y desilusión.

—Llegó ya la virazón.

—¡Viva la ola, viva el danzón!

—Esperemos el chaparrón.

—Que el Papa nos dé su bendición.

—¿Cuál es el autor con mayor sentido trágico del destino?

—¿Me da usted *changüi*? Shakespeare, mi autor más entrañable. Llevó a la escena, para nuestra medular delectación, el mayor número de muertes posibles. ¡Y qué muertes! Romeo y Julieta, César, Otelo (¡pobre Desdémona, maravilla de mujer!), Hamlet, Macbeth (y la *lady* tan bien sexuada).

—¿Qué tragedia prefieres?

—*Hamlet*. Si le digo que es mi semejante se va usted a reír. Nos parecemos. Yo, como él, también perdí el tiempo y la oportunidad. Algo nos distanciamos en la pasión, yo hubiera amado más a Ofelia, su muerte me habría dejado más hondo dolor, pero nos acerca el pensar, que supera la realidad, la escrutación del porvenir, la causalidad, y, sobre todo, la contemplación y el mundo de la poesía.

—Es sorprendente.

—No, singular.

—¿Vas a contradecirme?

—Voy a lo universal.

—Déjate de sofismas, ¿cuál es tu pasaje predilecto?

—El de la infausta cuestión. Recordará usted que el Rey acaba de salir y Polonio amonesta a Ofelia, cuando Hamlet entra en escena.

—¿Quieres decírmelo?

—¿En qué idioma?

—Veo que a todo trance deseas lucirte.

—El histrionismo es el rasgo saliente del carácter nacional. Acaso más en los intelectuales, que buscamos ser admirados, aplaudidos y recordados.

(*Paseo la estancia y declamo el lacerante texto atenuando un poco los ademanes de los actores italianos y acentuando algo más los de los ingleses*).

—¡Soberbio! No te conocía esas facultades. Te felicito. Ya tienes tu puesto entre el guiño de nuestras estrellas. Aquí tienes, además, tu “estufa de la duda” y tu “colchón de tierra”.

—Gracias, maestro, gracias. No pienso atosigarme ni tenderme a la bar-tola. Despierto quiero estar el resto de la eternidad.

—Sí, la de Oberman, la que el hombre cree agregar a las pasiones de un día.

—Seguiré, pese a todo, luchando por mi porvenir espiritual y el de mi pueblo, al lado de los pocos que sienten el trágico destino de la vida y las calamidades del infinito.

—¡No eres ambicioso! ¡Quieres ir más lejos que Juan de los Tiempos y su émulo el Judío Errante!

—Exactamente.

—Leves te sean las edades y la locomotividad. No pierdas el camino. Nos volveremos a ver.

—¡Ojalá! Nadie sabe lo que vendrá. Hasta nunca quizás.

Y salí de aquella oscuridad para reintegrarme a los niveles corporales y el superfluo azul de la pleamar.

I. Bélgica: amor, poesía y amistad

Bajo la emoción de numerosos estímulos y de una honda tensión vital viajaba yo por el Atlántico el mes de mayo de 1935. Me sentía optimista. Tenía gran confianza en el futuro. Todo lo veía con despejada percepción y me trazaba los más halagüeños caminos. Sonreía íntimamente, anticipándome a mi destino, a las realidades de mi nueva vida. Mi conocimiento del francés, mi penetración en su literatura, mi descubrimiento de otros móviles de interés y las exigencias de mi propio espíritu, me daban seguridad y hacían que me sintiera activo, firme y confiado.

Después de una feliz travesía desembarqué en El Havre el 30 de mayo de 1935. Apenas hice un recorrido por el centro de la ciudad me fui a la estación a tomar el tren de París. Aquella madrugada había caído una nevada. Un manto inmaculado cubría los campos y los pueblos. Mientras contemplaba las blancas praderas sobre las que brillaba el sol matinal, me puse a soñar. ¿Cuál sería mi vida en Bruselas? Iba a desempeñar un puesto diplomático en Bélgica. Pero, ¿sería yo feliz? Mi entusiasmo juvenil triunfó de aquellos instantes de duda. Sí, los caminos del mundo estaban abiertos para mí. Me acercaba a la realización de mis anhelos.

Al llegar a París, aunque iba provisto de fondos, no quise alojarme en un hotel de los grandes bulevares, sino en uno del Barrio Latino de nombre halagador: Hotel des Grands Hommes.

Me pareció vivir con intensidad. Vagué por los bulevares y respiré el aire fresco del jardín de Luxemburgo, donde alguna mejilla marmórea se expone al viento. Volví a admirar los lugares de mi predilección. Recordé momentos amables. Visité los animados cafés de Montparnasse, en los que tuve la suerte de encontrar conocidos. Por allí vi a Mania Gorochwsky, inolvidable amiga que está siempre asociada al recuerdo de París. Volví también a ver a Renato Leduc, cuyo encuentro me trae a la memoria una de las vivas

imágenes de belleza parisiense, pues contemplamos juntos, al salir de un restaurante, una de esas mujeres que conquistan el sufragio universal de la hermosura. Extraña coincidencia, aquella belleza que se parecía singularmente a la Magdalena de Van der Weyden, reproducida en los carteles que anunciaban la Exposición Internacional de Bruselas en 1935, la encontraríamos de nuevo esa misma noche en un cabaret de Montmartre, casi en el lado opuesto de la ciudad. Pero alma y cuerpo no se correspondían, lo que me causó decepción. Mientras Renato, con una amiga rubia, moralizaba, a su manera, displicentemente, invocando los dísticos de Arcipreste de Hita, yo, a imitación de Rimbaud, *j'ai assis la Beauté sur mes genoux et je l'ai trouvée amère.*

Con inmenso placer hallé de nuevo a Roberto Desnos, siempre tan simpático y jovial. No faltaron las penosas sorpresas de los amigos muertos, de los ausentes y de los que decepcionados prefirieron alejarse para siempre en el silencio.

Tuve que romper el encanto de aquella segunda estancia en París, pero me fui sabiendo que estaba casi a su lado, pues en el rápido de Bruselas serían apenas tres horas y media las que nos separarían.

Llegué a Bruselas excitado por el deseo de ver su famosa Grand-Place, y sin más esperar, dejando mis valijas en la consigna, me dirigí hacia allá. Me encantó por su bizarría, aunque me desconcertaron sus reducidas dimensiones, que no corresponden con la idea de magnitud que sugiere su nombre. Su homogeneidad es perfecta. Prodigiosamente labrada, con su ayuntamiento, sus casas corporativas y la Mansión del Rey, diríase obra de pura fantasía.

Fue un verdadero problema encontrar alojamiento, pues con motivo de la Exposición Internacional las reservaciones no dejaban margen a los viajeros poco previsores. Tuve que alojarme por un día en el viejo hotel de Bordeaux y gestionar inmediatamente acomodo en otro ligeramente más moderno. Así anduve días de hotel en hotel, hasta que conseguí un departamento en las inmediaciones de la Porte de Namur, donde me sentí muy a gusto.

Estaba al frente de nuestra legación un político influyente, Gonzalo N. Santos, a quien había conocido durante mi gestión en la Cámara de Diputados. Me recibió con su habitual cordialidad, anunciadora de un ambiente que haría grata mi estancia en Bélgica. Cuando llegué a la legación, estaba comisionado como tercer secretario, Serranito, a quien decían el secretario

del secretario del secretario particular, porque había sido ayudante del poeta Luis G. Urbina en la secretaría de don Justo Sierra, ministro de Educación. Una vez que Serranito le explicaba a Santos el arte protocolar de doblar y cifrar las tarjetas con iniciales escritas a lápiz según su objeto y propósito, Santos le preguntó muy serio: “Y si yo quiero, por ejemplo, decirle a alguien que vaya a... ¿cómo debo doblar la tarjeta?”

Santos era un hombre inteligente, aunque burdo. Hablaba de una manera pintoresca. Una vez me preguntó de dónde era: De Papantla –le contesté–, pero pasé mi niñez en Tuxpan. ¡Ah! –exclamó vivamente–, entonces es usted gallo de dos espuelas. Usted puede ser diputado por Tuxpan o por Papantla.

En una ocasión me invitó a cenar en un restaurante de postín, Le gourmet sans chiqué, que él llamaba *fonda*, en la avenida de la Toison d’Or. Las especialidades eran la langosta como entremés y, como plato principal, el famoso pollo rostizado. Mientras saboreaba aquel pollo emperifollado con un papel de China blanco, rizado, para sujetarlo, Santos me refirió gozosamente, que durante la Revolución, un general que habían mandado de guarnición a Cuernavaca escribía a su familia “que estaba sufriendo los rigores de la campaña, comiendo el pollo a dedo y el vino a pico de botella”. Ahora, concluyó, nos toca a nosotros padecer los rigores del destierro comiendo el pollo con los dedos, a la vez que levantaba su copa de cristal para brindar con el Chambertin de aquellos tiempos.

Figuraban también en el personal Alfredo Martínez Baca, acreditado como ataché, que tenía la originalidad de vestirse de redingote en los *garden partys*; el vicecónsul Enrique Llano y el estudiante Alfonso Castro Valle, con quienes solía comer en La Concordia, que alguien nos recomendó, pues la hora tardía de la comida planteaba siempre un problema. Los belgas comían muy temprano y nosotros salíamos cuando los restaurantes ya estaban cerrados, de manera que andábamos de un lado para otro hasta que dimos con aquel establecimiento de la Porte de Namur, donde se podía comer a deshoras.

La legación ocupaba una casa amansardada, dispuesta en varios pisos. En el principal quedaban el salón y el comedor; en la planta baja, con vista hacia la calle, los despachos del ministro y el del secretario, bien presentados, pero oscuros, pues la escasa luz de cielo gris, todavía menguábase con visillos y pesados cortinajes. Los empleados ocupaban una amplia pieza

con ventana hacia el jardín, a la que se entraba por el cubo del zaguán. Hacía aquélla veces de sala de recibo, y ostentaba altos anaqueles que Francisco Orozco Muñoz, apasionado de los libros durante sus estancias en la legación, había embellecido con finas encuadernaciones.

Llevaba yo cartas del ministro de Bélgica en México y de Orozco Muñoz, tan fiel amigo de ese país, para diversas personalidades. Por tal conducto conocí al diputado Louis Piérard, que me relacionó con los círculos políticos; al arqueólogo Henri de Labacherie quien, a su vez, me presentó con interesantes hombres de estudio; al bibliotecario Etienne Vauthier, que me franqueó las puertas de la Biblioteca Real; al escritor Paul Fierens, director del Museo de Bellas Artes, de quien recibí valiosas indicaciones sobre el arte de su país, y al poeta Edmundo Vandercammen, que me introdujo con otros escritores, con quienes he cultivado desde entonces fraternal amistad.

Solía citarme con Vandercammen en un café al que acudía también René Meurant. Aquel café era muy quieto y tenía la ventaja de estar a mitad de camino, entre la escuela donde enseñaba Vandercammen y mi casa. Sosteníamos largas pláticas o emprendíamos alguna traducción, cosa de la que ambos sacábamos provecho, pues merced a este ejercicio hicimos excelentes progresos, él en español y yo en francés. Con una amiga rusa que solía ir allá intenté una traducción de *El profeta* de Pushkin, pero esta colaboración en una lengua para mi inescrutable me pareció desafortunada y renuncié a tal propósito, aunque guardo un amable recuerdo de aquellas horas de camaradería. Una traducción feliz sólo puede lograrse por la intuición poética aunada al más completo conocimiento de la lengua que se traduce y de aquella a la que se vierte.

A medida que pasaba el tiempo fui haciendo nuevos amigos. En el primer banquete del *Journal des Poètes* al que asistí me tocó como vecino de mesa el doctor Georges Marlow, el poeta simbolista compañero de Maeterlinck y de Verhaeren, cuya conversación era sumamente agradable. Marlow vivía en la avenida Brugman y allí mismo tenía su consultorio, donde atendía a sus pacientes con el mayor desinterés y devoción. Algunas veces fui a visitarlo a su casa, y aun a consultarle. En su compañía comí en alguno de esos restaurantes vecinos a la Bourse, conocidos por su tradicional cocina y excelentes vinos. El nombre de Marlow está asociado al de los grandes poetas del simbolismo belga; su donosa conversación aludía al recuerdo de aquéllos citando un poema o refiriendo una anécdota. Una vez que me que-

jé de la lluvia me relató que, al regresar de un viaje al mediodía, lo primero que hizo Verhaeren al bajar en la estación, fue quitarse el sombrero, y mientras se pasaba la mano por el rostro, por donde el agua escurría a raudales, exclamó: “¡Al fin la lluvia!”, y como si se sintiera renacer aspiraba el olor de la tierra mojada. A mí, en cambio, Bruselas me habría gustado mucho más si no hubiera estado envuelta siempre en aquellos cendales de lluvia y de bruma que emborronan la visión. Sospecho que mis amigos belgas no comprendían la desazón que me causaba aquel clima y mi nostalgia por el azul fulgente del cielo de México. Pero con todo el frío, niebla y humedad, Bruselas tiene su propio sortilegio, ciudades amadas por el encanto de su arte, de sus sabias artesanías doquiera recordadas, por el placer de su vida intelectual y la simpatía de su gente.

Cuando vivía en la calle de Stassart comenzaba la mañana yendo a desayunar a un café de la Chaussée d’Ixelle. Después, si el tiempo era propicio, y hasta prescindiendo de tal circunstancia, como era lo corriente, pues en Bruselas llueve más que en Pluviosilla, caminaba a pie por la Avenue Louise. A veces abordaba un tranvía que me conducía a la legación, entonces al fin de la avenida, un poco antes de llegar a la reja del bosque de la Cambre. Era agradable este recorrido matinal entre aquella fila de árboles.

Pasaba las mañanas en la legación, ocupado en leer los periódicos más importantes –tres o cuatro–, redactar notas de acuerdo con las normas y convenciones de la fraseología diplomática, contestar tarjetas y preparar informes. En lo que ponía más gusto era en los informes sobre medidas sociales, a los que acompañaba con leyes y decretos que adquiriría de mi propio peculio en una librería especializada de la Rue Neuve. Esto me exigía a veces laborioso trabajo de investigación y bibliografía, para lo cual consultaba con funcionarios o autoridades en la materia. En una ocasión escribí una extensa y bien documentada monografía sobre el seguro social, con la esperanza de que fuera utilizada en México, donde apenas se conocía esta cuestión. El acuerdo que recayó sobre mi trabajo fue que pasara a mi expediente, lo que no dejó de irritarme. No sé si realmente se quedó esta memoria sepultada entre papeles, o si algún técnico de nuevo cuño se la apropió, pues en nuestro país en eso de sentar plaza de experto no cuenta la capacidad, sino el desplante, el bombo y la propaganda.

Poco tiempo después de mi llegada, Santos regresó a México para presentar su candidatura como gobernador del estado de San Luís Potosí, que-

dando yo al frente de la legación con el carácter de encargado de negocios adjunto interno. Sustituyó a Santos Carlos Darío Ojeda, quien conquistó aplausos de trovador en los salones diplomáticos.

Cuando nos encontramos constantemente ocupados en alguna actividad, el tiempo pasa pronto, y así, en medio de afanes intelectuales, curiosidad insatisfecha y trato con nuevos amigos, transcurrían los días del verano de 1935.

Aquel mismo año se casó mi hermana Amalia con el abogado Sergio L. Benhumea, y mi madre y mi hermana Adela vinieron a vivir conmigo. Acudí a recogerlas a Boulogne Sur Mer, y de regreso incluí la visita a París, que les produjo gratísima impresión, y a mí, mayor aún, por el gusto que les proporcionaba. ¡Qué bien recuerdo nuestra llegada a Bruselas aquella víspera de Navidad! Una copiosa nevada que cubría la ciudad le daba a nuestros ojos, nada habituados a este espectáculo, un cariz de aparición. La calle donde estaba la pensión y el jardín con los árboles cubiertos de escarcha, a los que un pálido sol arrancaba suaves reflejos, tenían una extraña belleza. Busqué nuevo alojamiento y pocos días después nos instalamos en un departamento de la Place Stéphanie, con la perspectiva de la Chaussée de Charleroi, cuya vista serviría de distracción a mi madre, que entonces caminaba muy difícilmente. En este sitio no estábamos lejos de la legación y, a una cuadra, en la Porte Louise, hay animados cafés, restaurantes y salones de té, por lo que resultaba agradable vivir en este barrio.

Por las tardes consagraba a la amistad realmente compartida vivaces horas en los cafés; en las noches cenaba en alguna rosticería e iba al teatro. Una que otra vez asistía a tertulias, recepciones o bailes diplomáticos.

De mi casa acostumbraba bajar hacia la plaza de Brouckére, por la Montagne de la Cour, y atravesaba el pasaje de La Madeleine, semejante a otros muchos pasajes cubiertos, que los bruseleses singularmente evitaban, prefiriendo afrontar las pertinaces lloviznas.

Iba también a la Biblioteca Real, donde pasaba gratas horas de lectura. La institución está en una plaza casi cerrada, de un ideal recogimiento. Allí mismo, en uno de sus ángulos, se encuentra el Museo de Arte Moderno, que tantas veces visité.

Por conducto de Marlow vino a mis manos *La Chanson d'Eve*, de Van Lerberghe, libro paradisiaco, de una belleza vaporosa. Junto a *Les Louanges de la Vie*, de Max Elskamp, de ritmos populares, evocador de la vida amberense, las misteriosas e inquietantes *Serres Chaudes* de Maeterlinck y *Les*

Heures Claires de Verhaeren, de tan delicado esplendor. Tuve por ellos la más alta idea del simbolismo belga y de aquella generación.

Muchos años después visité la casa de Verhaeren, es un paraje extraño y poético, recorrí su museo y su biblioteca, así como sus melancólicos jardines. Ahí comprendí el amor de su pueblo contemplando su tumba, donde reposa con su compañera, y que, como un bajel de granito emprova hacia el Escalda, el río de sus sueños y sus cantos.

En una ocasión me sentaron al lado del poeta Robert Goffin, quien escribía un libro sobre la princesa Carlota y estaba ocupado en recoger informaciones. Desde sus primeras palabras sentí que le dolía el destino de aquella señora, por lo que me mantuve con reserva, aunque le hice referencia a ciertas observaciones de su correspondencia en que crítica la actitud del clero mexicano.

Para estrechar más la amistad entre los poetas franceses y belgas, el *Journal des Poètes* organizó una serie de cenas que tenían lugar, alternadamente, en Bruselas y en París. La primera de estas cenas parisienses se llevó a cabo en el restaurante Medici, calle del mismo nombre, frente al Luxemburgo, del lado en que el jardín apunta hacia la rue Soufflot. Yo asistí a dicho ágape, en el que figuraban unos setenta poetas y algunas gentiles compañeras de poesía.

Cuando alguien que hacía las presentaciones citó mi nombre, me levanté y tuve la sorpresa de verme saludado con una prolongada salva de aplausos, de lo que no me envanecí, pues bien sabía que el homenaje estaba dirigido a México, con cuya política internacional simpatizaban en aquellos días los grupos intelectuales europeos. Las emotivas palabras que pronunció Jean Cassou sellaron nuestra amistad exultante de poesía y camaraderil fraternidad.

La tarde siguiente volvimos a reunirnos algunos de los asistentes al banquete en el departamento de Clara e Ivan Goll, donde estuvimos conversando y bebiendo en un ambiente alegre y chispeante, gracias a la inventiva del fino humorista Jean Folain. En la crónica de aquella primera reunión (que después continuaría por años), el cronista de *Les Nouvelles Littéraires* me citó como poeta bilingüe, aunque en realidad yo únicamente había traducido al francés algunos de mis poemas y escrito en este idioma breves poesías de circunstancias.

Los martes, por la noche, nos reuníamos en la casa de Charles Plisnier, que por entonces sólo había publicado algunos libros de poesía pero esta-

ba ya escribiendo *Mariages*, que tanto renombre le diera. Entre los amigos que asistían a estas tertulias tengo presente a Víctor Serge. Con singular emoción recuerdo aquellas veladas. A Plisnier le gustaba conversar y hacíalo con elocuencia, pero sin pedantería. Nos causaba solaz escucharlo. Mientras cambiaba de actitud en el diván, se pasaba la mano por el lacio cabello y su mirada se perdía en un vago horizonte, hablaba apasionadamente y con firme dialéctica.

Después de una o dos horas de charla, en que habíamos pasado revista a los acontecimientos de la política y del espíritu, madame Plisnier nos agasajaba gentilmente. Reanudábase la conversación hasta la medianoche, en que todos nos despedíamos para dispersarnos en la plaza de Saint Gilles, frente a la silueta del palacio municipal embozado en la niebla.

Cuando por primera vez se señaló a mi amigo para el Premio Goncourt (que no obtuvo, pues se le otorgó a Van der Meersch), su prestigio creció rápidamente y hasta se habló de un nuevo Balzac. Al año siguiente, en que se modificó el reglamento del premio, autorizando su discernimiento a un autor extranjero, se le concedió por su libro *Faux Passeports*, pero su consagración débese en realidad al imponderable arte novelístico de *Mariages*. Recuerdo, por cierto, que después de su triunfo el diputado Louis Piérard, adversario de Plisnier en unas elecciones para diputado por el distrito de Mons, me dijo cuánto se felicitaba de la derrota que le había infligido, pues de lo contrario, acaparado por la política, acaso nunca hubiera Plisnier escrito su espléndida novela.

Por mis contactos con el *Journal des Poètes* el radio de mis amistades se fue ampliando cada día. Mi vida intelectual recibió nuevos estímulos. Adelanté en el francés y hasta mostré pocos escrúpulos poniéndome a escribir en esta lengua.

La vida de Bruselas había sido removida por el acontecimiento de la Exposición. La ciudad estaba toda engalanada de banderolas y animada por la visita de gran número de extranjeros. Las terrazas de los cafés desbordaban de alegres viajeros. Tenía Bruselas un aspecto más cosmopolita y más brillante que en sus días habituales. Es costumbre que cada cierto tiempo se organice en Bélgica este evento, con fines de dar a conocer los progresos de su industria y atraer una corriente de turismo benéfica a su economía y a la difusión de sus valores culturales. Tiene por objeto, también, crear un barrio nuevo en los alrededores, donde se levantan algunas construcciones

permanentes en el estilo representativo de la época, y muchos pabellones de materiales frágiles, destinados exclusivamente a la Exposición, que anima una infinidad de diversiones y actos culturales. Como curiosidad, una reducción arquitectónica de la vieja Bélgica, y en el centro de ese espacio, espléndidos y hermosos jardines fantásticamente iluminados.

Durante los largos días de aquel verano fui muchas veces, por la tarde o por la noche, a visitar la Exposición y recorrer los *stands* que ofrecían mayor interés técnico. La televisión fue entonces la gran novedad. Fue allí que la vi por primera vez. Había espectáculos verdaderamente notables. Recuerdo especialmente el de los danzantes de Binche, pueblo famoso por sus carnavales. Cada habitante de Binche es un *gille*, o sea un danzante. Hay la leyenda picaresca de que una vez llegó al pueblo un indio de México, todo engalanado de plumas más altas que el penacho de Moctezuma. Visitó Binche, donde se quedó el tiempo del Carnaval enseñando a bailar a los lugareños, y nueve meses después nació un varón en cada casa del pueblo. De ahí que el *gille* de Binche luzca un penacho en forma de corona, compuesto de enormes plumas de avestruz de todos colores. El traje lleva cascabeles como los de nuestros danzantes, y con ellos se acompañan los movimientos. Ver una calle llena de danzantes que bailan juntos es un espectáculo fascinante, pues el ritmo ondulante de las plumas da la impresión de un mar coloreado que se balancea. En los bulliciosos carnavales los habitantes de Binche generalmente beben más de la cuenta, y es frecuente ver que mientras los hombres se tambalean las mujeres llevan cuidadosamente en los brazos los ricos penachos.

Antes del anochecer los cafés de la plaza de Broukère rebosan de animación. Caminando por el bulevar Adolfo Max hasta la plaza de la Estación del Norte, profusamente iluminada, yo revivía algo de la vida parisiense. Iban y venían bellas mujeres por las aceras. Estaban atestadas las terrazas. Los centelleantes escaparates atraían la atención de los transeúntes. Los grandes almacenes arrojaban multitudes que se dirigían a los tranvías o trenes de las vecinas poblaciones. Pues hay mucha gente de provincia que viene a la capital por la mañana a trabajar o hacer compras y parte por la noche, animando así el tránsito de las estaciones.

En ocasiones me reunía, en L'Horloge o en otro de los cafés de la Porte de Namur, con el poeta Pierre-Louis Flouquet, fundador y animador del admirable *Journal des Poètes*, a cuya tertulia concurrían también los poetas

Ayguespearce, Haulot, Vandercammen, Meurant, el novelista Franz Hellens, el grabador Masereel y De Labacherie. Solíamos hablar en esas tertulias de nuestras convicciones y aspiraciones, de apasionantes temas sociales e intelectuales, y de arte y poesía. Se les despertaba el deseo de visitar México cuando charlaba de mi país, enseñándoles algunas monografías. Así aconteció una tarde con Mauricio Carème, quien después de haber hojeado en mi despacho los volúmenes de las catedrales e iglesias de México, editados por el Dr. Atl, decidió efectuar aquel mismo año el viaje sugerido. Concurría también a nuestras reuniones-cenas el poeta Joseph Carner, maestro de las letras catalanas, consejero de la embajada de España, con quien yo estaba en contacto por nuestro trabajo diplomático, relacionado con la Guerra Civil Española que estalló en junio de 1936.

Las primeras noticias de la sublevación militar contra la república causaron sensación en Bruselas. Las deserciones, las reacciones populares en favor del gobierno civil, los ataques a los cuarteles y las luchas en que alternaban éxitos y reveses nos revelaban el drama de un pueblo. La mayor parte de los intelectuales belgas simpatizaban con la república. Nos comunicábamos los acontecimientos y nos referíamos mutuamente las noticias. Nuestra atención estaba fija en España. No tardó en transparentarse la intromisión extranjera y sentimos toda su importancia y sus futuras consecuencias. Encendían nuestra indignación actos funestos como el asesinato de Federico García Lorca en Granada. En colaboración con Vandercammen publiqué una *plaquette* de homenaje al poeta asesinado.

Los mejores poetas, comenzando con el recio Antonio Machado, permanecieron del lado de la república y, síntoma elocuente, la poesía popular, bajo la forma tradicional del romance, floreció en todos los frentes republicanos. La poesía “La sommitá del discórse humano” se identificaba íntegramente con la causa del heroico pueblo español.

A tal punto me apasionó la guerra española que escribí un poema, “España 1936”, en el que expresé la inquietante realidad de aquel país que ha vivido días de desamparo, de persecución y de odio; y luego otro, “Este día de pasión”, en el que, fiel a la misma emoción, identificaba la tragedia del pueblo con el misterio de la Pasión. *Ecce Homo*. Un ignorado. Un desconocido. El pueblo en su marcha de sufrimiento, de calvario.

También en Francia los poetas reaccionaron, entre ellos Paul Eluard, que tenía pasión por la libertad, sabían que el fascismo era la esclavitud.

No es extraño, pues, que escribiera poemas como *Liberté* o que yo pusiera como epígrafe en uno de los míos, una cita de Rimbaud: *Voici le temps des assassins*. Recuerdo que una tarde en compañía de este amigo y su esposa Nush, desde la terraza de un *bistro*, presenciábamos un larguísimo desfile que duró varias horas; mientras pasaba la interminable multitud, estuvimos haciendo comentarios sobre la ambigua y contradictoria política del gobierno francés y sus aliados. Eluard era hombre de una extraordinaria sensibilidad y claridad mental y advertía las implicaciones que todo aquello tendría en nuestras vidas.

Eran entonces los días del Front-Populaire en Francia, que reunía a los partidos de la izquierda, radical, radical socialista, S.F.I.O. y comunista, que en 1936 llevaron al poder al líder socialista y brillante orador León Blum, cuyas erróneas ideas, falta de sentido de la realidad, y acción paralizante, contribuyeron a alentar la agresividad del fascismo y dieron al traste con la paz.

La resistencia del gobierno belga a proporcionar armas y pertrechos a los republicanos, no obstante la insistencia de las peticiones de México, que no veía otra manera de frenar la intervención extranjera, me contrariaba profundamente.

Con motivo de un congreso científico que se efectuaba en Lieja, y por especial encargo de nuestro embajador en los Estados Unidos, el doctor Francisco Castillo Nájera, me trasladé a esa ciudad con un grupo de delegados. Tuve así la oportunidad de conocer la región, recorrer las obras del canal Albert, bajar a una mina de carbón y ver la forma en que viven los mineros, sobre lo cual rendí un informe explicando las condiciones sociales que prevalecían en aquellos centros de trabajo.

Al terminar aquel congreso, la pareja real ofreció una recepción. Conocí entonces a la reina Astrid, cuya belleza y juventud cautivaban. Tuve ocasión de volver a verla en el baile de la Corte, donde brillaba con todo su esplendor; pero pocos días después, al abrir el periódico, me sobresaltó la noticia del accidente automovilístico en que la reina perdió la vida. En esta ocasión pude cerciorarme del cariño que le tenía el pueblo, pues por tres días una inmensa muchedumbre recogida, silenciosa, desfiló ante su cuerpo, y los transeúntes con quienes uno se cruzaba en las calles reflejaban profunda pena.

Con ojos y espíritu abiertos visité las ciudades belgas. Gozaba descubriendo tesoros de escultura en los viejos ayuntamientos, increíblemente

labrados. Con tantas cosas que ver había que acostumbrar la visión, pues dondequiera las épocas históricas se mezclaban y era necesario deslindar la vecindad de los diversos estilos. Al principio excursionaba solo, pero después comencé a invitar a algunos amigos, y resultaba curioso que yo, el extranjero y recién llegado, les mostrara rincones, monumentos o lienzos ignorados por ellos. En ocasiones salía con mi familia, y muchas veces asociábamos a la encantadora pareja Anna y Edmundo Vandercammen, cuyo buen humor irradiaba alegría sobre la excursión. Pasábamos horas andariegas en los museos, pues la afición de mi amigo a las artes plásticas era tan grande como la mía, y aun él iba más lejos, tomando la pintura como medio de expresión. En repetidas ocasiones fuimos a Amberes, cuya catedral, iglesias y museos nos apasionaban, pues aquí y allá sentíamos la presencia de Rubens, Van Dyck y Quentin Metzys; a Gante, la ciudad medieval por excelencia, y, sobre todo, a la más muerta y melancólica de todas las ciudades de Flandes, Brujas, de tan esencial mérito, que encierra obras de Van Dyck, Van der Weyden, Porbus y principalmente de Memling.

Los fines de semana siempre tenía yo un programa nuevo. En ocasiones elegía una ciudad belga, otras el Rhin u Holanda, que tanto le gustaba a mi madre.

La primavera de 1936 me trajo una seductora sorpresa. Conocí a Blanca. Tenía 22 años. Esbelta. Sujeto a una cinta de terciopelo el rubio cabello, suelto por detrás. Nos encontramos una tarde en una recepción y me encantaron sus ojos azules y su sonrisa dulcemente burlona. Al instante surgieron en mí vagos anhelos de ternura. No obstante su esquivez, nuestra amistad hizo rápidos progresos. Una noche aceptó salir conmigo y fuimos a cenar con unos amigos en un restaurante del centro. Estaba sentada frente a mí, atrás de ella un gran espejo reflejaba mi imagen enlazada con la suya; esto me pareció un feliz presagio. Cuando notó que yo miraba al espejo, se rió creyendo que me contemplaba en él. Veo la escena con toda claridad, y lo curioso es que ella tampoco olvidó este instante de nuestra vida.

Blanca perdió a su padre en la Primera Guerra Mundial, y quedó al lado de su madre, que llamaba la atención por su belleza. Su familia, por el lado materno, provenía de Lila. Ella se educó en el pensionado de Strombeek, en donde pasó su infancia y su juventud. Me hablaba con gran ternura de su vida allí. Estaba todavía impregnada de la atmósfera del convento cuando la conocí. Con alegría evocaba los recreos en los días de gran viento

entre los perales del huerto, los juegos, las representaciones teatrales, las clases de baile y los coros. Aun ahora sigue fiel a la amistad de sus compañeras Monique, Jeanne, Elisabeth, y de sus maestras sor Cecile y sor Imelda.

Me contó que las religiosas las llevaban algunas veces a una propiedad campestre que tenían, contigua al castillo en que vivió, hasta su muerte, la princesa Carlota Amalia, la del sueño imperial de México.

Un día la acompañé a visitar su colegio y se quejó de las erróneas nociones que le habían inculcado sobre el episodio de Maximiliano. Yo obsequié al colegio una colección de diapositivas, con el fin de atraer la atención de las maestras hacia los mejores aspectos de la vida mexicana.

Su abuelo era todo un personaje de Balzac: alto, guapo, garboso; sus ojos azules chispeaban de malicia; gran conversador, tenía el don de atraer a la gente, especialmente a los jóvenes. Me extrañaba ver a este anciano de cerca de noventa años rodeado de los hijos de sus contemporáneos, o de sus nietos, que se deleitaban con su conversación. Su larga vida y su excelente memoria le permitía contar durante horas cosas del pasado. Lo más divertido era que a pesar de haberse casado en segundas nupcias con una mujer 32 años menor que él todavía el viejo tenorio tenía éxitos y causaba la desesperación de su celosa consorte. Cuando veía a una dama le venía a los labios una elegante y cortés galantería, dicha con aire de gran señor y recibida con aquiescencia. Donde iba era el centro de la reunión; todos le querían, y algunas veces en el jardín de su casa se improvisaban conciertos en los cuales él cantaba arias de ópera con su magnífica voz que sus descendientes heredaron.

Blanca tenía predilección por su tío François, quien se complacía en satisfacer sus caprichos. Hombre de un carácter encantador, solíamos visitarlo en su casa veraniega de Ivoire, frente a las arboledas de un riachuelo en donde pescaban excelentes truchas.

Pintaba bastante bien, escribía versos. En toda la Wallonie son populares las canciones que compuso. Y era además hábil en los negocios. Tenía una gran fábrica de puros en Amberes, y otra en Holanda, y como si fuera poco, todavía le alcanzaba el tiempo para hacer la santa voluntad de su sobrina. Desde pequeña la llevaba a teatros, conciertos y restaurantes. En ocasiones se sentaba al piano y cantaba en su honor. Fue un verdadero padre para ella.

Un domingo invité a Blanca a ir a Dinant. Comimos en un restaurante a orillas del Mosa, cerca del puente, desde donde veíamos la Ciudadela y,

al extremo opuesto del pueblo, la Roca de Bayardo. Luego tomamos una lancha que nos llevó a Anseremme. Allí nos prometimos amor eterno, o al menos exclusivo y constante.

Recuerdo que al regresar en el tren a Bruselas la besé y un empleado del ferrocarril que en aquel momento levantaba su linterna nos vio por la ventanilla y se rió.

Algunas veces la invitaba a pasear por el Parque Real de Tervueren, el Bosque de la Cambre, o por la Forêt de Soignes, adonde íbamos a buscar la cordial compañía del inolvidable hispanista Lucien-Paul Thomas, quien vivía en un pueblo enclavado entre las frondas de aquella selva admirable por su esplendor, sus leyendas y su folclore.

Solíamos cenar en la Rotisserie Ardennaise, entonces famosa por sus asados y sus vinos. Este establecimiento estaba dividido en tres secciones: un café, un restaurante y un gran comedor, más exclusivo. Invariablemente entraba -lo recuerdo como si lo estuviera viendo- un hombrecillo pobre, pero pulcramente vestido, para ofrecer a las parejas un ramillete de violetas, de rosas o de muguetes, según la estación. Yo siempre regalaba a mi compañera un ramito de rosas rojas, que eran sus preferidas, tanto por su belleza como por su simbolismo. Pero el pícaro variaba su precio de acuerdo con el lugar, pues sabía que los enamorados, para lucirse, llevaban a sus bellas al gran comedor, mientras que los casados, más juiciosos, iban al restaurante o al café. Después de cenar caminábamos un rato por el bulevar y tomábamos un coche que nos conducía a su casa, entre el bosque y la plaza Stéphanie. Allí todavía conversábamos un rato.

A Blanca le gustaba el baile. Algunas tardes de domingo íbamos "Au Chalet des Rossignols" en el bosque de la Cambre, donde se bailaba. Su danza predilecta era el vals, cuya voluptuosidad, al par sensual y espiritual, tiene un misterioso encanto. Nos lanzábamos, primero lentamente con cierta timidez marcando los compases, y luego en una sucesión de giros rítmicos, que cada vez se volvían más rápidos, y nos mantenían palpitantes, sumergidos en nuestros propios sentimientos y anhelos, como huyendo de algo indefinido o persiguiendo un sueño fantástico.

Una tarde en que la llamé desde la casa de Vanderammen, éste quiso que le presentara con mi novia y le pasé el audifono. Oí que le dijo que tenía una bonita voz. Yo me sentía feliz. El amor había convertido lo habitual en algo muy hermoso.

Yo era apasionado, pero tímido para el matrimonio. El temor de perder mi personalidad me mantenía en guardia. Estaba a la defensiva, pero qué podía hacer... ¡Me enamoré! Nos casamos el 12 de agosto de 1936 y fuimos a Holanda de luna de miel. La Holanda de aquellos días tiene un lugar predilecto en mis recuerdos. Allí vivimos horas de encantamiento junto al mar, los canales y los barcos, en un clima de radiosa intimidad. Por cierto que la noche de nuestra llegada a Rotterdam, había una atmósfera extraña en la ciudad. Después de cenar salimos a dar un paseo y quedamos impresionados; las calles estaban oscuras. Sin embargo, por las puertas de las casas abiertas de par en par, salían haces de luz en los que se veían siluetas de mujeres que, blandiendo una escoba, golpeaban con grandes ademanes algo, que por estar en la penumbra, no llegábamos a vislumbrar. En todo el barrio ocurría lo mismo. Se oían risas, conversaciones, gritos de niños que venían del interior de las habitaciones, pero la percusión insistente dominaba los ámbitos. Como no sabíamos de qué se trataba, estábamos alucinados; nos parecía que todas las brujas de Salem celebraban algún rito mágico. Verdad es que ya teníamos el alma predispuesta, pues la esperanza de una gran promesa nos estremecía hasta lo más hondo de nuestro ser. Pero no había misterio, sino tradición. Se acercaba el domingo -víspera de la Asunción- y las amas de casa simplemente batían sus alfombras y pulían su casa.

Pasamos sólo unos días en Holanda, pues tenía yo que estar en Ginebra, pero a mi regreso nos fuimos a Italia, donde permanecemos un mes.

Por aquel entonces le obsequié el libro de Van Lerberghe con una dedicatoria que reflejaba mis más íntimos deseos. ¡Qué honda irradiación me trajo aquella primavera! La vida me acercaba a la certidumbre de una dulce profecía:

En la desierta oscuridad en donde brota la sangre,
la noche de la angustia rompe
la forma maternal que un gemido desflora:
misterio ensangrentado de tu cuerpo,
primer deslumbramiento, lo azulinismimado.
¡Oh lúcida experiencia!

Como un sueño arraigado
en la luz vegetal que se extiende en la tarde
yo soy el pensamiento de un ausente

a orillas de un estío rumoroso de árboles,
la pura desnudez de la memoria abierta
al jardín inmortal de los amantes,
¡un grito que se eleva sobre el pedestal de la tarde!

Nuestra unión se consumió dichosamente con el nacimiento de mi primogénito Manuel. ¡Qué instante inolvidable aquel en que por primera vez lo tuve en mis brazos! ¡Qué extraña sensación! En ese momento acudió bruscamente a mi espíritu una vivencia infantil: el agradecimiento que sentí hacia mi madre cuando me compró la bicicleta que yo ansiaba tanto y que mi padre me negaba. En mi turbación, mientras cargaba al chico, sin darme bien cuenta de lo que decía, le murmuré tontamente: “Yo sí te compraré tu bicicleta”, y luego me reía para atenuar mi ridículo.

Mi madre me aseguró que el niño era mi vivo retrato. Muy despierto ya de chiquitín, adoraba la música. Cuando Blanca le daba de comer junto a la radio se deleitaba y sonreía con una bella música, pero si cambiaba a una estación de jazz se enfurecía, apretaba los puños y chillaba terriblemente hasta que le quitaran la ruidosa música odiada. Era, sin embargo, muy quieto, gárrulo en su parloteo. Cuando yo llegaba el bribón conocía mis pasos; sabía que lo iba a cargar y antes de verme hacía bailar de gusto la cuna. Durante una de mis ausencias mi mujer me escribió que el niño decía ya papá. Al regresar me esperaban en la estación y la alegría del pequeño me probó que me reconocía, pero por más que Blanca lo acuciaba: “Di papá, di papá”, él miraba hacia todos lados y permanecía callado. Al llegar a casa tuve la clave, pues en cuanto vio mi retrato me lo mostró y exclamó: “papá”.

La vida en Europa era placentera, en Bruselas especialmente, más sosegada que las grandes capitales, pero con un espíritu alerta donde se polarizaban las corrientes de la sensibilidad francesa y de la energía flamenca. En esta época el problema lingüístico no tenía la agudeza de ahora. La mayoría de los belgas se daban cuenta del acierto de su lema que dice: “La unión hace la fuerza”. En las escuelas se estudiaban los dos idiomas nacionales. Las dos culturas confraternaban y se enriquecían mutuamente. Como la ayuda al movimiento *flamingand* venía de más allá de las fronteras, muchos belgas advertían que este era hostil al interés de su patria.

En los últimos años de mi estancia en Bruselas pude ver cómo el fascismo hizo su aparición, con su líder Leon Degrelle, quien desgraciadamente

empleaba sus magníficas dotes oratorias en la propaganda de una perversa causa que iba a arrojarlo al exilio como traidor a su patria, huyendo de una condena a muerte. A su periódico, *Le Pays Réel*, lo llamaban *Le Pourri Réel*. Su elocuencia demagógica era tan sugestiva que se llegó a temer que ganara las elecciones, que al fin perdió, gracias a que se le opuso Van Zeeland, altamente respetado y querido por los belgas.

Encontraba yo muy curiosas esas caídas ministeriales en que casi siempre los mismos ministros cambiaban simplemente de cartera al pasar de uno a otro gabinete.

Una vez me reí mucho. Hubo una discusión en la Cámara y, contrariamente al carácter belga, que es cortés y ceremonioso, las cosas ese día subieron de diapason a tal extremo que en un arranque de cólera un diputado agarró el teléfono del ministro de justicia y con él le pegó a su antagonista. Esto provocó un escándalo formidable, y yo me desquité de todas las alusiones y bromas que se hacían acerca del carácter impetuoso del mexicano, interrogando a mis amigos: “¿Qué me cuenta sobre el teléfono del señor ministro de Justicia?”

Cuando Van Zeeland devaluó el franco pude ver la disciplina voluntaria de aquel pueblo, su inteligencia y honradez. Al llamamiento del gobierno para que no se aumentaran los precios, el comercio respondió acatando la petición, lo que provocó una afluencia de compradores de los países vecinos, que invadieron las tiendas, creciendo así las utilidades de su industria, capaz, por su volumen, de absorber la devaluación.

Por estos años la turbulencia de Hitler ya inquietaba a los belgas, pero no veían el peligro tan cercano como realmente estaba y eran, por lo general, optimistas.

Desarrollaba yo entonces una intensa actividad. Quise verlo todo de golpe, ir al teatro todas las noches y leer cuanto libro importante estaba a mi alcance, para recuperar los años perdidos en la política, lo que terminó por fatigarme y, con el espíritu agitado, fui a consultar al famoso neurólogo doctor Van Geuten, quien me dijo que mi cansancio provenía del hecho de no dormir lo necesario, y me recomendó tomar un baño caliente antes de acostarme y dormir más horas, lo que me sentó muy bien. Al poco tiempo de practicar su consejo, sin ninguna otra medicina, sentí mis energías renovadas.

En aquellos años de mi estancia en Bélgica había seguido el desarrollo de la lírica moderna, desde Baudelaire, que representaba “un estremecimiento nuevo”, hasta Milosz y Rilke. Leí también a algunos escritores simbolistas

cuya obra se enlaza con las tendencias más avanzadas: Rimbaud, Mallarmé, Laforgue, y a los poetas posteriores que habían recogido su legado lírico: Claudel, Eliot y Supervielle. A Paul Valéry, cuyos poemas admiraba al igual que su impecable prosa, lo traté personalmente en casa de Emilie Noullet, que tan certeramente ha escrito sobre la obra valeriana, y de su esposo, el gran poeta catalán Joseph Carner. La presencia de Valéry, espíritu excepcional, era enriquecedora de inquietudes estéticas. Con verdadera delectación le escuché una vez, en unión de Mariano Brull y otros amigos, el “Esbozo de una serpiente” y algunos poemas más.

Vivir en un país de fuertes manifestaciones culturales constituye un aprendizaje en cuanto adquirimos algo de sus formas e influencias morales, como de la lectura de un gran libro. Hay un sinnúmero de motivaciones que disciplinan nuestro carácter, despiertan nuestros deseos, nos hacen más sensibles, contradicen de manera fecunda nuestras tendencias y afirman y enriquecen nuestros pensamientos. Bruselas ejerció sobre mí una benéfica influencia, tanto por el contacto íntimo de sus virtudes como por el ámbito histórico que la envuelve y, sobre todo, por el roce intelectual con lo mejor de sus hombres. Leí mucho, sentí el anhelo de escribir, reflexioné sobre la creación poética, y en nuevos trabajos líricos busqué mayor perfección. Las contemplaciones plásticas excitaban mi imaginación e infundían algún matiz diverso en mi espíritu. El problema de la poética dióme en qué pensar, menos como teoría, sobre la cual leí muchas obras y discutí con mis amigos, que como anhelo que me instaba a la creación.

Uno de los atractivos de Bruselas, además de lo que posee de interesante y grato, es su situación próxima a los grandes centros de la cultura europea. Un viaje a París, Londres o Berlín es sólo cuestión de horas, y como yo me encontraba con ánimo de viajero resuelto, aprovechaba los días de asueto para tomar el tren hacia cualquier parte.

En mis escapadas a París seguía muy de cerca la producción dramática. En las revistas especializadas de teatro había leído las obras del repertorio moderno, y me eran conocidos los nombres de actores y actrices. Entre 1935 y 1937 concurrí mucho al teatro: Champs Elysées Comédie Française, Odeón, Athénée, Vieux Colombier, Théâtre de Montparnasse y algunas otras salas de espectáculos.

Actores inolvidables como Louis Jouvet Raimu, Madeleine Renaud, Jean-Louis Barrault, Marcel Herrand, George y Lucila Pitoef, ocupaban la es-

cena y despertaban el entusiasmo del público. Directores de gran inteligencia y cultura, como Jacques Copeau, Charles Dulain y Gastón Baty, imprimían nuevas modalidades a la dicción, a la presentación y a la escenificación, que ya habían sufrido transformaciones desde principios del siglo. Muchas obras de buena calidad vi en los escenarios parisienses, entre las que descollaban *Siegfried*, *Ámphytron* 38, *La Guerre de Troie n'aura pas lieu*, *La Machine Infernale*, *Les Chevaliers cie la Table Ronde*, *Ondine*, *Intermezzo*, *Bodas de Sangre*, *L'Inconnue d'Arras*, *Antígona*, etc., que se representaban magistralmente.

En los carteles de aquellos años figuraban los nombres de Edouard Bourdet, Lenormand, Pirandello, Claudel, Jean Giraudoux, Marcel Achard, Jean Cocteau, Romain Rolland, Charles Vildrac, Jean-Jacques Bernard, Salacrou, André Obey, Juan Anouilh y otros autores que buscaban la renovación de la acción dramática, recursos emotivos y sugerencias intelectuales. Asistí, pues, a la transformación del teatro en Francia y a sus manifestaciones psicológicas y poéticas. Se dieron a la tragedia nuevas interpretaciones. Apareció un diálogo más imaginativo, y de todas estas corrientes surgió un nuevo estilo teatral.

No sabría decir cuántas veces fui a Holanda, y aunque estos viajes perdieron pronto la novedad, nunca dejaron de ser agradables. Calles generalmente de bella arquitectura, acogedoras *boutiques* bien surtidas, al lado de modernos almacenes, exhiben toda clase de mercancías. En Rotterdam me gustaba dar un paseo por el puerto de cabotaje, donde mástiles y maromas forman una intrincada red. Allí todo es marítimo y las estructuras navales descuellan airoosamente sobre los techos.

En Ámsterdam consagraba algún tiempo a visitar el puerto y recorría en lancha la ciudad que tiene la forma de un abanico. El vértice está en el Amstel, y de allí irradian los canales; otros se despliegan paralelamente en forma semicircular. De todas las ciudades que conozco, esta es la única que merece el sobrenombre de Venecia del Norte, aunque su color, su luz y su espíritu son distintos. En Venecia el canal es al mismo tiempo la calle, mientras que en Ámsterdam las calles plantadas de árboles por donde desfila el tránsito van a ambos lados. Si en Rotterdam me vinieron a la memoria los nombres y las sombras de Erasmo y de Bayle, en Ámsterdam no pude menos de evocar a Descartes, que vivió allí en medio de una gran soledad. Pero Ámsterdam es sobre todo el dominio de Rembrandt. Lo imaginaba al lado de su bella mujer, a la que pintó repetidas veces encarnando personajes bíblicos, en sus

días de prosperidad, cuando acumuló tesoros; pero también lo veía en sus horas de pobreza y abandono. Para mí, Holanda estará siempre unida a los maestros de antaño. Unos cuantos minutos en tren o en automóvil nos conducen a otra ciudad. En todas hay placetas con edificios antiguos, jardines y arboledas bien cuidados y museos que atesoran obras magistrales. Algunos lienzos célebres me decepcionaron, o mejor dicho, confirmaron mi desencanto, porque en realidad nunca me habían entusiasmado. En cambio descubrí otros con viva emoción. Sobre las obras de arte hay muchos equívocos. Así como los densos barnices suelen alterar una pintura, la crítica suele revestirla de una costra de adjetivos que la deforma.

Al salir de estos museos el espíritu se siente deslumbrado, y aunque no se guarde una imagen fiel de cada cuadro, pues no hay memoria humana de tan amplio registro, nos queda lo más esencial, la impresión estimuladora. Es una alegría encontrarse cerca de aquellas obras tranquilas, de una visión segura, de un realismo primoroso y de una técnica excepcional. Los paisajistas, los pintores del mar y los que representaron con suma finura los interiores burgueses. Ciudades y campo, objetos y trajes, todo está pintado con esmero, con suavidad, con vívida visión.

La Haya sorprende con sus bellas arboledas y su aire de gentileza. En su Mauritshuis se encuentran reunidas obras espléndidas. Tuve la suerte de ver retrospectivas de varios pintores, en particular la de Jerónimo Bosch. Había visto a los holandeses en diversos museos, y principalmente en el Louvre, pero no creo que baste esa visión para apreciar la pintura de los Países Bajos. Es verdad que el Louvre posee algunos de sus tesoros, pero sin el conocimiento de los museos de Rotterdam, La Haya, Harlem y Ámsterdam no es posible formarse una idea cabal de dicha escuela. Lo mismo que, sin ver el museo de Viena, no se puede conocer a Brueghel a pesar de todos los cuadros que de él hay en Bélgica.

En el otoño de 1937, aprovechando mis vacaciones ordinarias, hice un viaje a la Europa Central. Me hubiera gustado hacerlo con mi esposa, pero el niño estaba muy pequeño y exigía los cuidados del lactante. Pasando por Alemania pude apreciar toda la amplitud que había adquirido el movimiento nacionalsocialista, su agresividad, puesta de manifiesto en los métodos de educación de la juventud, sus instituciones consagradas a la producción bélica y el rigurosísimo adiestramiento de su ejército, que hacía del pueblo alemán una masa homogénea sometida al régimen dictatorial.

En Frankfort junto al Main, primera etapa de mi recorrido, me detuve para mirar el barrio antiguo, que me mostró cómo esta gente cuida su pasado. Las construcciones, no obstante ser de mezcla y madera, se encuentran bien conservadas. Si un balcón, un techo o una escalera sufre el menor deterioro, inmediatamente se le restaura. Viendo tal esmero no he podido menos que compararlo con la incuria que se tiene en México para las mansiones coloniales, convertidas en sucias casas de vecindad o en bodegas. Visité la catedral, pero desgraciadamente no pude ver representar ningún misterio medieval frente a la plaza y, por supuesto, estuve en la casa de Goethe, cuyos salones recorrí, más interesado en evocar la figura del gran hombre que en observar los muebles y objetos de la residencia.

Seguí a Wursburg, donde hay un palacio decorado por Tiépolo, al que consagré exclusivamente mi visita, pues permanecí allí sólo unas cuantas horas. Al anochecer llegué a Rotemburgo, cuya estación queda fuera de la ciudad, en la que se penetra por una puerta medieval. Por allí anduvieron los maestros cantores que inspiraron a Wagner. Me alojé en una vieja hostería y salí después de cenar a recorrer la ciudad. A la mañana siguiente, después de visitar las fortificaciones, proseguí mi viaje hacia Núremberg. El nombre de Núremberg estaba asociado en mi memoria a las fuentecitas que José Ortega y Gasset evoca en uno de sus ensayos de juventud. A medida que recorría la ciudad me fui encontrando con estas obras cautivadoras. Lo que me desagradó fue el acentuado influjo militar impuesto a la juventud; por dondequiera se encontraba gente uniformada, hombres, jóvenes y niños portando brazaletes con la cruz gamada. En los pórticos, militares en actitudes rígidas, con pacíficos instrumentos de labranza, desvirtuados de su propósito, tras los cuales se sentía el formidable renacer de la máquina militar alemana. Para poder rearmarse, Alemania impartía a sus súbditos una dieta severa. Tanto en Colonia como en Frankfort, Wurzburg, Berlín, Dresde, Múnich y Núremberg, en todas partes encontré la misma intolerancia, la misma falta de libertad, la misma propaganda de inspiración demagógica. Las fiestas de la juventud se celebraban casi siempre por la noche, en los estadios o en espacios abiertos. Potentes reflectores construían aéreas catedrales bajo cuyas naves ondeaban al viento banderas y estandartes rojos como flamas. Para reforzar la impresión del conjunto un himno coral en el que resaltaban las radicales germánicas con fuerte aliteración, como en el drama wagneriano, irrumpía y se dila-

taba luego en *crescendo* hasta provocar en la multitud la emoción trágica y el éxtasis triunfal.

La vida científica de Alemania se encontraba profundamente amenazada. Todas las medidas del ministerio de Educación se caracterizaban por un retomo a la barbarie. Los más grandes humanistas eran borrados de la nómina docente de las universidades y desposeídos de su nacionalidad; los sabios, acusados de saboteadores y perseguidos por negarse a profesar las teorías racistas. Los hombres de ciencia que se sometieron a las órdenes del Partido Nazi caían forzosamente en la abyección, como el rector de la Universidad de Frankfurt, quien declaraba: “La tarea de las universidades no es enseñar la ciencia objetiva, sino lo bélico, lo militante, lo heroico”.

Era necesario ser insensible para no sufrir ante las persecuciones de los judíos, que a veces revestían aberrante crueldad, o ante las piras que consumían los libros en que el pensamiento alemán había depositado sus más nobles aspiraciones. Yo mismo sufrí una de esas vejaciones tan comunes en aquella época. Una tarde platicaba con unos amigos, entre ellos el violinista Aurelio Fuentes, en un café. El mesero se acercó y me dijo que el propietario me pedía que fuera a su despacho, pues en su establecimiento no se permitía la entrada a judíos, y un parroquiano se había quejado que mi tipo me delataba como tal. Le contesté que yo no tenía ningún asunto que tratar con él, pero que si lo deseaba podía pasar a mi mesa. Él acudió inmediatamente y me preguntó si era judío. Yo simplemente le tendí mi pasaporte y al verlo, se confundió en excusas. Pero este atropello me había disgustado y nos salimos irritados.

En el tren de Núremberg a Praga me encontré con un francés y un español muy locuaces que viajaban en el mismo compartimiento y cuya compañía acepté más por cortesía que por interés en su conversación, y aun cené con ellos en Praga, en un lugar agradable y con buenos vinos, que al francés había encarecido un amigo. Me sentí, sin embargo, más a gusto cuando nos despedimos y me fui a dar un paseo por los monumentos medievales, que a la luz de la luna resultaban extraordinarios. Al día siguiente, después de recorrer el centro y hacer algunas menudas compras, atravesé el viejo Puente de Carlos y me encaminé a la catedral. De aquel lado del río está la ciudad barroca. Permanecí cuatro días en Praga y hubiera podido prolongar mi estancia, pero estaba ya ansioso de llegar a Viena, que por su elemento artístico me atraía singularmente. Me dejó el tren en la estación. Me dirigí

a un hotel próximo, e inmediatamente salí a pasear por los bulevares. Era una bella tarde de otoño; los árboles amarillentos comenzaban a despojarse de sus hojas, y había una suave vaporosidad en el aire. Entré en un café a escribir unas tarjetas. En Viena, como en París, los cafés sirven de escritorio y lugar de tertulia. Por la noche fui a la ópera, pero la pieza no era muy buena, mi asiento incómodo y la visión del escenario incompleta.

A la mañana siguiente caminé por un hermoso parque, en el corazón de la ciudad, donde se levantan dos soberbios edificios. Uno de ellos contiene el Museo de Escultura y el otro una magnífica colección de pinturas. Recorrí con verdadero placer este museo, pero donde más tiempo me detuve fue en los salones de Brueghel, que envidiaría la más rica galería.

Proseguí hacia Budapest, cuya situación geográfica, en verdad maravillosa, me produjo viva impresión. Algo deslucidos los barrios alejados del río, sus hoteles, cafés y balnearios no muy concurridos ya, pues terminaba la estación. En la ribera opuesta se levanta el Palacio Real, rodeado de bellos jardines. Cerca de la ciudad, en medio del anchuroso río, hay una isla encantadora, llena de árboles. A pesar del frío y del viento que soplaba la recorrí, gozando de su belleza otoñal.

Aproveché mi segunda estancia en Viena para visitar un día entero el palacio y el parque de Schönbrunn, con un tiempo despejado. Volví al museo a contemplar a Brueghel y tomé notas para un estudio sobre el pintor. En este afán de ver pintura, los flamencos me han servido y los he contemplado en todos los museos del mundo. Pero Brueghel, por su idea de la naturaleza, su sencillez humana, su fuerza de observación y su realismo poético, me ha gustado siempre, y desde que lo vi por primera vez, en el Museo de Bruselas, he buscado sus cuadros.

De Viena a Linz hay una breve jornada. Me detuve allí un rato a contemplar de nuevo el Danubio y la vista de la ciudad y fui a pasar la noche en Innsbruck. Como llegué a buena hora, vagué un rato y a pie llegué hasta donde el río corre con claro y tumultuoso caudal entre peñas y jardines. Tengo el recuerdo de un sitio muy pintoresco. Me senté allí un buen rato, fascinado por el lugar.

Tenía la idea de asistir a uno de los conciertos de Salzburgo, pero justamente la temporada había terminado y me contenté con pasear por los jardines del obispo que en cierto tiempo había gobernado la ciudad.

Me detuve también en Múnich, de aire tan alemán; la recorrí y no resistí la tentación de entrar en su famosa cervecería. Estuve en el Museo In-

dustrial. Pero nada me pareció tan interesante como la célebre Pinacoteca, cuya visita repetí varias veces. Difícil sería decir la impresión que me causó la catedral gótica de Ulm, que vi un día de pertinaz llovizna, escuchando un concierto de órgano que alguien ensayaba en el solitario interior.

Con una parada más en Stuttgart, donde a falta de arte me entretuve en el mercado, y otra en Nancy, que luce una linda plaza de estilo barroco, completé aquella gira.

En Bruselas me encontré con la novedad de que me cambiaban a Berlín. Esta orden fue revocada. Poco tiempo después me dieron instrucciones para hacerme cargo de nuestra legación en Varsovia.

A pesar de que mi nueva designación representaba un ascenso, me sentía triste de dejar Bruselas, y observaba más que nunca todo lo que veía, como para grabármelo más hondamente. Sus amplias y bellas avenidas, bordeadas de castaños que en otoño forman un tapiz de hojas crujientes bajo nuestros pasos; sus calles armoniosas, sus aceras limpias, impecablemente lavadas con jabón diariamente (con disgusto de Baudelaire), y sus casas de similar estilo y misma altura. A excepción de algunas damas o viejecitos que paseaban sus perros atados a una correa, los transeúntes caminaban con paso firme, enérgico, pero sin la premura de los norteamericanos, y todos pulcramente vestidos, con sombreros y guantes, lo que no permite descubrir la condición social de la gente por su indumentaria. A mi madre le llamaba la atención el que nuestra sirvienta, Julia, saliera siempre a la calle enguantada y tocada con un sombrero que variaba según la estación.

En mi afán de verlo todo una última vez, subía a un tranvía o autobús desde donde podía observar detenidamente las calles. Los transportes colectivos eran inmejorables. Los vehículos, en perfectas condiciones, nunca iban llenos; no se admitía gente de pie; el personal, bien uniformado, atendía al público con amabilidad y cortesía. En invierno una agradable calefacción en el piso reconfortaba al viajero.

Me paseaba por los bulevares y miraba una vez más las animadas terrazas de los cafés, las vitrinas de los comercios, que llaman la atención por el esmero y el gusto con que están arregladas y por la calidad de lo que allí se exhibe.

Mi último domingo fui, una vez más, a la Forêt de Soignes. ¡Qué maravillosa selva! Sus árboles centenarios se extienden hasta cerca de la frontera francesa. El espacio destinado a ellos es sagrado en Bélgica, pues lo conside-

ran los pulmones del país. Al regreso observé que la gente se apresuraba a la entrada de un teatro, y pensé que esto también iba a faltarme en Polonia. En este punto, Bruselas me había colmado. Sus actividades teatrales son muy grandes, tanto en el teatro de vanguardia como en el clásico, el drama, la comedia, la ópera y la opereta. ¿Serían en la tierra de Chopin tan buenas como en Bruselas?

Para despedirme, los escritores, a iniciativa del *Journal des Poètes*, me ofrecieron una cena extremadamente afectuosa y, para mí, significativa por lo que representaba como reconocimiento de mi participación en la vida intelectual de Bélgica. Todos mis contactos con aquellos escritores, la delicadeza de su trato, las pruebas de adhesión que había recibido, contribuyeron a entristecer mi partida. En fin, la inteligencia, la virtud creadora, el amor a la poesía que exalta y preocupa a aquellos hombres formaban parte del ambiente en que yo había vivido durante tres años. Al dejarlo sentí que perdía algo verdaderamente grato. Tenía para mí, también, otro lado importante, más íntimo: el de los lazos del amor y la esperanza. Unido a una mujer de aquella tierra, salía yo a explorar un mundo mayor. Mi imaginación me hacía ver una nueva manera de completar mi destino de hombre. A la vez, pensaba en los días renovados que sostienen la voluntad del artista y dan del tiempo una sensación parecida al sentimiento de eternidad.

II. Brevemente, Polonia

A principios de diciembre de 1937 dejé Bruselas, adelantándome a mi familia. Empecé el viaje sin interés alguno. Me encontraba tan feliz en Bélgica que lamentaba abandonar aquel cuadro amable en el que tuve motivos de atracción intelectual y una vida intensa y llena de propósitos. Mi cambio suponía nuevas preocupaciones pero también nuevas esperanzas.

Mientras volaba el tren por las llanuras heladas de la Europa oriental sentía que un viaje tiene la virtud de intensificar nuestra vida interior porque, además de que repasamos las cosas vistas, éstas mismas nos fuerzan a observar, deliberar y depurar nuestros juicios, y en ocasiones a sentir más intensamente aún. Ver nuevos países, de cultura diferente, despertaba en mí animosos designios.

Al bajar en la estación de Varsovia, donde me esperaba el traductor Smirnoff, sentí un frío glacial. Después de instalarme en el hotel Amerikanski, que juntamente con el Europejski eran de los más confortables, mi primera diligencia fue ir a comprar una pelliza y una gorra de astracán. A los pocos días me trasladé a la legación, ubicada en la calle Marsalkowska, departamento bien amueblado pero ruidoso por el estrépito de los tranvías, con el inconveniente de encontrarse en un tercer piso, sin ascensor, lo que me obligó a cambiarme a un local en la calle Natolinska, que sin ser más costoso era más confortable y tenía elevador. El salón lucía un finísimo parquet y estufas de porcelana, que acentuaban el carácter de la vida polaca.

Por la tarde, después de mi trabajo, a pesar de la nieve que caía en densos copos, iba a pie hasta algún café de Noviciat, atestado de gente y pleno de humo, donde me abrigaba de la inclemencia del clima sintiendo la extrañeza de aquel ambiente insólito, poblado para mí de voces intraducibles, que ahondaban mi soledad. En la calle, en los cafés o en el teatro

evocaba mi vida bruselense e insensiblemente me sumergía en un recuerdo nostálgico.

Hice, sin embargo, rápidamente algunos amigos en el mundo diplomático, como Manuel M. Pedroso, ministro plenipotenciario del gobierno de la república española, y su secretario, el abogado Echeverría, con quienes me citaba en alguna librería o en cualquiera de las típicas pastelerías del centro, donde hablábamos de los asuntos de la república y de cuestiones literarias que nos atraían. Uno y otro poseían grandes cualidades de simpatía y cultura, especialmente Pedroso, cuyo ánimo de conversación jamás desmayaba. Cuando no era él quien me descubría un pasaje de Ronsard, era yo el que le traducía un poema de Joachim du Bellay. Ambos nos consolábamos así de nuestro exilio en aquellos meses de borrascas y nieve de comienzos de 1938. (Años después de la derrota republicana volví a encontrarlos en México, donde desempeñaban tareas docentes. No sé qué sería de ellos porque desaparecieron del círculo de mis relaciones.)

Por la noche pasaba unas horas en el salón, sentado frente al fuego de la chimenea, leyendo alguno de esos apasionantes libros de la literatura nacional animados por sueños de amor y libertad. De vez en cuando la sirvienta, Stefanía, venía a avivar el fuego, donde se consumía un gran leño, y Yasha traía el samovar, que forma parte de la vida de aquellos países de frío y de recogimiento. Yo aceptaba de buen grado la cautividad invernal y me dedicaba a la lectura como medio de liberación. Aquel invierno fue particularmente severo, y hubo días en que el termómetro bajara a veinte y veinticinco grados centígrados bajo cero. Por el Vístula se deslizaban grandes témpanos de hielo. En vez de automóviles salieron a relucir los viejos trineos. No obstante estos rigores hice una excursión por los alrededores de Varsovia, entre los pinos azotados por el viento y la nieve. Cuando el cielo aparecía despejado solía yo dar un paseo por el parque, cerca del pequeño lago helado donde las parejas pirueteaban al son de los vales vieneses. Los domingos excursionaba hasta el palacio Lasienki, donde también hay un lago en un hermoso parque y que por sus pinturas y objetos de arte atraía a los visitantes.

En esa estación de interminables nevadas leí muchos libros de historia diplomática, gruesos volúmenes de derecho internacional, y obras literarias rusas y polacas que la soledad del invierno parecía poner en mis manos. Y cuando finalmente llegó mi familia, nuestra principal distracción fueron los

conciertos, el *ballet* y la ópera, que tienen en Polonia tan magnífica tradición, en aquel teatro engalanado de bellas mujeres.

Algunas veces debía malgastar el tiempo en tertulias o cocteles con gente vacía, jugadores de cartas, con la esperanza de obtener alguna información relacionada con la política de aquella época.

En una ocasión asistí a un baile en el castillo de la antigua realeza. Tuve que alquilar una limusina para este propósito, pues el presupuesto de la legación no daba para sostener un automóvil ni chofer de pie. Llegué en medio de una nevasca. En el vestíbulo había un gran despliegue de criados de librea. El palacio resplandecía de luces; rebosaban de gente los salones; ministros de estado, embajadores y agregados militares circulaban engalanados con bandas, veneras e insignias; mientras las damas, ataviadas de seda y cubiertas de joyas, lucían su espléndida belleza. Con la excitación de la música y los estímulos de la champaña, todo el mundo tenía un aire satisfecho. Creo que yo mismo, recientemente distinguido con la condecoración de la Orden de Leopoldo de Bélgica, me sentí por un momento personaje importante.

Me sorprendió encontrarme en medio de la fiesta con una amiga de la Alliance Française de París, que alguna vez me hizo suspirar, cuando juntos estudiábamos en aquel centro, y me decepcionó, porque aun cuando en su aspecto exterior parecía la misma, aquella mujer que yo recordaba abroquelada en el cariño de su esposo y de su hijo ahora se me aparecía divorciada y del brazo de un presuntuoso oficial nazi, lo cual, a pesar de que ya no me inquietaba, no dejó de enfadarme.

Principiaba el ejercicio de mi misión en el hallazgo de la Varsovia de aquel tiempo, donde se mezclaban las inquietudes de los estímulos nacionales, fruto de los años que siguieron a la primera Guerra Mundial, con la vida gozosa de sus teatros y las innovaciones que florecían en sus galerías, cuando tuve que enfrentarme con los momentos críticos de la lucha del pueblo mexicano por la recuperación de su riqueza petrolera y la acción reivindicativa de su subsuelo. La decisión del gobierno mexicano había sacudido profundamente los círculos financieros de todo el mundo, los que, además de oponer una tenacísima resistencia, provocaban una campaña calumniosa en contra de nuestro país.

La expropiación del petróleo, de tanta importancia para México, alcanzó una gran resonancia, pues la prensa internacional pagada por las compa-

ñas desencadenó una terrible campaña en contra del general Cárdenas, de su gobierno y de la Revolución Mexicana. No sólo informaciones mentirosas, sino feroces editoriales se publicaron por todas partes.

Me hice traducir las informaciones de los diarios polacos e inmediatamente redacté un comunicado en el que explicaba el problema y las causas que habían determinado la medida. Para mayor difusión publiqué un folleto en polaco y otros dos en idiomas de las minorías. En todo esto me ayudaron un periodista de Varsovia –alto, delgado, de modesta indumentaria, de rostro inteligente y sagaz–, que vino a ofrecerme sus servicios en la forma más desinteresada, los que me fueron de gran utilidad, pues hablaba también ruteno y cuyo nombre lamento muchísimo haber olvidado; y el pobre Smirnoff, que recuerdo vivamente. Su miseria me atormentaba. Se le pagaba poco, sacado de la mezquina asignación de gastos de la legación, que no daba para más y que yo procuraba mejorar con algunos zlotis de mi peculio. Era muy respetuoso de las jerarquías y me daba el tratamiento de Excelencia, pues por una costumbre generalizada en aquella sociedad tan dada a los títulos y dignidades, la gente repartía liberalmente ascensos que el así encumbrado recibía complacido. Tenía Smirnoff un aire de consunción que de lejos delataba su tuberculosis. Para precaverme contra una posible contaminación me lavaba las manos cada vez que salía del despacho, pues los bacilos me parecía que estaban en todas partes. Y fue con estos dos modestos colaboradores que luché contra los próceres del petróleo.

La explicación de nuestro derecho, el esclarecimiento del problema histórico de la explotación petrolera y la exposición de la justicia que nos asistía, pese a la malévola difusión de informaciones y comentarios que llevaban a cabo las agencias noticiosas, íntegramente al servicio de los magnates petroleros, encontraron un espíritu de comprensión en diversos círculos de la sociedad varsoviaña, principalmente en diarios y revistas ¡Cuántas veces estuve hasta las altas horas de la noche conversando con periodistas e intelectuales que buscaban penetrar en la verdad y apreciar cabalmente las decisiones que culminaron con la incorporación del petróleo al patrimonio nacional!

Fue para mí reconfortante encontrar personas que a pesar de nuestro reciente trato nos mostraron gran simpatía, no obstante que tan poco sabían de nuestros problemas.

Quienes por espacio de muchos años hemos leído a diario la prensa extranjera hemos tenido frecuentes desagradados al encontrar el nombre de

nuestro país calumniado con aseveraciones que le enajenan simpatía o le ocasionan descrédito. Hay que reconocer, sin embargo, con amarga sinceridad, que no todo es culpa de las agencias informativas, sugestionadas por los sucesos de un sensacionalismo morboso. En el mismo México la prensa “roja” y algunas de las obras realizadas por el cine nacional han contribuido a reforzar la impresión de violencia de la vida mexicana.

Desvanecer prejuicios y hacer que se juzguen correctamente las características de un pueblo no constituye labor fácil; esto reclama una persistente política que dé sentido y eficacia a la necesidad de colocarse de una manera digna frente a la consideración de los extraños. En las intuiciones del lenguaje popular surge la preocupación de lo que puede pensarse de nosotros allende nuestras fronteras, y por eso se acuñó la expresión, entre mortificada y cautelosa, de “qué dirán las naciones extranjeras”.

Para librarme de amargas reflexiones y aliviar la tensión de aquella lucha en defensa del buen nombre de México aproveché las vacaciones de la Semana Santa para viajar a Cracovia. Pero no fue muy afortunada la idea porque, aunque vi iglesias y procesiones, poco faltó para que me quedara sin comer. Excepto los templos, todo estaba cerrado. Paseé por los bulevares y fui al Palacio Real de Wawel y a la Universidad Jaguelona, donde enseñó Copérnico. Asimismo, presencié una representación en el Teatro Judío, de una pieza que ya había visto en un escenario de París. Tengo la impresión de que éste sobresalía por su vigorosa expresión.

En el viaje de regreso me detuve en el santuario de Czestochowa. Desde el punto de vista arquitectónico la construcción no ofrece nada notable, pero se alza en un lugar prominente. Conservo el recuerdo de una apretujada y fanática multitud, parecida a la que se observa en algunos santuarios mexicanos.

La noche de mi regreso a Varsovia me encontré con una manifestación que portaba carteles reivindicatorios contra Lituania, en los que se pedía la incorporación de Vilno, aduciendo razones semejantes a las que las potencias habían esgrimido contra Polonia en la época del desmembramiento. No me fue difícil advertir que esta manifestación, al igual que otras más eran incitadas por el gobierno del mariscal Smigly-Rydz, que sucedió a Pilduski como comandante del ejército. Lo cual no dejaba de ser una torpeza, si se tiene en cuenta la presión, cada día más acentuada, que el gobierno alemán ejercía sobre los países de la Europa central y que no tardaría en alcanzar a la misma Polonia, alegando la incorporación de minorías nacionales.

En una de las tantas ceremonias militares a que era muy dado aquel gobierno asistí a un acto paradójal: ante el cuerpo diplomático, especialmente invitado, se llevó a cabo una revista en el campo de maniobras, durante la cual el acto sobresaliente fue la bendición solemne que el arzobispo de Varsovia hizo de los tanques de guerra. El cuerpo diplomático, de chaqué y sombrero de copa, estaba en el estrado, dispuesto por rangos y según precedencias. En la planicie reinaba una simetría militar relevada por los colores de los uniformes, el brillo de las armas, los penachos de las caballerías y el despliegue de las banderas. Sonaban intermitentes desde la lejanía los toques de mando. Los escuadrones desfilaban rítmicamente marcando la marcha a paso de ganso frente a las tribunas, mientras los oficiales inclinaban las banderas, y nosotros, contagiados por el bello automatismo, saludábamos al unísono quitándonos la chistera. Gozaba del conjunto que era todo puntualidad, euritmia y concierto, cuando comenzaron a pasar los carros de guerra, levantando un polvillo disturbador, anublante, que los asperges del prelado no lograban calmar, y cuyo rocío me producía cierto malestar de espíritu. Yo me decía para mis adentros: ¿qué se propone el bendecidor? No soy fuerte en religión ni en liturgia, pero esto pasa de la raya. Estas máquinas blindadas únicamente sirven para matar, no deben, por lo mismo, ser ungidas ni exaltadas. La bendición implica la bondad, el bien, la gracia de Dios. Como Renán, tengo respeto por la tradición religiosa aunque no me educó en su tutoría, y me pregunté: ¿qué pensarían los padres de la Iglesia y sus sacros poetas Fray Luis de León y San Juan de la Cruz? Así divagaba yo esa mañana marcial polemizando en mi interior, alterado por la imagen de aquella irreverente y desafortunada acción.

En el cielo de Polonia comenzaron a formarse hoscos nubarrones. Dentro de poco, en Danzig, se acentuarían las fricciones entre alemanes y polacos. La prensa alemana iniciaría una virulenta campaña destinada a excitar los ánimos y justificar la rudeza de los medios que iban a emplearse. Se acusaría a los polacos de robos, asesinatos y actos de terror, como se hacía con los checoslovacos. Puedo atestiguar, sin embargo, que en el tiempo que permanecí en Polonia los polacos observaron, en lo que respecta a Alemania, la mayor cordura, a pesar de la actitud provocadora de ésta y no obstante que la situación de sus minorías era mucho más ventajosa que la de los polacos que vivían en territorio alemán. Su elemento de rebeldía nunca había sido de agresión, sino de patriotismo y de dignidad humana. Yo había simpatiza-

do con ese rasgo del alma polaca desde mi adolescencia. Me parecía que en este pueblo se encarnaba la fuerza impetuosa de la libertad. Pero la simpatía nunca me cegó y me di cuenta, inmediatamente que llegué a Varsovia, de la inconsistencia política del Estado en cuya composición intervenían muchos elementos extranjeros. A esto había que agregar la mala educación política de la sociedad dirigente, sus complejos de orgullo, su desdén, su aborrecimiento de todo lo popular y, finalmente, sus diferencias ideológicas con el régimen soviético.

Mientras Hitler reafirmaba la importancia del pacto de no agresión con Polonia, ya había decidido la anexión de la ciudad libre de Danzig y no tardó en requerir del gobierno polaco que aceptara dicha solución y la construcción de una ruta a través de la Pomerania. Estimándolo como un ataque a su independencia, Polonia reaccionó haciendo contraposiciones que fueron desdeñadas. Hitler, a su vez, tomando como pretexto las garantías británicas de independencia e integridad, denunció en un discurso el pacto susodicho. A esto se sucedieron una serie de provocaciones y tendenciosas campañas hasta el funesto tratado entre Alemania y la URSS. A pesar de todos los esfuerzos y las declaraciones de la diplomacia francesa y británica, Polonia estaba virtualmente condenada y sería invadida a la escasa distancia de un año, en septiembre de 1939, después de mi partida.

La primavera llegó súbitamente, y el mes de abril ofrecía un esplendor casi estival, al punto de que muchas veces tomábamos el sol en la terraza con Manuel. El chico estaba muy despierto y hablantín; Blanca le había comprado un traje regional de Zacone que le sentaba a maravilla. Con él lo retratamos el día de su cumpleaños. Pensábamos, por el modesto aspecto del fotógrafo, que la foto no tendría calidad alguna, pero resultó estupenda.

Una tarde llegó un mensaje comunicándome que saliera a hacerme cargo de la embajada en Roma. ¡Italia! La patria de la sensibilidad, como decía Stendhal. Lo comuniqué a mi mujer y conversamos largamente de lo que sería el mundo de nuestro porvenir. Juntos habíamos recorrido ya Italia. ¡Otra vez Italia! Ninguna noticia mejor. Nos había quedado el deseo de visitarla de nuevo, de manera que ante esta admirable perspectiva no pude contener mi gozo.

Mi permanencia en Polonia fue corta. Duró solamente de diciembre de 1937 a junio de 1938. Cuando salí de Varsovia ya se veía que el país iba a caer bajo la dominación alemana, pero nunca me hubiera imaginado la ferocidad con que sería devastada.

Salí con mi familia y nos detuvimos en Viena. La situación política había cambiado adversamente en Austria, con la ocupación nazi. El ambiente de alegría se había desvanecido. La gente con la que nos cruzábamos en la calle tenía un aire apesurado y extremadamente triste y nos daba la impresión como de querer comunicarnos algo tomándonos de testigos de su desgracia. La belleza de la arquitectura, bajo las banderas de la cruz gamada que descendían de los balcones, daba a la ciudad un aire funeral y falsamente pomposo.

En Praga, la situación era diversa. Se acababan de desarrollar unos importantes juegos deportivos. Todo respiraba el gusto de vivir. Era una época muy próspera para Checoslovaquia, magnífica industria y comercio florecientes. Se veían muchos turistas. Las tiendas repletas de productos nacionales estaban llenas de compradores, las blusas finamente bordadas, los artículos folclóricos y las flores que se vendían en las aceras daban una nota alegre, clara y multicolor, y la feliz sonrisa de las rubias vendedoras, llamaba la atención. Todos parecían dichosos e inconscientes de la inminente tragedia que los acechaba, pero en realidad la situación revestía cierta ansiedad. La diplomacia hitleriana presentaba siempre sus reivindicaciones en forma limitada. No se abordaban dos cuestiones simultáneamente ni se movían dificultades pendientes con un tercer Estado, a fin de neutralizarlo y aun conseguir el apoyo de éste. A cada cuestión que se planteaba se decía que era la última reivindicación, y una vez satisfecha, como si nada se hubiera obtenido, se iniciaba de inmediato otra acción para alcanzar nuevos propósitos.

Desde la fundación de la república, el pueblo checoslovaco se había hecho más fuerte y enérgico. Todos los checos estaban orgullosos de su libertad, habían establecido con amor sus instituciones y tenían el culto de Masaryk. Su espíritu de resistencia era magnífico. Nunca dudé que lo ejercerían con la más fiera energía. Poseían poderosas fortificaciones, cerca de cuarenta divisiones perfectamente pertrechadas y una de las mejores industrias de armamentos del mundo, con instalaciones y hangares subterráneos que hacían de este país un reducto de la democracia. Era evidente que sin Checoslovaquia, Hitler no podía dar un paso adelante en sus proyectos expansionistas. Para conquistar esta fortaleza, inició una ofensiva por la cuestión Sudete. A la caída de la región Sudete, seguirá poco tiempo después la proclamación del Protectorado de Bohemia.

La más elemental prudencia aconsejaba no abandonar esta posición. El pacto ruso-franco-checo era en aquel momento un instrumento político de fuerza considerable, pero bastó la serie de errores cometidos por las potencias occidentales que culminaron en Múnich, al entregar la zona fortificada, para que Checoslovaquia debilitara completamente su posición defensiva.

Salí de Praga en tren, y mientras el alegre paisaje desfilaba ante mis ojos me hice la pregunta de cuánto tiempo de felicidad le quedaba todavía a Checoslovaquia, amenazada por la voracidad germánica.

III. ¡Italia! ¡Italia!

¡Tanto había soñado con Italia! ¡Cuántas inquietudes me suscitaba sólo pensar en ella! Representándome los pueblos y ciudades que iba a visitar saboreaba por anticipado la riqueza de sus monumentos, y a medida que me acercaba se avivaba mi ansiedad. Con Blanca había ya visitado este país, pero por limitaciones de tiempo que nos obligaron a seguir un itinerario fijo, con breve permanencia en cada ciudad, no podía satisfacerme, sino servirme de incitación para viajes posteriores.

Nunca olvidaré la tarde de mi llegada a Venecia. Salí por el Gran Canal, pero antes de llegar a la Piazzeta la góndola tomó por un canal lateral y me dejó en un desembarcadero frente al hotel Buonvequiati. Después caminé algunas calles para acceder a la Plaza de San Marcos, que me causó singular impresión. Me senté en uno de los cafés frente a la Biblioteca de San Sobi- no, sentí el goce de volver a encontrarme en esa ciudad y recogí el ánimo para no dispersarme ofuscado por la cintilación de los domos dorados, el oro viejo de sus esmaltes y el cielo de nacaradas claridades.

Venecia es esplendorosa y única. La misma artificiosidad de su construcción, en que las casas surgen del nivel de la laguna, le da extraordinario carácter; sus plazas, sus canales, puentes, galerías, cúpulas y torres aparecen en un ámbito sugestivo y pictórico. La Plaza de San Marcos de una armonía geométrica y pintoresca a la vez, gracias a los pórticos y a la catedral bizantina, me produce siempre una extraña emoción. Por el lado del canal, la Piazzeta, enmarcada por el Palacio Ducal, construido con mármoles de Ravena y ricos mosaicos; la Biblioteca Albertina del lado opuesto, da acceso a la plaza viniendo del canal donde se alinean los palacios góticos, renacentistas y barrocos. En medio de mis paseos no puedo dejar de pensar en lo que ha significado para artistas que ni siquiera la conocieron, como Shakespeare y Schiller, o los que la vivieron y la reflejaron en sus epigramas, como Goethe, y Byron en sus cánticos románticos.

En la Academia encontré esa larga serie de pintores que constituyen el esplendor veneciano: desde Giovanni Bellini y Palma el Viejo, hasta Tintoretto y Tiepolo, pasando por Giorgione, Sebastián del Piombo, Tiziano y Veronés, que traspusieron al lienzo el ambiente, las costumbres y la vida de aquella gloriosa república. Así, mi llegada a esa ciudad estuvo llena de las visiones de esos pintores y de recuerdos literarios.

Supongo que sería hacia mediados de junio cuando llegué a Roma. En la calle de Lázaro Spallanzani núm. 16, se encontraba el palacete de nuestra legación, vecino a la villa Torlonia, ocupada entonces por Mussolini.

Mi primer acto oficial fue hacer una visita al conde Ciano, ministro de relaciones del flamante imperio constituido por Mussolini, con la injusta conquista de Etiopía, que nuestro país no reconoció. Con tal motivo mi entrevista con el canciller fue extremadamente fría. El conde se mostró quejoso de la actitud de México, considerándola inamistosa. Poniendo a salvo nuestra simpatía y amistad hacia el pueblo italiano, expliqué con razones históricas y legales por qué México se negaba a reconocer un acto de fuerza impositiva que en forma similar había padecido en otros tiempos. Me preguntó entonces quién era nuestro ministro de relaciones, y al oír el nombre del ingeniero Hay se quedó al parecer pensativo y repitió, frunciendo el ceño, como si estuviera masticando chicle y con acento yanqui: “Hay... Hay...”, pretendiendo sugerir una influencia extranjera en nuestras decisiones. La conversación derivó después hacia otros tópicos y la despedida fue ya, en cierta forma, más amable, pero no dejé de sentir que iba a actuar en un ambiente hostil, pues lo más caro para aquellos hombres en el poder era la creación del imperio que configuraría de nuevo el dominio de los Césares.

Apenas había comenzado a cumplir con las visitas, me afectó el brusco cambio de clima, pues llegué a Roma en medio de un verano excepcionalmente caluroso; pero me recuperé rápidamente.

Cuando llegaron mi mujer y mi hijo los instalé en un chalet de Frascati, fresco y rodeado de viñedos y olivares, desde donde se dominaba una amplia porción de la campiña romana. Se encontraba solamente a unos veinticinco minutos (en *litorina*) de Roma. A pesar de esta precaución, a los pocos días tanto Blanca como el niño cayeron con alta fiebre. Me alegré entonces de que mi madre y mi hermana se hubieran quedado en Badenhausen. Cuando llegaron se instalaron en la legación, pero mi esposa pre-

firió quedarse en Frascati, donde el aire era más puro y el chico estaba más contento. ¡Cuántos pueblos encantadores de aquellos parajes recorrimos, contemplando sus viejos castillos empotrados en las rocas y los huertos y viñas que descienden de las colinas!

Mi madre se sentía muy complacida en su nueva instalación. Teníamos un excelente mayordomo, Antonio; su esposa, la cocinera, nos atendía con mucha eficacia. Antonio se esmeraba en tener la casa limpia y él solo podía servir una mesa de doce personas con riguroso protocolo. Cuando yo tenía que salir a cualquier ceremonia encontraba siempre el traje adecuado y todos los accesorios ya listos en mi cuarto, al lado de la invitación. No recuerdo haber conocido mayordomo mejor. Desgraciadamente sufría de asma, la que se le fue agravando en forma tal, que años después lo llevó al suicidio.

Es difícil evocar el placer, la emoción e inquietud que sentí durante los primeros días de mi llegada a Roma. Su historia y su literatura me ocuparon largas horas. Por las mañanas, antes de las labores de la legación, me ponía a leer *Los novios* de Manzoni, que por la riqueza del léxico constituye un excelente ejercicio, preparándome así para otras lecturas con la eficaz ayuda de mi maestra, la señorita Angelina Provenzano. Leí también *Los cantos* de Leopardi, a los que siguieron los sonetos de Petrarca, las canciones de Cavalcanti y *La Divina Comedia*, que yo no había podido apreciar en las traducciones españolas o francesas, dándome cuenta cabal de que éstas no ofrecían la verdadera equivalencia poética, reduciéndose a la transcripción del argumento, por lo que la obra se me convertía en lectura muerta, sin los reflejos líricos que constituyen el alma del original.

Prestaban sus servicios en la misión, como tercer secretario y canciller archivista, respectivamente Mario Garza Ramos y Alberto Saviñón, ambos eficaces en sus labores y además buenos compañeros, y pronto adscribieron como primer secretario al poeta José Gorostiza y como segundo, al escritor Francisco González Guerrero. Tanto el uno como el otro me prestaron excelente ayuda y me aligeraron el trabajo de la oficina. Pero hombres como éstos eran raros en la secretaría.

Los mexicanos que residían en Roma, aparte de los seminaristas del Pío Latino, no eran muchos. Entre ellos figuraba el pianista Salvador Ordóñez, que solía visitarme y con quien tenía largas conversaciones sobre arte. También acudía a la legación periódicamente a revalidar su pasaporte una ancianita, hija del general Miramón, que fiel al recuerdo de México conservaba

su nacionalidad. A veces aparecía un periodista como José Pagés Llergo, en busca de los reportajes sensacionales que le dieron fama o historiadores a caza de documentos, como doña Eulalia Guzmán que iba rumbo a Viena con el propósito de paleografiar las Cartas de Hernán Cortés. Una tarde que estábamos en el salón llegó Alfaro Siqueiros, provisto de un pasaporte con supuesto nombre, pero con sus mismos desplantes que, dadas las circunstancias, podían ponerlo en peligro, como se lo advertí.

En compañía de Ordóñez recorría a veces el foro y sus alrededores. Cuando me visitaba algún amigo siempre lo llevaba al Coliseo, a las zonas comprendidas en la Vía del Imperio. Dando vuelta al monumento de Vittorio Emmanuel subíamos a la plaza del Capitolio, que releva la estatua de Marco Aurelio, encuadrada por dos museos donde lucen las obras maestras de la escultura antigua. Estando cerca del Corso Humberto me bastaba caminar unas cuantas calles para encontrarme en la plaza Colona y entrar en la librería Hoepli, sitio de mi predilección, lo mismo que la Librería Moderna, donde me veía ocasionalmente con algunos escritores, aunque no intimé con ellos.

Mi trato con escritores italianos estuvo muy restringido por mi desagrado de las ideas y tácticas fascistas, que se infiltraban en todas partes. La actitud imperialista de Marinetti hizo que se borrarán mis antiguas simpatías. Cuando apareció mi antología le mandé un ejemplar que me agradeció con una carta autógrafa; pero no volví a saber nada de él. Con Leonello Fiumi, que conocí desde París, tuve varios encuentros, y en uno de sus viajes a Roma le ofrecí un coctel en la legación, lo mismo que a Pierre-Louis Flouquet. Aldo Capaso me escribió una vez pidiéndome autorización para traducir algunos de mis poemas, pero no sé dónde se publicaron, pues la guerra interrumpió nuestras relaciones. Mi amistad con Giuseppe Ungaretti consistió al principio sólo en intercambio de libros, hasta que nos encontramos en una de las celebraciones de la Bienal de Poesía de Knokke, Bélgica. Ungaretti producía una impresión de sencillez y contención, conforme con su poesía honda, cargada de clásicas tradiciones renovadas por un espíritu moderno y original.

Me gustaba mucho pasear por las orillas del Tíber, los pequeños templos, la calle de Julio II, la plaza del Panteón, la Cancillería, el palacio Farnesio, que ocupa la embajada de Francia, y andar por el Campo dei Fiori, mercado de antigüedades, donde solía ir en compañía de Mario Garza Ramos a hu-

ronear por los puestos en busca de baratijas y ediciones de libros ilustrados. Allí compré una vez una primorosa antigua edición ilustrada de Petrarca, por unas cuantas liras.

En Italia todavía se hacen buenos libros, elegantes encuadernaciones, y no quise dejar de tener un recuerdo duradero de mi convivencia con aquel pueblo, cuya alta artesanía aparece en sus tradiciones artísticas. Desde antes de salir de México tenía la intención de publicar una antología de la poesía mexicana moderna, a la cual había consagrado ya muchas lecturas, estudio y sincera aplicación. Buena parte de este trabajo estaba ya elaborado, pero para no incurrir en errores volví a revisarlo, reescribí algunas notas críticas, leí de nuevo repetidas veces la obra completa de algunos poetas, para estar seguro de la selección. No me limité, como ciertos antologistas a transcribir poemas aparecidos en anteriores antologías, sino que señalé lo más característico de cada poeta; incluso hice copiar libros completos agotados y que solamente podían ser consultados en bibliotecas.

Uno de mis amigos, librero de Roma, me recomendó la *Stamperia Poligráfica Tiberina*, y me mostró algunas de las impresiones ejecutadas en ella. Fui a visitar la imprenta para cerciorarme de sus posibilidades y terminé confiándole el original que se convirtió, después de una revisión paciente y laboriosa, en un volumen impreso con gran nitidez, en papeles de la Casa Fabiano y empleando los caracteres Bodoni, que ponen de manifiesto el buen gusto de la tipografía italiana.

No habían pasado muchos meses de la aparición de mi *Antología de la poesía mexicana moderna* cuando comenzaron a llegarme testimonios de su éxito. Muchos periódicos y revistas de Europa y América la consideraron la mejor y más completa compilación de la poesía mexicana, pues sus juicios justos y certeros, prescindiendo de interesadas apreciaciones de grupo, daban a cada quien lo merecido.

Uno de mis deseos era conocer las ciudades de Italia que concentraran los monumentos y obras de arte más representativos. La selección es difícil por cuanto abundan de todas las épocas aun en pueblos de escasa importancia. El genio de esta nación está presente por donde quiera. Sin embargo, Florencia resalta de entre todas sus ciudades, por eso la visité repetidas veces.

Mis primeros pasos en esa ciudad de bellas iglesias y severos palacios, de plazas y logias exornadas de mármoles, de museos y galerías pletóricas

de cuadros magistrales, y surcada por un río que entona amablemente su paisaje civil, vibran con las imágenes de su historia y el son armonioso de su lengua. ¡Florencia! ¡Cuántos ensueños me despertó tu nombre! He atravesado distancias universales para venir a contemplarte. Tu arte riguroso es una lección para el espíritu, el gozo de una pasión ideal. Pero qué difícil es aprender a ver. He tenido que disciplinar mis impulsos. Pues en estos ámbitos hechos de formas y de colores hay que mantenerse alerta. Fui naturalmente a visitar los palacios florentinos, que se parecen entre sí por su línea horizontal bien marcada, su traza geométrica, sus ventanas en forma de arco, los pisos superiores generalmente divididos por columnas y rematados por cornisas. Los he contemplado bajo la luz familiar del día y en la seducción espectral de la noche. Por las mañanas he recorrido las iglesias y los claustros, he consagrado emocionadas visitas al Museo Municipal y a las galerías de los Uffizi y el museo Pitti.

Tocome en suerte ver la exposición de los Médici en su propio palacio, en el que se congregaron numerosísimas obras de arte procedentes de diversos países y que recordaban el esplendor de aquella familia que tanto influyó en la expansión del Renacimiento. Excuso decir la admiración que me causó aquel soberbio conjunto que retrataba la opulencia y el gusto de tan magníficos señores.

Hicimos una excursión a Nápoles cuya tradición griega se recuerda. La belleza de su bahía, los accidentes de su costa, que el Vesubio domina, y el ámbito refulgente de sensualidad que la ciñen, constituyen un espectáculo de pompa y esplendor. Sus iglesias y teatros, con abigarramiento de mármoles y doraduras, dan la impresión de un fasto chillante, sin embargo, se hallan en armonía con el temperamento de los napolitanos.

Fuimos a Posilipo, a Capri y a Pompeya. Casi sin querer terminé apasionándome por el hallazgo de la vida privada de los romanos en la ciudad a la que sorprendió la muerte en la época de Tito. Aparecen sus calles y plazas embaldosadas, las columnas de sus templos, sus anfiteatros, edificios públicos y, sobre todo, sus casas pavimentadas de mosaicos, dispuestas en torno a una galería, y otros vestigios de su arquitectura. Mejor que todas las explicaciones de los libros, esta visita me dejó la más completa visión de las costumbres romanas, públicas y privadas, del arte familiar, de sus hábitos funerales y hasta de sus sentimientos, revelados en la delicadeza de sus ornamentaciones y esculturas. Recorrimos los pueblos que

están a lo largo de la costa, Sorrento, Amalfi y Salerno, e hicimos una excursión inolvidable a los templos griegos de Paestum, dedicados a Ceres y Neptuno.

En mi primer viaje a Italia había estado en Milán, cuya catedral me decepcionó, pues conociendo las catedrales de Francia, Bélgica y Alemania, sentí que le faltaba la esbeltez, la grandiosidad y la gracia del verdadero gótico. En mi segunda estancia volví a visitar con apasionado espíritu Siena, Padua, Verona y la pequeña ciudad medieval de San Gimignano, que con sus torres recuerda la época de Dante; me detuve conmovido en Ravena, Rimini, Urbino, Parma, Ferrara, Placencia y Bolonia y me emocionó la ciudad mística de Asís con sus extraordinarios frescos de Giotto, lo mismo que la catedral de Orvieto tan semejante a la sienesa, aunque más clara y brillante. En este desfile figuran también con hondo sentimiento Perugia, Arezzo y Pisa, plástica en su inverosímil equilibrio.

Mi gusto por los viajes me llevó también al puerto de Brindisi; aprovechando mis vacaciones anuales me embarqué para un crucero de un mes por el Mediterráneo oriental, incluyendo a Egipto, Líbano, Grecia y Turquía, donde volvería años más tarde.

En aquel viaje escribí una crónica sobre Egipto y el poema “Elegía mediterránea” contenido en *Memorial de la sangre*. Los poemas iniciales de la segunda parte de este libro, *La memoria y el viento*, los había escrito desde mi primera residencia en París, 1929-1930. Mientras que los poemas mayores de la primera parte los concebí en Bruselas y Varsovia. Al vanguardismo emotivo, radical y psicológico de mi juventud, siguieron otras formas de expresión y de experiencia. Con el tiempo mi poesía avanzó de una manera esencial y no puramente técnica. La duración existencial, el pulso de los días jugó en ella un papel primordial, imprimiéndole un movimiento de fuerza vital. No tiende ya a plasmar la fugacidad de los acontecimientos, sino a buscar la permanencia del ser en su total realidad: es el fruto de una diferente intencionalidad.

Por supuesto, la metáfora no desaparece, con su significación múltiple y sintética, pero el poema no reposa en ella exclusivamente. La continuidad temática es mayor, más apretada, más coherente y acaso deja pasar percepciones y sensaciones más complejas, y no únicamente por una cuestión de estilo, sino de la concepción misma de la poesía y del lenguaje que transmite algo profundo de mi subjetividad.

De vuelta a Roma, asistí una noche, en el jardín de la Casina de las Rosas, a la representación de una comedia de Goldoni al aire libre, entre los rosales y bajo el brillo de la luna, que era de un espléndido encanto.

Siempre he tenido entusiasmo por el teatro. En Roma las actividades teatrales eran muy intensas y los programas sumamente variados. Cada temporada había un espectáculo shakesperiano. Al actor Ricci le vi una versión de *Hamlet*; a Cervi otra de *Otelo*. Se representaron además *El mercader de Venecia*, *Como gustéis* y *Sueño de una noche de verano*. Rugiero interpretó magistralmente *Macbeth*, *Enrico IV* y los *Sei, personaggi in cerca d'autore*. Al artista Nino Bezosi lo vi en *Espectros* y otras piezas de Ibsen que, de vez en cuando, se presentaron también con otros intérpretes y con una técnica diferente. No faltaban las representaciones de las comedias de Oscar Wilde, y entre las mejores me vienen al recuerdo las de la Ferrari, una bella actriz que desempeñaba con gran donaire *Una mujer sin importancia* y *El abanico de lady Windemere*.

Todavía alcancé a ver en la escena al viejo Zaconi en los *Diálogos* de Platón y en ciertas representaciones del teatro romántico, donde lograba sus mayores éxitos. A Emma Grammatica la aplaudí muchas veces en obras de Pirandello, de cuyos personajes hacía una sutil y escrupulosa interpretación. Me gustaron sus actuaciones en *Vestire Gli Ignudi*, *Come tú mi Vuoi*, *Così é*, *Tutto Per Bene*, *La Regione Degli Altri*. No faltaban tampoco las representaciones de las obras de D'Annunzio. También una inteligente artista, la Melani, vivía magníficamente sus personajes.

Las comedias de Goldoni se veían, a veces, en los escenarios del Teatro Argentina o en el Eliseo; chispeantes de gracia y humorismo, reflejaban las costumbres y peculiaridades de la sociedad del siglo XVIII. En el teatro se presentaban comedias de autores jóvenes, pero no recuerdo nada que me impresionara. En cambio, me gustaron algunas obras del repertorio norteamericano y las exhibiciones del Teatro Degli Arti, dirigido por Bragaglia. Ese pequeño teatro tenía su plataforma giratoria, muy útil en los espectáculos en que hay variedad de escenas, como *La Celestina*, que se escenificó con la mayor propiedad y gracia. El grupo teatral era realmente interesante; había sobre todo una artista muy joven, Alida Valli, de grandes dotes, a la que vi representar varias obras, entre ellas una pieza de Gogol y el drama de O'Neill *Anna Christi*. Vi también otras muchas piezas de teatro de vanguardia y algunas farsas y juguetes interpretados con renovada expresión. La lista

de títulos sería interminable si me pusiera a señalar todos los programas que gusté.

De la ópera de que tan apasionados son los italianos, guardo muy fiel recuerdo. Las representaciones tenían lugar en el Teatro Real, entonces en su apogeo, con algunos cantantes de fama mundial como María Caniglia y Benjamino Gigli. Pero las más hermosas representaciones eran aquellas en que intervenía el cuerpo de *ballet* que danzaba mientras el coro y los cantantes quedaban disimulados en la penumbra. Vimos así *El gallo de oro* y el *Príncipe Igor*. La primera bailarina era Atilia Radice, quien actuó muchas veces en la ópera, así como en el Teatro Degli Arti, donde para una función de caridad bailó, magistralmente, *El sueño del soldado* de Stravinsky.

En la política cultural del fascismo jugaban un papel de primera importancia las grandes representaciones de ópera en las Termas de Caracalla llevadas a cabo en un escenario espectacular, en el vastísimo recinto rodeado de pinos e iluminado por el claror de la luna.

Las horas de trabajo en la legación eran por la mañana. A veces salía de mi despacho a la terraza en compañía de mis amigos, los secretarios José Gorostiza y Francisco González Guerrero, con quienes comentaba las noticias políticas e internacionales que cada día se iban complicando y requerían una atención sagaz, pues alternaban los discursos engañosos con actos agresivos que hacían confusa la situación. Frecuentemente lo que decía el jefe de gobierno estaba en contradicción con sus actos sorprendidos, y en otras ocasiones éstos se adelantaban al estruendo de las palabras.

La grandeza imperial construida sobre la aventura de Etiopía, no dejaba de causarme cierta tristeza y un sentimiento de disgusto y desilusión frente a la tolerancia y complicidad de las grandes potencias. Allí estaban los despojos de África, el León de Judea, los fastos públicos, el triunfo cesáreo, la imitación de la edad antigua y, en fin, los gestos del dictador, los grandes desfiles ornados con las insignias de Littorio y la gloria clamorosa y sangrienta aceptada por el mundo occidental con todas las consecuencias que produce la fuerza intolerante y agresiva. Así, mis años de Roma fueron de encantamiento y de tormento, porque el sueño de belleza que exaltaba mi imaginación encontraba en el teatro del despotismo un germen de dolor y muerte.

Por ser Italia la patria del humanismo, tienen sus gobernantes el hábito de tomar lecciones y ejemplos del mundo clásico. El carácter de Mussolini

no escapó a este rasgo, se inspiró siempre en ideales históricos; estudiaba los problemas modernos, pero no apartaba su mente del pasado, de la Antigüedad Mater. Puso gran ardor en hacer resaltar la inteligencia y la belleza de Roma. Se presentaba como César, caudillo, escritor, guerrero, protector de las letras y de las bellas artes, por más que su dictadura afectó toda la creación artística, debido al servilismo corruptor. A iniciativa suya se emprendieron grandes trabajos arqueológicos. Hizo restaurar el *Ara Paccis* y los arcos triunfales, columnas y templos en medio de jardines de mirtos y pinos parasoles. Se inspiraba de manera continua, casi exclusiva, en César. No me explico cómo Ludwig niega tan marcada influencia. Ocasionalmente soñará con otros héroes, leerá al emperador Claudio, a Maquiavelo y a algunos nacionalistas italianos del siglo XIX, pero César será su norma constante. Los autores dramáticos escribían obras en que aparecía con rasgos que lo identificaban con ese ideal, y para perpetrar el mito mandó troquelar su perfil en bronce numismático. Una vez vi una pieza que, si mal no recuerdo, se titulaba *César*, representada por un buen actor que ponía los gestos y actitudes del dictador fascista en la figura del emperador romano. Sus recientes marchas imperiales levantaban aclamaciones de un público enajenado por el éxito de las conquistas africanas.

Mussolini se retrataba siempre en gallardas actitudes, saliente el pecho, ora segando el trigo, ora manejando un tractor o un avión, o vistiendo el uniforme de los *bersaglieri* en un ejercido de paso veloz. Nada nuevo creaba el fascismo, en realidad; la loba romana y los haces de La Littoria sólo evocaban la visión de un mundo decrepito.

Para impresionar al pueblo, Mussolini hizo esculpir en la Vía del Imperio mapas comparativos entre la Italia de César, la de fines del siglo XIX, y la suya, que sus agresiones dilataban, más allá del Mediterráneo, el “Mare Nostrum”, como él en sus discursos proclamaba, amenazando las posesiones militares de Inglaterra. También mandó construir un estadio, decorado con marmóreas estatuas, que recordara su magnificencia, e hizo obras de salud pública, como el saneamiento de los pantanos pontinos, vieja promesa de gobiernos anteriores, creando en la zona cuatro ciudades, con lo que consiguió sugestionar al pueblo en sus fantásticos ensueños –pues no fueron otra cosa– arrastrándolo después a una aventura funesta.

El fascismo pretendía encarnar la energía juvenil, el primer elemento en la organización lo constituía la niñez. Al nacer, ya el Estado fijaba al

infante su destino. Hasta los seis años, Figli della Lupa. De los seis años a los doce formaba parte de la institución Balila. De esta edad a los dieciocho se le consideraba Avanguardista, y después, Fascista. El deporte estaba dirigido por la Educación Física y Escolar, así como por la institución de los *Dopolavore*. El alma del niño era modelada de acuerdo con los intereses del régimen: “respeto al *Duce*, odio al extranjero e instintos de agresión violenta”. La juventud destinada a integrar los futuros cuadros militares tenía el estímulo de los uniformes, las jerarquías, las condecoraciones y el puñal.

El Duce era el ídolo de la juventud fanatizada. En ocasiones los padres temían hablar francamente delante de sus hijos. La hija de diecisiete años de unos amigos nuestros nos dijo un día, que había roto con su novio porque este no era fascista de alma. Más tarde el padre me comentó: “Es preferible que este noviazgo haya terminado, no porque el muchacho no sea fascista, yo tampoco lo soy, siendo inválido de la otra guerra, sino porque torpemente cree que el comunismo prosperará en Italia y que los fascistas van a su ruina. ¡No parece ser muy inteligente para creer esto!”

En aquellos días, contemplando la arrogancia, el orgullo, la seguridad dominadora, el aplomo triunfal de aquellos hombres, nadie hubiera pensado lo que les deparaba el destino.

La actitud provocativa de Mussolini y sus nuevas agresiones en los Balcanes fueron afirmando su solidaridad con la Alemania nazi, a pesar de la enemistad del pueblo italiano hacia los alemanes, pues todavía estaban vivas las heridas de la guerra anterior. El desprecio de Mussolini hacia la opinión pública era tan olímpico que ni siquiera se había tomado el trabajo de prepararla convenientemente. Y, a pesar de que los periódicos ensalzaban a los alemanes e insultaban a los aliados, sólo la juventud formada por las milicias fascistas simpatizaba con esta posición. Los adultos recordaban aún la guerra anterior, que había costado seiscientas mil vidas italianas. Sabían que el enemigo histórico de Italia era Alemania. Huérfanos e inválidos de guerra estaban profundamente resentidos. Todavía la víspera de la declaración de guerra unos amigos italianos me decían: “Vamos a entrar en guerra; esperamos que al menos sea del lado de los aliados”.

Nunca olvidaré el día en que Italia declaró la guerra. Fue uno de esos días tirrenos llenos de sol. Apenas me había levantado, cuando me informaron que en las primeras horas Mussolini había atacado traidoramente a Francia. Desde la mañana, la radio y la prensa habían convocado al pueblo

para escuchar la palabra del Duce. Automóviles con altavoces circulaban por las calles, invitando a la plaza de Venecia. Los camisas negras en motocicleta, recorrían las calles ordenando a gritos reunirse en los puestos de radio. En los parques públicos, los magnavoces ululaban lemas de exaltación fascista, mientras los guardias empujaban a las madres y a las nanas hacia los resonantes aparatos.

Desde el balcón del palacio de los antiguos embajadores de Venecia, Mussolini lanzaba, en medio del vocerío de sus milicias, “palabras irrevocables”, como él mismo dijo. El público no sabía en aquellos momentos que los hechos se habían adelantado a las declaraciones oficiales, y que desde la madrugada del mismo día, las tropas de asalto habían sido arrojadas por sorpresa sobre las posiciones francesas de los Alpes. Así creía Mussolini completar su grandeza, cuando en rigor cometía un acto de alevosía y deshonor.

A los primeros días de agitación y movilización siguieron las alertas en la inquietud de la ciudad oscurecida. Se clausuraron las galerías de arte. Los arcos de triunfo y los monumentos quedaron cubiertos por andamiajes y saquillos de arena; estos fueron también colocados en los edificios públicos y en muchas casas particulares. Se suspendieron las óperas al aire libre y no volvimos a ver más las comedias de Goldoni en los jardines de la Villa Borghese. En fin, mucho de lo que contribuía a alegrar el espíritu de Roma desapareció.

Como medida de seguridad, yo había mandado acondicionar los sótanos de la legación, pero el trabajo no me pareció muy satisfactorio, porque toda la defensa se reducía a cubrir las ventanas con sacos de arena, sin la estructura de hierro y cemento que debería reforzar la solidez de los muros. Es cierto que las incursiones de los aviones aliados no tenían otras finalidades que las de propaganda, limitando su acción a lanzar volantes de inculpación al fascismo, pero las granadas de artillería antiaérea en las manos inexpertas de las milicias, estallaban múltiples veces en el suelo, causando estragos entre la población civil, lo que motivó, ante la queja general, que esa artillería pasara a las fuerzas de la Marina.

El gobierno italiano lanzó un llamamiento ordenando la evacuación de niños y mujeres de Roma, donde únicamente deberían quedar los hombres. En previsión de ataques formales, y para librar a nuestras familias de ese ambiente de zozobra, que ensombrecía aún más el ulular de las sirenas y el estado de agitación en que se mantenía la población, hice, en compañía del

primer secretario, Gorostiza, un viaje en ferrocarril rumbo al Adriático, en busca de un lugar más tranquilo y seguro para nuestras familias. Llegamos hasta Pescara, tierra de Gabriel D'Annunzio, pero aquella playa descubierta, muy agradable en condiciones normales, no ofrecía la protección requerida. Optamos por un pueblecito de los Abruzzos, llamado Tagliacozzo, sin más interés militar que la referencia de la famosa batalla en que venció el viejo Alardo, según reza la cita de Dante, a la entrada de la ermita que corona la altura del pinar. Allí instalé a mi familia aquel verano de 1940. El lugar era hospitalario, con una bonita plaza, prados pastoriles y sonos de campanas que nos ponían en pie muy temprano.

El día de la llegada a Tagliacozzo, Manuel, muy impresionado por la cadencia y el ruido del tren, se apoderó de una banqueta que había en el comedor y sentado iba de un extremo a otro repitiendo *tompino, tompino, tompino, tompino* y así por horas interminables. Por más que mi madre lo llamaba “ven acá, mi *tompino*”, el niño seguía con su concierto ferroviario.

Al resguardo de los míos en una casa modesta, sin ornato, pero aceptable, invité a los González Guerrero, que no habían podido encontrar alojamiento. La casa, pequeña, favorecía el trato íntimo, reforzando así nuestra amistad. Pues tanto Francisco como Xóchitl amigaron cordialmente con mi madre, mi esposa y mi hermana. Manolín les tenía adoración a los dos. Todos los días, temprano, se plantaba frente a su ventana y gritaba: “Xóchitl, te quiero mucho”. Un día Pancho boxeó con él y fingió quedar vencido. El chico se irguió y, golpeándose el pecho, gritaba alegremente: “Yo le gané, yo le gané”. Cuatro años después, cuando nos volvimos a ver, Manuel recordó bruscamente la escena, que le había producido un efecto sorprendente, y exclamó: “A usted, de chiquito, le gané en el boxeo”. ¡Cuánto nos reímos!

La relativa cercanía de Tagliacozzo y Roma nos daba la facilidad de ir a la oficina diariamente y regresar de noche. Esto es lo que deseábamos pero pronto nos dimos cuenta de que no era posible, pues el trabajo había aumentado. Entonces optamos por ir al pueblo los fines de semana. Así se nos fue el verano. En el invierno todas las familias refugiadas en la montaña regresaron a Roma, pues el frío y la falta de confort hacían la vida insoportable. En Roma la situación era más o menos la misma. Los aviones enemigos se limitaban a lanzar propaganda antifascista, pero las sirenas y el fuego antiaéreo ponían nerviosa a la gente. Mi madre también lo resentía, y yo pensaba ya en mandarla a México.

Los víveres comenzaron a escasear y el gobierno repartió cupones de racionamiento para ciertos alimentos. Al principio de la guerra no sufrimos hambre aunque carecíamos de carne, pero no faltaban algunos volátiles. Lo que sí se agotó inmediatamente fue el café. Para reemplazarlo apareció un grano misterioso, desabrido y que para colmo denominaban café mexicano, pero éste también se acabó. Tostaron garbanzos y bellotas, que a su turno se terminaron. Entonces se recurrió a la flor de jamaica que se servía caliente en bares y cafés. También escaseó la gasolina, las colas para los autobuses eran interminables y raras veces se veían coches particulares.

Como respuesta a la crítica de mi Antología no tardó en hacerse sentir la maniobra burocrática, y me trasladaron a Lisboa desposeído de mi carácter de jefe de misión. Supuse que este acuerdo se había tomado a espaldas del presidente Ávila Camacho, quien siempre me distinguió con su amistad y consideración; pero no quise decir nada en aquel momento porque me convenía ir a Portugal para enviar a mi madre y a mi hermana a México. Acepté provisionalmente la sanción vengativa, y con los míos tomé el tren vía Marsella. Después de acomodarnos en el hotel hicimos un paseo por la ciudad; pasé por la calle Vieux Port para saludar a mi amigo Jean Ballard, director de la revista *Cahier du Sud*.

Nuestro cónsul general en Marsella, el profesor Gilberto Bosques, su esposa y sus hijos nos acogieron con gran alegría y nos obsequiaron con una comida mexicana que nos resultó doblemente agradable después de las privaciones de Italia. No sé qué prodigios de ingenio habrá desplegado María Luisa para haber logrado aquel banquete en las difíciles condiciones de aprovisionamiento que había en Francia.

Al día siguiente fui en compañía de Gilberto a visitar el castillo de Reynard, en Saint Menet, donde residía un numeroso grupo de refugiados españoles amparados por la bandera de México. Hablé con uno de éstos, Agustín Fonfía, ex alcalde republicano, con quien tenía un lejano parentesco, el cual se mostró muy reconocido a los desvelos de Bosques para organizar actividades estimuladoras de trabajos, estudios y ocios recreativos, que contribuían a mantener la moral de los asilados.

Cuando emprendimos el viaje a Lisboa no hacía mucho tiempo que había terminado la Guerra Civil de España. En la frontera se negaron a aceptar nuestros boletos de *pullman*, con el pretexto de que no había tal servicio. Como mi madre estaba inválida, y para mayor comodidad del niño,

alquilé todo un compartimiento y el jefe de la estación puso un cartel con la inscripción “reservado”. El tren no tenía ni un solo vidrio; los forros de las banquetas estaban rotos y se advertían trazas de balas por dondequiera. Nos instalamos en el compartimiento con una hora de adelanto, como nos lo había indicado el jefe de estación. Mi hermana se sentó al lado de mi madre, que extendió su pierna enferma en la banqueta, mi hijito se acostó con la cabeza en las rodillas de Blanca, que estaba sentada a mi lado. Pensábamos hacer un viaje cansado y frío, ya que la corriente de aire era muy fuerte, pero no nos imaginábamos lo que iba a ser. A unos cuantos días de la guerra civil, los espíritus estaban todavía llenos de rebeldía. En cuanto el tren se puso en marcha, una multitud invadió nuestro compartimiento. No solamente mi madre tuvo que incorporarse para que se sentaran otras personas, sino que la gente se instaló en el piso, todos aglomerados, pegados a nuestras piernas. El tren se paraba y volvía a seguir sin que se supiera por qué. Debido al frío, mi chico se enfermó. Cuando llegamos a Barcelona tenía muchísima fiebre, por lo que renunciamos a seguir el viaje y nos instalamos en un hotel donde, al enterarse de que éramos mexicanos, nos atendieron con el mayor esmero. Llamaron a un médico, que diagnosticó congestión pulmonar. Pusieron una sirvienta a nuestra disposición y constantemente la esposa del propietario venía a informarse de la salud del chico. Cuando el médico consideró que se había salvado, esto fue motivo de alegría no solamente para nosotros, sino también para el personal del hotel. Gracias a ellos sentimos la verdadera hospitalidad española.

Después de que el médico dio su autorización seguimos el viaje, pero las condiciones fueron idénticas, y aunque Manuel iba muy bien abrigado llegó a Madrid con pulmonía. Otra vez en el hotel, y otra vez la ansiedad por su salud. En esta época no existían los antibióticos, así que la vida del niño estaba en serio peligro. Fueron días de verdadera angustia. Yo me salía algunas veces a caminar un poco para escapar de ese ambiente de opresión y tristeza. Un día, en una de esas salidas, encontré a un amigo que era allí embajador y le conté mis penas. Él inquiría todos los días por la salud de mi hijo, y cuando le dije que ya nos autorizaban a irnos me anunció, con gran alegría de mi parte, que a su solicitud ponía el gobierno un vagón especial a nuestra disposición. Gracias a él llegamos cómodamente a Lisboa con el chico convaleciente.

Alquilamos en Lisboa un piso agradablemente amueblado, en casa de una viuda con manías nobiliarias que se hacían sentir en el atuendo y en el

ceremonial de su servicio. Pronto me familiaricé con el portugués, leyendo periódicos y libros, pues como dice Sarmiento, es lengua que no necesita aprenderse.

Lo más importante para mí, en ese momento, era mandar a mi madre a México en un barco de bandera neutral. Lo conseguí, no obstante las dificultades, en un trasatlántico de matrícula sueca que hacía la travesía entre Lisboa y Nueva York con la anuencia de los beligerantes.

Resuelto el problema de mi familia me dirigí a un amigo en México, informándole la sospecha de que mi traslado obedecía a una mala jugada de venganza literaria. No tardé en recibir respuesta: “Tiene usted razón; su instinto de hombre no se equivocó. Efectivamente, fueron intrigas de ése... pero cuando yo le hablé al presidente Ávila Camacho, ya había ordenado su reposición”.

Sólo tres meses permanecí en Lisboa. Se me otorgó la visa de tránsito que, como la anterior, fue gestionada por la embajada de El Salvador en Madrid. Esta vez conseguimos boletos de avión y viajamos por la Alitalia, que apenas se detuvo en Barcelona.

Una de las dificultades ocasionadas por la guerra era que en los aviones no se podía llevar más de diez kilogramos de equipaje por persona; no se admitía exceso, y el sobrante había que despacharlo por carga, que según nos prometieron llegaría un mes después, pero en realidad tardó seis meses. No nos llevamos más que un traje de verano y un abrigo; el peso complementario lo utilizamos para la ropa del niño, pensando comprar nosotros lo necesario para el mes de espera. La mala suerte quiso que la misma semana de nuestro regreso se hubieran racionado todos los artículos. Además del precio, las mercancías tenían señalado su equivalente en bonos de racionamiento. La compra de zapatos exigía el sacrificio de los cupones a que teníamos derecho por un lapso de tres meses, de manera que sólo alcanzamos a comprar un par de zapatos. El frío llegó antes que nuestros baúles. El secretario Garza Ramos nos prestó unos suéteres, otros amigos unas cobijas de lana, y así la pasamos. Felizmente el invierno no fue muy intenso ese año, pero a nosotros nos pareció que estábamos en Siberia, porque además de mal abrigados teníamos una alimentación sumamente deficiente. Una persona tenía derecho al mes, a dos litros de leche, cuatrocientos gramos de mantequilla y un huevo a la semana, así como noventa gramos de pan (un bolillo) al día. No sé qué ingredientes intervenían en su composición

(decíase que era aserrín); nos caía en el estómago como plomo, no se digería rápidamente, lo que tenía la ventaja de ayudarnos a no sentir hambre. Las cosas que no estaban racionadas era porque no existían en las tiendas. Si se conseguía un trozo de carne había fiesta ese día. Algunas veces mi mujer o los amigos encontraban un gran pescado o un guajolote, que compraban entero para repartírselo solidariamente. De esta manera nos ayudábamos los unos a los otros para común beneficio, ya que, como nadie tenía refrigerador, era imposible guardar comestibles. Para colmo daban únicamente tres veces al día media hora de gas, pero con tan débil llama que el agua de una olla no llegaba a hervir. Habíamos conseguido un poco de alcohol, de modo que al llegar el gas, acumulando calor, se lograba la ebullición. En esta agua se echaban los pocos comestibles que se encontraban. El hambre hacía que todo nos gustara. En las conversaciones con los colegas sólo se hablaba de alimentos y dónde encontrarlos.

Cuando llegaron nuestros equipajes había entrado la primavera. Con ellos venía un saco de café que mi mujer trocaba con el farmacéutico por vitaminas, leche en polvo y galletas para el chico. Como a Blanca, que estaba encinta, le vino nefritis, el médico le aconsejaba no dar a luz, a lo cual ella se negó rotundamente. Con este motivo se le ordenaba tomar tres litros de leche al día, pero aunque la receta estaba aprobada por las autoridades fue letra muerta su cumplimiento.

Un día Blanca consiguió un queso parmesano, grande y grueso como una rueda de automóvil. Nunca olvidaré las exclamaciones de alegría de los amigos, pues hacía más de un año que el queso había desaparecido. Esto sí que nos ayudó mucho. Solamente quienes han tenido hambre de verdad pueden saber lo que significó.

Antes de que la guerra tomara el giro resueltamente adverso que adquirió para el Eje, a partir de la derrota del norte de África y de Stalingrado, Italia era ya un país avasallado, sujeto a fuertes exacciones de toda clase de artículos de consumo. Los soldados alemanes, favorecidos por un tipo de cambio ventajoso, tenían derecho de expedir a su casa bultos postales por expreso, y todos usaban de tal prerrogativa en forma libérrima. La obra de saqueo fue rápida, motivando suma escasez de todo. “En el país donde florecen los naranjos” no volvimos a ver ni una naranja. Sí: una vez el mayordomo, compró unas a precio de oro, pero, ¡qué decepción!, estaban secas. Corría la versión de que por algún procedimiento los alemanes les

extraían el jugo, para mandarlo a Alemania. Un día, en la calle, vimos pasar un camión, conducido por alemanes, cargado de patatas. Dos jovencitas, al verlo, no pudieron contener su contento: “¡Papas, papas, vamos a comer papas!” Una pareja que venía en sentido contrario dijo con mal humor: “Tontas, ¿no ven quién maneja el camión?” Y siguieron su camino, mientras las chicas se quedaban anonadadas de desilusión.

Sobre las privaciones, tuvo el pueblo italiano que sufrir una nueva decepción: la declaración de guerra de los Estados Unidos, después del atentado japonés a Pearl Harbor.

Aunque el italiano no tenía una gran educación política, es un pueblo despejado que conoce las realidades extranjeras a pesar de los medios empleados por el régimen para que las ignorara, de modo que conocía las condiciones de ventaja de la industria norteamericana y lo que esto significaría en el curso de la contienda.

La declaración de guerra de los Estados Unidos tuvo inmediatamente una repercusión en la América Latina. Como firmantes de la Convención de Montevideo, todos los países de nuestro continente estaban obligados a solidarizarse con el agredido. La primera medida que adoptó el gobierno de México fue romper sus relaciones diplomáticas con los países agresores. Inmediatamente que recibí instrucciones de notificar al gobierno italiano esta decisión, y las causas que la fundamentaban, me trasladé al Palacio Chigi (sede del ministerio de Relaciones Exteriores) para entrevistarme con el conde Ciano y hacerle entrega de la nota. Nuestra entrevista fue fría pero cortés. Después discutí con los jefes del Protocolo y de los Asuntos Transoceánicos el régimen que se adoptaría para la misión, previniéndoles que daría a conocer éste a mi gobierno, por medio de nuestra potencia protectora, a fin de adoptar medidas de reciprocidad con el ministro y el personal italiano en México. Convinimos en que yo seguiría gozando de plena libertad, sin más restricción que no poder abandonar la capital ni usar de las prerrogativas inherentes al fuero diplomático, tales como el empleo de claves, valija, etc. Convinimos, además, en dejar un empleado en México y en Roma, respectivamente, para que auxiliaran a las potencias amparadoras.

Este tratamiento era favorecedor para nosotros en virtud de que no habíamos llegado a la declaración de guerra, pues otros colegas fueron confinados en sus propias misiones. Suecia se encargó de nuestros intereses, y su colaboración fue la de mayor utilidad para la protección de la colonia

mexicana. Siempre recordaré reconocido las atenciones que nos prodigaron el ministro y los demás miembros de la legación, y el celo que pusieron en defender los intereses de México.

Nos notificaron que estuviéramos listos para salir con un previo aviso de veinticuatro horas, así que empacamos y entregamos los equipajes. Pero las negociaciones para el canje formaban un todo con los países que ya habían declarado la guerra y se prolongaron por espacio de cinco meses, de modo que pasamos la primavera y el verano con ropa invernal, después de haber tenido frío en invierno. Durante estos cinco meses jamás sufrimos, ni yo ni mi familia ni los demás componentes de la misión, la menor molestia; el trato que recibimos de los funcionarios fue siempre de la más acabada cortesía. El día previamente fijado para nuestra partida tomamos el tren en la estación de Ostia. El gobierno había cuidado que nuestro embarque no se efectuara en lugar tan concurrido como la estación central, para que el público no advirtiera las manifestaciones de simpatía de los amigos italianos, que fueron muy expresivas.

Pasé en Roma cuatro años inolvidables, fecundos, en que vi sosegadamente las obras de la antigüedad clásica, sus museos y sus viejos palacios. Gocé cuanto me fue posible de su teatro y estudié su lengua.

Quien haya vivido en Italia comprenderá la emoción que me embargaba en aquella despedida. No en vano Goethe soñó allí y recibió inspiración para algunos de sus mejores dramas; Shelley y Keats tienen allí sus tumbas. Como tantos viajeros, yo también sentí su virtud fascinadora, y sigo conservando por su arte, por su literatura, por su idioma y por su gente, profunda admiración.

IV. Lindezas de Portugal

A1 llegar a la frontera de Portugal resonó por todo el tren un grito: “Pan blanco, pan blanco”, los vendedores, sabiendo cuánta hambre habían padecido los que llegaban, acudían con bandejas de pan candeal. Los compañeros de viaje, al ver de pronto las bandejas colmadas, hacían eco a los vendedores, y Manuel saltaba de gusto.

En otro tiempo nos hubiera afligido dejar un país como Italia, pero en vista de todas las angustias y privaciones que ocasionaba la guerra, el salir de Roma nos pareció una ventura. La llegada a Lisboa, con su clara alegría de ciudad pacífica, sus grandes vías, su abundancia de provisiones, de vinos, de golosinas, su delicadeza barroca, sus activos intercambios internacionales, evocaba la confianza de la Europa de antes de la guerra y nos hacía por momentos olvidar los recientes sacrificios, compensándonos con su amable urbanidad.

La placidez de Lisboa parecía envuelta en una atmósfera clara y azul de todos los tonos. ¡Cuántas puertas y balcones azules! Azul de cielo, acero, turquí, marino, de Sajonia, y otro más intenso que llamábamos de Portugal. Azul el cielo y el Atlántico que la contempla. Era la capital de la abundancia y de la paz. Playas doradas en las márgenes del Tajo y de Estoril, emporio de la aristocracia desarraigada. Ciudad señorial y popular, con sus *ruas* adoquinadas, sus terrazas protegidas por toldos de sombra y sus plazas alborotadas de chiquillos y palomas. Blanco y azul sería una fórmula de optimismo válida sólo para los extranjeros, porque los portugueses padecen de saudade, desaliento y pesimismo.

Lisboa era entonces una ciudad propicia a las más audaces fantasías. Gente de todas razas, de todas las situaciones, convivía cimentando esperanza o alimentando ilusiones. Se podía uno encontrar de manos a boca con un intelectual que eludía la hornaza de la guerra en su país, o tomar el aperitivo

en las elegantes tabernas del Chiado con un príncipe que venía huyendo de la furia popular. Por las avenidas de aquella ciudad, decoradas con guijas de colores, ambulaban las individualidades más extrañas, y todo era posible en encuentros personales por la avenida de la Libertad o en los cafés y librerías que bordean el jardín engalanado con la estatua de Camoens.

Don Juan Valera encontraba al país pintoresco, la ciudad muy rara y no parecida a ninguna otra de Europa, cuando vivía en Lisboa como secretario de la legación de España. Lisboa tiene, en efecto, una singular disposición y llaman la atención sus ascensores y funiculares. A mi hijo Manuel lo que más le fascinaba eran esos funiculares que él llamaba “el tren de la flechita”.

Por las calles de Lisboa discurrían mujeres del pueblo, descalzas, ataviadas de manera colorida, portando en la cabeza cestas o bateas colmadas de pescados, pregonados con agudas voces. Cada vez que rememoro la vida lisboense en el tiempo, veo la silueta de estas vendedoras realmente asociadas a la estampa de la ciudad. Una anécdota de pescado me viene a la memoria. Un día que madame Fernández, esposa de nuestro cónsul, compró una enorme dorada y le dijo a la sirvienta que la aderezara íntegra, pues así alcanzaría para la noche, ésta le contestó con la muletilla portuguesa “si Dios quisiere”. Por la noche, sin embargo, no quedaba ni espectro del pescado. “¿Qué pasó?”, preguntó la ama de casa. “¡Dios no quiso!”, atinó a decir la muchacha, a lo que la señora replicó, con evidente lógica cartesiana, que Dios no tenía nada que ver en el asunto. La misma dama estaba siempre muy acicalada y lucía unos sombreros elegantísimos. Manuel parecía enamorado de ella. Cuando la veía no le quitaba los ojos de encima y, una vez, le entusiasmó tanto su sombrero que, temblando de emoción, le dijo: “¡Qué bello sombrero tiene usted!”, pero como la dama mostró extrañeza, creyó que no le había entendido, y repitió: “Un bello sombrero, un bello *capello, ben chapeau, un beau chapeau!*”

En una ocasión vino a visitarme Tabernilla, ministro de Cuba, con quien desde años llevaba estrecha amistad. Cuando la sirvienta lo anunció por su título, mi chico salió corriendo a su encuentro y le espetó: “Tú eres el que no sabe hablar español...” “¿Por qué?”, le preguntó sorprendido Tabernilla. “Porque mi papá dice que los cubanos no saben hablar español”. Al referirme el diplomático lo ocurrido le expliqué la broma que en México hacemos a sus compatriotas porque se comen las eses, y que un día que Manuel dijo *fóforo* yo le llamé la atención: “¿Acaso eres cubano, que no sabes hablar español?” La ocurrencia divirtió mucho a mi amigo.

Invitado por Tabernilla, comí en un restaurante del Rocío en compañía de don Juan de Borbón, heredero de la corona de España, hombre de trato sencillo y cordial. La amistad entre Tabernilla y don Juan derivaba del contacto que aquél tenía con el rey Alfonso XIII, de cuya tertulia era asiduo concurrente en el bar del Gran Hotel, donde ambos residían. En la comida, habíamos planeado ir a los toros en la noche para admirar la faena de un torero al que se alababa mucho, pero hubo algo que nos lo impidió, felizmente, evitándonos así el espeluznante suceso de ver que el diestro fue empitonado y muerto en aquella lidia.

Particularmente recuerdo también un caso que me abochornó. En una comida que ofrecía el entonces ministro de México en Lisboa, licenciado Juan Manuel Álvarez del Castillo, y a la que asistían varios diplomáticos extranjeros acompañados de sus esposas, un representante mexicano que se encontraba de paso se apoderó de la charla y comenzó, entre risas y bromas, a alardear de sus habilidades como traficante de divisas y contrabandista, proclamando que con los obsequios que llevaba a México conseguiría cualquier puesto. Y sin que nadie le pidiera muestras materiales de su esplendor, sacó de todos los bolsillos valiosas joyas y relojes, que puso sobre el mantel, retirando el plato, como un vendedor ambulante que exhibe sus baratijas, presentadas con cinismo ante los atónitos ojos de los comensales, cual si fuera una gracia y una forma de tributo a la que recurren los diplomáticos mexicanos para conseguir el favor de los altos señores del gobierno. Mortificado, Álvarez del Castillo le susurró a mi esposa: “No vaya usted a creer que todos los mexicanos somos así...”. A lo que ella contestó: “Lo sé; la prueba es que me casé con un mexicano”. Pero el oído agudo del farfante lo captó, porque dijo, dando un puñetazo en la mesa y haciendo tintinear la cristalería: “Ni Álvarez del Castillo, ni Maples Arce son representativos de México. Representativo, yo, que en los días de la Revolución he robado vacas, caballos, ¡y tantas cosas más!” Con lo cual nos apabulló. ¿Qué podíamos responder? Por cierto que, cuando pasó por Lisboa, la esposa del tal diplomático fue a la legación a arreglar sus papeles. Era una mujer guapa pero, sobre todo, me impresionó la rotundez de su seno. Cuando se despidió, me dijo mi compadre “que eso era de *Las mil y una noches*”. Yo entendí, de pronto, que se refería a la belleza, y que ponderaba sus encantos, como en los cuentos orientales, pero luego me aclaró -con desengaño- que lo que yo había tomado por túrgido, era un

embuchado de alhajas, perlas y diamantes que, por exceso de precaución, la dama llevaba oculto en el corpiño.

En Lisboa las librerías fueron, al igual que en otras ciudades, mi deleite. Adquirí, para releerlas en su idioma, las obras del gran Luis de Camoens, del romántico Garret, de Camilo Castello Branco, el autor de *Amor de perdición*, de Eça de Queiroz, que cuando todavía la literatura española tenía un carácter costumbrista y provincial, escribía novelas universales. Agregué a esta lista al ensayista Romalho Ortigao, a Fiallo de Almeida, el de los cuentos alemtejanos, al apasionado Antero de Quental y al vigoroso Guerra Junqueiro, tan admirado por Unamuno. Descubrí además a Texeira de Pascoaes, al fino y delicado poeta Eugenio de Castro, a quien sólo conocía de nombre, y al pensador e historiador Oliveira Martins, estimado como uno de los más altos valores ibéricos y como el único historiador artista del área hispano-lusitana de su tiempo.

Un año sin inquietudes pasé en aquella ciudad hasta donde la ola de la guerra llegaba con sus cruentas resonancias, pero sin que uno sintiera, al amparo de aquella calma y liviana tranquilidad, su violento asalto.

La guerra continuaba en todos los frentes. La *Werhmacht*, en sus encarnizadas ofensivas contra la Unión Soviética, trataba de apoderarse del petróleo y la industria del Cáucaso para tenerla a su merced y revirar después su poder ofensivo contra Inglaterra. El *Afrika Corps* comandado por Rommel, el *Zorro del Desierto*, se sostenía en el Alamain después de algunos triunfos y reveses, y la fortaleza de Malta, que tanto irritaba a Mussolini, mantenía, a pesar de las bajas sufridas por la marina británica, su poder neutralizador. A veces había cierta expectación: los alemanes destruían implacablemente los convoyes en el Atlántico y en el Mediterráneo con sus unidades submarinas. Otras veces la iniciativa alemana se detenía para hacer nuevos planes o reclutar divisiones en los países balcánicos, Europa Central, Italia y España, destinadas a cubrir el desangramiento de sus tropas en el frente soviético, donde cada día debilitaban su acción a pesar de las furiosas y disparatadas órdenes del Führer.

A través de los periódicos y de las informaciones traídas por viajeros que acudían a Lisboa de todas partes del mundo, y también por los canales de la radio que debatían los problemas de la guerra y dejaban entrever el curso de los acontecimientos, se avivaba nuestra curiosidad de aficionados estrategas de café.

Me había instalado en una típica casa portuguesa con fachada de azulejos, en las inmediaciones del Parque de la Estrella, que habíamos bautizado con el nombre de “la Casa de las Meninas” porque en los bajos vivían dos huérfanas muy jóvenes y muy bellas, que hicieron amistad con mi esposa y halagaban mucho a mi hijo, que de ellas aprendió el portugués y acreció un caudal lingüístico, que ya contaba con el español, el francés y el italiano.

Conformándonos a la vida lisboeta, después del trabajo, en las tardes, salíamos a caminar por el Chiado o nos llegábamos a la orilla del Tajo, cuya soleada visión despertaba en mí sueños de mi tierra, o hacíamos un paseo en barco por los pueblos de la margen opuesta, o íbamos a Estoril, donde encontraba algún amigo con quien conversar al margen del frívolo bullicio de los restaurantes, en los que se desarrollaba la crónica mundana que hizo famosa esta playa en los días de la guerra. Particularmente recuerdo a don José Ortega y Gasset, quien había acogido con simpatía mis *Poemas interdictos* cuando dirigía la *Revista de Occidente*. Era grato escuchar su conversación, que enriquecían su curiosidad inteligente y su claro humanismo. Su integridad espiritual, reforzada por la bella medida de su palabra, hacía gratas las horas a su lado. Y el tiempo se deslizaba maravillosamente frente a aquel mar por donde se lanzaron a la conquista de tierras incógnitas las temerarias carabelas cumpliendo el sueño de don Enrique el Navegante. Por las noches me iba a caminar por la avenida Libertad, o a sentarme en alguno de sus cafés, donde no faltaba el cónsul Enrique Llano o cualquier empleado de la Oficina Fiscal de Hacienda, entre los que destacaba el humorismo de Renato Leduc.

Un acontecimiento íntimamente grato vino a colmar nuestra alegría; nació mi hija, a la que bautizamos, después de una insatisfecha confrontación de nombres, con el de la heroína del poema de Federico Mistral, Mireya, cuyo significado es el de “cosa admirable”, pues eso fue para nosotros su amorosa llegada.

Un día, inesperadamente, recibí una llamada telefónica del ministro Álvarez del Castillo, diciéndome: “Véngase, que tengo una noticia importante para usted”. Al llegar me mostró, ya descifrado, el mensaje con las instrucciones personales del presidente Ávila Camacho para que me trasladara a Vichy con el cargo de ministro plenipotenciario, confiando en mi honorabilidad la salvaguarda de los intereses de los republicanos españoles, que gente infiel al honor de México había desviado en su beneficio. Me

complació, en esta oportunidad, expresar mi gratitud al presidente Ávila Camacho por la muestra de confianza que me daba respaldando mi leal conducta diplomática, puesta íntegramente al servicio de mi patria.

Esperé al *agrément* de Vichy, que al fin no llegó porque hubo circunstancias que bloquearon la designación. En el acto, Hitler no permitió que Francia recibiera un diplomático que había roto las relaciones con un país del Eje. Todavía permanecí algunos meses más en Lisboa y, cuando planeaba regresar a México, me pidió la Secretaría de Relaciones que fuera a hacerme cargo del consulado general en Londres y de la representación ante los gobiernos en el exilio: Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia y Noruega, refugiados en Inglaterra.

Londres era entonces el sitio más castigado por los bombardeos aéreos, donde la muerte se distribuía al azar entre los habitantes. Cuando llegó el cable casi no lo podía creer, pues me consideraba amigo del secretario de Relaciones, Ezequiel Padilla, a quien había prestado algún servicio político de cierta importancia, respaldado por las agrupaciones sindicales de Veracruz, con las que mantenía las mejores relaciones. Por lo visto debe haberle fallado la memoria en aquella ocasión, ya que muchos años después lo relató entre mis amigos, cuando ya no tenía poder ni valimiento y, por consiguiente, en nada me podía ser útil. En realidad, yo no supe ver a través de la materia y del tiempo, como aquel personaje de *El conde Lucanor* que gracias a sus poderes nigrománticos adivina la verdadera índole del olvidadizo. Es verdad que éramos muy pocos los funcionarios del Servicio Exterior que quedábamos en Europa, y pocos también los que estaban dispuestos a aceptar ir a una ciudad tan afligida por la guerra.

Comprendí el sacrificio que se me pedía, pero tenía que cumplir con aquel llamado al deber, máxime cuando existía el hecho de que, al anuncio del avance de las fuerzas alemanas, mucho antes de su llegada a la nación que iba a ser invadida, hubo representante mexicano que tirando carpetas y abandonando documentos se puso a salvo con tan femenino pavor que, según la expresión de otro diplomático, “no había viento que le mordiera los calcañales”.

Así que acepté ir a Londres a pesar de la aflicción que me causaba llevar allí a mi familia, pero Blanca se empeñó en acompañarme y se negó en volver a México, como la Secretaría aconsejaba. Salimos angustiados, tristes de dejar el oasis que Lisboa representaba para nosotros.

Muchas veces pienso en Portugal, hermosa tierra, tan llena de gracia amable, como decía Eça de Queiroz; en nuestra casa del jardín de la Estrella, por cuyo balcón las meninas nos saludaban mañanaramente en la Rúa de las Amoreiras, donde vino al mundo mi hija. Recuerdo los barcos del Tajo y la historia de sus navegantes y capitanes. Sueño en sus fados y su poesía saudadosa, en el aire de melancolía que allí se respira, en la vida que se nos va.

V. Londres bajo las bombas

Salimos de Lisboa una noche en un avión camuflado de la aviación neerlandesa. Éramos los únicos pasajeros. No había más que el piloto con nosotros. La incomodidad de los asientos, la vibración de los motores, las señales radiofónicas, las tremendas sacudidas que mareaban a Blanca y a los chicos de mala manera, y la inquietud por el recuerdo de la reciente tragedia del avión derribado en que perdió la vida el actor Leslie Howard, me producían persistente intranquilidad. Aterrizaros en Bristol al amanecer, con el ánimo oprimido, en medio de una alarma. Cuando ésta cesó, fuimos a hacer un recorrido por la ciudad, cuya apariencia no dejó de sorprenderme, pues eran enormes los estragos, y aunque no ignoraba yo las devastaciones de la guerra, una cosa es imaginárselas y otra tenerlas ante la vista. Continuamos por tren nuestro viaje a Londres, a donde llegamos también en medio de una alarma.

En el trayecto de la estación al hotel Kensington Gardens me di cuenta nuevamente de las atroces devastaciones y de la terrible imprudencia de haber llevado a mi mujer y a mis hijos, pero la vida suele estar llena de estos errores y hay que tomarla filosóficamente.

Rememoré mi primera estancia en Londres, en la paz, hacía seis o siete años, cuando la ciudad tenía un aire de serenidad, llena de sitios encantadores que yo recorría con sensibilidad perceptiva. Penetraba lleno de entusiasmo en los museos y galerías que atesoraban los conjuntos más ricos que ha producido el arte de la humanidad. Y ahora me encontraba de pronto en medio de este espectáculo desolador, oscurecido por la angustia de la guerra.

Sólo unos días permanecimos en el hotel y luego nos mudamos a un departamento en Queens Gate Gardens, en el mismo barrio de Kensington, que tenía un aire de desolación. Había calles de un aspecto siniestro. Los

sótanos de las casas arrasadas habían sido convertidos en depósitos de agua para combatir los incendios. Algunas fachadas, renegridas por el fuego, sin vidrios, estaban todavía en pie, pero los interiores habían sido consumidos por las bombas incendiarias, que a veces producían estragos mayores que las explosivas. En los atardeceres circulaban escasos transeúntes. La gente procuraba retirarse a buena hora para no encontrarse en la calle.

Una noche, recién llegado, cuando me había detenido a conversar con un colega, perdí la conexión del *subway* y tardé horas para llegar al hotel. Por un momento pensé que me pasaría dando vueltas toda la noche, pues no había un alma a quién preguntar el camino. Por fortuna encontré un guardia que me orientó y llegué a mi casa con la sensación de haber salido de un mundo de pesadilla.

Otro regreso desagradable a casa fue una tarde en que la niebla me sorprendió en la calle con mi mujer y mis hijos. Era tan cerrada que no se veía a un metro de distancia y teníamos que guiarnos por la numeración de las casas, que solicitábamos a voces, a medida que avanzábamos por la acera.

A Blanca también, una mañana que llevaba a la niña en su cochecito, la niebla se le vino repentinamente, tan densa que no veía nada absolutamente y tuvo que cargar a la chiquitina mientras se protegía con el vehículo.

En nuestro hogar el refugio estaba en el jardín público, calle de por medio. Creo que no hubiera servido para nada, o sólo contra la granizada de la metralla antiaérea, pues era un revestimiento de lámina de hierro cubierta de una ligera capa de tierra, pasto y plantas que lo disimulaban. Tan húmedo y frío era que nunca lo usamos y preferimos quedarnos durante los bombardeos en el departamento, recogiéndonos en el vestíbulo, desprovisto de vidrios para evitar los añicos que, arrojados por la explosión, son fatales para los ojos.

Durante los bombardeos del día raras veces hacíamos un alto en la oficina y sólo por excepción entrábamos en el departamento del vicecónsul Rojas, en la casa contigua, buscando distraernos del ataque con un poco de música. Como la moral era buena, se mantenía un alto espíritu entre los empleados y eso servía de mutua emulación.

Di principio a mis actividades oficiales visitando a los ministros de Relaciones de los gobiernos en exilio ante los cuales estaba acreditado. No de todos ellos guardo fiel recuerdo, dado que nuestro trato, en medio de aquellas circunstancias trágicas, no permitía contactos más asiduos, pero

conservo viva impresión del ministro de Asuntos Extranjeros de Holanda, hombre vivaz, delgado, muy rubio y de cuello tendinoso. Del jefe de la Cancillería noruega sólo tengo una imprecisa visión. En cambio, el primer ministro de ese país se mantiene fiel en mi memoria, acaso porque durante mi estancia en Oslo lo tuve por vecino y frecuenté mucho su casa. De Juan Masaryk, ministro de Negocios Extranjeros de Checoslovaquia, hijo del famoso estadista del mismo nombre, creador de aquel país, conservo la imagen de su trato, de su franqueza y su conversación llena de interrogante curiosidad. Conocí al presidente Benes en la lectura de su informe en una asamblea de la Cámara de Diputados checoslovaca, congregada en el exilio. Aquellos hombres representaban en la ausencia sufriente la dignidad y la integridad de su patria pisoteada por la tiranía nazi, y su tenacidad en mantener su organización política en suelo extranjero daba positiva realidad a sus esperanzas de liberación.

Mi gestión diplomática en Londres volvió a ponerme en contacto con el señor Paul Spaak, ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica, cuyos sueños y deseos europeístas sobresalieron durante sus años de actuación político-diplomática. Por mis estrechos vínculos con Bélgica, nuestras pláticas rebasaban los simples tópicos protocolares. En una ocasión, de pronto me preguntó: “¿Qué se hizo de aquel ministro de su país, rizado, buen mozo, que tocaba la guitarra?” El carácter alegre de mi paisano Ojeda, que se expresaba en joviales coplas, había dejado huella en el recuerdo del frío y reservado político.

Al regresar a casa por la tarde, atravesando Hyde Park, miraba el contraste que ofrecían la gracia del jardín aquel verano y las barracas de la defensa, los cañones antiaéreos, en filas simétricas, apenas disimulados por algunos arbustos, y los globos en forma de zepelines que se elevaban en la atmósfera gris para evitar los ataques en picada de las escuadrillas enemigas. La asechanza de la muerte nos rodeaba por todas partes. Generalmente, al oscurecer, sonaban algunas alarmas. Por mi familia hubiera deseado con toda mi alma encontrarnos lejos de allí, pero el deber hacía que me conformara. En una ocasión una bomba que no había reventado en el momento del bombardeo estalló cerca de mí, matando a algunas personas e hiriendo gravemente a otras. Nuestra vida estaba en juego continuamente, y aunque los cálculos del optimismo parecían resguardarnos, no podíamos dejar de sentir las crueles circunstancias.

Una tarde que había ido a Green Park para ver una comedia de Shakespeare, en el segundo acto comenzó un fuego graneado de artillería. Apenas si había tenido tiempo de sonar la alarma y ya los aviones estaban sobre nosotros. La representación se interrumpió y la asistencia se dispersó, con un saldo de varios muertos y heridos entre los que no alcanzaron a ganar los refugios. Así terminó mi única salida de diversión. No faltaban, sin embargo, los rasgos de buen humor en medio de este infierno. Habíamos observado que los alrededores de algunos sitios de importancia estratégica estaban devastados, en tanto que el objetivo mismo permanecía intacto; por esto, cuando se iniciaba un bombardeo, yo decía a un amigo mío, refugiado español, el coronel Arce: “Al objetivo, coronel”.

Había que regresar a casa antes del *black-out*. Raros eran los paseantes en la noche. La población evitaba andar fuera durante los bombardeos, pues entonces la metralla antiaérea crepitaba por todas partes y cuando se levantaba la barrera de fuego llovía mortíferamente. Por esto sólo los soldados y guardias civiles con cascos podían circular en las alertas. Los transeúntes estaban obligados a abrigarse en refugios húmedos que sólo protegían de la antiaérea. Muchos de ellos fueron destruidos, y muertos sus ocupantes. Es imposible sustraerse a la impresión de un ataque aéreo, pero el organismo humano posee recursos psicológicos de neutralización y defensa que le permiten soportar estas pruebas, atenuando su reacción ante el peligro con cálculos que nos infundían alguna confianza. Sabíamos, por ejemplo, que cualquier bombardeo de los que se llamaban de “gato escaldado” porque los aviones apenas penetraban en el área de defensa lanzaban sus bombas e instantáneamente escapaban, huyendo del fuego antiaéreo, dejaba un saldo de mil o mil quinientos muertos, de manera que en ocho millones de habitantes las probabilidades de figurar en la columna de bajas eran muy reducidas. Pero cuando se buscaban las pruebas de esta probabilidad se llegaba a la conclusión de que no se podía apreciar el peligro real que para cada uno representaban tales embestidas.

El vivísimo fulgor de las bengalas lo iluminaba todo, y a veces, temerariamente, me asomaba a la ventana para ver la escena siniestra que se desarrollaba ante mi vista. Los periódicos, por supuesto, nunca decían el número de víctimas, pero no era difícil imaginarse que eran verdaderas hecatombes.

Independientemente de estas diarias incursiones, que ocurrían a cualquier hora pero que generalmente llegaban al atardecer, había otras donde

afloraba el peligro de manera más dramática. Los grandes bombardeos llevábanse a cabo con una técnica que nos era bien conocida. Comenzaban, como a las ocho de la noche, con una serie ininterrumpida de oleadas de aviones durante varias horas. Después se suspendían hasta las doce o doce y media en que volvían a asumir su máxima intensidad. Pero todavía como a las seis de la mañana se presentaban nuevas escuadrillas con un ataque cerrado, más breve pero de eficaz furor, para acabar de aflojar los nervios de la población civil, que no había podido dormir durante la noche. El último ataque venía a completar la obra demoledora.

A pesar de todo se mantenía firme el espíritu de los londinenses. En el triunfo aliado, el valor y la capacidad de resistencia del pueblo inglés han tenido un papel de primera importancia.

Como mis oficinas (Alkin Street núm. 8), que no tenían ya ni un solo vidrio, estaban frente a uno de los hospitales, cada vez que entraban o salían las ambulancias no faltaba el espectáculo de sangre. Inmediatamente después de cada bombardeo he visto el horror de la guerra, la aflicción pero, al mismo tiempo, la entereza de esa gente.

Cuando el primer ministro, Churchill, se hizo cargo del gobierno expresó claramente las condiciones funestas en que encontraba el país; no ocultó el estadista lo más mínimo de la realidad. Había que encarar la situación con gran valor.

Durante la noche, a pesar de los bombardeos, mi hijo Manuel dormía profundamente; la nena, que sólo tenía un año, estaba muy nerviosa. Se nos figuraba que para ella la sirena era señal de dormir, porque mientras no tocaba se negaba a recostarse, se sentaba y decía: “No dormir, tutu, tutu”, imitando el ulular; por el contrario, apenas oía el silbido de la alarma, se acostaba tranquila por el resto de la noche, sin que advirtiera el cañoneo. Mi esposa aprovechaba estas horas para escribir su correspondencia, multiplicada por los encargos de la Cruz Roja de paquetes de víveres y medicinas que enviaba a través de Portugal para los amigos de Francia y Bélgica. Todavía la veo con los hijos cerca de ella, escribiendo con gran calma; pero esta calma sólo era aparente, pues teníamos el deseo de que los niños estuvieran confiados y sin temor, sabiendo que muchos pequeños resultaban afectados de los nervios. Yo también parecía no tener motivos de angustia; mantenía abierto un libro que no siempre leía, pensando en México, en los días de paz y bienestar como algo quimérico que no volvería a ver nunca.

Tuve muchas veces la tentación de regresar, pero siempre el sentimiento del deber me contenía. Cuando Blanca hablaba de irnos, le decía: “Un diplomático es un soldado que debe cumplir su deber. Mi país me necesita aquí. Vete tú con los chicos”; pero a esto ella se resistió siempre, no obstante mi insistencia. Algunas veces era difícil tranquilizar a Manuel. Un día que se asustó al ver la casa vecina destruida (por cierto que habían alojado allí, y sucumbieron, las cuarenta muchachas canadienses llegadas la víspera para prestar servicio en la guardia civil), Blanca le aseguró que los alemanes sólo bombardeaban las casas de los ingleses y no las de los extranjeros, y menos la de los diplomáticos. El chiquitín se quedó conforme: confiaba en nosotros. Pero si él estaba tranquilo, en cambio la chica sufría por falta de sueño, pues a veces la alarma tocaba ya muy tarde en la noche. El médico ordenó que nos fuéramos a donde no se oyeran tanto las sirenas.

Nos pusimos a buscar casa en los alrededores de Londres. Hubiéramos querido encontrarla en el área del norte, raras veces bombardeada, pero todo fue en vano. La gente vivía allí aglomerada; ni un cuarto se hubiera podido encontrar. Pudimos darnos cuenta entonces de la honradez de los ingleses de aquella época. No ignorábamos que el agente de policía tenía las llaves de toda la manzana a su cargo y los porteros, las de los departamentos. Pero nos sorprendió ver que en los anuncios de casas amuebladas (para alquilar) indicaban dónde estaban las llaves, unas veces con una vecina o en una tienda cercana, que las prestaban sin averiguación alguna; otras veces en un lugar cualquiera, bajo la esterilla, encima de la ventana o pegadas a la misma puerta. Estas casas estaban provistas de todo, incluyendo la platería expuesta sobre la mesa. Por fin alquilamos una casa en Claygate, en el Surrey. Sabíamos que nos sobrevolarían los aviones dirigidos a Londres, con el consiguiente temor de que descubrieran un depósito de aprovisionamientos de la Marina, que lindaba con nuestro jardín. Pero en ese pueblecito, al menos, no resonaban tanto las sirenas.

La casa, situada al fin de una calle arbolada, en la orilla de un hermoso bosque lleno de rododendros, tenía un gran jardín que en las horas apacibles me producía singular emoción, mientras el drama de la guerra quedaba relegado al fondo de la conciencia.

Por aquel entonces ya no había duda del desenlace de la guerra, aun cuando los aliados tenían que sufrir muchas pruebas sangrientas. Los bombardeos aéreos se recrudecieron. Recuerdo que a la mañana siguiente de

uno muy intenso, en que sentí que volaban muy bajo los aviones, al salir de casa me encontré con el cartero y, al comentar con él el ataque rasante, me aclaró que eran bombas voladoras. En el primer momento creí que se trataba de uno de los falsos rumores que siempre abundan en tiempo de guerra, pero la radio no solamente confirmaba la noticia, sino que explicaba también que una vez que cesara el zumbido del motor el proyectil caería verticalmente, y se recomendaba echarse boca abajo, con los miembros extendidos y relajados, ya que sólo quedaba el tiempo de contar hasta ocho antes de la explosión.

Entonces vivimos uno de los momentos más angustiosos de nuestra vida. Acabábamos de desayunar cuando escuchamos el motor de la bomba pararse cuando estaba sobre la casa. Nos echamos al suelo; con su cuerpo mi mujer protegió a Mireya. No dijimos ni una palabra, pero sus ojos, impregnados de ternura, me decían adiós. Así pasaron los ocho segundos, que ella contó en voz alta. Nada. Al levantarnos oímos distante la explosión. Nos sentimos renacer. Era una de las primeras V-II, que en lugar de caer verticalmente, como las anteriores, caían en forma oblicua.

Alemania dio todavía, con este acometimiento, una prueba de superioridad aérea y de insensibilidad en el sostenimiento de la guerra total. Pero la barbarie no conseguía nada, y a pesar de sus nuevas armas y de sus efectos sumamente devastadores, el ánimo del pueblo inglés se mantuvo inflexible. Su existencia bajo una perpetua amenaza de muerte, la dura tensión que las circunstancias imponían, las deficiencias de alimentación y de calefacción no menguaron su temple y, apoyado en su firme moral, hizo frente a la adversidad, en tal forma, que el heroísmo formaba parte de la conducta diaria.

Atendiendo a que las cosas de México fueran mejor conocidas aproveché diversas invitaciones para hablar acerca de mi país. Entre otros desplazamientos fui a Southampton, donde, por cierto, me tocó un fuerte bombardeo, allí di una conferencia sobre el arte mexicano que, debidamente ilustrada, se publicó después, en edición bilingüe, por el editor A. Zwemmer, de Londres.

Otro acto de presencia hice con motivo de la asamblea rotatoria en Blackpool, adonde se me invitó para dar una plática sobre Veracruz, cuya laude hice con el gusto de quien habla de su tierra, de sus progresos y su espíritu de libertad. El texto fue incorporado a mi libro *Incitaciones y valoraciones* (Cuadernos Americanos). Blackpool, sitio de recreo, tampoco había

escapado al alemán. Algunas bombas habían dejado su huella en el paseo del malecón; sin embargo, durante el tiempo que allí estuve no hubo una sola alarma, cosa imposible en Londres, donde a diario había bombardeos. Especialmente en los últimos días, la capital, sufría constantes ataques. Gracias a esta calma me dormí profundamente, como no lo había hecho desde muchísimo tiempo.

Durante mi visita a ese lugar, acontecióme que, seguramente con motivo de la nacionalización del petróleo, en aquellos días todavía reciente y que había dejado ciertos enconos, particularmente en Inglaterra, uno de los asistentes al banquete en el que yo era invitado de honor tuvo, en los precisos momentos en que yo llegaba, un malévolo desahogo. Este señor, entrado en años, de amable apariencia, elegantemente vestido, se me acercó sonriendo y con cínica gracia me preguntó: “Señor cónsul, ¿por casualidad no se trajo usted consigo unos cuantos bandidos mexicanos?” A lo que yo respondí, con igual sonrisa que la de mi interrogante: “No, señor; lamento decepcionarlo, pero resulta que todos están desde hace mucho tiempo contratados en Hollywood”. Esta contestación mía hizo mucha gracia a los otros asistentes al banquete, que la celebraron con grandes carcajadas, burlando así a quien intentó mortificarme.

Tuve otra invitación, de la Universidad de Cambridge, para dar una conferencia. Escogí como tema El paisaje en la literatura mexicana, que otros escritores nacionales, Urbina y Reyes, habían tocado muy brevemente.

Entre tanto, la British Broadcasting Corporation de Londres realizaba una labor magnífica; reforzaba la moral del pueblo británico, constituía un lazo de solidaridad con los países invadidos y alentaba a su población. Recuerdo todavía el refrán que usaban en los comentarios de la campaña rusa: *Et dites donc, messieurs les allemands, l'hiver en Russie c'est embêtant.*

La BBC, en fin, desempeñaba tareas culturales para los pueblos de habla española. Yo tuve participación activa en ellas. Di conferencias e intervine en diálogos con otros escritores y artistas, entre los que recuerdo al profesor español Enrique Moreno, de la Universidad de Cambridge; al poeta venezolano Fernando Paz Castillo; a la señorita De Madariaga; a don Francisco García Lorca, hermano del poeta asesinado, y algunos otros. Grabábamos a veces en uno de los estudios del edificio de Oxford Street, y otras en una mansión requisada para los servicios de la radiodifusión, en las afueras de Londres, donde había bellos jardines de estilo italiano. Uno de los coordi-

nadores, el señor Escribano, dirigía los debates dentro de ciertas previsiones que evitaban los embrollos, y distribuía el tiempo a cada expositor. No estoy seguro de si fue allí o en algún club donde hice amistad con el poeta Stephan Spender y con Cyril Conelly, director de *Horizon*. Con ambos comí una vez, en un restaurante situado en una calle marcada por los recientes bombardeos, entre humeantes ruinas.

Conocí también en Londres a otros republicanos exiliados, el periodista José Chaves Nogales, director de un diario de Madrid, hombre de grata conversación al que agradezco tan bella crónica que sobre mi labor en Inglaterra publicó en el suplemento literario de *El Nacional* de México y un joven catalán, Domingo Perramón, con inclinaciones literarias, que me acompañaba en mis incursiones por las librerías de viejo, de Chering Cross, atiborradas de libros curiosos, y en mis paseos por el campo que circundaba el pueblo de Claygate, donde yo vivía.

Sobreponiéndome al horror y al estrago, continué mis trabajos literarios, y no obstante las dificultades y las condiciones de peligro consagraba algunos ratos al estudio de las letras inglesas durante las veladas en casa.

En Inglaterra, bajo las bombas, no todo era drama, no todo era tragedia. De vez en cuando se escuchaba la anécdota que causaba regocijo. Había un diplomático, de los de chistera en ristre, pechera tiesa aun cuando no muy limpia, que consumía sus sábados en corretear sirvientas a las que transformaba en dulcineas. Una vez, a una cocinera que trabajaba en la embajada de Cuba la disfrazó de duquesa, y con ese título, un domingo que ella salía de holganza, tomóla de pareja y como tal presentóla a una auténtica *lady*, a pesar del tufó de cebollas que hacía recordar el puchero que aquélla removía en sus quehaceres. Frisaba nuestro hidalgo en los setenta años y, acaso por su edad, pensóse que había perdido el seso, y cuando se descubrió el entuerto dióse la aristócrata por ultrajada y al primer encuentro, después de esa aventura, tratólo de follón, malandrín y trapacero. Con lo que el nombre de su país no quedó en aqueste lance en fama de caballería.

Acaso fuera el mismo embajador quien, deseoso de aumentar nombre y fama, invitó al cuerpo diplomático a la gloriosa inauguración de un insólito retrato que todos esperaban ver en un marco dorado de gran talla, adornando el salón de recepciones. Malograda tal esperanza, como si un encantador le hubiera hecho mal de ojo, trocóse el retrato en simple tarjeta postal que, con solemne ademán, sacó de su faltriquera y, apoyándola en un vaso dijo

con arrogancia: “Vamos a proceder a develar la efigie de este hombre, doctor graduado en la Universidad de Oxford, que hace algunos años prestó servicios eminentes a mi patria”.

La concurrencia imaginábase asistir a una escena de encantamiento y broma. En una esquina apartada, encima de una mesita, un plato en que lucían hasta seis galletas Marías y una botella de oporto comenzada, probaban la magnificencia del anfitrión. Sobre este embeleco hizo el embajador un informe alabancioso, poniendo de relieve la tal inauguración y reclamando el pago de la extraordinaria recepción, que dijo había conmovido a la sociedad londinense. Y como estas hazañas quedan otras muchas que contar, que no dieron lustre a su país.

Durante aquellos días, o poco después, llegó a Londres un alto militar de por nuestras tierras, quien se presentó con el pecho cubierto de condecoraciones en una reunión de militares ingleses que habían participado activamente en la Segunda Guerra Mundial. Uno de los asistentes, que en el frente había recibido severas heridas y regresó salvo a duras penas, le preguntó a nuestro león criollo en qué lances había conquistado tantos trofeos y se dispuso a escuchar vivamente interesado el relato de los hechos de armas. Nuestro héroe comenzó orgullosamente a hacer la historia de sus medallas. “Esta me la dieron por haber organizado con gran disciplina la jura de la bandera; ésta por haber participado en un desfile militar conmemorativo; ésta otra por haber contribuido con mis soldados a la sofocación de un incendio; ésta más por los trabajos que llevaron a cabo mis soldados en la construcción de una carretera, y ésta otra por haber aplastado un mitote estudiantil; el resto por haber acompañado al primer magistrado en sus viajes al extranjero”. Así seguía, la historia de la serie que en cerrada fila constelaba su guerrera. Este relato, que el auditorio escuchaba con manifiesta perplejidad, era hecho con satisfecha osadía de vencedor. El veterano inglés, que no era envidioso de la gloria, comprendió la justicia que se debía a su colega y, dándole una palmada en el hombro, invitó a los circunstantes a brindar por la buena fortuna de aquel héroe que tan gentilmente les honraba con su visita.

Con las bombas V-1 y V-2 el estado de alarma ya no cesaba. El bombardeo era continuo. A pesar de las malas noches yo tenía que madrugar para ir a dejar a mi hijo al pueblo donde iba a la escuela. Salíamos en el tren hasta Surbiton; allí cambiábamos para Kingston, en donde, confiándolo a un niño mayor de la misma escuela, lo dejaba ir y yo seguía hacia Londres

a mi oficina. Mi chico, como todos los niños del país, portaba su nombre y dirección en un cartelito abrochado al pecho. Además, tanto él como la nena llevaban una pulsera con la dirección de mi madre en México.

Un día, que el otro niño no acudió a la escuela, tuve que acompañar a mi hijo, perdiendo así mi tren habitual, en el que viajaba con un grupo de vecinos amigos, con quienes comentaba las noticias últimas de la guerra. Este tren fue bombardeado, algunos de mis compañeros heridos y uno muerto. En estos días, en un intervalo de cambio de trenes; mientras permanecí en el andén, el desplazamiento de aire causado por una bomba que estalló en las inmediaciones de la estación me sacudió violentamente, dejándome sordo por algún tiempo.

Vinieron las vacaciones escolares. Mi hijo, con un casco de *watch-fire* para protegerse de la metralla, se las pasaba jugando en el jardín mientras observaba el cielo. Desde que advertía las infernales máquinas cargaba con la pequeña y, gritando para alertar a los vecinos, corría a esconderse debajo de la escalera, que se consideraba la parte más protegida de la casa. Blanca seguía sus labores domésticas (era imposible encontrar sirvienta, pues todas las mujeres estaban ocupadas en las fábricas de armas) y, siempre con su aparente serenidad, conversaba con el chico. Algunas veces le oí comentar: “Mamá, tú dices que no nos bombardean a nosotros porque somos diplomáticos, pero a la embajada de Venezuela le cayó una bomba”; y la madre: “Sí, hijo, pero ellos no son mexicanos, a los mexicanos nadie los toca. De lo que sí debemos cuidarnos, es de los vidrios, porque si cayera una bomba cerca, los cristales y espejos se romperían y podrían herirnos, por esto debes esconderte con la niña bajo la escalera en cuanto vienen los aviones”. Y quedaba conforme el chiquillo.

Pero los bombardeos ya no cesaron. Las noches eran de espanto. Yo veía a mi mujer agotarse; entonces convinimos en pasar la noche en una despensa sin ventanas, con una pequeña ventila enrejada. Pusimos un colchón en el suelo y allí dormíamos los cuatro. Estábamos tan exhaustos por el cansancio que no obstante las explosiones de los obuses seguíamos durmiendo. Los cañones móviles circulaban ruidosamente por las calles. Las V-1, las V-2 y los bombarderos, reunidos en estrépito continuo, formaban una horrible cacofonía.

Algunas veces el niño gritaba: “Mamá, mamá, el fuego entra por la ventila”; y ella: “No, el fuego está afuera; no son más que los relámpagos”; y el niño se dormía.

La guerra nos cercaba a todas horas y en todas partes. Por la mañana salía yo a indagar los destrozos ocasionados en los alrededores, mientras mi chico se entretenía recogiendo en nuestro jardín fragmentos de metralla y unas tiras de papel metálico que lanzaban los aviones alemanes para perturbar la detección del radar. Una hora de profunda angustia pasé un día en que desde mi oficina, al terminar un bombardeo, me comuniqué por teléfono con mi esposa para tranquilizarla, pero, a su vez, ella me dijo que allí estaban bombardeando también. Como era tremenda la trepidación, dejé el receptor para atender a los chicos, y en esos momentos oí el estallido de una bomba que calculé había caído no lejos; luego, oí otra más cerca, y otra más cerca aún, todo esto mezclado con los gritos de una anciana refugiada en nuestra casa. Escuchaba yo con angustia infinita, hasta que regresó mi mujer al teléfono y me dijo que se encontraban a salvo.

Poco después recibí un telegrama en que el presidente Ávila Camacho me nombraba embajador en Panamá.

Vi despejarse así mi situación y brillar mi esperanza. Pero, por razones de seguridad, ninguna persona podía salir de Inglaterra mientras no se levantara el bloqueo. El mismo general De Gaulle esperaba para ir a los Estados Unidos.

Esta medida era necesaria, pues los que vivíamos allí teníamos muchas informaciones que, conocidas de los alemanes, habrían puesto en peligro el éxito del segundo frente.

En medio del mayor sigilo se preparaba el desembarco. Yo presentía que se acercaba el momento del contraataque aliado. Un poderoso esfuerzo se llevaba a cabo con el máximo rigor de voluntad y eficiencia. El adiestramiento de los soldados en todos los campamentos había alcanzado una exigente intensidad. La disciplina se fijaba los más difíciles objetivos y la vida toda de Inglaterra se templaba en un profundo recogimiento que iba a desencadenar con una fuerza terrible su más violenta acción sobre el enemigo. Finalmente, el día llegó. La radio, en medio de un sentimiento de expectación, de ansiedad, comunicó al mundo el desembarco en las costas de Normandía. Yo sentí involuntariamente verdadero júbilo: había terminado mi misión en Inglaterra y sin embargo todavía estábamos viviendo la emoción y los tormentos de la guerra. Ya iba a dejar este infierno y terminaría aquella tremenda situación que cada día me parecía más extraña y absurda. Al fin nos autorizaron a salir. Y pocos días después, en medio de una alar-

ma, igual que habíamos llegado, salimos rumbo a Bristol. Al dejar la casa todavía regresé con mi mujer un momento a contemplar el jardín y admirar por última vez el árbol que señoreaba sobre los rosales y rododendros y que nos encantaba con su sereno esplendor en las horas de agotamiento de la guerra.

En Bristol abordamos un avión que nos condujo a Irlanda, donde después de un recorrido de dos horas en automóvil, llegamos a un puerto secreto para tomar un hidroavión que nos transportó a gran distancia de los escenarios bélicos. Desde bien temprano avistamos las grandes masas, increíblemente fantasmales, de los icebergs, lo que nos produjo una sensación de profunda paz y sosiego. Pocas horas después el avión nos depositaba en Terranova, y por la tarde en Nueva York, en donde me abordaron unos periodistas, entre los que estaba Alma Reed, que nos dio la bienvenida cariñosamente. Deseaban inquirir noticias de los recientes acontecimientos, pues éramos las primeras personas que llegaban de Inglaterra después del desembarco aliado, pero por razones de seguridad y de obvia conveniencia no quise transmitir ningún eco de la vida de Inglaterra que no fuera la decisión manifiesta de alcanzar la victoria.

Nueva York representó para nosotros un cambio completo de vida: la seguridad, la alegría y el respirar libre de la paz.

Este era un mundo diferente, lleno de energía, de entusiasmo y de seducción. Nos alojamos en el hotel Newyorker, no lejos de la estación de Pensilvania que nos ponía, como quien dice, en el camino de México. Por la noche fuimos a pasear con los niños por Broadway y Times Square, cuya abundancia de luces les produjo una exaltación y asombro inauditos, pues en realidad no sabían lo que era una ciudad iluminada. Nosotros mismos experimentamos un gozoso deslumbramiento, después de aquellas interminables noches de *black-out* y de amenaza. Agotados de los nervios, no sabíamos si reír o llorar.

VI. Placentero retorno

Ya en tren, seguimos hacia México. Advertí que en una de las ciudades norteamericanas habían agregado el carro especial en el que viajaba el licenciado Ezequiel Padilla, a la sazón secretario de Relaciones Exteriores. Acudí a saludarlo y apenas cambiadas las primeras palabras comenzó a preguntarme sobre las condiciones de la Inglaterra que yo acababa de dejar. Le hice un fiel relato de la situación internacional y de Londres bajo el terror de las bombas voladoras, que había alcanzado su mayor intensidad en esos días, sin darme aires de héroe, pero sin disminuir el peligro que se cernía sobre la ciudad y la conmoción que pesaba sobre la población civil con aquellos sistemáticos y diabólicos planes de destrucción.

Mientras conversábamos muellemente acomodados en aquel confortable carro yo sentía la fruición de la seguridad y hasta los desolados campos del desierto norteño que veía desfilar por la ventanilla me ofrecían un motivo de júbilo que contrastaba con las horas terroríficas, evocadas en la conversación.

Me despedí del ministro y descendí junto con mi familia, en la estación de San Luis Potosí para atender una invitación del gobernador Santos y visitar la población, que recorrimos llenos de contento. Irradiaba el sol sobre los sillares de los templos, y por las estrechas y adoquinadas calles que le dan un aspecto de intimidad circulaban pocos automóviles y uno que otro ciclista. La vida se desarrollaba tranquilamente desprovista de afanes. Alguien nos mostró, frente al parque, la casa en que vivió la mujer del virrey Calleja, la única virreina nacida en México. Penetramos en la catedral, en el fastuoso templo del Carmen, y en la iglesia de San Francisco, con su capilla de Aranzazú, cuyos labrados ventanales y portadas anticipan la esplendidez de su interior.

Por primera vez los míos se acercaban a la vida de nuestro pueblo. Una diligencia de compras se tornaba en una amable disposición de la gente,

ofreciéndose con gentileza a llevarnos al sitio deseado, lo que hacía sentir a mi mujer la cortesía provinciana en el trato dispensado a los forasteros. Con cara alegre me dijo: “¿Sabes? Ya no me siento en otro mundo, como en Nueva York; aquí se me figura que estoy en una ciudad de provincia europea”.

Ocupaba mi mente el deseo de llegar cuanto antes a México, donde me esperaban mi madre y mis hermanas, y continuamos el viaje sin detenernos más. Cada minuto que me acercaba a la capital aumentaba mi emoción. Nueve años consecutivos había permanecido en el extranjero. Los recuerdos se agolpaban en mi mente. Largas travesías. Viajes por el continente europeo. Ciudades dinámicas. Conversaciones apasionadas. Acontecimientos de la política internacional. Largas noches de zozobra y desvelo bajo el estallido de las bombas. Y ahora, escuchando el ritmo de la marcha del tren que me acerca al calor de la patria y de los míos, me domina una palpitante ternura. Me asomo por la portezuela del vagón; entre el gentío trato de distinguir a mi madre y a mis hermanas, prevenidas de mi regreso. El andén está lleno de gente ansiosa que se mueve e interroga con la mirada. A la primera que veo es a mi hermana Adela, que me tiende los brazos, y a mi madre, que beso y abrazo largamente. Allí están mis otras dos hermanas, en quienes sorprendo algún cambio, y mi sobrinita Clotilde, muy crecida, a la que reconozco desde luego. Otros amigos se acercan a saludarnos y a preguntarnos por el viaje. Y en medio de aquella aglomeración avanzamos en grupo hacia la salida. Atropelladamente nos hacemos preguntas; quisiéramos decirnos tantas cosas y tenemos tanto que contarnos, que no acertamos a formular claramente nuestras impresiones. Al anochecer estábamos en el salón de recibo del hotel, donde con ánimo más sereno seguimos platicando y mirándonos unos a otros con expresión confiada, pero aún sorprendidos por el mucho tiempo que habíamos estado sin vernos, y con la alegría de sentirnos nuevamente unidos.

Uno de mis primeros deberes fue entrevistarme con el presidente Ávila Camacho para informarle sobre la situación europea, dado que traía yo una impresión viva de la guerra y había convivido con algunas de las personalidades refugiadas en Londres. Me impresionaron agradablemente la sencillez del presidente y su afectuosa benevolencia. Asimismo, saludé al ex presidente Cárdenas, secretario de la Defensa Nacional, para el que tenía igualmente motivos de gratitud. Como siempre interesado en las cuestiones sociales me interrogó sobre mis experiencias en este campo, extendiéndome particularmente en lo tocante a Bélgica, que era el país que mejor conocía.

Invitado por el general Heriberto Jara, secretario de Marina, que había simpatizado mucho con los míos, hicimos un paseo a Cuernavaca. En la alegría dominical atravesamos la pequeña ciudad, que prometía horas placenteras a los vacacionistas, y fuimos a comer en la delicia veraniega del jardín de un hotel. Mi amistad con el general Jara, comenzada en mi juventud, en Jalapa, se afirmó día a día, y con los años, este querido amigo se convirtió en un miembro de mi familia. Mis hijos lo adoraban. A Mireya, a quien llamaba “Capullito”, le encantaba acariciar su rizada cabellera, lo que el gran viejo soportaba risueño, y Blanca veía en él al padre que casi no conoció.

La ubérrima vegetación de Cuernavaca asombró a mi gente. No obstante la potente irradiación matinal, campos y vergeles rezumaban frescura. Los laureles y tulipanes de la India, bien aclimatados, dispensaban su sombra de aterciopelado claroscuro. Las bugambilias y tupidas enredaderas salpicadas de escarlata, blanco, malva, amarillo, que descollaban sobre las bardas, y los flamboyanes de fuego por encima de muros y tejados, les producían no sé qué encantaciones.

Quise que mi familia visitara algunas ciudades que le dieran el tono y el estilo de la vida de México. Ideal me pareció el viaje a Morelia. Esta ciudad, por su nombre mismo, vinculado a uno de nuestros libertadores, y por el papel que jugó en la época de la Independencia, ofrecía un especial atractivo a la excursión, que comprendió, además, a Uruapan, Pátzcuaro, las riberas del lago y la isla de Janitzio, sobre cuyo risco se levanta el memorial a Morelos, obra del escultor Guillermo Ruiz y el pintor Ramón Alva de la Canal, ejecutada con magnífico esfuerzo. Con ojos admirados contemplaron los mil y un objetos de nuestras artes populares: lacas, telas tejidas, cerámicas. Yo gozaba enseñándoles todo, y revivía el tiempo en que con mi madre iba al mercado y sentía el encanto del humilde artificio de los artesanos aborígenes.

La vista de Taxco exaltó a mis viajeros. Allí el deslumbramiento de Blanca ante nuestra platería no tuvo límites. Se llevó provisiones de regalos que surtirían gran efecto en el extranjero. Yo mismo me complací en obsequiarla con aderezos y pulseras, cuyo valor residía más bien en el trabajo de nuestros orfebres.

Por las playas de Acapulco corrieron mis hijos, felices, deslumbrados por el espléndido sol y el azul de la bahía. Cuando visité aquel puerto por primera vez, en 1927, era entonces una aldea que comenzaba a desperezarse y que de pronto se transformó en un centro de atracción turística universal.

Las excursiones a Puebla y Jalapa, las ciudades de mi juventud, y a Tuxpan y Papantla, los pueblos de mi niñez, río y Tajín les causaron una fuerte impresión que se acrecentó por la forma cariñosa con que fuimos recibidos y el trato que nos dispensaron familiares y amigos.

Sólo los que han vivido durante años lejos pueden saber lo mucho que se extraña a la patria y el goce de los reencuentros. Particularmente en mi caso sentí la alegría de estar entre coterráneos, sano y salvo de los peligros de la guerra.

Muy pocos días permanecí aún en México. Dejé a mi mujer y a mis hijos cerca de mi madre y, poniendo término a mi descanso, abordé un avión de la Pan American y me lancé rumbo al sur por los caminos del aire, entre imaginaciones y previsiones sobre mi futura actuación.

VII. Alegría y queja de Panamá

En aquella época el viaje aéreo a Panamá se hacía en dos etapas: la primera hasta Guatemala, a donde llegué en momentos de gran agitación política, de la que me informaron mis amigos de *El Imparcial*, Miguel Ángel Asturias, David Vela, César Brañas, Francisco Méndez y otros con quienes inquirí por Rafael Arévalo Martínez. Recordamos las empresas literarias de nuestra juventud, lo que hizo grata la conversación, que se prolongó hasta bien entrada la noche, en un espíritu de satisfecha camaradería. En la madrugada desperté al oír descargas de fusilería y el tableteo de las ametralladoras, y comprendí que la revolución latente de que me informaron había estallado, lo que me obligó a permanecer más de lo previsto en Guatemala. Felizmente la situación se resolvió con rapidez; triunfó el movimiento revolucionario, y, cuando fui a saludar al embajador Romeo Ortega, me encontré salones, oficinas, todo invadido por la facción vencida, que habíase acogido al derecho de asilo.

En la escala que por una avería tuvimos forzosamente que hacer en San José de Costa Rica, me encontré con el poeta y diplomático ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, que regresaba a su país en el mismo vuelo. Al reconocernos en la oficina de migración del aeropuerto, lo que había sido motivo de contrariedad se trocó en expansión jubilosa, pues pasamos conversando parte de la velada, para continuar el viaje la mañana siguiente. Poco tiempo después, desde Caracas, donde se encontraba en misión, me envió su libro *Poesías escogidas*, que leí gustosamente y aún guardo con sincera y cordial amistad.

Para mi satisfacción, la embajada en Panamá ocupaba una hermosa residencia con frisos de azulejos, rejas de hierro forjado, amplio portal para tomar el fresco y bello jardín alrededor. Allí pude cumplir con los deberes sociales inherentes a la misión y, a la vez, recibir y agasajar a las personalida-

des mexicanas que viajaban hacia el sur y que, invariablemente, se detenían en Panamá, al igual que a escritores y artistas de todas las nacionalidades, que constantemente me visitaban.

La víspera de la fiesta nacional panameña presenté mis cartas credenciales al presidente don Adolfo De la Guardia, en el Palacio de las Garzas. Cambiamos los discursos de rigor y en un ambiente de deferente cordialidad inicié mi misión diplomática. Trato muy amistoso tuve con el presidente De la Guardia y con su sucesor, don Enrique A. Jiménez, así como con los ministros de Relaciones que se sucedieron en el despacho, don Samuel Lewis y don Ricardo J. Alfaro.

De éste último guardo los mejores recuerdos, ya que fue a quien más traté. Hombre de fina cultura, muy versado en cuestiones lexicográficas, ligábanlo familiares afectos a nuestro país, pues su hijo Rogelio, quien había casado con una joven sonorensa, formaba, con su esposa, parte habitual de nuestra tertulia.

Aun cuando recibí a algunos refugiados políticos, nunca tuve problemas y el asilo se resolvió con la garantía del gobierno de respetar la vida y libertad de quienes se amparaban bajo nuestra bandera.

En una ocasión el asilo se manifestó en forma inaudita y me ocasionó cierta preocupación. La casi totalidad de la Cámara de Diputados vino a solicitarme protección, despertando el celo de algunos colegas que se las pillaban por figurar en estos enredos políticos y hubieran deseado verse favorecidos en el reclamo de los periódicos, como liberales, generosos y humanitarios. Sin embargo, no tardé en resolver la cuestión contestando a los solicitantes: "Señores, el derecho de asilo que invocan ustedes implica, para mi país y para mí, un compromiso de comportamiento ante vuestro gobierno. Si ustedes desean acogerse al asilo no podrán, colectiva ni individualmente, ejercitar sus derechos políticos; deben renunciar a toda acción de ese tipo, quedarán incomunicados con el exterior y sólo podrán recibir visitas en mi presencia o en la de un funcionario de la embajada, como garantía al derecho que se les otorga". Los diputados, advirtiendo que se nulificaban si aceptaban mis justas condiciones, optaron por alojarse en el hotel de la Zona del Canal.

Cuando llegué a Panamá la guerra no había aún terminado. Sin embargo, el contraataque y avance soviéticos en el frente occidental, el desembarco en Normandía y la invasión de Italia aseguraban la victoria de los aliados para un plazo más o menos próximo.

Seguía yo con ansiedad y vivo interés el curso de los acontecimientos, y no sin cierta emoción por haber vivido en los escenarios donde la guerra se desarrollaba, e incluso conocer a algunos de los personajes que desempeñaban un papel sobresaliente en ella.

Inverosímil hubiera parecido, en días recientes, suponer que un hombre como el conde Ciano, de aire tan arrogante, de cabeza erguida, de mirada dominadora y tan segura, hubiera podido desplomarse y que, por una de esas sorpresas de la tragedia, el yerno sucumbiera bajo la severidad e impotencia de su padre político, el dictador en esa hora ya sin dominio real sobre la situación. Y que no pasara mucho tiempo sin que el mismo Mussolini fuera inexorablemente ejecutado en su fuga, por guerrilleros que castigaron así su egolatría y su ambición frenética. De esta manera los hombres que habían dirigido los destinos de Italia terminaron tan miserablemente, convirtiendo sus sueños imperiales en una quimera, y el fascismo en una abominación sangrienta.

Constantemente, en medio de la seguridad de que disfrutaba, no dejaba de pensar en el riesgo que había sufrido y bajo el que otros hombres y mujeres seguían continuamente amenazados y para los que no había protección posible. De manera que mi interés en el desarrollo de los sucesos mundiales era, al mismo tiempo, preocupación de índole humana y deseo de que pronto estuvieran aquellas muchedumbres fuera de la angustia de la guerra. Creía también que las instituciones democráticas quedarían restablecidas y protegidas, que el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos sería respetado y, sobre todo, que el futuro de la paz sería asegurado por la unión y la armonía de los países que habían hecho tantos sacrificios de orden moral y material.

Así, pues, cuando llegó la noticia de la derrota total del nazismo sentí una gran satisfacción y, a la vez, una emoción profunda al saber que la alegría de estar a salvo era compartida, con esperanzas, por un mundo civilizado. No quise quedarme aparte y me sumé a la alegría popular con que se celebró en la ciudad tan deseado acontecimiento. Soñé que había llegado la hora de una nueva etapa en los destinos humanos.

Por aquellos días la Zona del Canal de Panamá desempeñaba un papel importante como sitio en que se acumulaban reservas y se adiestraban tropas. Esto daba gran animación militar a la ciudad, que está únicamente separada de la Zona por una calle que corre al pie del cerro Ancón y de los

prados en que se levantan los *chalets* norteamericanos. Los jóvenes reclutas pasaban constantemente y ambulaban por la calle central, animada por comercios hindúes, españoles, griegos, judíos y por restaurantes y cantinas de la población negra, traída de la isla de Jamaica desde el tiempo en que el canal se construyó. Esta animación duraba hasta las altas horas de la noche, propiciada por la frescura de la brisa.

Solía caminar a pie hasta el Club Unión y detenerme a saludar a algún grupo en la Plaza de Santa Anna, tan vinculada a la historia cívica de la ciudad, o cambiar algunas palabras con los contertulios del parque, rodeado de viejas casonas coloniales y donde se levanta la catedral, sitio preferido de la vieja generación, que allí rememora tiempos pasados y discute tópicos históricos.

A veces entraba en un café concurrido por profesores, estudiantes y periodistas, donde siempre encontraba algún amigo con quien charlar. No faltaban en esta tertulia don Juan Aguilar, republicano español, de Andalucía, catedrático de historia en la universidad, con cuya charla apasionada y entretenida se deslizaban rápidamente las horas; Renato Osoreo, editorialista de *La Estrella de Panamá*, enterado, alerta, culto y sagaz; así como Rogelio Sinán, poeta y cuentista de gran sensibilidad, con quien me unió una sincera amistad por su fervor poético y su espíritu cordial. A cualquier tertulia que me acercara, siempre encontraba una acogida afectuosa. No solamente entre los intelectuales, sino también entre los políticos hallé consideración y verdadera amistad. Con varios estuve en correspondencia. Entre ellos recuerdo al ministro Crespo, al doctor Morgan, a Carlos Sucre y al rector de la universidad, Octavio Méndez Pereira. Tanto él como su señora fueron sumamente hospitalarios, y gracias a ellos conocimos la excelente tradición de la cocina del Istmo, que al primer contacto con esa tierra suponíamos desaparecida bajo la corriente manufacturera de la latería, impuesta por razones de facilidad doméstica.

A la Universidad de Panamá obsequié en una solemne sesión el retrato del maestro Justo Sierra, obra del pintor Ramón Alva de la Canal, y terminó así la alocución que pronuncié en el paraninfo, con dicho motivo:

En el alma luminosa de Justo Sierra está representada la parte esencial y más noble del alma mexicana. Por eso me complazco en traer su recuerdo a esta Universidad, cuya misión es reunir y armonizar el pensamiento de América. Y porque tenía, además, la inteligencia y la imaginación de los fundadores de cultu-

ras, he querido aprovechar el aniversario de la fundación de vuestra ciudad para entregaros este retrato. Jóvenes estudiantes: os confío un símbolo. El maestro Justo Sierra pertenece a la estirpe de los hombres que contribuyeron a preparar el porvenir y la grandeza intelectual de nuestro continente. Su gloria corresponde a todos los pueblos hispanoamericanos. En ningún lugar mejor que en el seno de esta Universidad adquiere su figura tan luminosa plenitud. Espero que la memoria del maestro será grata y benéfica en vuestra casa de estudios. ¡Que la llama de su espíritu os ilumine!

Los testimonios de amistad fueron seguramente lo mejor de mi estancia en el Istmo. Sin dejar de interesarme por otro aspecto de aquella tierra, hice varias excursiones al campo, visité la vieja ciudad de Porto Bello, hoy desolada, pero en su soledad estremecida por el recuerdo de los piratas y los soliloquios del mar. Vi las ruinas de Chagres, cerca del río, entristecidas de recuerdos coloniales, y recorrí algunos parajes de gran belleza tropical donde descuellan árboles frondosos, singulares orquídeas y flores, entonces raras, como la llamada ave del paraíso.

La historia de Panamá es interesante desde épocas remotas. Atravesando el Istmo, Vasco Núñez de Balboa descubrió el Océano Pacífico, que él denominó Mar del Sur. De allí partió Pizarro a la conquista del Perú. En tiempos coloniales Panamá fue teatro de correrías y luchas de bucaneros y piratas. Francis Drake, al servicio de Inglaterra, varias veces atacó e incendió Santa María y Nombre de Dios; William Parker saqueó Porto Bello, y Morgan (sir Henry) ennoblecido como Drake, en una expedición audaz, capturó y devastó Panamá la Vieja en 1671. En ese solitario emplazamiento hay una estatua de nuestro Morelos, obsequio del gobierno mexicano, que lo muestra con su habitual pañuelo amarrado a la cabeza, y que los chicos de la Escuela de Miramar, entre los que se contaba mi hijo, confundían con la imagen del pirata Morgan e iban a ese lugar en busca de cartuchos quemados, que suponían eran despojos de la antigua piratería.

La estampa más característica de la vida panameña es el Carnaval. Constituye un acontecimiento que mueve a toda la población. Desde que se acerca la fecha de su celebración la gente comienza a pensar en él, a economizar para esos días y a hacer proyectos de diversión y broma. Desde la víspera nadie trabaja ya. La servidumbre desaparece, la ciudad está agitada. Se compran trajes y adornos.

Llegado el gran día suenan músicas por todas partes. Por la calle central hay un intenso ir y venir de gente. Infinidad de mirones se apiñan en las marquesinas y en las aceras para contemplar el cortejo que con gran despliegue de color y de ruido cruza la ciudad reluciente bajo el sol. Los carros alegóricos desfilan lentamente. Arrójanse flores, confeti y serpentinatas. La multitud comenta, charla, saluda a los conocidos, aplaude. Hay una radiación intensa, una cegadora reverberación. La gente se abanica y toma barquillos, prorrumpen en exclamaciones de entusiasmo ante la reina que pasa luciendo su belleza y repartiendo la dádiva de su sonrisa. Son tres días de fiesta consecutiva, y el domingo siguiente todavía se reanuda con renovada algazara. Las muchachas ostentan en los cortejos sus amplias polleras, sus tocados orientales vibrantes de tembleques, sus cadenas de oro al cuello y sus broches de perlas finas.

De vez en cuando se suscitaban escenas cómicas, veíanse máscaras con trajes inverosímiles, escuchábamos ahogos de risa y todo aquel cachondeo de color vernacular se traducía al fin en un aumento de población. En las esquinas hay grandes apretujones, expendios de frutas y refrescos. Un desbordamiento de alegría y de optimismo alcanza a los merenderos, llamados los ranchos, que lucen en las terrazas faroles de colores. Todo el mundo está en la calle, en los jardines. La ciudad es como un barco empavesado cuya proa, el Club Unión, se mece en la noche tropical.

Todos se han olvidado de la política, de las cuestiones graves, de las reivindicaciones del canal. Los bailes se prolongan hasta la madrugada en que se oye todavía, como desvelado, el ritmo insistente del tamborcito:

Panameño, panameño,
panameño, vida mía,
yo quiero que tú me lleves
al tambor de la alegría.

Una concurrida cantina, que a la manera popular mexicana honraba con su nombre, Las Glorias de MacArthur, ostenta entre las botellas de Vat 69, Johnnie Walker y los caballitos blanco y negro, letreros con la admonición *Remember Pearl Harbor* y Beber o no beber, *that is the question*.

Panamá es uno de los puntos cruciales de América. Allí concurren diversas corrientes de la vida del continente que operan sobre los fenómenos

políticos y sociales que se debaten sin interrupción. El ritmo esencial de sus fuerzas repercute sobre la comunidad diplomática, que vive bajo el signo de esa agitación. La creación del canal ha trazado nuevos destinos a nuestros pueblos. Ya Bolívar, con una mirada previsor, había señalado la posibilidad de una anfictionía americana en aquella faja de tierra que estrechan los dos océanos. La idea del canal había flotado por muchos años de una manera imprecisa, hasta que la voluntad humana, unida a la técnica hizo posible la empresa, no sin que antes hubiera que subyugar a la naturaleza, a costa de cruentos sacrificios. La primera tentativa tuvo mucho de aventura por las condiciones hostiles del medio, saturado de mortales exhalaciones que aniquilaron a miles de trabajadores. El viejo panteón de Panamá está lleno de nombres franceses, y a la catástrofe humana se unió el desastre económico que arrastró a la miseria a confiados rentistas. El nombre de Panamá sirvió desde entonces de etiqueta para cubrir toda especulación turbia. Abandonados los trabajos por los franceses, fueron reemprendidos años después por los norteamericanos, con técnica más segura y más poderosos elementos. Su primer objetivo fue sanear toda la zona, para convertirla en un sitio habitable. Desaparecieron, junto con sus transmisores, los moscos, la fiebre amarilla y el paludismo, lo que permitió desarrollar con ritmo vigoroso las ingentes obras del canal. Este triunfo de la medicina sanitaria debióse principalmente al doctor Gorjas, cuyo mérito se exalta en el hospital que lleva su nombre.

Las obras, en sí, constituyen uno de los más grandes empeños humanos convertidos en realidad. Basta con recorrer un día el canal, visitar las gigantescas esclusas y ver operar el mecanismo que levanta los trasatlánticos a diversos niveles, para sentir las fuerzas que el hombre ha sido capaz de desarrollar y poner bajo su dominio. En el esplendor tropical, la civilización moderna descuella triunfalmente. Por un juego de niveles, buques enormes pasan del uno al otro mar con facilidad de una encantadora fantasía.

Pero esta obra de tanta trascendencia crea graves problemas a la comunidad panameña y hiere el sentimiento nacional porque afecta sus derechos de soberanía y perturba, no nada más su vida política, sino hasta sus mismas fundaciones culturales.

Hace treinta años, por supuesto, no se planteaba el problema de la misma manera que en la actualidad. Estaban los panameños más cerca de los días de su independencia y sus experiencias en cuestiones internacionales

no eran muy grandes. Panamá había visto con buenos ojos la apertura del Canal estimándola como una necesidad vital. Hay una carta de Rufino José Cuervo en la que comunica a su corresponsal (cito de memoria): “Vengan pronto a ver a Panamá porque se está muriendo”. Las obras del Canal sacarían del marasmo a la región. Desgraciadamente la carencia de recursos de Colombia no le permitiría emprender por su cuenta una obra de tan gigantescas proporciones. Así fue como, después del fracaso de Lesseps, las primeras negociaciones para la construcción del Canal se hicieron por iniciativa de los Estados Unidos, ante el gobierno de Colombia, por medio del tratado Hay-Herrán, de 22 de enero de 1903, que fue ratificado por el senado de los Estados Unidos el 17 de marzo del mismo año, y a continuación un segundo tratado suscrito por Hay-Bunau-Varilla por el cual se aseguraban los Estados Unidos la perpetuidad del uso exclusivo, la ocupación y el control de la Zona del Canal, con exclusión de Panamá, que recibiría diez millones de dólares al contado y doscientos cincuenta mil dólares anuales nueve años después de ratificado el acuerdo. Durante la presidencia de don Harmodio Arias, el tratado anterior sufrió una revisión, por la cual Panamá mejoró la renta, y Estados Unidos fue relevado del compromiso de garantía proteccionista y renunciaba al derecho de adquirir tierras y aguas adicionales para el Canal Zone. Durante mi misión en aquella república, en 1947, la Asamblea Nacional rechazó el convenio Filós-Hines sobre bases militares, debido a la presión popular encabezada por los estudiantes.

Años después, encontrándome en otras misiones, pero recordando siempre la tragedia de Panamá, observé la negociación del Tratado Remón-Eisenhower (1955) que mejoró aún más el pago de la anualidad elevando a un millón novecientos cincuenta mil dólares y favoreciendo al comercio local. Pero al margen de la diplomacia panameña hubo actos significativos de reafirmación de la soberanía como ocurrió en 1959 cuando grupos populares plantaron banderas nacionales en el territorio que comprende la vía interoceánica. Cinco años después (1964) hubo una serie de manifestaciones que obligaron al gobierno del presidente Roberto F. Chiari a romper relaciones con los Estados Unidos, y a denunciar a ese país ante la OEA y la ONU por agresión. El sentimiento y la conciencia nacionales se encuentran claramente definidos y la orientación política se encauza hacia la recuperación del Canal, principal recurso natural del país. Además se clarifica el planteamiento de la neutralidad y la internacionalización del Canal, cuyo

destino, servicio y funcionamiento no deben depender de un solo país con pretensiones hegemónicas, sino que esta obra debe estar al servicio de la comunidad internacional.

El hecho de que el país quede dividido en dos cuerpos, con una zona extranjera administrativa y militar, crea una situación extraña de recelo y tirantez. Los conflictos que se derivan del poderío norteamericano y de las legítimas aspiraciones del pueblo panameño mantienen elementos de desconfianza que algunas voces conciliadoras quisieran reducir a sus mínimas consecuencias.

Yo no podía ser indiferente a estos sentimientos en mi doble carácter de diplomático que tiene un sentido de ética humana y de hispanoamericano, que no puede ignorar la formación histórica de nuestros países y las aspiraciones de libertad que se mantienen fervorosamente en ellos.

En muchas circunstancias, en reuniones diplomáticas o sociales, surgían estos problemas que se mantenían latentes bajo tranquilas apariencias, pero que a veces se hacían punzantes y originaban resquemores. Uno de estos elementos discordantes eran los métodos de discriminación racial que tanto dañan la convivencia humana, con todo su odioso cortejo de humillación, explotación e inseguridad social. Era desagradable ver en tierra panameña, por un artificio de tratados, que acontecieran cosas que establecían diferencias premeditadas contra los nacionales, cercenándoles sus derechos o infiltrando costumbres contrarias a nuestra cultura. Muchas veces me hacía estas reflexiones al franquear la zona o al ir en el ferrocarril hasta Colón, abrumado por el calor tropical, hasta alcanzar el espacio habitable del hotel (antiguo edificio administrativo del Canal) donde descansaba ante el azul fulgente del mar, contemplado a través de las palmeras. Y no dejaba de ser extraña para mí esta vida de contrastes, de agitación y reposo a la vez, de este frío poder mecánico y el cálido vaho de los trópicos que adormece la vida interior y que me exigía una perpetua vigilancia para mantener siempre claro el espíritu y alerta la imaginación. Gracias a esta absoluta decisión, y no obstante el trabajo abrumador que me imponía el sistema burocrático, pues muchas veces tuve que despachar solo la embajada, sin ningún auxilio consular, mantuve mis fuerzas morales y mi equilibrio espiritual. Me animaba en esta disposición para el trabajo el contacto renovado con personalidades extranjeros y viajeros mexicanos que hacían escala forzosa en Panamá, por el sistema establecido entonces en las rutas aéreas. Y así llegaron amigos

que, aunque fuese brevemente, me proporcionaban satisfacción y contento, más los que procedían de México, porque me traían noticias vivas de la patria. La llegada de los aviones era por la tarde y la salida por la mañana temprano, lo que obligaba a los viajeros a permanecer al menos una noche en Panamá. Como la afluencia a éstos era considerable, y muy limitadas las posibilidades de acomodo, pues los flamantes hoteles de hoy no existían entonces, invariablemente los instalaba yo en el recinto de la embajada, que contaba con varias recámaras confortables. Después de la cena, y antes de retirarnos, conversábamos en el bar gozando de la frescura de la noche con bebidas heladas, aliviando así el pesado calor tropical en que se sumerge la vida de aquella ciudad extravertida y susurrante. Y, sin embargo había que levantarse muy temprano, tanto para despedir a los viajeros cuanto porque la vida oficial comenzaba en las horas frescas de la mañana. Gracias a esta actividad matinal, a la abstención de licores al mediodía, y al pasar en un ambiente fresco las horas más pesadas del sopor, mantenía todas mis facultades y vivía en una despabilada actividad mental. ¡Cuántos nombres de amigos y conocidos de los que pasaron por Panamá me llegan ahora a la memoria!; escritores y artistas extranjeros prominentes, políticos, gente de diferentes preocupaciones, de diversos sueños y afanes, que alimentaban las más diversas esperanzas: Heriberto Jara, Henríquez Guzmán, Silva Herzog, Reyes Heróles, Luis I. Rodríguez, Muñoz Cota. Experimenté horas de alegría conversando con el poeta Carlos Pellicer y con el escritor Martín Luis Guzmán. Los arquitectos Villagrán García y Mario Pani, innovadores de la arquitectura mexicana, fueron mis huéspedes, lo mismo que el licenciado Vicente Lombardo Toledano, recibido con entusiasmo por los componentes de la Confederación de Trabajadores de América Latina, a los que arengó elocuentemente en un gran mitin celebrado en una de las plazas de la ciudad. También hospedé con sumo gusto a mi amigo el licenciado Emilio Portes Gil, y el doctor Francisco Castillo Nájera, secretario de Relaciones, de quien se recuerdan pintorescas intervenciones en su gestión diplomática. Entre los escritores extranjeros recibí a Ricardo A. Latcham, a Mariano Picón-Salas, a Luis Alberto Sánchez, a José Bergamín y a otros muchos intelectuales y artistas como el escultor Victorio Macho.

En esos días llegaban a Panamá hombres de la más diversa condición. Además, la Conferencia de Bogotá congregó a diplomáticos y funcionarios, entre ellos el propio secretario de Relaciones, Jaime Torres Bodet, el licen-

ciado Gabriel Ramos Millán, el poeta José Gorostiza y otras personas vinculadas a las actividades de la conferencia.

Los motines que ensangrentaban Bogotá con motivo de la muerte del líder Eliezer Gaytán obligaron a nuestros delegados a enviar rápidamente a las señoras a Panamá, en donde tuve el gusto de recibir las y alojarlas en la residencia, mientras se despejaba la situación y se restablecían la seguridad y la tranquilidad.

En la Zona del Canal, la más prominente visita fue la del general Eisenhower, que volvía de la guerra triunfador, y al que se le hizo una cálida recepción. Durante el agasajo que le ofrecieron las autoridades norteamericanas, me tocó estar a su lado y recordamos, en la conversación, los días aciagos de la guerra, cuando él preparaba el ataque a Normandía y yo era cónsul general en Londres. A pesar de su renombre, justamente ganado, aparecía como un hombre sencillo y cordial con quien departí gustosamente. Su heroísmo no se mostraba en forma ostentosa, sino más bien en una sonriente confianza que ponía de relieve su educación y su modestia.

Mis años en Panamá fueron de duro trabajo, a veces de estéril burocratismo, de interminable ajetreo, de insuficiente remuneración para satisfacer las necesidades sociales de la embajada, de falta de personal, cuando no de impreparación y hasta innoble conducta de alguno.

Yo me acomodaba al ritmo de aquella vida, aun cuando extrañaba mis horas de trabajo literario. A veces podía darme una escapada para leer en la biblioteca de la universidad, o pasearme solo al fresco de la noche, en el malecón; pero mi creación poética se resintió profundamente. Sin embargo, como ya tenía los materiales que aseguraban la publicación de mi libro *Memorial de la sangre*, aproveché uno de mis viajes a México para editarlo en los Talleres Gráficos de la Nación. Varios escritores de América, entre ellos Ricardo A. Latcham, Ángel Cruchaga Santa María, Rogelio Sinán, Francisco González Guerrero, Juvencio Valle, Enrique Ruiz Vernacci y algunos otros le consagraron comentarios y ensayos en los que subrayan la significación de ser un paso más del vanguardismo a un nuevo humanismo.

Me acuerdo de que poco antes de que terminara el mandato del presidente Ávila Camacho, preparé un informe en el cual sugería que cada embajada tuviera adscrito un funcionario capaz como attaché comercial y una exhibición permanente de muestras de nuestra industria y artesanía; catálogos y documentación de producción minera, industrial y agrícola cuya

calidad y precios aseguraría la Secretaría de Comercio, porque se ha dado el caso, que yo presencié, de haber mandado a Chile casimires defectuosos y loza a Panamá que se rompía como galletas. De un renglón tan importante como la plata no pudo el comerciante interesado recibir catálogos ni especificaciones, a pesar de mi insistencia; y nunca se pudieron satisfacer pedidos de petróleo, azúcar y café. Y todos supimos de las fresas en Inglaterra, manipuladas con engañosos artificios, cosas que se hubieran evitado por medio de una estricta vigilancia. Quienes engañan así al comprador extranjero deberían ser sancionados, pues dañan a nuestro comercio y, por la mala propaganda que se deriva, desmejoran nuestra balanza de pagos. En fin, el tiempo dirá.

Un día en que tenía como huésped al ingeniero Marte R. Gómez, en el momento que estábamos a la mesa, recibí un telegrama en el que se me informaba que mi madre había sufrido un derrame cerebral. Esto me llenó de profunda angustia, y me dispuse a salir en el primer avión. Hice el viaje en compañía del ingeniero Gómez y su señora, que se mostraron amablemente solícitos. Cuando llegué, mi madre estaba grave, aún no había recuperado el conocimiento, pero afortunadamente a los pocos días reaccionó, lo que me devolvió el sosiego y me permitió regresar a mi misión. La cercanía de Panamá me facilitaba el rápido traslado a México permitiéndome vigilar más de cerca su salud.

Todas mis vacaciones regulares las pasé en México, compensándome así de los largos años de ausencia padecidos durante la guerra. De esta manera volví a estar cerca de mi país y de su gente. En una ocasión Jesús Silva Herzog me proporcionó una agradable excursión a la cuenca del Papaloapan, que recorrimos en un ómnibus por sus flamantes carreteras, y en lancha de motor por el río, desde Cosamaloapan hasta Alvarado, con una escala en Tlacotalpan. Visitaba zonas recientemente abiertas a la agricultura por pujantes obras de irrigación o nuevos distritos fortalecidos por la naciente industria, seguía los caminos que iban penetrando en los trópicos para enriquecer los mercados de la altiplanicie con los productos extraídos de aquellas feraces tierras. Y nunca faltaba, aunque fuera brevemente, un regreso a mi lugar de origen.

Pero aunque me fueran gratas estas circunstancias, llevaba yo más de cuatro años en el Istmo, soportando un clima riguroso y un ambiente poco propicio al trabajo literario, por lo que había solicitado un cambio de ads-

cripción al presidente de la república, licenciado Miguel Alemán. Sin embargo, la Secretaría se obstinaba en arraigarme en los trópicos, para lo cual informaron al presidente: “Maples Arce es el decano, lo cual da prestigio a nuestra representación, por lo mismo, que siga allí”. Pero el licenciado Alemán, que es hombre sagaz, no cayó en el engaño del argumento, pues sabe que en el mundillo de la diplomacia la intención de las palabras con frecuencia discrepa de su sentido, y no tardó en acceder a mis deseos.

VIII. Esquemas y retratos de Chile

Con motivo de las diferencias suscitadas entre nuestra embajada en Santiago y la cancillería chilena por el “asilo” u “hospedaje” del poeta Pablo Neruda, la Secretaría de Relaciones juzgó pertinente, después de un discreto interinato, nombrar nuevo embajador, cupiéndome en suerte que el presidente don Miguel Alemán se fijara en mí para desempeñar dicho cargo.

Se encontraba conmigo en aquellos días el general Heriberto Jara, al que yo había invitado a estar con nosotros con la intención de hacerle más llevadera la muerte de su esposa y lo animé para que continuara en nuestra compañía. Nos embarcamos en el vapor holandés Delft, rumbo al Sur. Tocamos Buenaventura el Domingo de Ramos de 1948, lo recuerdo bien, porque su nombre engañoso contrastaba con el calor, la insalubridad y la aglomeración de la población negra que se había congregado en la parroquia y blandía, con extraño frenesí, enormes palmas a la vez que estallaba en un orfeón salvaje de gritos, cantos y vociferaciones pánicas.

Con breves escalas nos detuvimos en Guayaquil, así como en el Callao, donde desembarcamos para conocer la hermosa capital del Perú. Continuamos por la costa: Arequipa, Antofagasta, y finalmente descendimos en Valparaíso, cuya pintoresca situación en un escenario de montañas sorprende al viajero de una manera jubilosa.

Mis primeras impresiones de la tierra chilena no podían ser más agradables. La fraternidad entre nuestros pueblos se hizo desde luego patente. En el orden oficial, el presidente González Videla puso a mi disposición el tren presidencial; las autoridades porteñas se hicieron presentes a bordo para darme la bienvenida, y los servicios de migración y aduana me atendieron en la forma más expedita y cortés. Ahora, en el aspecto particular, los periodistas y escritores que me aguardaban en el muelle me hicieron objeto de una cálida recepción. Departé con ellos y contesté muchas preguntas

relacionadas, bien con el interés directo de la misión, bien con mis actividades intelectuales, y más tarde me agasajaron con una comida en uno de los principales restaurantes de la ciudad.

En Santiago, a donde llegué el mismo día, pues se halla a tres horas escasas de ferrocarril, se renovaron los mismos actos de acogida cordial. Acudieron el director del Protocolo, el personal de la Embajada, una amplia delegación de refugiados españoles, entre ellos familiares del poeta Antonio Machado, y los compatriotas don Saúl Arriola y don Guillermo Carter, que amablemente me ofrecieron sus servicios. Muchos de los amigos que no pudieron estar presentes en la estación fueron a verme al día siguiente a la Embajada. Después me siguieron visitando personas que por alguna razón han tenido contacto con México, y otras más tuvieron la gentileza de enviarme sus afectuosas palabras de saludo y bienvenida.

Quedamos instalados en la moderna residencia que mi predecesor, el doctor Pedro de Alba, había adquirido para la misión en la avenida Apoquindo, la que ofrecía, además de todas las comodidades y posibilidades de recepción, un bello jardín con una piscina, que en el verano, iba a ser la alegría de mis hijos y sus amiguitos.

En Chile prevalece la costumbre de dar gran solemnidad a la presentación de credenciales de los embajadores, que son llevados en carroza abierta, precedidos de una lucida vanguardia de lanceros, hasta la residencia oficial del presidente de la república; pronuncié un breve discurso de salutación al presidente, que éste contestó con amables expresiones para México y augurios de satisfactoria actuación. Salí de la presidencia con el jefe del Protocolo quien me contó que el palacio se llama de la Moneda porque sus planos, destinados a la Casa de la Moneda de México, fueron a dar a Santiago por un trastrueque de correo en los días de la Colonia.

El mundo intelectual reside particularmente en Santiago, la ciudad que con el nombre de Santiago de Nuevo Extremo, fundó a orillas del río Mapocho, en 1541, el capitán Pedro de Valdivia. A este soldado de perseverante voluntad, el verdadero conquistador de Chile, pues la tentativa de Diego de Almagro no fue más que un episodio inicial en el fragor de la empresa, se deben las primeras descripciones del ambiente y del paisaje del valle santiaguino. Para suerte de Chile, no fue Valdivia un soldado rudo, aventurero sin escrúpulos, sino un hombre de condición moral superior, amante de las letras, cuyos testimonios escritos acerca

de sus andanzas y fundaciones pertenecen al linaje de las crónicas más castizas.

Quien ahora contempla esta ciudad, que excede al millón de habitantes, sus amplias plazas, sus alamedas y sus barrios altos que se extienden hasta los terrenos del golf, no puede imaginarse la fundación rudimentaria de sus orígenes y las broncas luchas que tuvieron caracteres de epopeya y que hicieron, durante un siglo, de esta ciudad el campamento de los tercios del rey que iban a desangrarse en la guerra del Arauco. Los hombres de armas pasaban ocasionalmente por Santiago, que vivía en el sobresalto bélico. Por la ciudad recién fundada, donde los soldados dormían con el arma bajo el brazo, debió pasar Alonso de Ercilla, que estuvo en las batallas campales que describe en las broncíneas estrofas de “La Araucana”.

A mi llegada tuve el deseo, desde luego, de estrechar las manos con quienes crucé correspondencia literaria en mi juventud, de aquellos con quienes intercambié libros y revistas o a los que conocí más recientemente durante mis misiones diplomáticas. Muchos de esos amigos estaban en el extranjero. Extrañé y lamenté la ausencia de Gabriela Mistral, la de los dolorosos e intensos *Sonetos de la muerte*, que por aquellos días reposaba en el horizonte cordial de los vergeles jalapeños; la de Pablo Neruda, el poeta de *Residencia en la tierra*, a quien había conocido en París, y al que tengo presente en nuestras charlas de los cafés de Montparnasse y cuya voz, largamente cansada, había de volver a mí en las grabaciones de *Cruz del Sur*; la de Salvador Reyes, poeta del mar, cuyos libros están impregnados de la aventura y el encanto de los puertos; la de Martha Brunet, cuyos admirables cuentos dan una nota de emoción evocadora del campo de su patria, y la de otros escritores a quienes había leído hace tiempo en México, como Rosamel del Valle, Juan Marín y Humberto Casanueva, con quien apenas conversé en una ocasión, pues salía para Lima en comisión diplomática. Extrañé, y lamenté también, la ausencia eterna de Vicente Huidobro, a quien traté durante mi primera estancia en París y cuya poesía, especialmente algunos fragmentos de *Altazor* y *El monumento al mar* leí recordando al viajero ido, bajo las arboledas del Parque Forestal.

En el banquete que el Pen Club, bajo la presidencia de Ricardo A. Latchman, dinámicamente secundado por la escritora Chela Reyes, nos ofreció, conjuntamente, a Federico de Onís y a mí, hallé a Augusto D’Halmar y tuve también ocasión de reanudar una vieja amistad interrumpida desde mi

época de estudiante, la del poeta Rubén Azocar, que vivió e hizo su carrera de profesor entre nosotros. Desde aquel día me seguí viendo con D'Halmar, que era asiduo visitante de la Embajada y jamás faltaba a los actos sociales y culturales relacionados con México. Aunque amaba la soledad y supo preservarla, la experiencia del trato social no era contraria a su sensibilidad. Gustaba de discurrir largamente con sus amigos y hubo ocasión que en grata sobremesa nos sorprendiera el alba. En la conversación brillaba por su extraordinaria facultad de narrador; cualquiera anécdota, por insignificante que fuese, tornábase sugestiva y atrayente en sus labios, aunque muchas veces no fuera rigurosamente auténtica, pues siempre sospeché que en sus relatos había una mezcla de realidad y fantasía, y es que, hombre de largos peregrinajes, había visitado muchos países y tratado con gente de la más distinta condición, lo que había terminado por confundir sus ensoñaciones de poeta con sus recuerdos trashumantes.

En sus conferencias la cálida sonoridad de su voz y la elegancia de su buen decir embelesaban al auditorio. Su erguida figura de cabellos plateados, bajo el chaquetón de marino que habitualmente usaba, le daba el gallardo porte de un caballero de antaño. Así lo vi presidir todos los cenáculos ajeno a rivalidades y discordias, generoso y persuasivo, esparciendo los dones de su clara inteligencia. Tuvo siempre afición por las rutas del mar; su obra está llena de alusiones y nombres marinos y hasta en un pequeño libro, *Mar*, dedicado a Pierre Loti, otro viajero insaciable, consagra su obsesionante pasión, nostálgico del “camino, aunque no usado, alegre y cierto...” a que aludió Cervantes. No tuve el privilegio de disfrutar mucho tiempo de su encantadora amistad. A los sesenta y ocho años de edad, atacado por una afección bronquial, murió después de una corta agonía. Una tarde lluviosa, fuimos a dejar al hermano “errabundo”, como le llamó Nervo, por la avenida, simbólicamente nombrada de la Paz, bajo los pinos del cementerio que estremecen los largos vientos de la cordillera.

Las ocasiones de contactos con los escritores se me fueron presentando espontáneamente. A Pedro Prado lo conocí bajo la cordial anfitriónía de Enrique Santos, embajador por aquel entonces de Colombia, más popular por su seudónimo de *Calibán* con que escribe en las columnas de *El Tiempo* de Bogotá. Recuerdo exactamente que al

avistarnos en la mesa, sonreímos como viejos conocidos. “Comprendí de inmediato –me dijo Prado– que seríamos amigos”.

Pocas semanas después se otorgaba a aquel el Premio Nacional de Literatura, máximo galardón oficial con que el gobierno premia a los escritores, y por una gentileza del rector de la Universidad de Chile, don Juvenal Hernández, presidí al lado de las altas autoridades aquel acto solemne en el que Prado, a pesar de las dificultades de dicción que le originaba una enfermedad que venía padeciendo y que ya le había ocasionado varios ataques, produjo una bellísima pieza oratoria en la que evocando su infancia, trazó un sentido relato de su padre e hizo hondas reflexiones acerca de su concepto de la poesía.

Varias veces conversé con Prado, unas en mi casa, otras en la calle, otras más en la librería o en reuniones de amigos; y siempre agradablemente con este fino espíritu que solía preguntarme cosas de México y aludía, afectuosamente, a González Martínez, a Alfonso Reyes, a Alfonso Cravioto y a otros escritores mexicanos que vivieron y pasaron por su país. En cierta ocasión nos reunimos en los comedores de la Quinta Normal, durante un agasajo de la Sociedad de Escritores. Al terminar el almuerzo, mientras los convidados se dispensaban, Prado y yo tomamos por las avenidas vecinas al Museo de Arte Moderno. El parque tiene un aire popular. Un trenecito escénico da un silbido y rubrica, de pronto, con su estruendo el silencio de la tarde. Prado me explica que este fue el paseo elegante de los santiaguinos a principios de siglo. Nos encaminamos hacia la Quinta de los Prado, que se alza en un barrio suburbano. A medida que nos acercamos a la avenida Mapocho voy confrontando el aspecto de la barriada con la descripción que Prado hizo en algún capítulo de *El juez rural*. Cruzamos el jardín delantero. En el vestíbulo y en los salones hay sarapes de desvaídos colores, tibores de talavera de Puebla y algunos otros objetos que me evocan gratamente la patria lejana. Mientras tomamos una copa de anís en la terraza, me muestra la torre que se levanta en un ángulo de la construcción. Allí se celebraban las iniciaciones de la cofradía de Los diez. Me enseña libros curiosos, retratos familiares y me refiere detalles de las bromas literarias de su juventud, a la vez que pone en mis manos la edición original de *Fragments*, que bajo el seudónimo de Karez-I-Roshan publicó en 1921, con la fotografía de un anciano

de barbas bíblicas tomada a un vendedor del Mercado Central, la que se difundió como imagen del poeta oriental autor de la obra, haciendo así burla y escarnio de ciertos críticos que alardeaban de descubridores de exóticas literaturas. Y en el sosiego de esta casona que irradia de sus viejos jardines un sentimiento de resignada melancolía y diáfana soledad, el poeta de *Alsino* se explaya conmigo sobre los sueños que persigue en su reposo henchido de presentimientos maravillosos.

No cabe duda de que el grupo que él alentó ejerció influencia decisiva en la renovación literaria y artística de Chile; en la reforma del gusto, en la depuración del estilo y en el enriquecimiento de nuevos valores. Si en sus últimos libros de poesía algo pierde en densidad y acaso en emoción, la forma es siempre esmerada y pulcra; pero a Prado le bastaría un solo libro como *Alsino* para su perduración.

Otro de mis gratos encuentros fue el de Eduardo Barrios, de quien había leído *Un perdido*, donde principié a conocer algunos aspectos de la vida y de las instituciones chilenas, particularmente del ambiente de la ciudad en que el autor ahonda el estudio psicológico de sus personajes. Había leído también su novela introspectiva: *El niño que enloqueció de amor* y *El Hermano Asno*, cuya trama de profundas inquietudes místicas se desarrolla en el ambiente de un monasterio enmarcado en el paisaje chileno. Lo conocía, pues, literariamente, y estimaba al escritor, pero la relación con el hombre me hizo aquilatar en todo su valor a este espíritu modesto y asequible, generoso y cordial, que posee las mejores cualidades de su pueblo. Fue Eduardo Barrios una de las personas con quien mayores contactos tuve en Chile. Mi recuerdo lo sitúa en el ambiente de la librería Nacimiento o en el salón de mi casa donde platicamos horas interminables.

Barrios, que fue a través de su vida un aventurero por la diversidad de oficios y situaciones que alcanzaría, pues pasó por las aulas de la escuela militar, fue taquígrafo parlamentario, expedicionario en los trópicos, salitrero, comisionista, periodista, director de la Biblioteca Nacional y ministro de Educación; con lo cual acumuló un acervo de experiencia y recuerdos, fue un grato conversador de acento suave y familiar. Lo traté aureolado por la fama que le trajo el Premio Nacional de Literatura y especialmente la publicación de su magistral novela *Gran señor y rajadiablos*, en la que pinta con extraordinario vigor y certero estilo la vida de la sociedad chilena del campo.

Recuerdo también a Mariano Latorre, el cuentista chileno. Lo veo acompañado de su inseparable discípulo y amigo Juanito Uribe, cuya tesis universitaria versó sobre la novela de la Revolución Mexicana. De regular estatura, tez rosada, delgado de facciones, de ojos azules, frente despejada y cabellos castaños; paseaba por las calles de Santiago su tenaz juventud proyectando siempre algún viaje que jamás realizaría. Unas veces a España, otras a Cuba y en ocasiones a México. Si pasaba una chica guapa, de las que abundan en Santiago, cortaba la conversación, os dejaba plantado y salía a escape tras ella, pues a pesar de sus sesenta y cinco años “su sed de amor no tenía fin...” Debo decir en su elogio que fue para mí un excelente amigo, un guía insuperable de la buena cocina, de los amables vinos y del folclore de su tierra.

Mis entrevistas con Joaquín Edwards Bello, uno de los más grandes escritores de América y también uno de los espíritus más esquivos que he conocido, fueron raras a pesar de la mutua simpatía y de las inquietudes literarias que nos acercaban. Lo conocí por casualidad en un banquete en que ambos nos buscamos y conseguimos ocupar lugares juntos, y a través de una larga plática confirmamos nuestra amistad y afecto. El anuncio de los discursos truncó, con su fuga, renuente a la oratoria de sobremesa, la plática en que su gentileza había suscitado temas relacionados con la vida de México. Únicamente otro encuentro más, también casual, tuve con Edwards Bello; pero si no frecuenté su trato personal, en cambio fui asiduo lector de las magisteriales crónicas que con regularidad publicaba en las columnas de *La Nación* de Santiago, y he seguido con íntima complacencia su trayectoria literaria.

Fue un implacable crítico de los vicios sociales de su país y de su época con la certera y valerosa actitud de un Larra.

A Ricardo A. Latchman, uno de los amigos que más traté y con quien me unieron lazos más cordiales, lo conocí personalmente en Panamá, durante una visita que hizo a la universidad de aquel país, invitado a dar una serie de conferencias por el rector Octavio Méndez Pereyra. Desde allí atrajo mi atención su fogosa y magisterial elocuencia que debía admirar después, durante mi estancia en Chile. Latchman fue orador parlamentario, cuya dialéctica vivaz dejó huella, en la Cámara; fue hombre de polémica y vastísima cultura que brilló en la conversación de manera extraordinaria, tuvo el genio de la palabra, su charla fue cautivadora y a veces la expresión se volvía hiriente, pues las

deficiencias públicas y las fallas políticas lo exasperaban. “Esto me hace subir la presión”, me dijo alguna vez, agitado por algo que condenaba, mientras le afluían al rostro oleadas de sangre. Retirado de los asuntos públicos, consagró su tiempo a la enseñanza en el Instituto Pedagógico, donde estimuló las inquietudes intelectuales de la juventud y sus crónicas literarias fueron exponentes de la mejor crítica orientadora y constructiva.

Lugar importante en mi estimación y afecto tuvieron Ángel Cruchaga Santamaría, el gran poeta, muerto casi ciego, con quien paseaba en los alrededores de Santiago entre los manzanares y pomaredas de La Reina; a Juvenicio Valle, cuyo libro de poemas *El hijo del guardabosques* lo confirma como un alto exponente de la poesía chilena; a Luis Durand, autor de una densa novela, *Frontera*, en la que recoge con fidelidad y realismo fonológico, la vida y el lenguaje del pueblo, pero cuyo verdadero dominio apunta en el cuento de aguda observación psicológica popular y gracia maliciosa; a José Santos González Vera que me recuerda, por la fineza de su prosa, el recato de su sentimiento y la suavidad de su ironía, al mexicano Mariano Silva y Aceves; al poeta Carlos Préndez Saldías; al novelista Alberto Romero; a Tomás Lago; a Antonio Acevedo Hernández y Oreste Plath, que me descubrieron el folclore y el lenguaje popular; al orador Manuel Eduardo Hubner; a Guillermo Labarca Huberton, autor de un breve, admirable libro, *Mirando al océano*, y a su esposa la ilustre educadora Amanda Labarca, que tan amablemente me invitara a dar un cursillo sobre México en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional. Finalmente quiero dedicar un recuerdo al poeta Gerardo Seguel, que cariñosamente se acercó a mí durante mi residencia en Chile, y el que infaustamente pereció en un lamentable accidente.

Visitando una vez la Sala Medina dedicada al bibliófilo chileno don José Toribio, autor de la *Historia de la imprenta en México*, descubrí un estante de libros mexicanos antiguos, verdaderas joyas bibliográficas, reunidas por la diligencia del ilustre polígrafo. Contento de mi hallazgo quise que el público chileno conociera estos libros raros y de acuerdo con el director de la Biblioteca Nacional, don Augusto Iglesias, organicé una exposición del Libro Mexicano con el acervo de la colección Medina, al que se sumaron numerosos ejemplares románticos y una amplia colección de obras modernas entre las mejor impresas y más representativas de nuestra tipografía mexicana que compré con mi peculio y obsequié a la Biblioteca Nacional. Para dar mayor relieve a la exposición, conté con la colaboración de algunos

escritores que disertaron sobre las relaciones diplomáticas entre México y Chile, la poesía mexicana, la obra de Alfonso Reyes y la de los novelistas Mariano Azuela y Martín Luis Guzmán.

En la vida de Medina había anécdotas que no dejaban muy bien parada su moralidad de bibliófilo. Alguien me contó que al visitar la biblioteca de un convento en España había fingido un desmayo a fin de alejar a su acompañante, y cuando éste salió en busca de auxilio, el ilustre bibliófilo se embolsó el raro volumen que venía rastreando. No sé si la anécdota sea verdadera, pero en mérito a su monumental obra sobre la imprenta en México, le perdoné el hurto, y aun otros que hubiera podido cometer. Con la *Historia de la imprenta en México* rindió el bibliófilo un servicio a mi país, y por un sentimiento de gratitud, pedí a mi gobierno que se incorporara su nombre a la nomenclatura de nuestra capital. Así se puso el nombre de José Toribio Medina a una calle de la colonia Algarín.

Diariamente recorría el paseo de la Costanera para ir a mis oficinas. Pasaba un rato en la librería Nascimento o en la librería del Pacífico, donde solían llegar algunos amigos y con ellos departía sobre la historia y la cultura de América. Por allí acostumbraba ir Arturo Soria, cuyas incansables iniciativas como editor se enriquecían con el archivo de la palabra, reuniendo las voces de la poesía moderna que constituyen la esencia espiritual del mundo iberoamericano. Llegaban también Antonio R. Romero, crítico de arte, escrupuloso e inteligente; el novelista Luis Durand, el historiador Felú, y el delicioso conversador y cuentista Víctor Domingo Silva, Benjamín Subercaseaux, Daniel de la Vega, Lenea Franulik y otros más.

Tuve durante mi gestión como colaboradores al secretario Rafael Urdaneta, Alberto Lenz y la señorita Bartning. Todos me fueron de mucha utilidad, eran trabajadores y de trato agradable, tanto ellos como sus familiares merecieron nuestra simpatía y estimación.

El desempeño de funciones no era realmente difícil, pero exigía cierta prudencia y la más segura información política, para no incurrir en errores de apreciación que lo indujeran a uno a cometer un desliz. No tardó en plantearse un problema de asilo con un amigo de Neruda, que también lo era mío y por el cual tenía estimación intelectual. En el clima de tolerancia que entonces reinaba en Chile y teniendo la seguridad de que no corría riesgo alguno (como los hechos lo confirmaron), no quise acogerlo, pues hubiera sido una debilidad, una falla de mi parte.

No es materia de estas memorias lo ocurrido con Neruda, pero como mi viaje a Chile obedeció en parte a circunstancias en las que él estuvo mezclado, apuntaré, aunque sea ligeramente, lo sucedido. Por influencia de nuestro attaché militar en Santiago, que era amigo personal del senador Neruda, nuestro embajador acogió a éste en forma no bien definida diplomáticamente, y por el mismo influjo y un camino desviado se le quiso sacar del país en el automóvil de la embajada. En la frontera andina las autoridades, seguramente prevenidas, les dijeron que tanto el attaché, por ser funcionario del gobierno mexicano, como Neruda, por ser senador de la república, tenían el paso franco, mas no así el vehículo que debería de estar provisto de documentación adecuada, lo que prácticamente anuló sus propósitos, pues no podían seguir a pie, porque a partir de aquel punto se extendían inconmensurables distancias inhabitadas antes de llegar a un poblado argentino, y tuvieron que regresar a Santiago.

Por aquel tiempo, Relaciones solicitaba con mucha frecuencia el apoyo para cargos en las instituciones internacionales. Cada vez que yo acudía al ministerio de Negocios Extranjeros era para pedir el apoyo a una candidatura mexicana. Tanto era así, que en una ocasión el subsecretario del ramo, seguramente cansado del acoso, me preguntó incisivo, antes de que le expusiera el motivo de mi visita, que para quién venía a pedir el voto de Chile, a lo que yo contesté con cínica candidez, que los candidatos propuestos eran personalidades de reconocida competencia y autoridad en la materia, y que México creía servir a la institución de marras aprovechando sus experiencias anteriores. A veces Chile reclamaba una contrapartida, pero la respuesta se hacía esperar o nunca llegaba; a lo sumo se ofrecía tomarla en cuenta si las circunstancias lo permitieran en el momento de la votación en la Asamblea y terminaba suavemente con un aire de violín, para decirlo en román paladino. Mientras tanto mi central seguía disparándome apremiantes mensajes, pidiendo ésta o aquella presidencia, secretaría o lo que fuera. Para atenuar la mala impresión de nuestras exigencias yo recurría a la cortesía, el obsequio y el halago ofreciendo comidas, cenas y cocteles en los que reunía al cuerpo diplomático, a lo más granado de la administración pública y a la sociedad santiaguina.

En el fondo esta reiteración, este pedir constante, este solicitar posiciones me parecían más nocivos que benéficos para nuestras relaciones políticas de alta envergadura, pues concitaban rivalidades y causaban de-

cepción entre nuestros amigos, que veían en ello la ambición personalista sobrepuesta a la cooperación generosa y equitativa en la composición de los organismos internacionales.

Cuando más tranquilo me hallaba disfrutando de la vida de Santiago de Chile, de las amistades, del interés grato de aquella sociedad amable, me llegó un telegrama de Tuxpan firmado por mi cuñado, el doctor Andrés Villegas, en el que me anunciaba la gravedad de mi madre, y que yo sentí instantáneamente que era revelador de algo mucho más doloroso. Un segundo telegrama lo confirmó, en efecto, pocas horas después, dándome la noticia de su muerte. Sentí un infinito desfallecimiento y un dolor profundo. La terrible sorpresa me dejó conturbado. Nunca se está preparado para tales golpes por más que pensemos en la muerte de los seres amados, para la que quisiéramos estar fortalecidos, la realidad nos hiere con una rudeza aniquiladora. Apenas leído el último telegrama me encerré en mi cuarto, donde sólo el llanto podía sosegar me. Recordé entonces el último día que pasé con ella y mi partida. Salió hasta la reja del jardín en su silla de ruedas; “Ahora sí –me dijo, cuando la estrechaba entre mis brazos–, ya no nos volveremos a ver”, sus ojos me miraron con una expresión tan triste que la abracé de nuevo con gran ternura. “Volveré pronto”, le repliqué. Aquel acontecimiento se me fijaba como una alucinación, pero no veía su rostro bajo el velo de la muerte, sino con la expresión de la última vez, lo que era más extraño bajo la certidumbre de su irremediable desaparición. Y en mi soledad le murmuraba perdón por no haber cumplido mi promesa de volver una vez más hasta ella.

Pensaba yo intensamente en su agonía, en su muerte, sin poder imaginármelas. Más tarde mi hermana Adela me contó que después de un segundo derrame le faltó el oxígeno, pero tuvo aún la energía de levantar la mano en actitud de bendición para todos. La enterraron en el panteón municipal con los restos de su hermano Ramón y mi hermanito Eduardo. Alguna vez me dijo que a su muerte le gustaría reposar juntamente con mi padre, enterrado en Jalapa, pero me ha invadido la incertidumbre y no he querido tomar ninguna iniciativa, pues se me figura que su tumba, cubierta siempre de flores, es un consuelo para mis hermanas que viven en aquel lugar donde la familia fue feliz.

Después de aquella pena familiar decidimos hacer un viaje a Bélgica, donde no habíamos estado desde antes de la guerra, para que Blanca pudie-

ra ver a su madre, y mis hijos conocerla. Hicimos el viaje en avión; volamos sobre los Andes y nos detuvimos en Buenos Aires, donde saludé a Jorge Luis Borges, con el que me unían relaciones literarias desde la juventud. No olvidaba que la primera crítica extranjera de mi libro *Andamios interiores* la escribió el propio Borges para su revista *Proa*. Fue un encuentro muy grato. Departimos largamente y nos dimos noticias de nuestras vidas y de nuestras inquietudes. Como mi estado de espíritu no era propicio a la divagación, caminé indiferente por las calles de Buenos Aires, llenas de sol y de una multitud bien vestida y alegre. En el trayecto de Buenos Aires a Río de Janeiro, nos sorprendió una borrasca que nos hizo pasar horas de desasosiego, pero a pesar de los desperfectos que sufrió el avión, llegamos a Río para descansar unos días. El panorama de Río es de los que despiertan el grito admirativo. La naturaleza es extraordinaria, las playas luminosas y alegres. A toda hora hay una multitud que no tiene más que bajar de los departamentos, atravesar la calle y alcanzar las olas para refrescarse en ellas.

Proseguimos el viaje, deteniéndonos en Natal, Dakar, Lisboa y finalmente, Londres. En 1950 se había iniciado ya la reconstrucción de Londres, pero todavía quedaban huellas de los bombardeos. Los museos, clausurados durante la guerra, estaban ya abiertos al público y exhibían todo el esplendor de las maravillosas colecciones que previsoramente se sustrajeron al peligro de la destrucción. Hacia ellos dirigimos los primeros pasos y fue como un redescubrimiento, pues no veía aquellas obras desde 1935. Busqué a algunas personas que habían tenido atenciones conmigo durante los crueles días de la guerra. Separados de París por unos minutos, emprendimos el vuelo hacia allá. El regreso a París siempre es cosa grata, sobre todo cuando uno ha pasado en él horas de inquietud juvenil y serena madurez. Yo he amado esta ciudad con la misma pasión que otros escritores y he sentido la riqueza de su cultura, lo mismo que el espectáculo vivo de sus costumbres y de su esplendor espiritual. En ella han pasado su existencia inquietos trabajadores de la cultura, a ella han llegado desde los más remotos confines hombres y mujeres con palpitantes anhelos, fascinados por sus geniales destellos. Allí pasaron horas ardientes de creación, poetas y pintores que han dejado sentir en su obra la virtud exaltadora que extrajeron de su grandeza. Y no pocos pasaron miserias y agonías en la persecución de sus quimeras.

Quise que mi amor a esta ciudad, a su historia y a su tradición fuera compartido por mis hijos, y los llevé a recorrer los sitios célebres y los monu-

mentos, los jardines y las perspectivas que lucen su grandiosa arquitectura. Las plazas armoniosas y los muelles del Sena, con los puestos de libros y estampas. Los museos que atesoran la vida de la Edad Media, de la gran revolución y del imperio. Las galerías del Louvre con sus amplias colecciones que ilustran la historia del arte universal y los recintos del Jeu de Paume, donde aún se siente joven la pintura de los impresionistas.

Tuvimos que acortar nuestra estancia, pues Bruselas nos reclamaba con familiar insistencia. En doce años no había habido más que ligeros cambios en la fisonomía de la ciudad, pero en el círculo de la intimidad y la amistad advertimos algunas ausencias y quebrantos, impuestos por el sufrimiento de la guerra y por el tiempo. La madre de mi esposa, aunque ahora con el cabello enteramente blanco, lucía aún su bella presencia y su jovialidad. Fui a recorrer tristemente el barrio en que había vivido con mi madre y mi hermana, y donde pasé años muy gratos. Estos recorridos tenían que ser forzosamente de nostalgia, pues las circunstancias habían cambiado y el tiempo dejado atrás también había consumido el mundo de mi juventud.

Aquella temporada de vacaciones se fue rápidamente y volvimos a Santiago por las mismas rutas aéreas de nuestra partida, para reanudar nuestro trabajo: yo empeñado en afirmar la amistad diplomática y la colaboración cultural entre México y Chile, y mi mujer en su obra caritativa con los niños desamparados, a los que consagraba la mayor dedicación y cariño unida a otras señoras de nobles sentimientos.

Nunca durante el transcurso de mi gestión deje de tener la consideración tanto de los elementos oficiales como de los particulares; mi casa fue un centro de amistad, de intercambio y de solidaridad entre México y todos los grupos representativos de la vida social e intelectual de aquel país.

Los dos ministros de Relaciones Exteriores con quienes me tocó tratar fueron don Germán Riesgo, hijo de un presidente ilustre, y don Horacio Walker, el primero de una grata conversación matizada de suave humorismo y, el segundo, brillante orador, que tenía de México una reminiscencia sentimental de su juventud, cuando acompañado de su padre lo visitó a principios de siglo.

Poco tiempo permanecí aún en Santiago, pues me trasladaron a Bogotá para suplir a un colega que resentía la altura de aquella capital.

Al dar por terminada mi misión, el canciller Walker, a nombre del gobierno chileno me ofreció un banquete en el Club Unión y me condecoró

con la Gran Cruz de la Orden de O'Higgins, y la Alianza de Intelectuales me despidió con una cena en la que el poeta Ángel Cruchaga Santamaría pronunció las palabras que inserto a continuación:

No hace mucho tiempo nuestra Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura celebraba, con significativo júbilo, la llegada del poeta y embajador de México, Manuel Maples Arce, a quien conocíamos desde su radiante juventud como a uno de los esclarecidos heraldos de esa república tan amada por los hijos de este territorio.

Ahora quieren las circunstancias que Maples Arce, que comenzaba a ahondar en el espíritu de Chile, vaya a representar a su noble país en otra nación de nuestra América: Colombia, en ese viaje constante que emprenden los diplomáticos, abandonando afectos, ambientes y todo ese lúcido acopio de enseñanzas que depara inéditas impresiones a través de los paralelos.

Para mí, personalmente, el alejamiento del embajador de México no tiene el carácter de una pérdida, sino la de la ausencia de un poeta que en la amistad o en el vivificante sonido de la estrofa que interpreta el mundo, edifica lo permanente.

La personalidad de Maples Arce ostenta sus seguros contornos en obras como *Andamios interiores*, *Poemas interdictos*, *Urbe* y *Memorial de la sangre*; posee el vigor y la sugerencia precisos para ubicarlo entre los más notables adalides de la poesía mexicana de esta hora de lúgubres torbellinos.

Atrás, como el airón de una época vigilante y rebelde, aparece ahora el movimiento vanguardista del que fuera Maples Arce la voz más firme. Hoy, su estrella brilla sobre otros piélagos y así lo vemos de pronto en su canto a Madrid, sacrificado en 1936, o navegando la dulzura del amor y vaciando en él su vaso herido y transparente.

La lectura de sus libros evoca acentos de honda transfiguración, síntesis alusiva de nuestro tiempo, proyectada hacia el futuro. Igualmente están presentes en las meditaciones del poeta, las revelaciones que surgen del amor y las inquietudes de la muerte. Sensaciones fugaces unidas a experiencias trágicas de nuestra realidad vertidas a un lenguaje musical y plástico, cifra de la más alta poesía.

Maples Arce expresa sucesiva y simultáneamente sentimientos íntimos y realidades sociales. Funde maravillosamente ambos contenidos y nos los comunica con un lirismo cargado de vida y de dones proféticos. El equilibrio entre el fondo

y la expresión, conseguido con sumo acierto, da a su poesía valor insustituible y perennidad.

Manuel Maples Arce parte de nuestra tierra dejando el vacío de su fraterna presencia. Bajo su espiritual cordialidad y al calor de su trato humano que tuvo la virtud de estrechar nuestra convivencia, gozamos limpias horas de expansión y de encendido diálogo.

Nuestra Alianza, que siempre ha palpitado con los grandes dolores de la humanidad y cuyo fundador, Pablo Neruda, vivió en México como en una de sus residencias de la Tierra, tiene la convicción de que en estos momentos el egregio vaticinador de *Canto general de Chile*, estaría con gusto, a la vera del que trajo a nuestro litoral la presencia de Cuauhtémoc y de Juárez, para unir, con el fuego del afecto, a dos pueblos de recia y magnífica estructura.

Para la Alianza, como he expresado, la despedida de esta noche se convierte en sufrimiento, porque la amistad con Maples Arce será en nuestro hogar una flama que ilumine el ambiente cordial de nuestra vida.

Lleve usted, embajador y poeta, nuestro abrazo como si los Andes se lo dieran de piedra, para que tenga sello de eternidad; y sepa usted que su recuerdo habrá de perdurar hondamente entre sus amigos que hacen votos por verlo regresar un día a esta casa del mar infinito.

Para mí es siempre grato pensar en Chile. Si exceptúo un dolor familiar, ajeno a la contingencia de mi estancia en aquel país, diría que mi viaje bajo el signo de la Cruz del Sur había sido perfecto. Paisaje, ambiente, trato social, todo me deleitaba y conservo de Chile, por lo mismo, un hondo, diáfano e imperecedero recuerdo. Forma parte de esos íntimos tesoros que encantan la soledad de los días errabundos.

IX. Recuerdos de Colombia

Partimos de Valparaíso a bordo del trasatlántico italiano *Américo Vespucio*; tocamos varios puertos que habíamos visitado en nuestro viaje anterior y echamos anclas en Buenaventura, lugar hostil, desamparado y hórrido, en resumen, malaventurado.

Al salir en el tren, rumbo a Cali, cambió completamente nuestro estado de espíritu. Aunque el sol era riguroso, el aire que corría por las ventanillas abiertas y la agradable visión del camino nos reconfortaron. Las selvas colombianas son de una impresionante belleza; crecen en ellas extrañas y perfumadas flores, lianas parásitas abrazadas a gigantescos árboles sobre los cuales vuelan bandadas de pájaros.

Nos hospedamos en un flamante hotel (desdeñando otros que nos parecieron incómodos por encontrarse en el centro de la ciudad, en calles muy transitadas), sin pensar que estaba cerca de un templo cuyas campanas nos despertaron inopinadamente a tempranísima hora. Esta contrariedad se desvaneció al visitar Cali, blanca y risueña; asentada en el valle del Cauca; la recorrimos guiados por don Francisco J. Cabrera, cónsul honorario de México, hombre amable, culto y fino espíritu que nos llevó por todas partes y nos hizo advertir esa inquietud de progreso que comenzaba a animar a la vieja ciudad donde se yergue la estatua de Belalcázar, conquistador de Colombia, que con su ademán señalando hacia el mar parece indicar que es de ese rumbo de donde debe esperarse el próspero futuro de Cali.

Rápidos se fueron los días, ocupados en entrevistas y conversaciones con profesores, literatos y periodistas que remozaron mis conocimientos de la vida colombiana y me permitieron, a la vez, comunicarles impresiones y noticias de México, que solicitaron con inteligente curiosidad. Largas horas divagamos frente al espectáculo de aquella naturaleza que yo admiraba insa-

ciablemente, de abiertos horizontes tendidos hacia las enhiestas montañas cuya sombra se recortaba sobre el azul enfático del cielo.

Colombia ha sido siempre un país atractivo para mí por las lecturas literarias que encantaron mi juventud. Las páginas románticas de la famosa novela de Jorge Isaacs resplandecieron en mi adolescencia y habría de recordarlas frente al paisaje del Cauca. También el lirismo descriptivo y finamente romántico de Rafael Pombo exaltaba mi gozo por la pureza y la plenitud de su lenguaje evocador y plástico. Con acento más hondo, por la modernidad de su sentido, la lectura de José Asunción Silva me despertaba una vibración emocional desconsolada, que ha pasado seguramente por el espíritu de muchos poetas. Guillermo Valencia interpretó con honda sensibilidad, en los pareados alejandrinos que sirven de pórtico a sus lapidarios *Ritos*, aquel “libro de poemas delicioso y amargo” [...] “del último nacido del viejo cisne y Leda”.

No olvidaría, por supuesto, a José Eustasio Rivera, que caló hondamente en el vivir americano con su novela *La vorágine*, precursora de tantos libros sobre la seducción de la selva, y con sus vigorosos sonetos, que trasponen la potencialidad lírica del paisaje colombiano. A través de estos pensamientos y de su poder sugestivo he seguido el destino de este pueblo cuya vida y acción se entretajan con profundas voces poéticas que a veces adquieren, como en el caso de Luis Carlos López, un acento sarcástico que contorsiona con posturas difíciles las figuras y el sentido humano de sus poemas.

Estuve tentado, no estando lejos de Popayán, tierra de Guillermo Valencia, de hacer a esta ciudad una visita, únicamente por el recuerdo que conservaba vivo de la obra de su poeta, cuya perfección lapidaria, suavidad lunar y gracia marmórea habían encantado mis lecturas de estudiante. Pero apremiantes deberes me lo impidieron. Tuvimos que levantar el vuelo sobre las cordilleras andinas para alcanzar Bogotá. Todos los detalles del arribo se han desvanecido completamente de mi memoria. Me veo finalmente con mi mujer y mis hijos en el edificio de la embajada, que nos acogía con sencilla dignidad.

Llegué a Colombia en días de dificultades internas y de luchas partidistas, pues estaba todavía vivo el recuerdo de los trágicos sucesos de Bogotá, que testigos presenciales me relatarían con estremecedores detalles. En el campo, y particularmente en la región de Los Llanos, había una verdadera sublevación, luchas y crueles represalias que ponían de manifiesto el desbordamiento pasional de las guerras civiles.

Me sorprendió la destrucción que la ciudad había sufrido con motivo de los tumultos derivados del asesinato del líder político Eleazar Gaytán. Las huellas de los incendios eran bien visibles, pues quedaban muchos solares despejados de escombros, que delataban el estrago de aquella explosión multitudinaria. Alguien me señaló, incluso, el sitio preciso en que había caído aquel notable orador, intérprete de la inconformidad popular y victimado en forma tan proditoria que arrastró a su pueblo a la venganza irracional.

Pronto me recibió el presidente de la república, don Laureano Gómez, de quien conservo la impresión de un hombre enérgico y muy enterado de los problemas de su país, a través de sus principios conservadores. La ceremonia tuvo lugar, con gran solemnidad, el 18 de abril de 1951, en el palacio de gobierno, en presencia del gabinete, ante el cual di lectura a un discurso que por haber sido el último que me crucé con un jefe de Estado, pues de allí en adelante se suprimiría esta fórmula protocolaria, dado el aumento considerable de misiones y el tono más sencillo que adoptó la diplomacia, lo inserto aquí juntamente con la respuesta del presidente colombiano:

Excelentísimo señor Presidente de la república:

Por acuerdo del señor licenciado don Miguel Alemán, presidente de los Estados Unidos Mexicanos, me cabe el alto honor de venir a representar a mi patria en esta tierra acogedora. Soy el primero en congratularme de que así sea y que me quepa en suerte el privilegio de poder contribuir en lo que de mí depende a la mayor fraternidad entre nuestros dos países.

Me parece oportuno, excelentísimo señor presidente, citar en este instante la brillante cooperación que Colombia ha prestado al afianzamiento de la obra del derecho interamericano, desde la lejana época en que se celebró el Primer Congreso esbozado por el gran Bolívar y convocado por el ilustre presidente Santander, en 1826, obra continuada después en la defensa que Colombia hizo de la soberanía mexicana frente a la agresión extranjera, así como en los diversos congresos y convenciones en que se aseguraron acuerdos y resoluciones tan importantes como el pleno respeto a la integridad territorial, el arbitraje, la solución pacífica de las controversias, los procedimientos de consulta, la asistencia recíproca, la cooperación defensiva, los sistemas de conciliación y, especialmente, el derecho de asilo. Y creo oportuno citarlos porque son puntos en los que vos mismo ponéis marcada atención, y porque su recia fundamentalidad

los hace actuales, y no puede dejar de ser así, porque cada momento histórico que transcurre nos convence más de que éstos, y no otros, son los lazos que más nos vinculan; que más estrechan nuestra amistad, pues resumen nuestra suprema aspiración: confraternidad efectiva, progreso y bienestar sin restricciones y paz sin temores.

La solidaridad entre los Estados muchas veces se ha realizado por medios artificiales que, pese a su origen impopular, llegaron a tener efectividad política y trascendencia en los destinos del mundo. Pero en el devenir histórico de nuestros pueblos la palabra solidaridad va tomando un sentido más altamente responsable, estableciendo normas y vinculaciones jurídicas que al unificar sus propósitos tratan de consolidar también una política que a la vez que se mantenga fiel a las legítimas aspiraciones nacionales se inspire en los más francos sentimientos de cooperación y de amistad con las otras repúblicas hermanas del continente. Así pues, nuestra solidaridad se consolida, naturalmente, por las afinidades del mismo origen político, la similitud de instituciones y la voluntad consciente de nuestros gobiernos expresada en congresos y reuniones que han ido dando forma a la idea de una organización jurídica de Estados que garantice la convivencia pacífica y el acercamiento fraternal entre las repúblicas de este hemisferio.

Confiemos en que la intranquilidad presente pasará pronto; que los presagios de una nueva conflagración mundial cuyas consecuencias, por lo catastróficas, no es fácil calcular, no llegarán a realizarse; que la civilización se salvará; que los altos intereses humanos se impondrán sobre los grupos, y que los pueblos podrán vivir libremente con un respeto recíproco por su autodeterminación.

Formulo, al entregaros las cartas que me acreditan como embajador extraordinario y plenipotenciario de mi país, excelentísimo señor presidente, los más vivos votos por el progreso y la prosperidad de vuestro país, por su desarrollo económico y afianzamiento social, por el continuo engrandecimiento de sus instituciones y por el acercamiento e identificación, cada día mayores, entre nuestros pueblos.

Señor embajador:

Os agradezco profundamente las nobles y generosas palabras para Colombia que acabáis de pronunciar al hacerme la entrega de las cartas credenciales por las cuales el excelentísimo señor presidente de la República Mexicana os acredita como embajador extraordinario y plenipotenciario de esta nación.

Gustoso reconozco que factores de mutua convivencia han ligado a Colombia y a México en torno de una política de amistad y de estrecha cooperación con los demás países del hemisferio. Quizá, el celo de nuestras dos naciones en pro del ordenamiento jurídico de América no haya tenido otro caso similar que pueda superarlo, ni otra finalidad distinta del apoyo a los principios de la diplomacia de Bolívar, a que habéis aludido y que formen la base inequívoca de la política continental.

Hasta tal punto los Estados americanos se hallan compenetrados de la actualidad y virtualidad de la idea bolivariana del derecho internacional, que sería locura para cualquiera de ellos pensar en renegarla, sustituirla u olvidarla. La visión del superhombre que recorría sin tregua ni descanso el territorio de cinco repúblicas, desde Coro y Maracaibo hasta Guayaquil y Pativiloa; sus puntos de vista sobre la igualdad y soberanía de los Estados, el arbitraje, el respeto debido a las obligaciones libremente contraídas y aceptadas, más su noción tan dinámica de la solidaridad y aquella otra, más perfecta todavía, de la mutua defensa contra la agresión, son hitos que han señalado para siempre el destino de los americanos.

Declaráramoslo así, excelentísimo señor, no sin advertir que la trayectoria diplomática de México coincide enteramente con la de Colombia en la renuncia al uso de la fuerza para dirimir los conflictos internacionales, y en la reiterada y solemne afirmación del principio de no intervención que es, en mi sentir, la idea cardinal en que descansa la serie de convenciones y tratados normativos del derecho internacional americano. Vuestra patria y la mía deberán trabajar de consuno para que la vigencia de este principio no pueda sufrir oscurecimiento ni quebrantos en ninguna región del continente. Cuando los pequeños Estados, de manera muy particular, desconocen esa regla o la desvirtúan, no se dan cuenta muchas veces de que, por ello mismo, invitan a los grandes a intervenir en su propio territorio.

Todo ello, que es motivo de preocupación para México, lo es igualmente para Colombia. Pero la orgullosa fe democrática de nuestros pueblos encuentra otro punto de armonía en la importancia que mutuamente le hemos atribuido al estudio de los problemas económicos y sociales del continente. El hombre, que es espíritu y es materia, necesita de un mínimo de bienestar para alcanzar un nivel elevado de cultura y de eficiencia en su trabajo. La indigencia es, al contrario, campo propicio para la desesperación y el desarrollo de las fuerzas del mal, hoy en día amparadas por una filosofía anticristiana que destruye los fundamentos de nuestra civilización.

Sabed, excelentísimo señor, que vuestra misión es grata para mi gobierno, y que ella cuenta también con la simpatía de la sociedad colombiana, que mira en vuestro país uno de los centros de la antigua civilización americana. Os doy cordial bienvenida y os pido recibir los votos que formulo por la ventura personal del excelentísimo señor presidente de la República Mexicana y por la prosperidad y engrandecimiento de vuestra patria.

Conjurando el ambiente de inquietud, mantuve activos contactos de carácter intelectual con grupos de uno y otro bando, en conjunto todos ellos gente de refinada cultura y sensibilidad literaria. En Londres había conocido al ex presidente don Eduardo Santos, cuyo trato renové y de quien recibí amables atenciones. En una ocasión me ofreció un banquete en su casa, en el que tuve oportunidad de conversar con los más sobresalientes jefes liberales. Con don Roberto García Peña, director de *El Tiempo*, mantuve grata amistad, al igual que con el irónico redactor de “La Danza de las Horas”, columna de mi ex colega Enrique Santos, que firma con el seudónimo de Calibán.

Cultivé también amistosas relaciones con los directores de *El Siglo* y *El Espectador*, al igual que con el redactor literario de *El Tiempo*. Atendiendo a invitación que me hiciera el director de la Biblioteca Nacional, señor Manuel Rivas Zaconi, di una conferencia sobre el arte barroco mexicano, lo que me dio la oportunidad de nuevos acercamientos, tan reveladores de las altas calidades humanas de la intelectualidad colombiana.

Poetas y hombres de letras fueron concurrentes y se sentaron a mi mesa. Pláticas camaraderiles tuve con Humaña Bernal, Jorge Zalamea, Hernando Telles, Rafael Maya, Jaime Tello y otros más cuya comunión espiritual fue muy grata.

Abundan las historietas y caricaturas sobre los poetas colombianos, pero las he olvidado. Recuerdo, sin embargo, una que me refirió el poeta Germán Pardo García. En una ocasión la Academia de la Lengua recibió un telegrama urgente de un poeta venezolano, amenazado de fusilamiento en

las cárceles del tirano Juan Vicente Gómez, pidiendo que la Academia interviniera en su favor. Mientras se reunía el docto cuerpo llegó un bohemio, de quien se solicitó opinión sobre la obra del amenazado, entregándole un libro. Y en vista de la urgencia que el caso ameritaba, se le confinó en un cuarto. A los pocos minutos regresó el improvisado crítico, y extrañados los académicos de su pronta aparición le interrogaron: “Pero, ¿ya tiene usted el dictamen?” A lo que contestó: “Sí, señores: el poeta es fusilable”.

El doctor Eduardo Nieto Caballero, ex embajador en México, me invitó a visitar la universidad, y conversé sobre las cuestiones culturales que vivamente le inquietaban y los trabajos que más urgentemente deberían desplegarse, tanto en lo referente a las instalaciones materiales como a exigencias de orden intelectual. Encontré en estos contactos amistosos motivos de interés, asociados a paseos por la ciudad o sus alrededores, que en alguna ocasión me condujeron hasta la quinta de Bolívar, conservada como museo del héroe cuyas ideas de solidaridad americana y su sistema de defensa de nuestros países se había estructurado en el Congreso de Panamá.

Una calle llamaba la atención por el gran número de personas que a ciertas horas se reunía en los cafés, desbordaba las aceras e invadía la totalidad del arroyo. La animación era extraordinaria y un rumor confuso se extendía por el aire cortante que llegaba de los vecinos páramos. A veces en los grupos reinaba un súbito acaloramiento; allí se debatían toda clase de ideas, proyectos, críticas, al igual que se escuchaban comentarios festivos o anécdotas de la vida ordinaria. Era, y posiblemente sigue siendo, el mentidero bogotano en donde la inquietud ciudadana encuentra desahogo a sus sentimientos y experimenta alivio a sus recónditas impaciencias.

Sin duda alguna lo que más me sorprendió fue una misa de campaña que tuvo lugar frente a la catedral, para despedir a la tropa que el gobierno mandaba a la guerra de Corea. La ceremonia revistió gran pompa. La plaza, engalanada con banderas colombianas, presentaba un aspecto solemne. Ocupaban una gran tribuna el presidente de la república con su gabinete, el cuerpo diplomático y las altas autoridades eclesiásticas, revestidas con sus trajes más fastuosos. Ante la cerrada fila de soldados y el público numeroso que llenaba las aceras y bocacalles se celebró el oficio religioso, acompañado de solemnes coros, en medio de una profunda expectación en la que alternaban las palabras ungidas de beatitud del sacerdote con el ruido brusco de las armas. ¡Un espectáculo digno de observar!

Aunque no con tanta frecuencia como en mis anteriores residencias continentales, recibí algunas visitas de escritores latinoamericanos, entre ellas la de José Vasconcelos, quien había sido invitado por el ministro de Educación Pública, fiel admirador suyo. No dejó de preocuparme esta invitación, conociendo la reversión de espíritu que en forma violenta había adoptado el ex maestro de la juventud contra los más auténticos valores de México. Felizmente Vasconcelos se mantuvo discreto y no me causó contrariedad, lo que me permitió corresponder en la embajada al banquete que el ministro había ofrecido en su honor.

En un momento de expansión le recordé que en nuestra juventud una frase suya en la que había llamado a Bulnes y a otro escritor “los bueyes cansados del porfirismo”, nos había causado regocijo. Vasconcelos se manifestó arrepentido de haber emitido tal juicio, y me dijo textualmente que había sido injusto con Bulnes, sin aclararme si el concepto seguía vivo para la pareja de la coyunda.

Durante su estancia en Bogotá tuve, además, oportunidad de justificar al filósofo ante sus antiguos amigos liberales por una actuación que se prestaba a equivocadas interpretaciones, pues aceptó hacer una afirmación publicitaria en la que aparecía frente a un bocal de cerveza, recomendando cierta marca nacional. En justicia debo decir que sólo se trataba de favorecer, desinteresadamente, a un viejo amigo indigente que por el anuncio cobró una buena comisión.

En Bogotá, lo mismo que lo hiciera en otras capitales de América, procuré que la embajada fuera centro donde se reunieran las personas más significativas de la vida social y cultural, aun cuando en esta ocasión, por las circunstancias especiales que prevalecían, tomara el cuidado de escoger cada grupo de acuerdo con sus tendencias políticas, para evitar rozamientos, como ya había ocurrido en alguna otra embajada en que la pasión partidista culminó en un violento y desagradable incidente.

Como resultado de la situación política en Colombia, yo había tenido que asilar a algunos de los jefes liberales, entre ellos el senador y ex alcalde de la capital, señor Márquez, al que se perseguía por su tenaz lucha contra el gobierno conservador. A él y a dos militares que se refugiaron más tarde conseguí ponerlos a salvo después de una negociación con el ministro de Relaciones, en donde, a decir verdad, y gracias al titular, doctor Restrepo Jaramillo, se atendieron con inteligente comprensión mis demandas.

Con el eminente político don Carlos Lleras Restrepo, mi vecino, que más tarde sería presidente de la república, sostuve relaciones de la más franca cordialidad. Algunas noches nos reuníamos en su casa o en la mía. Tuve, pues, oportunidad de conocer sus claros puntos de vista sobre los problemas de América, el enfoque justo de las cuestiones que preocupan a nuestros países y su severo examen de los intereses correspondientes a Colombia.

Los dos grupos políticos diferían poco en su ideología, pero el odio que los enfrentaba era tal que el espíritu de *vendetta* dominaba en todo. Las ideologías liberal y conservadora son más bien fuertes tradiciones. Mucha gente no sabe siquiera por qué es lo uno o lo otro. Un día le pregunté a un chico de diez años, hijo de un prominente político, qué quería ser cuando fuera grande, y contestó sin vacilar: “Presidente de la república para mandar matar a todos los conservadores”. No era esta respuesta más que el sentir de un niño, pero reflejaba los enconos de la realidad colombiana.

Pocos días después, una persona que salía tranquilamente de un lugar público luciendo una corbata roja fue muerta de un balazo por un conservador, que castigó de esta manera lo que consideró una provocación liberal, sin siquiera averiguar la filiación política de quien a la postre resultó ser un propio correligionario.

Los asaltos a mano armada no eran extraños en los caminos. El peligro podía revestir cualquier forma. En un atraco en la carretera de Cali a Bogotá, una banda había robado los equipajes de varios diplomáticos. En la ciudad tampoco había mucha seguridad, eso producía desagrado. Pero a veces se mezclaban las contrariedades con las bromas. Al embajador de Gran Bretaña lo tenía preocupado un ladronzuelo de gallinas que frecuentemente se introducía en su corral, y decidió electrificar el alambrado. Cuando el ladrón intentó cortarlo, con unas grandes tijeras, lanzó un alarido y escapó dejando la pieza de convicción abandonada, que el embajador mostraba como trofeo de su ingenio.

Otro rapante de volátiles –poeta lírico–, después de llevarse unas gallinas dejó una parodia de *Las golondrinas* de Bécquer, que en vez de consolar al dueño debe haberle entristecido, sabiendo que “ésas no volverán...”.

Una noche hubo tres robos en mi calle, comprendiendo la casa del doctor Restrepo y la mía. Ya era la segunda vez que los ladrones visitaban la embajada, pero en esta ocasión se llevaron mi cartera, que contenía años de trabajo literario listo para la imprenta. Como desgraciadamente no tenía co-

pia, el golpe me abrumó y amargó mi estancia en Bogotá, pues no obstante mis gestiones y ofrecimientos de recompensa, todo fue en vano.

La altura de Bogotá alteraba desagradablemente mi salud y me obligaba a privaciones y excesivos cuidados, pues en Chile había tenido ya un derrame en el ojo izquierdo, y resolví aprovechar mis vacaciones en México para solicitar mi cambio.

Había pensado hacer el viaje por el Magdalena y salir por Barranquilla. Pero este recorrido es muy largo y en cierta época del año un tanto aleatorio, por el descenso imprevisto del calado del río. Víme obligado a abordar el avión. Hice escala en Barranquilla para visitar la ciudad, y continué hasta Cartagena, célebre en la historia colonial de América, encerrada en su fuerte muralla y cuyas plazas sugieren una época desvanecida. Ya en mi juventud la había presentado y casi me era familiar en su talante por los poemas de Luis Carlos López, quien la retrató en diversos momentos, al igual que a su gente y costumbres, con su agrio humorismo, su burlona melancolía y su crítica mordaz. En el club de la ciudad, donde el gobernador del departamento me obsequió con una cena, tuve oportunidad de conversar con escritores y periodistas locales y escuchar de sus labios curiosas anécdotas que recordaban al poeta paseando su morriña bajo los soñolientos faroles.

Apenas llegué a México fui a visitar al secretario de Relaciones, y le expliqué las circunstancias que me hacían pedir mi cambio, pero él no parecía dispuesto a mudarme de inmediato a causa de unos asilados políticos. Invoqué entonces como mérito el hecho de haber soportado la guerra en Europa, sin una queja, lo cual pareció no agradar a mi superior jerárquico, como si yo con esto le hiciera un reproche a los funcionarios que se habían quedado en México; y adujo que él también hubiese estado dispuesto a lo mismo. Esta cuestión, aparentemente de modos y tiempos verbales, se vuelve radical si tomamos en cuenta que él hablaba en subjuntivo, ya terminada la conflagración, desde su burocrático sillón, y yo en indicativo, sobre un hecho real del que fui actor. Pues una cosa es haber estado bajo las bombas en una ciudad de muerte y devastación y otra, sintiéndose impune y acaso hasta con un cosquilleo de gozo en el corazón, pagarse de bravura ante un evento de imposible retorno.

Yo me sentía en un magnífico estado de espíritu, y atraído por todo lo que se gestaba en México ya no ambicionaba salir al extranjero, lo que tanto me había complacido en los primeros años de la carrera. Me instalé

provisionalmente en un departamento del Paseo de la Reforma, que adopté luego como *pied à terre* durante mis viajes sucesivos. Tomé interés en conocer el desarrollo de México y las obras emprendidas por el gobierno, entre otras las del Papaloapan, a cuya visita me invitó mi amigo el profesor Jesús Silva Herzog, con un grupo de gente de estudio.

Por desgracia, estas magníficas obras, que con notable impulso se habían iniciado en la cuenca de dicho río, han quedado inconclusas. Se captaron las aguas de uno de los afluentes más impetuosos, pero quedaron pendientes las del Santo Domingo, que se desborda, cuando las lluvias son excesivas, sobre las dilatadas planicies. Considerando las excelencias de este esfuerzo escribí y publiqué mis impresiones en *El Universal*, poniendo de relieve la importancia y magnitud de esta empresa relacionada con la geografía humana de nuestro país.

Cuando fui a ver al presidente Alemán, me recibió con su gentileza de siempre, y me dijo que me confiaría otra misión. Lo que, poco después, me fue confirmado por nuestro secretario de Relaciones.

Por favorables circunstancias, aquellos días México y el Japón se disponían a reanudar las relaciones diplomáticas interrumpidas durante el periodo de la guerra, y al concertarse el intercambio de embajadores fui designado con tal carácter por el presidente.

Nos alegramos mucho de mi nombramiento en Japón, y al terminar los preparativos salimos hacia el Oriente.

X. Embajada en el Japón

Juntamente con mi esposa e hijos tomé un avión, que nos trasladó a San Francisco, California, donde el 2 de julio de 1952 embarcábamos en el *Presidente Wilson*. Después de una corta y agradable travesía llegamos a Honolulu. Por desperfecto de la maquinaria del vapor permanecemos allí diez días.

Desde que bajamos a tierra fuimos objeto de señaladas atenciones. El almirante jefe de la escuadra norteamericana en aquella zona tuvo la gentileza de mandarme un automóvil para mi servicio. El oficial encargado de ejecutar sus órdenes nos acompañó al Royal Hawaii, en la playa de Waikiki, donde nos instalamos, y luego nos llevó al Club de Oficiales, situado junto al mar, en cuyos jardines nos ofreció un *lunch*.

Yo aproveché esta escala para hacer una visita a la isla y dar algunos paseos en compañía de los pintores Jean Charlot y Pablo O'Higgins, amigos de muchos años, a los que había conocido en México.

Jean Charlot me invitó a ver los bellos frescos que estaba pintando en el edificio de la universidad y al mismo tiempo en el Banco de Hawaii, con escenas de la historia de la vida del archipiélago. En su casa reunió a un grupo de prominentes personalidades de la isla, con las que departí largamente y me instruí sobre la mitología y las leyendas aborígenes, al igual que la poesía indígena, de la cual me hicieron escuchar cantos de una lejana melancolía. Entre el grupo de asistentes había un joven apellidado Arena, descendiente de mexicanos, que aunque nacido en Hawaii conservaba gran cariño por la tierra de sus padres, Guanajuato, y quien puso especial empeño en agasajarnos y servirnos de guía en otros paseos. Las impresiones de este viaje las he relatado en *Incitaciones y valoraciones* y constituyen un deslumbrante recuerdo de mi paso hacia el Oriente.

Cuando llegamos a Yokohama me esperaban en el muelle el director del Protocolo, el secretario Octavio Paz, el traductor Hideo Furuya y algunos redactores de la prensa.

El aspecto de Yokohama dejaba sentir el estrago de la guerra: edificios destruidos, otros incendiados, escombros acumulados a la orilla de las calles, predios arrasados, y ese ambiente opresivo que queda después de las derrotas, a pesar de la suavidad de la ocupación norteamericana.

A bordo de dos automóviles emprendimos la marcha hacia Tokio siguiendo una moderna calzada a cuya vera se alineaban las casas de madera y pizarra que el tiempo renegrece, lo que da un aspecto triste a las campiñas, pues jamás recubren sus construcciones con pintura ni barnices. Llegamos al corazón de Tokio y tomamos habitaciones en el Teikoku Hotero, donde nos habían reservado una *suite* y cuya arquitectura recuerda, por ciertos detalles ornamentales y aun por la disposición de los pasillos, las construcciones mayas. Tuve naturalmente curiosidad de saber a qué debía esta particularidad, y me informaron que el autor de la obra, el arquitecto norteamericano Wright, se había evidentemente inspirado en la arqueología maya, aplicándola a las necesidades modernas de un gran hotel.

Apenas había concluido las primeras funciones de la misión cuando el emperador me señaló la fecha de audiencia. Aquí también, como en Chile, el plenipotenciario va en carroza abierta al Palacio Imperial, entre la expectación de un público curioso que goza del espectáculo como es habitual en este país, ya que por su propio confinamiento insular un rasgo de su psicología es el afán de verlo todo, particularmente si se trata de algo extranjero, para lo cual siempre hay un crecido número de mirones.

La ceremonia de la presentación de credenciales no difiere en mucho de las que se llevan a cabo en otros países, aun cuando son bien marcadas las formas protocolarias que indican solemnidad y trato profundamente ceremonioso, pues el Japón, tanto en su vida privada como pública, es muy apegado a las reglas sociales y a las expresiones de urbanidad.

En Tokio las huellas de la guerra eran visibles. El mismo ministerio de Relaciones estaba todo renegrido y la ciudad tenía un aspecto sombrío y deprimente, a pesar del verano y de la animación de las grandes multitudes que llenan las calles japonesas todo el año. Yo creía que las bellezas naturales que se consideran como el esplendor del Japón resaltarían a la vista en lugares céntricos o al borde de las grandes avenidas. Pero no es así: la impresión primera es la de calles en que las casas se suceden sin ninguna mancha de verdor, si se exceptúan los prados que se extienden frente a los fosos que circundan el viejo Palacio Imperial. El culto a la naturaleza exis-

te, por supuesto. Hay jardines públicos muy bellos, pero están escondidos, alejados o perdidos en la inmensidad urbana de la extendida ciudad. Los hay al estilo occidental, con prados, follajes y flores, y otros al estilo japonés, con rocas, lagos artificiales, árboles y puentes. Las casas señoriales y aun las modestas cuentan también con hermosos jardines, pero no son visibles para el transeúnte, sino que se abren a la vista del propietario por la parte interior y limitan la visión, ocultando los tejados y postes telefónicos, por el efecto de la disposición topográfica, en la que los jardineros japoneses son maestros. Tanto los templos budistas como los sintoístas están circundados por un jardín; generalmente se hallan en barrios lejanos, bardeados y, por lo mismo, sin fundirse con el espectáculo de la ciudad. Al llegar buscamos el centro, pensando encontrar grandes almacenes, edificios modernos, hoteles, etc. Lo que es ahora la zona comercial por excelencia no era más que un barrio muerto, con unas cuantas tiendecillas. Pero gracias al esforzado y tenaz trabajo de los japoneses, Tokio se reconstruyó con una rapidez extrema. Cada vez que dejábamos de ir a algún lugar por unos días nos sorprendían los cambios, y vimos surgir las grandes tiendas, seguramente de las más bellas del mundo. Es verdad que los americanos no escatimaron su ayuda financiera, al igual que a la Alemania Occidental. A esto se debió que ambos países pudieron reconstruir sus ciudades y principalmente sus industrias. Evidentemente, con una maquinaria nueva y perfectísima, la producción japonesa y la alemana se fueron arriba. Los japoneses se daban cuenta de esto. Algunos de la vieja tradición, decían desdeñosamente que ellos no habrían sido tan blandos con los vencidos. En cambio, la nueva generación veía el porvenir esperanzado. Sin embargo, circulaba un chiste. Decían que si Ruiz Cortines fuera inteligente, no habría pobres en México. Pues hubiera bastado declarar la guerra a su vecino, y después de perderla, le habrían dado todo el dinero que deseaba. Pero algunos aseguraban que los mexicanos contestábamos: ¿y si la ganamos? Por encima de estas gracias, la realidad es que tanto el pueblo japonés como el alemán son instruidos, trabajadores y disciplinados. Además, los millones que recibieron no fueron a dar a los abismos de la corrupción.

Ahora que el tiempo ha transcurrido y que la distancia pone como una bruma en mis recuerdos se me revela la vida del Japón con sus particularidades, contrastes y refinadas maneras, como un prodigio en el que yo participé con interés, alegría y admiración; en ningún momento con

indiferencia. Los primeros contactos son naturalmente en el ámbito occidentalista que encontramos en el hotel, en embajadas y casas de los diplomáticos. Pero basta tener el sentido de comprensión hacia el país que nos acoge para que se suscite en nosotros un deseo de aproximación. Al principio las costumbres y las condiciones de la vida local nos perturban y hasta nos irritan. La falta de nomenclatura impide que lleguemos de manera fácil y precisa al sitio deseado: hay que inquirir repetidas veces el camino, ir a la caseta de policía más próxima de la dirección buscada, donde tienen un mapa con los nombres de los vecinos del área para hacer una investigación, adivinar la respuesta, porque generalmente los agentes no hablan más que su propio idioma, y auxiliarse con un plano. Esto es típico en cualquier diligencia. Lo primero que hace el interrogado es tomar un papel con un lápiz y trazar un plano con flechas que indican el camino, pero la topografía de la ciudad es tan enredada que cuesta trabajo interpretarlo, con lo que se pierde tiempo y paciencia. Existen también otros detalles en la vida diaria que, por sernos ajenos al principio, nos causan molestias, como el de despojarnos de los zapatos cada vez que se entra en una casa, restaurante o templo japoneses, el de no abordar directamente la cuestión al tratar cualquier asunto, puesto que tal cosa sería la violación de viejas convenciones sociales.

No sé si ahora el comercio habrá evolucionado, pero entonces era muy tradicional y ciertas costumbres nos desconcertaban, como una vez que pedimos el precio de unos vasos y nos dijeron 200 yenes; insistimos para saber el precio si se compraban 500 vasos, y nos contestaron que 300 yenes. Por más que le argumentábamos que por una gran cantidad siempre hay un descuento, el mercader nos decía: “Si quieren 500 es que los necesitan mucho; entonces deben pagar más”.

En cuanto a la comida, durante los primeros días, si se intenta comer en los restaurantes nacionales, se tienen sorpresas. Aunque algunos platos, como el *sukiyaki* y la *tempura*, placen a nuestro gusto desde luego, de todas maneras la forma de servicio y el modo de sentarse nos fuerzan a ciertas incomodidades. Y así por el estilo el trato de las personas, que a pesar de ser exquisito lo sentimos a veces raro e incomprensible. Pero a medida que pasa el tiempo y que participamos en la vida japonesa se nos hace más natural y vamos adquiriendo cierta práctica que nos flexibiliza y nos adapta a las circunstancias de aquella sociedad. Finalmente terminamos por encontrar

placer en muchos de sus usos y costumbres, aun cuando no nos acomode el dormir en las esteras o tomar el baño hirviendo.

Al principio, nuestra vida se concentraba principalmente en la atmósfera del hotel, donde tenía además de la *suite*, una habitación para oficina, pues era punto menos que imposible conseguir un despacho en alguno de los pocos edificios que resultaron indemnes de la guerra. El gran vestíbulo se hallaba siempre animado de viajeros; lo mismo que las galerías ocupadas por tiendecitas para turistas. Había varios restaurantes de estilo occidental y otros con pequeños jardines y plantas decorativas que sugerían una intimidad oriental. Con frecuencia invitaba a Paz a almorzar en el restaurante europeo, donde nos quedábamos de sobremesa alegremente. Hablábamos de pintura, poesía, arquitectura y temas relacionados con las divergencias entre la cultura del Oriente y el Occidente, que mucho llaman la atención de los recién llegados. Por la tarde, en compañía de Furuya, salíamos a buscar casa por barrios de complicados vericuetos, palizadas, pinos retorcidos y linternas de piedra, que de pronto nos sorprendían con la aparición de algunas construcciones sintoístas o budistas, ausentes de liturgia.

Vivir en una *suite* que no era en realidad sino una estancia dividida por una cortina, y con muchachos que tendrían necesidad de ir a la escuela, no era agradable. Para mí mismo quería un ambiente propicio al trabajo y necesidades de la misión. Pero era imposible conseguir otra habitación, pues el hotel, que era el único que había resistido los bombardeos, estaba ocupado hasta su máxima capacidad. No era fácil conseguir casa en Tokio; la destrucción por efecto de las bombas incendiarias había reducido considerablemente las posibilidades de alojamiento disminuidas en más de 60 %. Sin embargo, gracias a las diligencias de la familia Turu, conseguí una casa de estilo inglés que había sido la residencia de un ministro. Se encontraba en uno de los mejores barrios, donde había otras embajadas, y no lejos del *Gaimusho*, o sea el ministerio de Relaciones Exteriores. La casa nos sacaba de apuros, sin tener la categoría de una embajada: no contaba más que con una sala pequeña. Otros colegas, menos felices, tuvieron que quedarse en el hotel, como los brasileños, por ejemplo, que a pesar de gozar de un presupuesto muchísimo más elevado que el nuestro, estaban todavía allí cuando salimos, cuatro años más tarde. La persona que ocupaba la casa anteriormente era un alto jefe militar norteamericano; la había amueblado con lo estricto, modestamente, pero con comodidad. La casa, realizada con pintu-

ras y algunos muebles míos, que aún conservo, nos permitió recibir visitas. Pero para los banquetes y grandes recepciones recurría a Korin Mansión (antigua residencia de uno de los hermanos del emperador) que en vista de la escasez de residencias se ponía a disposición del cuerpo diplomático o de personajes oficiales. El fastuoso decorado del palacio, el servicio estilado al protocolo europeo y la perfección de los jefes de cocina que ejecutaban exactamente los platos que les indicábamos, nos facilitaban el recibo oficial y nos olvidábamos de la estrechez de nuestra instalación. Sin embargo, gestioné la devolución del terreno que, por concesión especial del emperador Muso Ito, se había cedido a México a fines del siglo pasado y donde estuvo nuestra misión incendiada en uno de los bombardeos de la última guerra. Esta tramitación se había complicado porque el terreno en cuestión se hallaba en poder de las tropas norteamericanas, que en él habían construido dos casas de departamentos, lo que me obligaba a dobles gestiones, ante los japoneses y los norteamericanos. Una vez lograda la devolución, informé a la Secretaría sobre la posibilidad de construir la embajada y las ofertas de algunos arquitectos. Pero me contestaron con la frase sacramental de “no hay partida”. Es verdad que para la compra de una máquina de escribir me habían ya dado la misma contestación. Es deplorable que las partidas no se repartieran con el mismo rasero y a algunos políticos se les autorizaran los gastos más dispendiosos e inútiles, mientras que a otros embajadores se les negaba lo más estricto y necesario.

Al lado del trabajo burocrático de la misión, de las obligaciones protocolarias cerca del gobierno japonés, del cuerpo diplomático y de la sociedad, hay otros deberes no prescritos, como el de interesarse en la cultura, arte, costumbres y realidad nacional. Las instituciones educativas atrajeron mi atención, y una de las primeras que visité fue la universidad. Sorprende que a pesar de que son miles los signos que intervienen en la escritura, el Japón sea uno de los países con menos analfabetos. Su gran población y su progresivo crecimiento no constituyen obstáculos para la instrucción. Es verdad que para el japonés la educación de los hijos es deber sagrado y primordial. Son sumamente sobrios y poco gastadores, pero el hijo está siempre pulcramente vestido y va a la escuela con sus flamantes *guetas* (suecos) y sombrero de paja. La educación, en todos sus grados fue también objeto de mis observaciones, y sobre el particular hice un largo y pormenorizado informe cuyo destino final ignoro. Acaso fue enviado a mi expediente y de

ahí a la polilla, como tantos otros, entre ellos los de la industria, que es muy importante en el Japón.

En Kawasaki hay unos astilleros, que visité, lo mismo que la fundición de hierro instalada en aquel centro; ello me permitió apreciar algunos de los problemas sobresalientes con que el Japón se enfrentaba en la producción de acero, de la cual dependen intensamente otras industrias. Entre las más famosas del Japón figura la de aparatos ópticos y fotográficos, que conocí en sus lineamientos generales. Algunas de estas fábricas eran para mí extraordinarias por el orden, la limpieza y el ritmo ajustado con que desarrollaban sus trabajos. Visité una de las mayores fábricas de porcelana al hacer un viaje a Nagoya, que tradicionalmente ha sido su centro productor. Al descender del tren, la primera persona que encontré en el andén esperándome fue el pintor Tamiji Kitagawa, quien por haber vivido en México mucho tiempo, hablaba el español y me sirvió de guía e intérprete durante mi visita. Cerca de allí hay un pueblo de alfareros que se llama Seto, y en el lenguaje japonés la palabra *setomono* se había convertido en nombre genérico equivalente a porcelana. No pude en aquella ocasión (lo hice más tarde) visitar los pueblos alfareros de la región, pero sí la gran fábrica de Noritake. Aunque rápida, en esta visita no dejé pasar por alto ningún aspecto de la producción, y el gerente, que personalmente nos atendió, me explicó el complicado proceso de fabricación, incluyendo la selección de materiales, los orígenes de éstos, las mezclas, el torneado, el decorado y la cocción, que observamos pasando de uno a otro departamento.

Hay entre las pequeñas industrias japonesas algunas verdaderamente fascinantes, como la de la laca, los brocados y las estampas. En diversas ocasiones visité talleres consagrados a estas singulares manufacturas en que se pone de manifiesto la habilidad de los trabajadores japoneses. En Tokio, o en otros centros, tuve la fortuna de apreciar su limpia artesanía. Aunque son celosos de su técnica de trabajo, gracias a mis relaciones personales y a la intervención de diferentes amigos, visité el taller de grabado de la familia Yoshida, que con los mismos métodos empleados en la época de los Tokugawa continúa produciendo las populares estampas. En Tokio visité otro taller, notable por su magnífica delicadeza técnica, de la que algunos ejemplares constituyen verdaderos alardes. Sintiendo aprecio por estos trabajos, adquirí en una de mis incursiones por tiendas de anticuarios unas planchas de la época de Hiroshigué, que envié de regalo al grabador Leopoldo Mén-

dez, con el fin de que conociera la técnica japonesa. Al ver estos talleres, a veces de pobre apariencia, pero en los que resalta la eficacia, he podido apreciar al mismo tiempo la cordial hospitalidad, las maneras amables y la atención con que rodean al visitante. No falta el detalle de la taza de té verde, ofrecida invariablemente con finos modales, que se saborea en la conversación; y aun cuando se agote el tema, la contemplación silenciosa de un objeto artístico establece una relación entre los circunstantes. Tal acontece también en esas tiendecitas de los barrios en donde algún viejo mercader nos despacha removiendo de vez en cuando las brasas sobre la arena del *ibashy*, o preparando en nuestra presencia la consabida taza de té. Una de mis distracciones en Tokio fue visitar, por las tardes, algunos de estos lugares, donde se conocían mis aficiones por el arte sino-japonés y principalmente por las pinturas y estampas. También solía llegar a cualquiera de las galerías dedicadas a la escuela occidentalista. Particularmente con el señor Hasegawa, propietario de la galería Nishido, tuve muy buenas relaciones y adquirí algunas bellas pinturas de los maestros del impresionismo japonés.

Por razones de mi función oficial tuve que desplazarme repetidas veces. En una ocasión, atendiendo a una invitación de la Casa Imperial, fui a la ciudad de Nara, primera capital del viejo Japón, ciudad amable, con un gran parque rodeado de templos sintoístas y budistas, viejos monasterios y edificios administrativos. En aquel paraje hay un depósito de muebles e instrumentos de música, armas y objetos decorativos, designado con el nombre de Casa del Tesoro porque reúne las piezas más valiosas de la cultura japonesa. Su visita sólo puede efectuarse en determinados días del año y previa invitación. La visité y aproveché el viaje para recorrer, además, los sitios históricos de sus inmediaciones, como el famosísimo convento Horyūji, reputado el más antiguo conjunto de construcciones de madera del mundo. Estuve igualmente en Kioto, también capital imperial durante varios siglos, hasta la caída de los Tokugawa, a mediados del siglo XIX. Fui ya con el ánimo preparado para disfrutar de su singular arquitectura, sus misteriosos jardines, sus templos solitarios, sus teatros y pantomimas líricas, sus coloridas procesiones y su bella situación al pie del Higashiyama, que se cubre de verdor en la primavera y se empurpura en el otoño. El desfile de costumbres atrae la atención de los sentidos, y hasta la mímica de la gente, en los lugares públicos, aparece como una expresión de la vida social en la que participé con gozosa expansión. Para mayor satisfacción conocí durante este primer

viaje, y seguí cultivando su amistad en mis nuevas visitas, al profesor de historia del arte en la universidad, el señor Mori, quien me condujo hacia los sitios más recónditos de insospechados jardines ocultos a la mirada del viajero presuroso.

Cuando pienso en Kioto, en sus villas imperiales, en sus hermosos templos decorados con pinturas alusivas a la vida y la naturaleza del Japón, en sus jardines alegrados por las azáleas, en los de estilo momoyama o en los severos diseños formados de roca y arena en el gusto de la vieja China, al recordar las creaciones del arte japonés, hago memoria de mi amigo Mori, que con su aire amable y un poco triste me habló de esta vieja cultura, de su intrincado carácter y de sus significaciones estéticas como expresiones de una sensibilidad hondamente impregnada de aquel ámbito y aquella vida.

Había que ver también los templos perdidos en los bosques de las orillas del lago Biwa, los huertos del río Arashiyama y las colinas cubiertas de cerezos en flor.

El té verde se cultiva intensamente por estos parajes y tiene fama de ser el mejor del Japón. Elemento primordial de su cultura, el té está presente en la historia, la religión, la medicina y la vida familiar de la nación, bajo los más variados aspectos. Forma parte de su primitiva sabiduría, del primor de sus ceremonias, estímulo en las vigilias de sus monjes y como homenaje cordial al visitante. Esta invitación al té, bajo las formas ceremoniosas del convite o simplemente presentado en la visita ordinaria, a mí, veracruzano bebedor de café, parecióme al principio algo insubstancial, pero poco a poco, y a medida que lo gusté, acabé por aficionarme al té y saborearlo.

Los contactos humanos constituyen la parte más amable de mis recorridos por esos caminos. A pesar de las reservas del temperamento oriental, algunas personas me brindaron su amistad, lo que me permitió descubrir el sentido verdadero de las concepciones estéticas, de las prácticas religiosas y de las reacciones morales de aquella sociedad. Igual recuerdo amistoso tengo para Ryután Tokusawa, de la Biblioteca Nacional de Tokio. Con él fui muchas veces a lugares históricos, conversamos sobre hechos políticos y sobre libros literarios, me distrajo su plática, me cautivaron su gentileza y su disposición a ser útil a quien, como yo, se interesaba por conocer y comprender el pensamiento y la cultura de su pueblo, tan difíciles de captar en su profunda intimidad; más allá del hechizo pintoresco.

Cultivé también la amistad de algunos hispanistas, profesores de la Universidad de Lenguas Extranjeras, que tan extraordinario impulso ha recibido después de la guerra, en el afán nacional de tener más dilatados contactos con el mundo. Muchas pruebas de estimación recibí de Hirosada Nagata, traductor de Cervantes, y de los profesores Kasai y Aida, quienes tradujeron para mi deleite fragmentos de poesía y libros de sus grandes escritores y me acercaron al sentido espiritual de estas obras. Respondiendo a mi vez a su afecto y a su gran curiosidad por las cosas mexicanas, y recordando que el poeta José Juan Tablada se había referido un sinnúmero de veces al arte, a la pintura, al alma japonesa, e inclusive había dado a conocer en español formas líricas de su poesía, revelándose como un japonésista, quise darlo a conocer a quienes se interesaban por la cultura hispánica, por lo que organicé un homenaje en su recuerdo, en el que dicté una conferencia que se divulgó en un folleto bilingüe, español-japonés. No sé si por efecto del recuerdo personal en que vinieron a mis pensamientos emociones de mi infancia, entretejidas con la evocación de este espíritu raro y jovial, o porque algo de aquel resplandor que desbordaba significativamente el encanto de mi Japón ideal se sintió en el ámbito del salón, comprendí que había tocado fibras íntimas de aquella juventud que me escuchaba y que, con plácida sonrisa y atenta mirada, acompañaba mi fantasía resucitadora por los caminos que Tablada recorrió en sus ensoñaciones líricas.

Mi ambición cultural se orientó hacia el conocimiento de la vida y del arte japoneses. Las dificultades del idioma ponían una verdadera barrera entre mi aspiración y el pensamiento de aquella gente, pero mi experiencia en lenguas europeas, a las que se han traducido las páginas sobresalientes de su literatura, me franqueaban los textos japoneses en versiones inglesas, francesas o italianas. Fijé mi atención en su existencia misma y en sus artes visuales, que abarcan desde la simple forma de una cerámica hasta el complicado trazo de una decoración. Esta preocupación me hizo tomar empeño en la suscripción de un convenio cultural entre México y el Japón, que redundara en ventajas para ambos.

En el Japón, como en todos los países en donde estuve, busqué el contacto con la prensa. Allí los periódicos contribuyen mucho a enriquecer la cultura del público (ya de por sí muy grande), patrocinan espectáculos y exposiciones. Uno de ellos organizó una exhibición internacional de pintura. Escribí a México para que mandaran algunos cuadros de los pintores más

representativos, pero todo fue en vano. Solicité entonces directamente la colaboración de Ramón Alva de la Canal, y a pesar de que fuimos el único país en estar representados por un solo artista, al menos no estuvimos ausentes. Me empeñé en despertar interés por el arte de México, hasta lograr que el periódico *Yomiuri*, de Tokio, despachara un experto con mi amigo de juventud José Ángel Ceniceros, a la sazón secretario de Educación, quien atendió, de manera extraordinaria, la solicitud del periódico japonés. Esta exposición de pintura y escultura antigua y moderna y arte folclórico ocupó la planta alta del Museo Nacional, que se levanta en el parque Ueno. Pronuncié el discurso de apertura y la princesa Takamatsu, de acuerdo con la tradición, cortó la cinta, y miles de visitantes se desbordaron en los salones. Las cámaras fotográficas y la televisión recogieron la impresión de aquel evento cultural, que se retransmitió por los canales del diario *Excelsior*, de México. Tuvo el acontecimiento un éxito franco, que atrajo constantemente un público ávido y curioso. A mi invitación y ruego la visitaron también los emperadores, lo mismo que los príncipes y las personalidades más destacadas del gobierno.

Con este motivo, y para corresponder deferencias de la Casa Imperial, ofrecí en el bello recinto de Korin Mansión diversos banquetes para eminentes personalidades, entre otras la princesa Chichibu, los príncipes Takamatsu y Micasa, los ministros de Relaciones y de Educación, el presidente de la Suprema Corte de Justicia, doctor Kotaro Tanaka, y el propio director del Museo, señor Asano. Finalmente, aprovechando la circunstancia de que nuestra fiesta nacional caía en aquellos días, la celebré con una gran recepción. Desde luego, estos festejos y agasajos como los que ofrecí en otros países, fueron cubiertos de mi propio peculio, por carecer entonces de gastos sociales.

Se reprodujeron por miles las obras de los artistas mexicanos, y al margen de este acontecimiento organicé una serie de conferencias en las que yo mismo tomé parte y que se difundieron en japonés gracias al profesor Nagata, al señor Ruitán Tokusawa y al traductor oficial de la embajada, señor Hideo Furuya, cuya capacidad y voluntad de trabajo fueron siempre de gran utilidad en la misión.

Pocos días antes había llegado al Japón el actor Alfredo Gómez de la Vega, con ánimo de estudiar el teatro japonés. Como la escasez de personal era angustiosa en el cúmulo de actividades derivadas de la exposición, se avi-

no a colaborar gustosamente. Esto me dio oportunidad de tratarlo y aquilatar su valor, por desgracia tan poco aprovechado en México. Juntos fuimos a representaciones del teatro del Noh, y especialmente al Kabuki, donde pasamos revista a todos los programas de aquella temporada. También asistimos a los festivales de *geishas* en el teatro de Shimbashi. Estos espectáculos son extraordinarios; los efectos escénicos, el énfasis y la intensidad expresiva, el uso de los esplendorosos trajes y la extraña música que los subraya nos sacuden emocionalmente y nos transportan a una plenitud legendaria de caballería medieval. El ir al teatro constituye una verdadera jornada para el espectador, pues principia a las diez de la mañana y termina a los once de la noche.

En compañía de Gómez de la Vega hice una excursión a los lagos que circundan el Fujiyama, algunos de ellos muy hermosos. Rumbo a Hakone hay un hotel, en un lugar de la montaña que se denomina Miyanóshita, que es al mismo tiempo balneario de aguas termales. Después de la cena estuvimos paseando por la terraza y me confió sus entusiasmos y proyectos para cuando regresara a México, aun cuando no contaba con elementos para poner en acción sus facultades e intentar nuevos esfuerzos. Nos detuvimos también en otros lugares atractivos del distrito, y especialmente en el lago en el cual es necesario embarcarse para llegar al hotel, pues éste se encuentra en un lugar aislado, al pie de la montaña poblada de hermosas arboledas donde abundan los pájaros. Desde la terraza de este hotel, típicamente japonés, se ve la cima de Fujiyama en todo su esplendor, que en la limpidez del ambiente y bajo los destellos del sol produce una sensación de proximidad. Como Gómez de la Vega era expansivo, no nos faltó allí motivo de diálogo y de confidencias acerca de nuestros anhelos y proyectos. Circunvalando el Fujiyama llegamos hasta Atami, al pie de una costa escarpada llena de hoteles, baños, casas de té y restaurantes. Aproveché la ocasión para saludar al máximo exponente de la pintura tradicionalista, Taikan Yokoyama, un recio viejo que con sus setenta y tantos años continuaba pintando magistralmente. Le invité a comer con nosotros para corresponderle una invitación que él me hiciera pocas semanas antes, juntamente con mi esposa. Nos llamaba la atención verlo impasible consumir interminables copitas de sake. Desde el pabellón del jardín percibíamos los pinares y el mar, mientras desde el fondo del salón ráfagas de música y murmullos venían hasta nosotros. Había en el paisaje las vagas tintas que se difunden en los *emakinonos* de Taikán. Las olas relucían y el cielo azul tenía una placidez que encantaba.

Pero estas alegrías no me duraron mucho, pues a consecuencia de un carbunco que se pretendió curar con inyecciones de penicilina sufrí un choque alérgico, de tal manera intenso que me llevó al hospital, donde estuve postrado un mes. No recuerdo qué autor celebraba estos ataques a la salud, afirmando que la reclusión le permitía leer obras voluminosas que en otras circunstancias ni siquiera se atrevía a abordar. Yo me conformé, filosóficamente, adoptando la misma conducta. Así leí los siete volúmenes del *Teatro español*, antología compilada por Sáinz de Robles, y a continuación *La guerra y la paz*, de León Tolstoi, en la traducción inglesa de Constanca Garnet. Esta última la leí en una casita de campo que alquilé en Karuisawa, pueblo de la montaña esparcido entre bellas arboledas y vinculado al recuerdo de los primeros misioneros protestantes, en donde estuvo conmigo Gómez de la Vega, que me distrajo con su amable conversación en aquellos días convalecientes y me acompañó después en mis excursiones y ejercicios por aquellos parajes, que en los meses veraniegos acogen a la Casa Imperial y al cuerpo diplomático. Por las noches el actor gustaba de representar algún fragmento de obras que él había puesto en escena, haciendo nosotros, mi mujer, mis hijos, alguno que otro colega y yo, de atento público. Por cierto que Mireya, que era ya una niña formal, me dijo: “Me encanta oír hablar al señor Gómez de la Vega. Si todas las visitas fueran así, me gustaría venir siempre a la sala. Y esto de tener teatro en casa es muy divertido”.

En Karuisawa había un criadero de truchas en donde mis hijos iban a pescar. Se pagaba por el peso de la pesca. Una vez que mi esposa estaba de prisa y pidió al cuidador le permitiera utilizar una red, a su sorpresa, el vigilante se negó y le explicó que no se podían llevar piezas que no se pescaran con anzuelo.

A fin de corresponder a una misión que la república de Indonesia había enviado a México, recibí instrucciones de trasladarme a Jakarta para presentar mis cartas credenciales en calidad de embajador extraordinario y plenipotenciario.

Los países jóvenes que acaban de salir de la vida colonial se esfuerzan porque se les reconozca su libertad, y buscan contactos tanto políticos como económicos y culturales más allá de sus fronteras para afirmar su plena independencia y reconocimiento nacional. Así Indonesia había tomado la iniciativa de establecer relaciones diplomáticas, que nuestro país acogió con prontitud significativa. No tardé, pues, en emprender el viaje hacia el sur

asiático con un mensaje que formalizaba la amistad entre los dos pueblos, anulando las distancias y acercándonos así a la verdadera universalidad. De paso por Hong Kong encontré que la situación de grupos de chino-mexicanos era muy difícil, porque no tenían en orden su documentación o los pasaportes estaban ya vencidos. Propúseme estudiar el caso y resolverlo a mi regreso, contando con la colaboración amigable de los cónsules de Panamá y Venezuela, que ya habían prestado su generoso y resuelto apoyo a estos desamparados compatriotas.

Viajar por Oriente sin contactos diplomáticos no es muy agradable, pero mi colega tailandés en Tokio había tomado espontáneamente a su cargo el cuidado de telegrafiar al ministro de Relaciones Exteriores, de manera que cuando llegué al aeropuerto de Bangkok ya me esperaba el jefe del Protocolo en un automóvil oficial, para llevarme a mi hotel y hacerme visitar la ciudad. Esta circunstancia me fue sumamente agradable. Aquella noche de mi llegada representaban en el Teatro Real una ópera de gran aparato que tuve oportunidad de ver. Fue tan viva la representación, las danzas tan exquisitamente ejecutadas y todo el ritmo de la obra de tal delicadeza, que no obstante la incomprensión de la lengua yo la seguí hasta el final. A la mañana siguiente, en compañía del funcionario, fui en una lancha por el río y los canales, para ver el puerto y el singularísimo mercado fluvial en el que de uno a otro bote se efectúan las transacciones de legumbres, frutas y toda clase de mercancías. Pero lo que más me llamó la atención en esta ciudad fueron los grandes y lujosos templos, cuyo esplendor resalta en medio de la pobreza del ambiente. Seguí hacia Singapur, y alcancé Jakarta, donde ya me aguardaban las autoridades.

Me alojé en el principal hotel de la ciudad, legado de la época colonial holandesa, vasto edificio que tenía un claustro con magníficos árboles de sombra. Mi departamento se componía de una terraza que daba a un bello jardín, una gran estancia en la que se levantaba una especie de jaula de alambre que contenía la cama con su respectivo pabellón, y un baño con agua muy fría, conservada en grandes tinajas de barro, donde me bañaba a jicarazos. La ciudad, concebida como capital de unos quinientos o seiscientos mil habitantes y en la que penetraba un canal que servía para todo uso y desuso de la población, excedía de dos millones y ostentaba un carácter bárbaro de abigarradas multitudes que se movían incesantemente en un ambiente polvoriento y ruidoso.

El presidente Sukarno me recibió desde luego y cambiamos breves alocuciones al entregar y recibir las cartas credenciales; después conversamos sobre diversos temas relacionados con el desarrollo de su país y los problemas de la liberación colonial. Me hizo también algunas sugerencias para que disfrutara lo mejor posible de mi estancia, y me aconsejó ir a la isla de Bali donde había vivido el pintor y folclorista mexicano Miguel Covarrubias, quien escribió un interesante libro sobre ella.

Tuve que avenirme a la vida de Jakarta, conviviendo con las lagartijas que circulaban por la habitación y hacían escarmiento sobre los insectos y mosquitos que pululan desde el atardecer. En el gran comedor los sirvientes, tocados con un gorro, vestidos con pantalón negro y filipina immaculada, pero con los pies descalzos, desfilaban de mesa en mesa llevando los platillos y las frutas en procesión ceremoniosa.

Por la tarde, después de las visitas oficiales con ministros y diplomáticos, escudriñaba por los bazares, visitaba el Museo de Arte e Historia, recorría la ciudad o me lanzaba por los barrios confinantes al campo, en compañía del embajador del Brasil, que amablemente suavizaba mi desvalidez de forastero. Habíamos simpatizado y tuve el gusto de volver a verlo años después en Pakistán y el Líbano.

Acatando la recomendación del presidente Sukarno fui a la preciosa isla de Bali, donde vi muchas manifestaciones de arte vernáculo, especialmente las famosas danzas que son el orgullo de aquel lugar. Compré algunas telas de Java y de Sumatra, tallas en madera y un muñeco articulado, para la pintora Dolores Cueto, recordando su amor por el teatro infantil. Todavía encontré vivo el recuerdo de Covarrubias. Visité el pintoresco palacete de un antiguo marajá, subí en automóvil hasta el corazón de la isla, en busca de los silenciosos templos budistas donde apenas se advierten signos de liturgia, y contorné el volcán entonces adormecido, que años después estremecería fuertemente la isla. Allí me encontré al pintor belga Le Jeune, casado con una bailarina balinesa, que se había adaptado a la forma de ser de esos lugares, pero en cuya obra advertí el drama de un artista europeo trasladado a un ambiente excesivamente luminoso que le restaba personalidad.

Permanecí un mes en Jakarta. El tornaviaje a mi sede lo hice por Borneo y Filipinas. Particularmente me interesaba Manila, que me había despertado curiosidad desde mi infancia. La impresión fue decepcionante, pues la parte moderna carece de carácter y la parte antigua había sido totalmente arrasada.

Cumpliendo la promesa que hiciera a los compatriotas de Hong Kong, volví a esa ciudad para estudiar sus problemas y resolverlo en la medida de mis facultades y posibilidades. A los que tenían documentos vencidos se les sustituyeron por otros al corriente; para los que carecían de ellos solicité de México las actas, y con ayuda de los cónsules que ya he citado pude cumplir trámites y formalidades, pues no teníamos allí oficinas. Otro tanto puse en práctica con la colonia mexicana en Macao, a donde me trasladé ex profeso e hice una visita al gobernador con el fin de recomendarle a nuestros compatriotas. El alto funcionario tuvo la amabilidad de ofrecerme una comida, a la cual asistieron personalidades de la administración. Aproveché mi estancia en la ciudad para visitarla y darme cuenta de su belleza, su luminosidad y su aire alegre, con la gracia de una capital de la provincia portuguesa.

En Hong Kong, y más aún en Macao, se notaba cierta inquietud frente a la realidad de una China continental cada día más consciente, más disciplinada y más poderosa. Sin embargo, para quien no penetrara en la situación internacional, el ambiente de Hong Kong, de tráfico marítimo, de actividad comercial, de vida gozosa en los hoteles y restaurantes, la belleza de su bahía, el encanto de sus paseos panorámicos, toda esta actividad y todos estos dones infundían confianza y hasta un feliz desprendimiento de los conflictos y desacuerdos latentes.

Pero ya entonces pesaba la sobrepoblación y a ciertas horas faltaba el agua en los hoteles. A la población local, que es muy prolífica, hay que agregar el gran número de refugiados que huyeron sin documentación de la China continental, lo que les impedía salir de la isla e imposibilitaba para encontrar trabajo. En tales circunstancias se encontraban los chino-mexicanos que amparé y cuyo agradecimiento me manifiestan fielmente muchos de ellos por la tarjeta de felicitación que recibo cada año nuevo. No pude ayudarles a todos, pues en ciertos casos la ley o los trámites burocráticos me lo impedían; pero hice varios informes insistiendo en la absoluta necesidad de resolver la situación de estos pobres compatriotas.

Al regresar a Tokio reasumí mis funciones diplomáticas, duplicadas con el decanato, en las que suplía a mi colega inglés, sir Elster Dening, en sus largas vacaciones.

Las angustias que la desintegración del átomo planteó a la humanidad, no han dejado de inquietar al pueblo japonés, que las sufrió en carne propia en Hiroshima y Nagasaki, de tan trágica memorias. Durante mi estadía

en Tokio tuvo lugar un experimento nuclear llevado a cabo por los Estados Unidos en un atolón del Pacífico del Sur. No recuerdo bien la fecha, pero sí el hecho y las circunstancias. El experimento aludido, provocó la contaminación de una nube que, impulsada por el viento, fue a descargar su lluvia radiactiva sobre un pesquero japonés, contaminando el barco, la tripulación y el cargamento. La embarcación tuvo que ser hundida, lo mismo que la carga, y los hombres de mar, internados en un hospital, donde a consecuencia de las radiaciones fueron muriendo poco a poco, uno tras otro. Algunas gentes que comieron pescado en esos días, impresionadas seguramente por el suceso, se sintieron enfermas, pero la verdad es que sólo se trataba de una sugestión colectiva, pues el gobierno había tomado severas medidas de control y seguridad.

Se diría que los próceres de la fuerza atómica, dispensadores de la muerte, no quieren entender la evidencia, y creyéndose demasiado listos, siguen acumulando armas atómicas, sin atender a las patéticas advertencias de los más ilustres científicos, Bertrand Russell, entre otros, cuyas campañas mundiales apenas han logrado alertar unos cuantos espíritus.

A medida que la situación del Japón se iba normalizando, su recuperación económica se afirmaba permitiendo el crecimiento de sus exportaciones e importaciones, lo que aumentó el trabajo de la embajada. A pesar de esto, sin que me ampliaran el personal, seguí ocupándome de los problemas esenciales de la misión.

Me interesé vivamente en abrir mercado al algodón mexicano y vincular esta fuente de producción a la industria textil japonesa, de manera estable. Logré cimentar este mercado en tal forma que hasta la fecha es el Japón nuestro mejor cliente en esta materia prima. Aporté también mi concurso para importación de películas mexicanas, y trabajé en el intercambio económico y cultural de ambos países. Me puse en contacto con muchos hombres de empresa y de trabajo del Japón y estimulé sus viajes a México para que conocieran las posibilidades de nuestra economía. Recibí y atendí a muchos viajeros mexicanos que con alma curiosa, llegaban al Oriente, y a los que había que ayudar en sus gestiones comerciales o puramente turísticas. A algunas de estas personas no sólo les di la ayuda que requerían, sino que también las agasajé cordialmente, como siempre lo hice con los compatriotas, de todas las jerarquías sociales y matices políticos, que llegaron a mi jurisdicción.

Un día me llamaron del aeropuerto porque una anciana con una niña habían llegado a Tokio sin haber hecho reservaciones para seguir su viaje a México. No había pasajes sino hasta quince días después; la viajera, que era refugiada de China, iba a reunirse con su hija en México y no tenía un centavo. Le hice sus reservaciones y la alojé en la embajada. Desde la expulsión de los chinos de México por una decisión chovinista, siguiendo a su marido había soportado la sanguinaria invasión japonesa, con la muerte de éste, y más tarde la revolución, en la que perdió todos sus bienes. Su hija había logrado escapar dejándole la nietecita, y más tarde ella misma había conseguido, después de una larga y dramática marcha, llegar a Hong Kong. Mi mujer y yo escuchábamos asombrados su relato, pues no sólo era terrible lo que había pasado sino que el modo de contarlo, con la entonación y la sintaxis de un castellano contagiado de chino, dándole una cadencia extraña a la que contribuía la falta de artículos, producía una impresión misteriosa y bárbara a la vez. Lamenté no tener a mano una grabadora para recoger aquel relato salmodiado sin pasión, de una trágica monotonía evocadora de insólitas y desoladas circunstancias.

Como las misiones son muy numerosas, las actividades sociales resultaban a veces fatigantes. Había que desplazarse en aquella inmensa ciudad por barrios remotos y anónimas calles, para atender invitaciones o corresponder visitas. El ministerio de Relaciones Exteriores es muy cumplido en sus atenciones de orden social, lo mismo que la Casa Imperial. Desde luego, apenas llega un embajador, el emperador y la emperatriz lo invitan a cenar, con su esposa, en la intimidad, con los príncipes imperiales.

A veces sus majestades suelen invitar a los diplomáticos en pequeños grupos, a comidas de estilo europeo. Otras veces, colectivamente, a tés, recepciones, espectáculos, conciertos, paseos, cenas, *garden partys*, etc., juntamente con personalidades de la vida política y social. Esto obliga a corresponder los agasajos de la Casa Imperial en la persona de los príncipes. No es tan fácil desenvolverse en el ámbito de la Corte, pues aunque generalmente se adoptan formas europeas, suelen emplearse las maneras y usos japoneses. Particularmente por la educación y el gusto que muestran tanto el emperador como la emperatriz, y los altos dignatarios por las cosas del espíritu y las creaciones del arte y la cultura, conversan sobre estos temas que felizmente eran para mí motivo de agrado y me crearon un ambiente de consideración.

La expresión de extrañeza que suscita la vida japonesa solía presentarse al franquear las rejas de los jardines del Palacio Imperial, pues aunque adaptado en parte a la manera occidental, no faltan en él los detalles ornamentales puramente japoneses. El espectáculo era a veces un juego de pelota a caballo, en el que los jinetes revestían brillantes indumentarias de otras épocas; a veces era una representación teatral en el jardín, en una de las primeras tardes de otoño; otras un concierto de música china, que suena ríspida al oído europeo, pero que crea una atmósfera de vagos ensueños y opresiones.

Tuve la suerte de que me tocara presenciar la investidura de mayoría de edad del príncipe heredero. Esta ceremonia se efectuó, con gran solemnidad, en dos actos sucesivos, en el salón del trono del palacio, con la etiqueta secular y la indumentaria medieval de la pareja imperial, príncipes y dignatarios, lo que le dio una pompa singular.

En cuanto a las invitaciones de la Casa Imperial fuera del palacio, estas son presididas por los hermanos del emperador. En las cercanías de Tokio hay una reserva de patos, guardada en un lago oculto a las miradas curiosas por cortinas de bambú. Durante el invierno, que es cuando los patos llegan desde las zonas siberianas a aquel sitio, los príncipes invitan invariablemente a los diplomáticos, en grupos, a la cacería. Esta se hace en pequeños equipos, en los canales y por medio de una red atada a un largo bambú. Valiéndose de animales domésticos, atraídos por medio de pequeñas percusiones, se lograba que los patos salvajes los siguieran al canal. En el momento en que el pato levanta el vuelo se le arroja la red con un movimiento rápido, y cuando se consigue atraparlo el montero le arranca una pluma que el feliz cazador coloca orgullosamente en su sombrero. Al terminar la cacería se servía *sukiyaki* de pato, que los invitados asaban personalmente sobre un brasero, rociándolo con sake, y comiéndolo apetitosamente.

Cada año recibía yo una invitación de la Casa Imperial para ir a la pesca con cormorán en un río en el que abundan los peces. Nos alojábamos siempre en un hotel de estilo japonés, muy pulcro, con vista sobre la orilla del río donde hay un balneario. Este paseo, por el entretenimiento pintoresco y el encanto del lugar, nos fue siempre muy agradable. Salíamos de noche desde río arriba, en barcas que tenían ya dispuesta su mesa y llevaban un fogaril en la proa, cuya luz atraía hacia la superficie a los peces, sobre los cuales se arrojaba el goloso cormorán, engulléndolos pero sin conseguir tragarlos,

pues el anillo de metal que le oprimía el cuello se lo impedía. El pescador izaba al corvejón por medio de unos tirantes y lo obligaba a devolver el pescado, que se nos servía después. Para atraer a los peces a la superficie –cosa curiosa– había que hacer el mayor ruido posible.

No puedo dejar de mencionar, entre otras invitaciones, la que el mayordomo mayor de palacio hacía anualmente a una finca del emperador, con motivo del florecimiento de los cerezos. La fiesta de los cerezos es la que más embelesa a los japoneses, que van en verdaderas romerías a los lugares célebres, a pasar horas de contemplación, de danza y libaciones. Comíamos en unas tiendas de campaña instaladas en el jardín, después de hacer un recorrido por la propiedad imperial en coches o caballo, para ver los florecidos árboles que con gran suavidad se dibujan en el tierno cielo de la primavera.

En el camino de la finca hay un conocido templo, de gran atracción por el espíritu que lo anima y, por lo mismo, de gran movimiento humano, en el que las mujeres son las más interesadas, pues está ligado a los dones del amor y del matrimonio. A nuestro paso fuimos a visitarlo para disfrutar de su bella arquitectura y observar aquellos desfiles de jóvenes mujeres cuya imaginación seguramente presentía algún motivo de felicidad, y que en esta época visten hermosos kimonos claros y bordados con flores de cerezos.

Mi deber de diplomático me ha obligado siempre a conocer la historia y la literatura del país a donde he llevado la representación de mi patria. Esto me indujo a tomar contactos con quienes podían facilitarme estas tareas, y a leer los libros fundamentales sobre la vida y el arte japoneses. Era necesario discriminar entre la literatura ligera de apresurados viajeros y las obras que reflejan seriamente la realidad de aquel pueblo. Felizmente para mi comodidad, en la Biblioteca Nacional, que ocupa el palacio de Akasaka, hermoso edificio de estilo francés, hay una colección de obras sobre el Japón en idiomas europeos. Fui muchas veces a consultar allí libros, y los que me interesaron más los busqué en las librerías de lance en el barrio de Kanda, donde se aglomera el comercio librero, pues se trata de ediciones agotadas. De mi observación del ambiente, de mis viajes por ciudades y pueblos del antiguo Yamato, y de mis lecturas, saqué una visión estética y moral de aquella tierra y de aquel pueblo que expuse en mi libro *Ensayos japoneses* al dejar el extremo Oriente.

Después de una estancia de cuatro años, mi hijo iba a terminar la preparatoria y me encontraba ante el problema de que, entonces, no había universidad donde los cursos se dieran en inglés, me vi obligado a pedir mi cambio. Me nombraron en el Canadá, pero nunca me tocó salir de un puesto con tanta premura. La Secretaría quería que yo estuviera en mi nueva sede al momento de la reunión de los jefes de Estado de México, el Canadá y los Estados Unidos, que iba a efectuarse en un corto lapso. Por otro lado tenía yo que esperar el beneplácito de la reina de Gran Bretaña, que estaba realizando un largo viaje. En tales circunstancias sólo podíamos anunciar nuestra próxima salida, pero sin decir dónde íbamos, lo cual en Japón resultaba violento por tratarse de un país muy ceremonioso, ya que por razones protocolarias antes de tener el *agrement* no se debe revelar el lugar de la nueva adscripción.

En vista de la premura para levantar la casa y hacer las visitas de adiós, no pudimos aceptar los agasajos de despedida de las amistades, pero ellas lo resolvieron uniéndose en un gran banquete amical. Otro recibimos del cuerpo diplomático y, por último, sus majestades nos invitaron con los miembros de la familia imperial y los dignatarios de palacio. Esta invitación me complació porque no se hacía a todos los embajadores, y se completaron las finezas con el otorgamiento que, por conducto del ministro de Negocios Extranjeros, se me hizo de la Gran Cruz de la Orden del Sol Naciente.

Cuando Blanca salió con Mireya para México, todo estaba empacado en cajones sellados que en el último momento pondrían en los *lifts*. Por desgracia una de las cajas que contenía un maravilloso mueble en el cual estaba narrado un cuento con miniaturas y letras chinas, no fue debidamente estibado y perdí así una de las más preciadas piezas de mi ajuar.

La despedida de mi esposa y mi hija desde Yokohama fue emocionante. El barco estaba lleno de amigos, colegas, funcionarios, algunos gobernadores y varias personalidades que atendimos por última vez en los salones. La *suite* que ellas iban a ocupar estaba atestada de regalos, bonsáis y flores que desbordaban hasta los pasillos. Advertí que tanto Mireya como Blanca dejaban el Japón con tristeza. Yo mismo, a pesar de que la necesidad me había hecho pedir el cambio, sentía abandonar este país.

Apenas tuve el beneplácito, salí con mi hijo en un avión rumbo a Vancouver. Durante las largas horas de vuelo sobre el Pacífico, reviví los últimos días pasados en Tokio, mis desplazamientos para ver algunos lugares que

habían despertado mi curiosidad y la última obra de arte codiciada. Veía desfilar rostros amables y sonrientes, manos amigas que estrechaban las nuestras, un calor de cordialidad que nos significaba los afectos sembrados en aquella tierra y la sensación de haber dejado atrás días esplendorosos de nuestra vida que sólo volverían a brillar en el recuerdo.



I. Los poetas Manuel Maples Arce y Edmund Vandercammen, en Vollenham, Holanda, 1937.



II. “La primavera de 1936 conocí a Blanca. Tenía 22 años... me encantaron sus ojos azules y su sonrisa dulcemente burlona. Al instante surgieron en mí, vagos anhelos de ternura”.



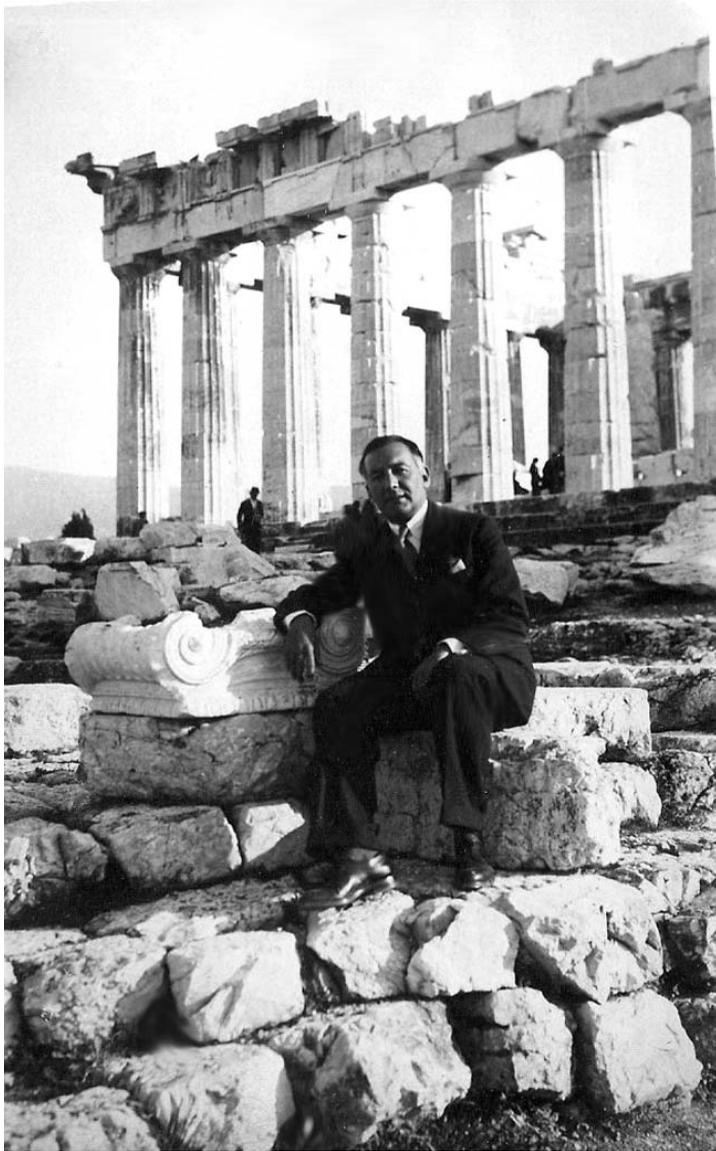
III. Maples Arce en 1937 con su primogénito, Manuel, en Bruselas.



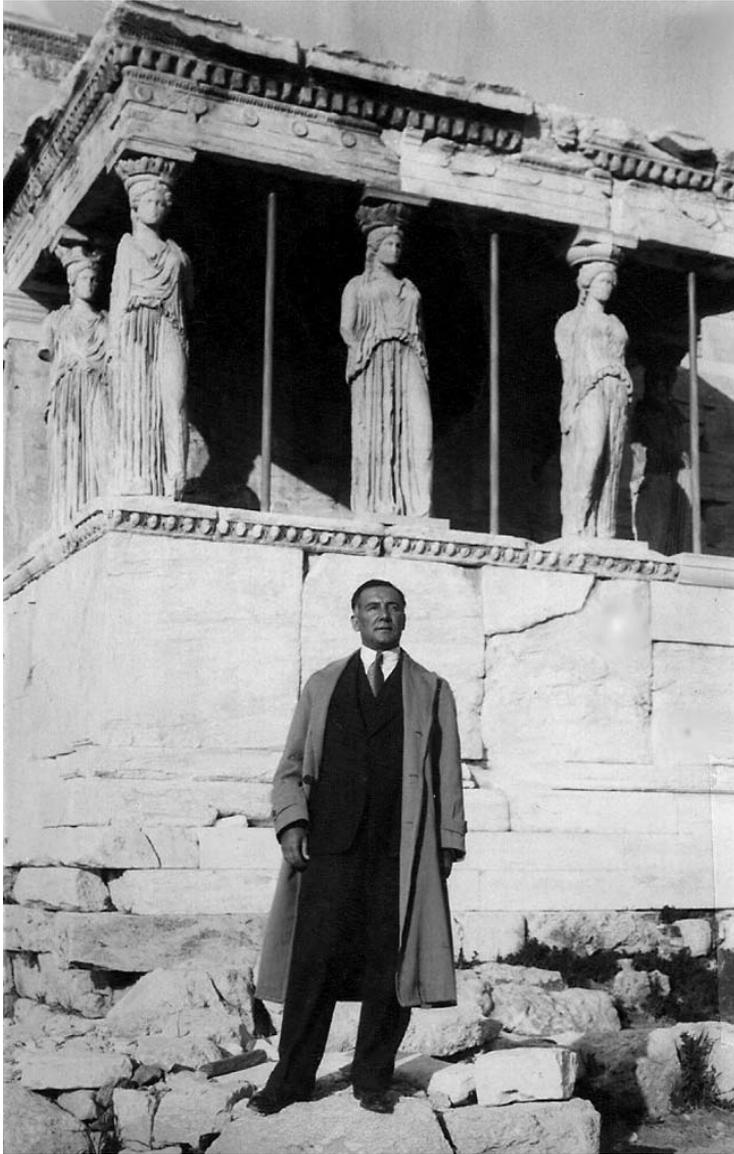
IV. Maples Arce con su esposa en Varsovia.



V. Maples Arce, su hermana y su madre en la legación de México en Roma, en compañía del escritor y diplomático Francisco González Guerrero y su esposa, Xochitl, en 1941.



VI. Maples Arce en Atenas después de ver una estatua de Helena de Troya, frente al mar Mediterráneo.



VII. Maples Arce aprovecha unas vacaciones en 1939, durante su estancia en Italia, para conocer Europa Oriental y el Medio Oriente. Este viaje lo hace solo y siente la inspiración del poema “Elegía mediterránea” (en *Memorial de la sangre*), al ver el Partenón, en Atenas.



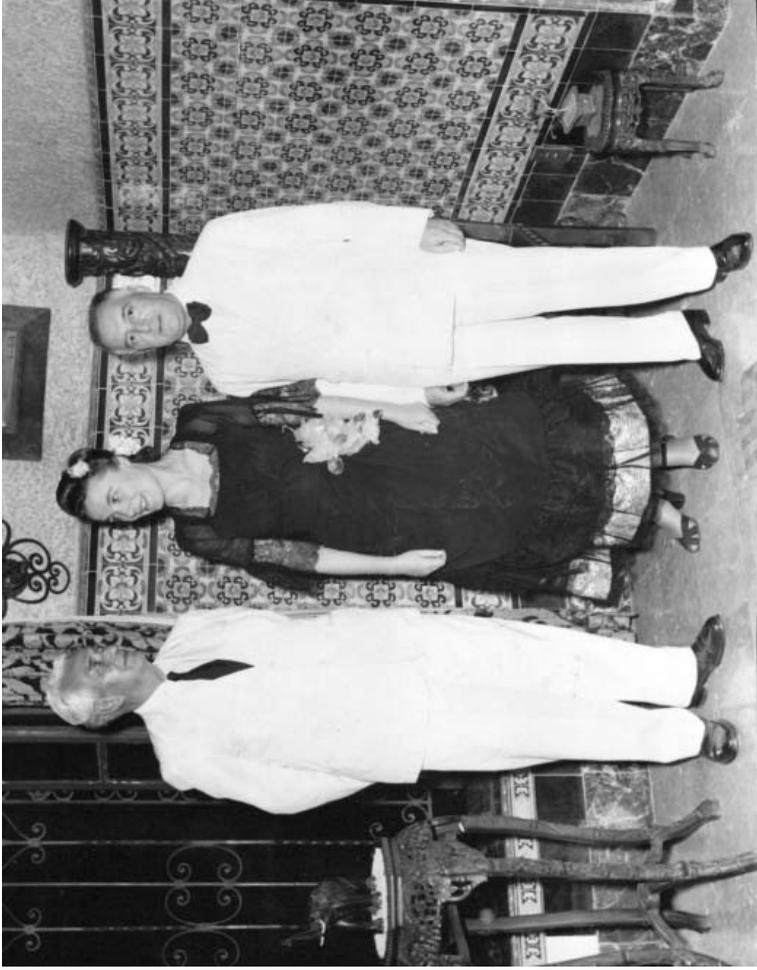
VIII. De regreso a la patria, Maples Arce visita distintos lugares de México con sus hijos, para fomentar en su familia el amor a sus raíces. Aquí lo vemos en Campeche durante unas vacaciones en 1945.



IX. Torres Bodet (en traje oscuro) visita al presidente de Panamá, en 1948. El segundo de derecha a izquierda es el general Heriberto Jara, junto a él está Maples Arce, luego el presidente Enrique A. Jiménez.



X. Maples Arce en compañía del escritor y diplomático panameño Rogelio Sinán. En 1947 publica Maples Arce la obra *Memorial de la sangre*, libro que representa su producción poética de 1928 hasta 1947. Los investigadores literarios consideran que esta obra constituye un alejamiento definitivo del estridentismo.



XI. Maples Arce con su esposa en compañía del general Heriberto Jara en una recepción en la embajada de México en Panamá.



XII. “En Chile prevalece la costumbre de dar gran solemnidad a la presentación de credenciales de los embajadores, que son llevados en carroza abierta, precedidos de una lucida vanguardia de lanceros, hasta la residencia oficial del presidente de la república; pronuncié un breve discurso de salutación al presidente, que éste contestó con amables expresiones para México...”



XIII. Estridentistas en 1948 en la casa de Carlos Leal, en México. También están presentes los estridentistas menos conocidos: De la Selva, doctor Ignacio Millán y F. Mena.



XIV. Entregando libros mexicanos a la Biblioteca Imperial de Tokio.



XV. Maples Arce con niños japoneses que entregan dibujos infantiles para ser exhibidos en México como parte de un intercambio cultural.



XVI. La princesa Takamatsu inaugura la exhibición de arte de México, junto a ella está el embajador Maples Arce y el director del Museo de Ueno.



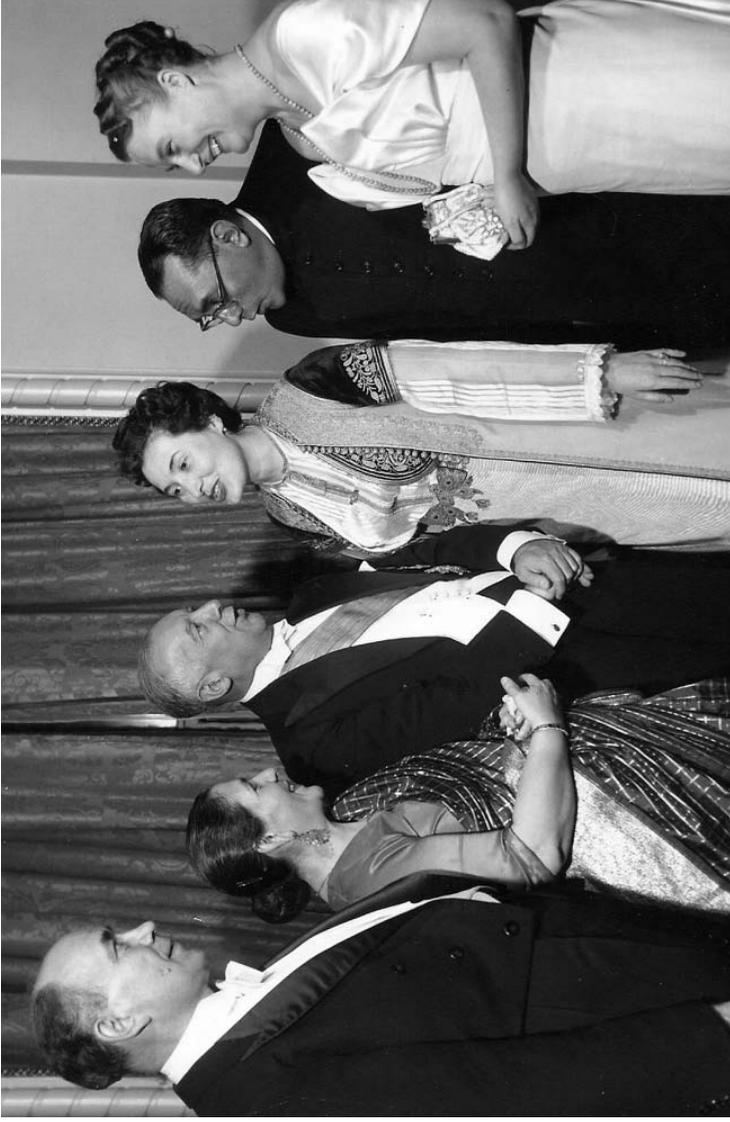
XVII. Maples Arce brindando con el presidente Sukarno, de Indonesia, cuando presentó las cartas credenciales.



XVIII. Maples Arce (cuarto desde la derecha) tuvo como secretario en la embajada en Japón a Octavio Paz (sexto desde la derecha). Durante un año los dos escritores estrecharon su amistad y colaboraron para llevar a cabo la dura labor diplomática que se presentó al reanudar relaciones Japón-México.



XIX. Maples Arce y su esposa explicando a la princesa Chichibu la utilidad de los objetos artesanales presentes en la exhibición de México.



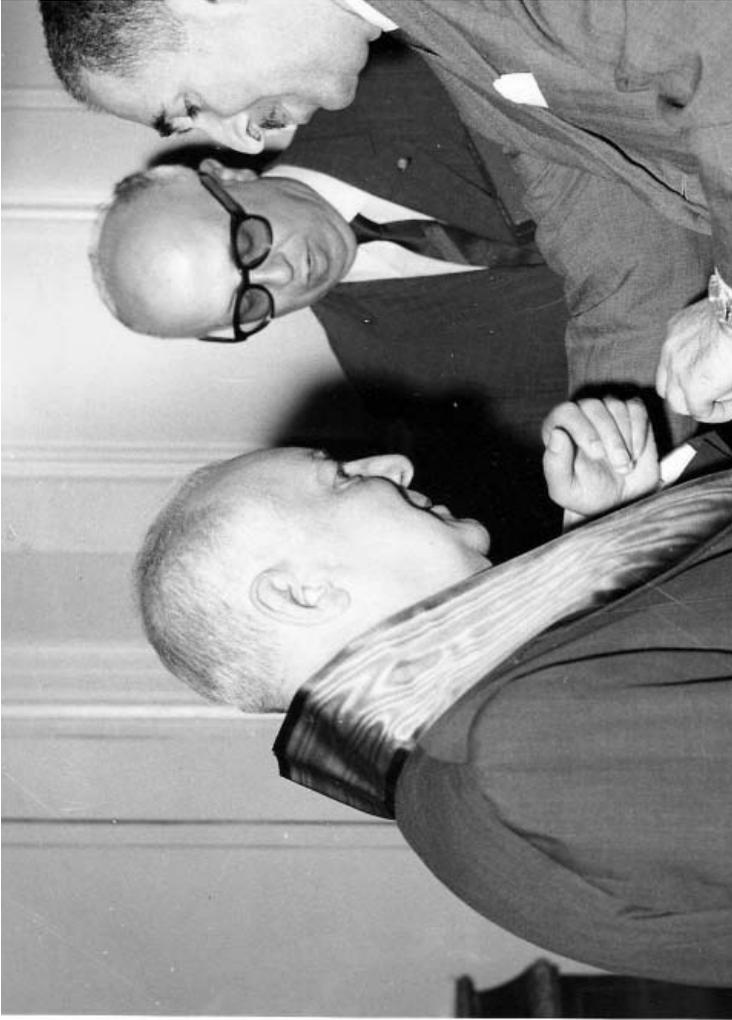
XX. Maples Arce conversando jovialmente con el embajador de la India y el de Yugoslavia, en Ottawa.



XXI. Maples Arce presentando las cartas credenciales al presidente del Líbano, Charles Helou (sentado en el centro junto al embajador de México), 1962.



XXII. Mientras estaba en Líbano, también obtuvo el cargo de embajador extraordinario en Pakistán.
Aquí Maples Arce aparece junto al presidente Ayub Khan en Rawalpindi, 1966.



XXIII. El primer ministro del Líbano, Rachid Karame, impone la Condecoración del Cedro al embajador de México, Manuel Maples Arce, en 1967. El poeta en sus memorias recuerda a este país con cariño, a pesar de haber tenido dificultades por los ataques de manifestantes a la embajada, al final de su estancia.



XXIV. Maples Arce, Abreu Gómez y Portes Gil con su hija, en 1968.



XXV. Los estridentistas en 1968, en casa de Maples Arce. De izquierda a derecha: Cueto, Maples, List, Gallardo, Vela, Méndez y Alva de la Canal. Esta fue una de las últimas fotografías que se tomaron juntos todo el grupo de estridentistas. Poco tiempo después moriría Leopoldo Méndez.



XXVI. Los estridentistas con familiares y el escritor de origen argentino Luis Mario Schneider (de pie en el extremo izquierdo), en 1968.



XXXVII. Maples Arce con su hija y esposa, en compañía del doctor Gallardo y su esposa en Aguascalientes, verano de 1968.



XXVIII. En las grutas de la isla de Elefanta, en la India.



XXIX. Los mayores intereses de Maples Arce fueron siempre su familia, los libros, la cultura, los viajes y las obras de arte. Aquí se lo observa en su casa de Vértiz, en la Ciudad de México.



XXX. Maples Arce antes de sus operaciones oculares dice en *Tiempo y eternidad*:
“El mundo de la mirilla / se me ha vuelto oscuridad; / fuera danza la gavilla. / Yo marchó en la eternidad” .



XXXI. Una de las últimas fotografías que le tomaron a Maples Arce en su casa de Vértiz, primero de mayo de 1981.
Aparece en compañía de su amigo el escritor Fernando Benítez.

Maples Arce muere consciente y sin angustias de un mal cardíaco, el 26 de junio de 1981.



XXXII. Homenaje a Manuel Maples Arce. Pintura de Leopoldo Méndez.

XI. En el país del que mi nombre es emblema

Llegué a Vancouver acompañado de Manuel y después de detenerme brevemente en la ciudad, volé entre el mar y las islas para visitar la capital de la provincia, Victoria, donde me esperaba un amigo y colega, el señor Mayhieuw, a quien había anunciado mi viaje. Quise aprovechar este primer contacto con el Canadá para tener una idea de aquella región alejada de la capital del antiguo Dominio y que seguramente me sería difícil volver a visitar.

Al bajar del avión me enteré de que mi colega se hallaba enfermo y había mandado a su hijo para que nos atendiera. Subimos a su automóvil y nos encaminamos hacia el hotel, que se encuentra en el centro de aquella simpática ciudad. Estos hoteles ingleses, muchos de ellos construidos para recibir fastuosas visitas reales, son elegantes y ampliamente acogedores. Sentimos la alegría de circular por aquellos salones, vestíbulos y comedores, ornamentados con magníficas chimeneas, en conjunto verdaderos refugios contra las lluvias e inclemencias del exterior. Después de instalarnos, nos trasladamos a casa de mi amigo para saludarlo y pasar revista a los recuerdos de nuestros años en Tokio, donde habíamos desempeñado similares funciones diplomáticas.

Dediqué la tarde a hacer un recorrido por la ciudad y sus alrededores, acompañado del joven guía. Victoria es una pequeña y amable ciudad que goza de un clima relativamente benévolo, aunque me pareció algo melancólica a pesar de su fragancia primaveral en aquellos días de marzo. Por su situación geográfica, responde a su condición de ciudad de retiro, hermosa y apacible.

Continué mi viaje en avión a Toronto, cuya importancia industrial pone de manifiesto la creciente fuerza de este joven país. Aproveché también mi breve estancia para visitar la ciudad, reservándome para después,

ya posesionado de mi cargo, el volver en viaje oficial a conocer sus centros culturales y las magnas industrias que son la verdadera riqueza de la provincia de Ontario.

Ottawa es una ciudad sin relieve, ninguna sorpresa experimenté a mi llegada, porque conocía la historia de esta capital y sabía que por motivos de conveniencia política se la había escogido como centro administrativo y sede del gobierno. La ciudad está plantada a la orilla del río que la denomina, destacándose los techos de cobre, el campanario del Parlamento y otros edificios gubernamentales, construidos en estilo gótico-irlandés en la segunda mitad del siglo XIX.

Me gustó el edificio de la embajada, hasta el cual me acompañaron el jefe del Protocolo y el consejero. La casa, antigua residencia de un magnate maderero, adquirida por México durante la guerra, es amplia, magníficamente edificada, dispuesta en dos plantas, con sótanos muy bien acondicionados que ampliaban la capacidad de recibir de los grandes salones provistos de bellos muebles que entonan con las alfombras y el decorado.

Yo veía desde el interior de la casa a través de los grandes ventanales el paisaje invernal, e iba y volvía a mi oficina en automóvil bien calentado. En la noche me quedaba en la biblioteca, donde había un gran estante provisto de volúmenes que seguramente formaban parte de la casa cuando se la compró: novelas, libros y colecciones de autores franceses traducidos al inglés.

En el jardín, cercado por rectos y elevados álamos, lucía el sol casi siempre, pues el invierno canadiense es muy luminoso aunque glacial. A veces la temperatura desciende tanto que al salir del abrigo de la casa para lanzarse a la intemperie se experimenta el implacable rigor del clima, en forma tan violenta que el vello de la cara se hiela instantáneamente, dando la sensación de que miles de agujas se clavan en la carne; y los dedos, a pesar de estar protegidos por los guantes forrados de piel, se entumescen y duelen. Los muchachos aprovechaban en sus juegos un prado transformado en pista de hielo y emprendían simulacros de guerra con proyectiles de nieve.

El ministro de Relaciones, Leslie Pearson, que no tardaría en ser acogido como Premio Nobel de la Paz por su labor de acercamiento entre los pueblos, tuvo la amabilidad de recibirme inmediatamente y me trató siempre con suma gentileza, al igual que el subsecretario, el señor Julio Leger, actual gobernador del Canadá, hombre que transparentaba nobleza y generosidad. En forma expedita, también, me concedió audiencia el gobernador general

(representante de la reina), a quien en sencilla ceremonia, y sin que median discursos, hice entrega de mis cartas credenciales. Vi también al primer ministro Saint Laurent, una de las figuras más atrayentes del Canadá, quien acababa de regresar de Sulphur Springs, donde se había efectuado una reunión entre don Adolfo Ruiz Cortines, presidente de México, el general Dwight D. Eisenhower, presidente de los Estados Unidos y el propio señor Saint Laurent.

Esta reunión de amistad y trato personal tuvo lugar a iniciativa del presidente norteamericano Eisenhower, con el propósito “de perfeccionar las bases de comprensión y respeto mutuo en que se cimentan las relaciones de los pueblos y gobiernos de México, Estados Unidos y Canadá”. Entre los más salientes problemas que se abordaron debo señalar la contratación temporal de nuestros trabajadores agrícolas, la venta del algodón proveniente de la existencia del gobierno norteamericano, la colaboración económica a través del Banco de Exportaciones e Importaciones, la pesca ilegal que realizan algunos pescadores norteamericanos y el desarrollo de la aviación civil, entre los dos países. La reunión rebasó, según dijo el presidente Ruiz Cortines, el marco de un cambio informal de impresiones entre gobernantes de tres países diferentes en cuanto a su poder, recursos y costumbres.

Pronto estuve instalado y plenamente ocupado en el desempeño de mi nuevo cargo. Pero después de cuatro años de permanencia en el Oriente, y sin haber tomado vacaciones, aspiraba volver a México, donde me esperaban familiares y amigos. Por desgracia una mañana, al despertar, sentí un intenso dolor en el pecho, que el médico, a quien llamé inmediatamente, diagnosticó como una lesión cardíaca. El mismo me transportó en su automóvil al Hospital Cívico de Ottawa, donde por primera providencia me aplicó una inyección para calmar el dolor que me angustiaba. Me hicieron, además, varios electrocardiogramas y análisis pero como el dolor persistía siguieron aplicándome inyecciones cuyo efecto sedativo me mantenía en una constante somnolencia. Sólo cuatro o cinco días después desapareció el dolor, pero continué en absoluto reposo. Tuve la suerte de ser atendido con sumo esmero, tanto por el personal médico como por las enfermeras. Recuerdo también con gran simpatía y gratitud al médico español José Martín Villar, interno de aquel hospital, quien me visitaba constantemente, no en calidad de facultativo, sino de amigo cuyo trato me confortó, pues a su capacidad médica unía una franca alegría malagueña, un espíritu cordial y una

chispeante plática que le hacía a uno sentirse optimista. Tanto bien recibí del tratamiento como de la compañía de mi afectuoso amigo español.

Al fin pude emprender viaje de vuelta a la patria y, en el camino, en un cambio de aviones, tuve la sorpresa de encontrarme con mi antiguo compañero de escuela, el licenciado Enrique Correa, quien generosamente me ofreció su casa en Acapulco para que fuera a terminar mi restablecimiento, invitación que acepté en vista de habérmela reiterado a mi llegada a la capital.

En cuanto bajé del avión me sentí reconfortado por la presencia de los míos, que me rodearon con su ternura. También los amigos más cercanos estaban allí: Nacho Millán me preguntó inmediatamente la razón de mi extrema palidez, y llegando a casa me examinó y me dio un tratamiento de vitaminas que acabó de ponerme en pie.

Más seguro de mi salud di principio a una serie de recorridos y trabajos, de entrevistas con funcionarios y de pláticas con mis amigos y conocidos, que me exponían sus puntos de vista sobre la vida mexicana del momento. Al mismo tiempo sentí que había gran curiosidad por conocer mis impresiones sobre el Japón, del que me hacían múltiples preguntas, y a pesar de que me había prometido no dar a conocer de inmediato mis observaciones y reflexiones japonesas, por no caer en la novelería de exotismo o en la superficialidad de los viajeros que, aun inteligentes y sinceros, se extravían en la complejidad de aquel mundo, acepté dar una conferencia en la Asociación Mexicana de Periodistas sobre la vida en el Japón, que vino a constituir el capítulo inicial de mi libro *Ensayos japoneses*.

Los tiempos vacacionales son breves siempre, y tuve que regresar a mi sede, esta vez con mi familia. Mi llegada coincidió con el otoño. Encontré el país transfigurado. Ya el trayecto entre Nueva York y Boston, que hice en tren, me había preparado el ánimo para apreciar el paisaje. Antes de llegar al río San Juan la naturaleza tiene un esplendor inusitado. Las riberas están doradas. En las calles de los pueblos y jardines que avistamos se deshojan grandes árboles cobrizos. El goce de este campo se hace cada vez más intenso. Una invasión de colores nos hace soñar. Las llanuras se extienden hasta el horizonte, que aparece cortado por largas hileras de árboles amarillos. Sólo de tarde en tarde el ganado en los pastizales, alguna aldea con sus granjas, vegetales, y viejos árboles envueltos en una áurea que parece emanar de ellos mismos. Hileras de abedules y encinos al margen de las carreteras, otros más

distantes y otros, en fin, cortando la lejanía. A veces son filas de arbustos de hojas y coloración diversa, y zarzales de las más variadas entonaciones.

Decididamente el otoño es la estación más atractiva en Canadá, y hay que ver al país en ese tiempo. Durante esta estación nos gustaba pasear por los admirables bosques canadienses. El tono rojo, casi púrpura a fines de septiembre, comienza a cambiar, pasa al amarillo, las hojas se han quemado; sin embargo, algunas conservan todavía un rojo tan vivo que parecen llamas. Los senderos se han cubierto de hojarasca, algunos árboles muestran sus ramazones escuetos. De repente se ve una colina con una vegetación de tonos apagados. Van Gogh, que gustaba del color sulfuroso, del limón pálido y oro, y exclamaba: “¡Qué hermoso es el amarillo!”, hubiera amado este paisaje otoñal.

Una de las causas que me habían decidido dejar el Japón fue la educación de mis hijos. Manuel estaba a punto de terminar el bachillerato y debía ingresar en la universidad. Mireya comenzaba la secundaria y, por influencia cultural japonesa, asimilaba rápidamente formas y actitudes mentales que la identificaban con aquel mundo, alejándola del nuestro, lo que para su futuro podría ser de consecuencias. La inscribimos en la sección francesa del colegio, porque así lo pidió ella a fin de perfeccionar su francés, que como el español, había aprendido en casa.

Adiestrado por los primeros meses que allí había pasado, fue más expedito mi trabajo dejándome un margen de expansión intelectual. Antes de ir a mis labores en la mañana temprano, pasaba por la Universidad de Carleton para escuchar un curso de literatura inglesa, que me interesaba tanto por su programa como por la calidad del profesor.

Las conversaciones en los pasillos con el profesor Bite eran muy agradables. Creo que sólo con él hablaba yo de literatura inglesa, aunque leía mucho y oía las grabaciones de teatro registradas por Angel, Argo y The Shakespeare Recording Society. Grato encuentro también fue el de Stephan Spender, que dio unas conferencias en el mismo *college*, pero se quedó apenas unos días.

El colega con quien me sentía más unido era el embajador de Venezuela, Fernando Paz Castillo, poeta de fina sensibilidad y crítico esmerado de las letras de su patria, cuya amistad inicié en los días aciagos de Londres, durante la guerra. Con frecuencia nos reuníamos a la hora del té en su casa o en la mía. El clima riguroso contribuía a nuestra clausura. Cuando la plática

se prolongaba, venía Nico, su mujer, tan simpática y vivaz, con su acento caribeño: “Pa Catio ya e tarde, vamo a ver a Fernandito y María África...” Pero Paz Castillo, hombre distraído en cuanto a cosas exteriores, no hacía caso y seguía en la conversación. Nuestra confianza era grande y cuando regresaron a su tierra nos dejaron a su hijo para que terminara el año escolar. El chico, de unos quince años, era afectuoso y franco. Una tarde que salíamos de paseo, me preguntó al trasponer la puerta:

—Embajador, ¿lleva usted dinero?

—¿Por qué?

—Porque a mi papá siempre se le olvida.

—Pues hace bien —le contesté bromeando—. ¿No sabes tú que en el Extremo Oriente de antaño, un gran señor tenía, a orgullo de nunca llevar dinero? Había que fiarle bajo palabra. A lo sumo, algunas veces, un ecónomo, cargando la pesada bolsa, le seguía a unos pasos, y se encargaba del pago.

En pocos meses me relacioné con diversos grupos sociales; traté a los jefes parlamentarios de los partidos principales que componen la Cámara de Representantes; me desplazé a largas distancias para atender invitaciones públicas o privadas que significaban alguna utilidad para mi gobierno; hice visitas oficiales a otras provincias; di conferencias en las universidades de Quebec, Montreal y Kingston.

Deberes intelectuales me llevaron una vez a la Universidad de Columbia (Nueva York), donde dicté una conferencia sobre literatura mexicana en la Spanish Society, a la que siguió una tertulia en la que estuvieron presentes Germán Arciniegas, Andrés Iduarte, el poeta Eugenio Florit y otros profesores iberoamericanos que figuran prominentemente en aquella casa de estudios.

Con el alcalde de Almonte, pequeña ciudad de Ontario, bautizada desde el siglo pasado con el nombre de este personaje para nosotros de tan triste memoria (pero útil para los canadienses desavenidos entonces con los Estados Unidos) inauguré las obras de iluminación de las caídas de agua con los colores de la bandera mexicana.

Después de la ceremonia se bailaron en la alcaldía las cuadrillas (*square dance*), antiguo baile europeo al que se ha dado una interpretación y acento especiales, convirtiéndose así en el baile folclórico de Canadá. Éste consiste en reverencias, saludos, cambios de parejas y enlaces de manos formando figuras bajo las indicaciones de un animador.

Poco tiempo después, una obra de beneficencia iba a organizar en la embajada una fiesta en la cual tanto Elena como Mireya presentarían nuestros bailes nacionales. La víspera de esta fiesta nos visitó mi hermana Amalia con sus hijas Mayita y Rosalba, esta última, una chiquilla de cinco años, en cuanto vio el ensayo de los bailes, manifestó que ella también quería participar, e inmediatamente mostró sus habilidades. Las damas de la directiva, viendo su gracia y desparpajo, se regocijaron y en la fiesta se llevó los aplausos de aquella brillante sociedad.

Blanca tuvo en Ottawa vida fatigosa. Casi no había semana que no debiera preparar un coctel, comida o cena para corresponder atenciones de los colegas residentes, dar la bienvenida a los recién llegados como es costumbre o recibir a personalidades canadienses o viajeros mexicanos, contando con una servidumbre infiel y revoltosa traída de México, que más molestaba que ayudaba, y otras veces con falta total de ella o con menguada ayuda. Auspiciaba el movimiento del Little Theatre, formado por aficionados, necesárisimo en una ciudad entonces de escasa actividad artística, pues apenas si uno que otro solista importante o declamador de fama como Gilgut, hacía una fugaz aparición. Me auxiliaba en la difusión de asuntos culturales y cuidaba, con la mayor afección, a las muchachas mexicanas internas en los colegios de Ottawa. Los días de asueto acostumbraba llevarlas de paseo a meriendas campestres o simplemente a la Embajada, donde no faltaban motivos de esparcimiento, según el tiempo que hiciera. Ocasionalmente, con nuestros hijos, iba a algún paraje de los alrededores de la ciudad, al parque nacional de Gatineau, y de preferencia al antiguo dominio de Mackenzie King, que es un sitio bellissimo donde abundan los arces, robles y olmos, en medio de coníferas de un intenso y permanente verdor. Para escapar a los aburridos domingos de la jurisdicción protestante de Ontario, donde todo está cerrado, después de comer en algún restaurante chino, que nos recordaba nuestros años en Oriente, solía invitar a sus recomendadas al cine, a Hull, que se alcanza trasponiendo el puente que la une con Ottawa.

Los turistas mexicanos no faltan en cierta época del año atraídos por la maravilla de las cataratas del Niágara, de los inmensos lagos, de los bosques con sus magníficos arsenales, que en otoño van del rojo más vivo al dorado más tenue, y de las Montañas Rocallosas coronadas de nieve, tan divulgadas por las estampas de los calendarios. Mucho más amplia es la corriente de canadienses que viajan hacia México en busca del sol tropical, de la novedad

de las costumbres y de los baños en el mar tibio. Los hombres de empresa de ambos países fijan su atención en las posibilidades de acción y trabajo, lo que ocasiona intercambio de productos, estímulos industriales, operación de capitales y transacciones en creciente grado.

En los días en que yo estaba acreditado en el Canadá, los espectáculos de grandes contingentes se presentaban en Toronto o en Montreal, a donde me trasladaba con la familia. Una vez fuimos a Stratford, pequeña población de la provincia de Ontario, bautizada así siguiendo una tradición shakesperiana, para asistir al festival que año con año se celebra, y en el que se representan únicamente las obras del gran dramaturgo inglés. El teatro, de una novedosa arquitectura, ceñida a los cánones del teatro shakespeariano, se encuentra en medio de un parque, cerca del río, y en los días del festival la población cobra inusitada animación. Como es imposible alojar a los incontables visitantes en los hoteles, las casas de los vecinos les dan alojamiento. A nosotros nos tocó la casa de una señora que se mostró muy obsequiosa e incluso mantuvo en pie hasta terminada la función para ofrecernos una taza de té, dentro de la tradición británica, antes de que subiéramos a nuestras recámaras.

Aprovechamos este viaje para continuar hasta el Niágara, que no estaba muy lejos, y admirar las célebres cataratas que realmente son fascinantes y nos retuvieron en el mirador del parque largas horas contemplativas. Vino a mi recuerdo al canto que el poeta cubano José María Heredia le dedica. En él espera que algún viajero, asociando sus estrofas al poderoso torrente dará un suspiro a su memoria. Tal era la forma romántica de alcanzar la consagración. El poeta se enfrenta en forma grandilocuente con la fragorosa caída y no sale muy bien librado. No estoy seguro si Chateaubriand salió mejor. Don Justo Sierra, que visitó el Niágara en el noventa y cinco, no lanzó ningún suspiro; en cambio, recordó el lamentable *undosos* aplicado a la corriente, y terminó aburrido del Niágara y de las *niagaridades*.

Otro viaje interesante hice al lago Saint John, en compañía de algunos colegas latinoamericanos y representantes de la fábrica de aluminio de Arvida. Fuimos en tren hasta Quebec, donde nos ofrecieron un almuerzo en el Chateau Fontenac, espléndido hotel de estilo histórico, soberbiamente emplazado, con vista a la desembocadura del río San Lorenzo, que en aquella época del año, casi a fines del verano, ofrecía la animación de su intenso movimiento. Los jardines estaban llenos de paseantes. Las plazas, las puer-

tas de la ciudad, las casas de estilo francés nos hablaban de su pasado. Su universidad domina todo un barrio y, tanto por su aspecto como por su vida espiritual, recuerda el alma de Francia. Desde Quebec, atravesando el santuario de animales del parque de las Laurentides, nos dirigimos al pequeño puerto Alfred, en la orilla de un río cuyo caudal permite la maniobra de barcos de cierto calado, que acarrearán desde Jamaica la bauxita que alimenta su magnífica industria. Ahí están los grandes depósitos de este mineral, que es transportado después a Arvida, donde se yerguen las espectaculares plantas electrolíticas para la producción de aluminio. La población de Arvida vive fundamentalmente de esta poderosa industria.

En un paraje apropiado se levanta el albergue, sumamente acogedor en el que nos alojamos. Se respira en él un ambiente de delicioso sosiego. Una comida de estilo francés, acompañada de excelentes vinos, completó la grata impresión. Visitamos la famosa industria y escuchamos de nuestro guía las explicaciones técnicas sobre el proceso de aquella producción. Por último, nos dirigimos hacia el norte, al lago Saint John, cuyos canales generan la energía que alimenta esta industria. La poderosa planta produce un millón quinientos mil voltios y es tan eficiente que unas cuantas personas manejan y regulan esa corriente. Las orillas del lago nos atraeron con la variedad de su espectáculo, que impone sobre la realidad la fantasía, y allí permanecemos un buen rato en casa de uno de los supervisores de la planta, gozando de la prodigiosa visión, que conserva, a pesar de las obras tecnológicas, mucho de su gracia primitiva. De regreso, ya no nos detuvimos en Quebec, sino que continuamos hasta Montreal, donde me separé de mis colegas para comer con el director de *La Presse*, cuya benevolencia para las cosas de México había ganado mi gratitud.

Poco tiempo después fui llamado a México. Esto ocurría precisamente al principio de un nuevo gobierno, que es cuando se efectúan una serie de desplazamientos, acomodos y reacciones burocráticas en cadena. Yo había pedido ir a Europa sin indicar concretamente ningún país. Me señalaron el norte, Noruega: paisaje de fiordos, teatro de Ibsen, pinturas de Munch, música de Grieg, nieves escandinavas. Con este cubiletazo del azar me preocupé del destino. Así completaba mi periplo, satisfacía en cierta medida mi novelería. No me arrojaron por la borda. Me conservaban en la embarcación como un modesto capitán en aguas lejanas, un poco en el olvido, donde serví lo mejor que pude.

Cuando los periódicos japoneses publicaron la noticia de mi transferencia a Canadá dijeron: “Los Maples se van a la tierra de origen de los maples. Allí les auguramos felicidad y prosperidad”. (Jugaban así con mi apellido que es doblemente Maples y el emblema de Canadá.) Mi hijo se quedó estudiando en la Universidad de Ottawa, donde conoció una joven con quien se casó y tuvo familia. Así se cumplió el augurio.

XII. Latitudes de nieve

Contando una vez más con la confianza del gobierno me dispuse a salir hacia Noruega, pero tuve que diferir mi salida a causa de un fuerte ataque de paludismo contraído en una de mis excursiones por las costas, víctima de mi confianza en la campaña de erradicación de esta enfermedad, lo que nos hizo perder el trasatlántico en que teníamos pasajes reservados. Blanca fue a cambiar los boletos, pero como era época de vacaciones no había sitios disponibles más que en un carguero de seis mil toneladas que salía de Brownsville. Mi mujer, que no tenía idea de lo que es un barco de ese tonelaje, que se marea y tiene miedo al mar, hizo tranquilamente las reservaciones. Una vez restablecido emprendimos el viaje en automóvil desde México, lo que nos permitió pasar nuevamente por Tuxpan y Ciudad Victoria para despedirnos de íntimos parientes. Llegando a Brownsville nos avisaron que el barco tenía diez días de retraso. Esto me dio mala espina, pero cuando vi el barquichuelo y la cara estupefacta de mi mujer, me sobrecogió el presentimiento de un detestable viaje. Apenas a bordo, el capitán sueco, un simpático charlatán que más bien parecía un meridional, nos dijo que avanzaba un ciclón por el Golfo, pero que procuraría evitarlo, y nos contó que en un viaje precedente el viento huracanado había hecho muchos destrozos al barco, y hasta arrancó una ventana del puente, que hirió a su segundo, al que tuvo que costurar él mismo por no haber médico a bordo.

Felizmente, y a pesar de los malos presagios, el viaje fue maravilloso, acaso el más bello de mi vida. Como solamente una dama norteamericana iba con nosotros y poco se la veía, teníamos la impresión de estar en nuestro yate. El tiempo fue espléndido, el personal amable, los camarotes espaciosos y confortables, la comida consultada a nuestro gusto, la sala bellamente amueblada y dotada de discos y libros; en fin, este viaje en el *Dana Holm* fue un sueño de verano.

En vez de llegar a Amberes, como estaba previsto, nos desembarcaron en Bremen, lo que resultó interesante, pues tuvimos oportunidad de conocer este gran puerto, que nos llamó la atención no solamente por sus formidables instalaciones, los innumerables astilleros que se levantan en las márgenes del río y su intenso tráfico internacional, sino también porque a pesar de la devastación de la guerra tuvo la suerte de salvarse la antigua y preciosa plaza municipal, así como otros bellos rincones.

Continuamos en nuestro automóvil, cruzando las provincias de Gottinga y Frisia, contemplando sus ciudades y pueblos plantados pintorescamente al borde de los canales. No quisimos seguir a Oslo sin hacer la imprescindible visita a Bruselas, donde se quedó mi familia, con los parientes de mi esposa a los que no había visto hacía nueve años, y reanudé mi viaje en tren pasando por Copenhague, donde estaba acreditado como embajador mi viejo amigo Aurelio Manrique. Como no lo encontrara en su domicilio, le dejé mi tarjeta, dándole el nombre del hotel en que me alojaba. Dormía yo profundamente, soñando con los vikingos y las sagas de los normandos, cuando fuertes golpes a mi puerta, en horas que pasaban y mucho de la medianoche, me despertaron un tanto cuanto alarmado. Me calmó y me asombró a la vez oír la voz de Manrique, que como hombre que vive fuera del tiempo venía a hacerme una visita a hora tan desusada, interrogando todavía: “¿Acaso os he despertado...?” No pude menos que abrirle los brazos y estrecharle fuertemente, con todo el afecto que tenía para ese hombre tan original y tan noble.

A la mañana siguiente, acompañado de Manrique, visité la ciudad, que me pareció viva y alegre en aquel día de verano, con sus bien cuidados parques, sus palacios ornados de magníficos muebles y obras de arte, y sus bien dotados museos donde sobresale la colección impresionista de la gliptoteca. Al interés de lo que veíamos, el recuerdo de México venía a mezclarse constantemente a nuestra conversación, y a veces hasta nos hacía olvidar el espectáculo que contemplábamos.

Llegué una mañana a la vieja Cristianía. En la estación, avisados, me esperaban un funcionario de Relaciones y el traductor Efrén Rebolledo, cuyo nombre asocié de inmediato al de su padre, el poeta Efrén Rebolledo, que había sido jefe de nuestra legación en Noruega en años anteriores. Por no tener la misión residencia me alojé en el hotel Continental y di principio a mis tareas diplomáticas. Visité en primer lugar al señor Langle, titular de

Negocios Extranjeros, y al secretario general del propio ministerio. El rey me recibió de inmediato. La ceremonia fue sencilla. Después de subir por las majestuosas escaleras del Palacio Real, acompañado por el gran maestro de ceremonias, y luego precedido por el gran mariscal de la Corte, penetré al despacho del soberano. Hice, en nombre de mi país, una breve salutación a la cual el rey respondió con amables palabras. Después de poner en sus manos las cartas que me acreditaban, conversé en tono más expansivo con el monarca, Olav V, hombre sencillo, de rostro jovial, que se expresa perfectamente en inglés, lengua muy usada en Noruega y recordando que era consumado deportista en diversiones del mar me referí a ese tema, que él acogió con amable interés y se explayó recordando las últimas regatas en las que había intervenido. Al terminar la presentación pasé revista a la guardia del rey en el parque del palacio, frente al imprescindible grupo de curiosos.

En algunas capitales suele escucharse la queja de los diplomáticos sobre las dificultades de instalación y servicios correlativos. Oslo es una de ellas. En tal aspecto puedo decir que no fui tan desafortunado, pues conseguí en el barrio de Lysaker, casi a orillas del fiordo, una hermosa casa. La había traído a Oslo, transportándola de una provincia, el pintor Gerardo Mund. Estaba construida con gruesos y pulidos troncos de árboles, revestida internamente de materiales que la aislaban del ruido y de la intemperie y la hacían muy comfortable. Uno de los salones adicionales, construido al viejo estilo nacional, conservaba por dentro su auténtico carácter, y esta sala vikinga era generalmente preferida de los invitados, atraídos por las evocaciones históricas que les despertaba la nostalgia de estructuras que únicamente figuran en los parques-museos. Después de las cenas continuábamos la tertulia en esa espaciosa sala, donde el ambiente folclórico propiciaba los bailes nacionales de México y Noruega, que nunca faltaban con la presencia de mi hija y de sus jóvenes amigas a quienes gustaban estas expansiones. Los mismos adultos, a veces, se contagiaban de entusiasmo entonando canciones antiguas o interpretando alguna danza campesina, e inclusive, alguna vez, con trajes regionales. El inmenso jardín de la casa se extendía en un declive con vista hacia otras colinas boscosas, senderos con grava, algunas rocas y, en los prados, viejos árboles y arbustos tupidos de flores en la primavera.

El barrio es un bello parque lleno de pinos, abedules y gran variedad de arces, además de árboles frutales. Recorrer estos parajes en las noches de

verano, que tienen la misma luz del día y en las que se goza de un profundo silencio, da la impresión de hallarse en un lugar remoto.

A pesar de las limitaciones que me imponía el idioma, particularmente en materia de teatros, no me faltaban otras distracciones de orden intelectual. Había frecuentemente excelentes conciertos en el salón de la universidad. No carecíamos de buenas conferencias en cualquier idioma europeo en la misma casa de estudios, en el Instituto de la Paz o en el Club Hispano-Noruego, que solía invitar a personalidades españolas y latinoamericanas. Yo mismo fui huésped de esta institución dirigida por el hispanista Magnus Groenvold, donde encontré cordial acogida e hice buenos amigos, entre ellos al profesor Francisco Ruiz Ramón, lector de la Universidad de Oslo, que solía acompañarme en mis búsquedas por las librerías, pues coincidíamos en aficiones y gustos literarios.

En la universidad, por aquel tiempo, había un movimiento de avanzada, que se concentraba en la Sociedad de Estudiantes Noruegos, prestigiosa institución por la que desfilaron políticos, filósofos y maestros ilustres. A invitación de su directiva dicté, en inglés, una conferencia sobre la poesía mexicana.

En el Club volví a encontrarme con Julián Marías, a quien había conocido en Bogotá y en cuya compañía pasé ratos de agradable charla. Marías me puso en contacto con el director de la Editorial Plenitud, don José Ruiz Castillo, a quien confió la impresión de los dos primeros volúmenes de mis memorias: *A la orilla de este río* y *Soberana juventud*. Nos visitó también Enrique Lafuente Ferrara, cuya crítica sobre Velázquez y Goya revela gran conocimiento de la creación pictórica. Tenía Ferrara el deseo de conocer toda la obra del famoso expresionista noruego, Eduardo Munch, de la que el Museo Nacional de Oslo sólo expone una parte y tuve oportunidad de complacerlo consiguiendo un permiso para tener acceso a la colección completa que más tarde se instalaría en un recinto especial. Otro escritor que dejó grata impresión en Oslo fue Manuel García Blanco, cuya labor de educador en la Universidad de Salamanca ha tenido extraordinario relieve.

La vida en Oslo era bastante monótona, pero estas conferencias y las tertulias a que daban lugar en los cafés frecuentados en otros días por Ibsen y Bjørson la animaban superiormente. Contemplando el mural del café del Gran Hotel, en el que aparecía, a un lado de la puerta la figura de Ibsen, me hacía la ilusión de que el propio autor en persona trasponía el umbral, y esta fantasmagoría me proporcionaba cierta fruición.

No menos interesantes resultaban las exposiciones en la Galería de Arte Moderno, que hacían sentir el concurso de Francia de manera feliz. Jean Cassou, conservador del Museo de Arte Moderno de París, presentó una exposición retrospectiva de Jacques Villon. Este evento volvió a reunirnos después de muchos años de no vernos, y nos hizo recordar momentos y amigos para quienes ambos guardábamos admiración y cariño. Toda una tarde de evocaciones pasamos juntos, en la que acudieron las sombras de Alfonso Reyes, León-Paul Fargue, Ivan Goll y tantos otros cuya poesía y dones personales los mantenían vivos en nuestro recuerdo.

En ocasiones me paseaba por la avenida principal que en su tiempo recorría el pintor Eduardo Munch, corifeo del expresionismo, que de manera tan genial interpretó la angustia de su tiempo. Yo buscaba así penetrar en el ambiente de aquella sociedad y captar sus ideas y su sensibilidad. El papel que sus escritores y artistas han jugado al interpretar lo afectivo en forma impresionante ha engrandecido el prestigio de su pueblo. Las angustias y sacudidas de la sociedad noruega se han manifestado vigorosamente a través del contenido de su arte. Y de él derivaba yo sus fundamentos culturales.

Es importante observar el carácter de sus instituciones. La tendencia democrática desde 1814, en que las estructuras sociales comenzaron a radicalizarse, ha progresado firmemente. El parlamentarismo, introducido hacia 1890 se convirtió en la forma estable de su gobierno, de manera que tanto en su marcha política como social, en que los trabajadores juegan un prominente papel, Noruega alcanza una madurez y un equilibrio, que es fruto de muy altas virtudes cívicas. Estos temas en muchas ocasiones eran objeto de debate en las tertulias de diplomáticos y amigos, en mi casa, en las de otros colegas o en el Theatre-Café, donde reinaba un ambiente de camaradería al que agregábamos a los escritores extranjeros que nos visitaban. Blanca, que tanto admiraba a Noruega, solía discutir con un amigo nuestro al que hacía ver que su falta de aprecio a las instituciones de este país, provenía de que no había vivido más que en Bélgica y el Canadá, que tanto por su organización como por su nivel de vida son ejemplares. Pero, para ella, que conocía algunas naciones subdesarrolladas, basaba su entusiasmo en que Noruega posee leyes sociales eficaces; no existe pobreza; los impuestos son altos pero muy bien distribuidos y mejor administrados; quienes ganan mucho pagan una tasa más elevada que los que ganan menos. El hecho de que la totalidad de los ciudadanos tengan que contribuir a los

gastos nacionales, los hace cuidadosos de los bienes públicos. Los institutos superiores son de paga, aun cuando los estudiantes pueden obtener préstamos del gobierno o de sus padres, que deberán restituir en cuanto principien a trabajar. Las escuelas de artes y oficios preparan excelentes técnicos y obreros. El noruego, después de sus horas de labor, gusta de caminar por el campo, esquiar, remar, etc. Es sorprendente lo que este pueblo, sin convulsiones, ha podido llevar a cabo.

La tierra y el ambiente noruegos están impregnados de elementos marítimos. Uno de los deportes sobresalientes es el de regatas. El ideal de todo noruego es poseer un barco de velas. Estos veleritos jugaron un papel heroico en la última guerra europea llevando mensajes y transportando personalidades escandinavas enemigas de los nazis, a las costas de Inglaterra. El carácter noruego se modela en el mar. Cuando sus marinos bajan a tierra y entran a una taberna o café beben sin alborozo, concentrada y solitariamente, como si estuvieran en la soledad del océano. Me parecieron gentes formales en su conducta moral. Conocí algunos casados con mujeres de Veracruz formando contrastadas parejas de rubios encendidos y trigueñas jarochas. Generalmente los balleneros salen al acercarse el invierno para comenzar la caza en el hemisferio sur, pero aprovechan el verano del norte para labrar el campo. Esta dualidad de faenas no es extraña.

Quien sólo conozca el fiordo de Oslo, bastante amplio y de bajas riberas, no tiene idea realmente de lo que es un fiordo. Estas entradas profundas del mar en la tierra calada por los hielos que socavaron los valles, dejan a veces verticales tajos en la roca. El tiempo, la naturaleza y la mano del hombre cubrieron de árboles las alturas, configurando algunos de los paisajes más extraordinarios del mundo. En este respecto el fiordo de Sogne y Hardanger son únicos. Un librero amigo, encargado de la sección de libros antiguos de la casa Cappelan, me dio a conocer las estampas de los fiordos de Boyls y de Meyer, de una gran belleza a la par que de un gran esmero técnico. Después recorrí estos fiordos en diversas estaciones. En el invierno son desolados, pero en la primavera y el verano, cubiertos de flores, son de un inusitado esplendor.

Desde que Noruega se convirtió al cristianismo durante el siglo XI, en la época de Olavo I (Olavo Haraldsson), que luego fue canonizado por la Iglesia y marcó el punto de partida de la dinastía nacional, han pasado muchos siglos, pero no han desaparecido del todo ciertas costumbres paganas aun-

que practicadas sin íntimo fervor. Mas el hecho es que subsisten. Así el día de San Juan, cuando se encienden crepitantes fogatas cerca de los fiordos y se baila en torno, se asegura que entonces los espíritus andan sueltos y a nadie sorprende que las gentes se pasen de copas y se hagan diabluras. Otra manifestación de aquellos ritos es la veneración del árbol, en que comulgan los nórdicos durante la Navidad, haciendo una ronda en torno del pino adornado sobriamente y cargado de regalos navideños. He concurrido a ambos festejos, y me he regresado en plena luz durante la noche de verano, y por un sendero de nieve entre cerezos y pinos escarchados en el solsticio de invierno, sin que se me apareciera ningún diablo, ni siquiera un pequeño trol escapado del *ballet* de *Peer Gynt*.

En las fiestas de fin de cursos, por una antigua costumbre escolar, las calles del barrio universitario de Oslo se llenan de estudiantes, muchachos y muchachas bien acicalados, tocados con una gorra y portando en la mano una varita, especie de insignia promisoría del grado superior. Toda la ciudad se animaba; pero los sitios preferidos de vagabundeo eran el Parque Real y las calles de los cafés vecinos, algunos muy pintorescos, como uno que se adornaba con los escudos de las provincias y las ciudades noruegas donde, contagiado por el entusiasmo juvenil, yo entraba a beber un tarro de cerveza, que sorbía lentamente frente a la placidez de mis recuerdos.

Algo semejante ocurría en la Fiesta Nacional (cumpleaños del rey) en que los estudiantes, ataviados con trajes regionales, de increíble variedad y colorido, desfilaban frente al público apretujado en las aceras y en los balcones. Por la tarde, después de cambiar los trajes nacionales por otros de fantoches, continuaba la diversión, desfilando nuevamente en coches fuera de moda, repintados en brillantes colores, lo que animaba las calles como un espectáculo teatral. Todo esto acontecía sin ningún abuso o desplante agresivo o grosero, manteniéndose dentro de una fresca y alegre camaradería.

En el otoño los días se acortan mucho. A las tres de la tarde, cuando volvía a casa, era ya de noche. Las brumas lo invadían todo y saturaban de humedad parques y jardines. Esto daba a la ciudad un aire sombrío, y yo sentía una profunda depresión que me obligaba a encerrarme. No dejaba de reflexionar en el carácter hermético de los noruegos, en su predisposición al ensimismamiento, que a veces linda con la extrema melancolía. Las primeras nevadas de diciembre, sin embargo, aclaraban el paisaje, y se hubiera

dicho que le daban una visión más alegre y una reconfortante entonación al espíritu. El invierno permitía algunas excursiones a lugares de expansión deportiva, como Holmenkoolen, famoso por sus eventos internacionales de esquí. Yo prefería el sitio en la primavera o el verano, por su verdor, su deleitable vista ciudad abajo y esa transparencia gozosa que presenta el fiordo en tales épocas del año.

Con el cónsul de Bélgica, monsieur Tamen, y su esposa, los Ruiz Ramón y Rebolledo hacíamos excursiones a Larbik, en cuya iglesia había un cuadro de Lucas Cranach de primer orden, y a Sanderfiord, donde se reúne, en el verano, la flota ballenera más grande del mundo. En alguna ocasión llegamos hasta la casa que habitó Ibsen en sus mocedades y nos causó honda emoción imaginarnos al autor en sus pasos iniciales. A estas excursiones solían concurrir también las dos hijas de una familia noruega que había vivido muchos años en España; tenían tipos distintos, una muy rubia y la otra de pelo negro y ojos verdes, con mucho salero, Kary, a quien llamábamos la española-noruega, parodiando a la española-inglesa de Cervantes. Era entusiasta hispanófila. Una vez tuvo una insolación en París a resultas de la cual perdió el conocimiento: al recuperarlo, extrañamente, sólo hablaba español, el noruego, su lengua natal, había desaparecido totalmente de su memoria, al grado de no recobrarlo hasta algún tiempo después.

Para asistir al encuentro deportivo entre México y Noruega, me vi obligado a ir a Bergen. No guardo el menor recuerdo del evento, pero sí del ambiente de la ciudad, que jugó papel tan importante en la Liga Hanseática con otras ciudades del Báltico y del Mar del Norte. Me deleité paseando por el puerto y la vieja ciudad, entré en su museo y visité la quinta de Eduardo Grieg, cuya música dio nueva vida a las melodías populares de su patria. Los alrededores de Bergen son muy bellos y principalmente el monte Fløyen, desde cuyo restaurante, al que se llega por un funicular, se disfruta del más impresionante panorama de campiñas y mar.

A fin de recuperarme de una afección bronquial fui una vez a Lillehammer, pequeña ciudad que atraviesa el río Mjåsa con precipitadas corrientes y a la que rodean bosques surcados de pintorescos senderos. Me alojé en un albergue silencioso y confortable, cercano al parque que está al extremo de la ciudad, donde se congrega la colección Sandvig, nombre de su fundador, que la cedió a la ciudad. Se compone de unas cien construcciones de madera, esparcidas entre los árboles: iglesias, capillas, casas y hasta una granja.

En aquel paraje conocí a los descendientes de Sigríð Undset, su hijo y su nuera, quienes me acogieron con mucha cordialidad. Por cierto que cuando me encontraba en tan agradable compañía llegó una de las nietas de Björson, que parecía muy excitada con su proyecto de viaje a París, lo que fue tema de larga conversación, pues tanto los Undset como yo nos manifestamos devotos parisienses, cosa que aumentó el entusiasmo de la hermosa joven. A la pareja no volví a verla, aunque pasé de nuevo por Lillehammer. La última noticia que tuve de ellos fue por una tarjeta enviada desde Grecia, donde vivieron algún tiempo.

A fines del verano de 1961, invitado por el comité del Festival de Poesía de Bélgica, fui a Knokke acompañado de mi hija Mireya, para asistir al homenaje que se me tributó juntamente con el poeta Pierre-Albert Birot, de Francia y el poeta y novelista Franz Hellens, de Bélgica. En el gran salón del casino de aquella ciudad, tuvo lugar el acto inaugural de la reunión, con la presentación de cuarenta y dos países en las personas de otros tantos poetas y bajo la presidencia del señor Lefevre, primer ministro, y del ministro de la Educación Nacional y de la Cultura, señor Laroche. Estuvieron presentes también los gobernadores de la Flandes oriental y occidental y el poeta Arturo Haulot, comisario general de Turismo, así como numerosos miembros del cuerpo diplomático.

Los días de esta reunión que compartí con hombres y mujeres interesados en los destinos de la poesía y en sus fuerzas estimuladoras, forman parte de muy gratos recuerdos. Desde las primeras horas del día, en el desayuno, durante el trabajo de las comisiones, en la asamblea o en los recesos de la comida, y por las noches en los cafés del malecón, nos reuníamos para cambiar impresiones o escuchar opiniones sobre temas que inquietan nuestro espíritu. Con el poeta italiano Giuseppe Ungaretti reanudé un viejo diálogo sobre la literatura y la lengua de Italia. Gratas horas interminables pasamos en la playa hablando con la pasión vital que las creaciones de la inteligencia infunden. Entre los escritores belgas frecuenté desde luego a mis viejos amigos Edmundo Vandercammen, Pierre-Louis Flouquet, Arturo Haulot, Ayguespaerse, Hellens, Bourgeois y el poeta español Gerardo Diego en cuya compañía llevé a cabo una excursión a Brujas.

Apenas acababa de volver a Oslo cuando recibí una invitación del gobierno noruego para ir a Bodo, dentro del Círculo Ártico, a ver el sol de media noche. Formábamos un grupo como de cincuenta personas, todos

miembros del cuerpo diplomático y funcionarios de la secretaria de Relaciones. Fue un viaje alegre, con tiempo espléndido. Volamos sobre Trondheim, avistamos las islas Lofoten y aterrizamos en Bodo, ciudad que aunque sufrió mucho durante la guerra ha sido ventajosamente reconstruida. Apenas instalados en el hotel nos llevaron al río, donde algunos colegas se entregaron a la pesca del salmón, que abunda en aquellas frías corrientes. Esto fue motivo de entretenimiento hasta la hora de la comida en el Gran Hotel, que resultó muy animada. Por la tarde visitamos la feria que allí se celebra anualmente para exponer los productos de la industria regional. Y al llegar la noche nos ofrecieron una cena en un restaurante en lo alto de las colinas, para contemplar el sol de media noche, que tuvimos la suerte de ver, lo que no es muy frecuente, porque muchas veces las densas nubes ocultan el horizonte. El inusitado efecto nos llenó de sorpresa y sentimos el regocijo de esta singular experiencia.

Dos viajes hice al vecino país escandinavo, uno oficial con carácter de observador a la Reunión de Academias de Estocolmo, y otro a Gotemburgo, invitado a dar una conferencia sobre literatura mexicana, por el Instituto Hispánico de esa ciudad. Me recibió su director, el doctor Nils Hedberg, quien me agasajó en su casa y me presentó con personalidades del Instituto, entre otras con la escritora Matica Goulard, quien me obsequió sus traducciones del sueco. Después de mi lectura nos dirigimos a Estocolmo, y de allí a Upsala, cuyo reactor atómico examiné bajo la guía de un físico de la universidad.

En este viaje me acompañó mi amigo Ruiz Ramón con quien mantuve las largas horas de tren en viva plática sobre la literatura y el teatro español, en los que él ha destacado como historiador y crítico.

Viajes de tal índole rompían la monotonía provinciana de Oslo, a la que yo me había acomodado asomándome al fiordo en cuyos muelles se agitaba un tráfico de venta de pescado, de pasajeros que salían o llegaban en los ferries y de maniobras del velero escuela casi siempre anclado frente al edificio del ayuntamiento.

Cuando por motivos de trabajo no podía regresar a comer a casa, entraba en un restaurante de la plaza Nansen, en compañía de Rebolledo, a tomar un platillo de bacalao, no tan sabroso como el condimentado a la vizcaína, pero que pasaba gracias a la buena bodega del restaurante. Desde allí vi salir la más extraordinaria flota internacional de barcos de vela, rumbo

a Lisboa, con motivo del quinto centenario de don Enrique el Navegante. Empavesados con banderas, gallardetes y flámulas, ofrecían colorido y prodigioso espectáculo.

Las visitas del *shah* de Irán, del monarca de Tailandia y de los reyes de Suecia y Dinamarca a Oslo dieron lugar a diversas solemnidades que introdujeron cierta animación en las esferas diplomáticas: cenas en Palacio, en los grandes hoteles, conciertos sinfónicos y representaciones teatrales, comedias de Holberg, que yo tenía la precaución de leer anticipadamente en francés para evitarme el mal rato que sufrían otros colegas, obligados a permanecer en su sitio sin ningún recurso que suavizara su tedio.

Sólo en estas ceremonias podían observarse detalles de fausto en la Corte, cuya vida por lo demás es bien sencilla y de un tono casi familiar. El rey se conduce en lo privado como cualquier ciudadano, y no es necesario decir que la misma austeridad impera entre los altos funcionarios del gobierno y los dignatarios reales.

De vez en cuando una visita de viajeros mexicanos era motivo de satisfacción. Una de las más gratas fue la de la señora López Mateos y su hija. Mi esposa y yo las llevamos al Museo Folclórico, a la Galería Nacional, al Frognerparken, asombroso por la cantidad de estatuas que labró el infatigable Vigeland. También las invitamos a cenar en la embajada, cuya sede les encantó incluso por el jardín, con sus árboles y arbustos cuajados de flores en esos días.

La amistad y el cariño que me mostró siempre el general Heriberto Jara se vieron una vez más confirmados con una de sus visitas, a su regreso de un viaje por los países socialistas. Su viva cordialidad nos hizo pasar muy alegres veladas. A través de sus charlas sentimos sus preocupaciones por los destinos de la humanidad.

Otra señal amistosa fue la llegada de mi viejo amigo y compañero de luchas vanguardistas, Germán List Arzubide y su esposa, quienes, bien pertrechados contra las inclemencias del invierno nórdico, se atrevían a desafiar los vientos y nieves de aquellas latitudes. A veces yo invitaba a Germán a dar un paseo por los invernales senderos hasta la casa de Fridtjof Nansen, cuyas rejas estaban siempre abiertas y el jardín melancólicamente solitario. Aquí –le decía a mi amigo– se entrenaba el explorador pasando las noches al raso en una tienda de campaña. Después de esta gélida impresión, regresábamos con resuelto brío, para acogernos al interior de la casa y sentir la felicidad de su abrigo.

Mis actividades diplomáticas en Oslo pronto iban a terminar; había pasado allí cerca de tres años. Cuando el presidente López Mateos me ofreció una embajada en América del Sur, o la embajada en el Líbano, me decidí por ésta en consideración a la Universidad Americana de Beirut, que cuenta con excelente profesorado, firme disciplina científica, ambiente sumamente agradable y alto nivel de estudios, que convenían a mi hija.

Mientras esperaba el beneplácito pensé hacer un viaje a la Unión Soviética, aprovechando su proximidad, pues de no hacerlo en esa ocasión quizás no podría realizarlo nunca. Así que, sin concertar ningún encuentro con escritores que me hubiera agradado conocer, puse en ejecución mi deseo con la Inturist. Salí con mi esposa y mi hija, en tren, hacia Estocolmo, que ya conocía. Por cierto que en el hotel preguntaron a Blanca:

—¿Dónde nació usted?

—En Bélgica.

—¿Cuál es su nacionalidad?

—Mexicana.

—¿Dónde estaba usted ayer?

—En Dinamarca.

—¿A dónde se dirige?

—A la URSS.

—¿Dónde tiene actualmente su domicilio?

—En Noruega.

—¿Y el anterior?

—En Canadá.

El empleado que llenaba la ficha la volvió a leer, se le quedó mirando y le dijo:

—¿Quién va a creer esto!

En Estocolmo tomamos un pequeño vapor que por el oleaje danzó en tal forma que ni un solo pasajero escapó al mareo, lo que anuló el placer de la travesía. Llegamos a Leningrado ya muy tarde, con tiempo frío y gris, aunque era verano. No desembarcamos desde luego, sino hasta el día siguiente, después del desayuno, cuando emprendimos la visita a la ciudad.

Durante nuestra permanencia en Leningrado dormíamos en el barco, pero comíamos y cenábamos en el hotel Astoria, que está muy bien situado, cerca de una magnífica iglesia barroca. La ciudad es agradable y conquista al viajero inmediatamente. Tiene jardines y plazas ornadas de soberbios mo-

numentos y avenidas de una armonía que recuerda los trazos urbanísticos de Francia. Arcos monumentales que nos conducen a plazas inmensas en cuyo centro se levantan columnas conmemorativas franqueadas de imponentes construcciones marmóreas.

Visitamos el museo del Ermitage, instalado en el que fuera Palacio de Invierno y que atesora extraordinarias colecciones de pintura. Al salir del Ermitage, en uno de los embarcaderos cercanos tomamos una lancha, remontamos el Neva y llegamos a un gran parque dedicado al recreo y la cultura de los obreros.

Paseando por la ciudad acuden a mi memoria algunas figuras de escritores que la enriquecieron con sus poemas, historias y novelas. ¡Cómo no pensar en Pushkin, que cantó al *Caballero de bronce*; en Gogol, que escribió sus *Novelas petersburguesas*; en Dostoievski con sus *Pobres gentes* y sus *Noches blancas*, en que alternan una congoja infinita con una suave dulzura, y en Gorki, cuyo verídico *Domingo sangriento* nos relata un episodio dramático de la historia de la ciudad.

Dos excursiones, una a la antigua Tsarkoiselo, hoy Pushkin, donde gozamos recorriendo sus parques, palacios y pabellones, y otra a Petrodvorets, cuyo palacio, y particularmente sus juegos de agua versallescicos, proclamaban sus jactancias imperiales.

En todas estas excursiones acompañaba al grupo, por cuenta de Inturist, una joven profesora universitaria, bien enterada de la historia, la economía y las instituciones de su país, que tuvo que lidiar –esta es la palabra justa– con un periodista y un estudiante norteamericanos, sarcásticos y agresivos, que a cada paso le planteaban insidiosas cuestiones, tratando de polemizar con ella; pero la joven se defendía con aplomo y les daba categóricas respuestas. A veces eran ellos tan impertinentes que causaban desagrado al resto del grupo, y hasta recuerdo bien que dos damas norteamericanas se excusaron con nuestra joven guía y le dijeron que no fuera a creer que toda la gente de su país era así.

No podíamos abandonar Leningrado sin hacer una visita al Instituto Smolny que recuerda aquellos *Diez días que estremecieron al mundo*, según el relato de John Reed, oficina y cuartel desde donde Lenin dirigió la sublevación de octubre que aniquiló al gobierno de Kerenski y fundó el primer Estado socialista. Me imagino bellos corredores de orden clásico, por donde antes pasaron las alumnas de aquel colegio aristocrático, transitados después por

una multitud de obreros y soldados cuyos pasos resonaban duramente bajo los artesonados, mientras la dinámica silueta de Lenin, como un genio infatigable, se movía y daba órdenes que ponían en marcha a las multitudes.

Después de cuatro días de incansables recorridos por la ciudad partimos una noche, en tren, hacia Moscú, para llegar en las primeras horas de la mañana siguiente. Nos alojamos en un hotel de vieja elegancia. Miraban nuestras ventanas hacia el Kremlin. Al salir, volviendo la cara a la izquierda, teníamos la famosa vista de la Plaza Roja, con los enormes bulbos de la catedral de San Basilio en un extremo y en el flanco las altas murallas de ladrillo y las torres de la fortaleza, entre las cuales sobresale la Spásskaia con su reloj y su famoso carillón.

Compartimos nuestra primera mañana en el Kremlin entre el Museo de la Armería y la Plaza de las Catedrales, que forma un magnífico conjunto representativo de la arquitectura rusa antigua.

Cuando salimos apareció a nuestra vista la obra más esplendorosa del zarismo, el templo de San Basilio. La complicación de su estructura, la singularidad de sus formas y la riqueza de su colorido han contribuido a exaltar la fantasía popular, que las ha rodeado de poesía y leyendas bárbaras.

Volvimos sobre nuestros pasos para incorporarnos a la corriente humana que desfila rumbo al mausoleo de Lenin. A la puerta están dos soldados, rígidamente plantados. La multitud avanza de cuatro en fondo en un silencio expectante. Dos soldados, en la misma actitud hierática, guardan la otra puerta del mausoleo. Descendemos lentamente hacia el catafalco de cristal donde yace el cuerpo del líder, el rostro sonrosado pero como de cera, casi diáfano, el cráneo desguarnecido de cabello, la barbilla rubia, la talla cubierta con una bandera roja, una mano abierta y la otra en un puño cerrado. El caudillo duerme su sueño sempiterno.

A pesar de la enormidad de las distancias, las comunicaciones colectivas, tanto de la superficie como subterráneas, son extraordinariamente rápidas y fluidas. A esto contribuye el metro, que corre a gran profundidad y forma un sistema que comprende la amplitud de la ciudad, obra sorprendente tanto por su eficiencia técnica como por su exagerada suntuosidad. Sus estaciones son verdaderos palacios de mármol y jaspe que destellan bajo las luces de grandes lampadarios. Por cierto que en mi deseo de conocer bien este metro dejé que el grupo bajara en una estación y seguí solo el recorrido por largo tiempo. Al regresar al hotel, para la cena, advertí la

inquietud de muchos compañeros de viaje, que seguramente influidos por las historias de checas y cuentos policiacos se figuraban ya mi secuestro y al verme regresar sano y salvo me recibieron con demostraciones de simpatía, y hasta de buena fe; algunas señoras congratularon a mi esposa por lo que consideraban mi liberación.

Desde Leningrado advertí la pobreza de la pintura rusa, que me confirmó la Galería Nacional Tetriakov. En cambio, el museo Pushkin me entusiasmó tanto por las obras de antiguos pintores occidentales que despliega como por su preciosa colección de impresionistas.

Aun cuando ya habíamos tenido ocasión de ver algunos grupos de *ballet* ruso en diversas ciudades de América y Europa, nos complació volverlos a ver en el brillo de sus teatros y en la atmósfera de Leningrado y Moscú.

Yo he frecuentado mucho la literatura rusa, a través de traducciones francesas, españolas, inglesas e italianas que me habían revelado su vida y el carácter de su cultura. También había sido en mi juventud lector asiduo de sus grandes poetas, y lo sigo siendo. Su lectura ha subrayado la emoción de este viaje. Mientras vuelo de regreso a Oslo en un avión de la SAS, he abierto el tomito de poetas rusos que llevaba conmigo y me estremeció el soplo de tragedia que pesa sobre sus destinos: Pushkin y Lermontov, muertos en duelos provocados por los enemigos de la libertad; Alejandro Blok, que se hunde prematuramente en el desaliento; Maiakovski, que parecía tan alegre y confiado ante la vida, se suicida a los treinta y seis años; Essenin se abre las arterias y luego se cuelga; Pasternak, aunque llega a ver su gloria, no puede disfrutar de ella. En mi amor por la poesía, uno a todos esos hombres que con su estro me revelan un sentido más íntimo de la existencia, la confrontación de hondas realidades humanas, la pasión por la justicia y la dramática autenticidad de sus vidas.

Regresamos a Oslo vía Estocolmo, donde permanecemos aún unas semanas. Nos dolía dejar aquella casa tan agradable, y principalmente a nuestros amigos. Algunos nos aseguraban que viajarían por el mundo y que nos volveríamos a encontrar. Lo cierto es que los años han transcurrido y sólo hemos vuelto a ver a la familia Ruiz Ramón y a los Rebolledo. Noruega, a pesar del clima riguroso, de la infinita melancolía de sus otoños y los desolados inviernos, fue un país hospitalario. Partimos con un sentimiento de tristeza, pues indudablemente dejábamos allí algo de nuestra vida, de nuestros ensueños, de nuestro destino.

XIII. Descubriendo el Medio Oriente

Para compensarnos del largo invierno noruego, antes de dirigirnos a Beirut fuimos a la querida Bruselas, pasamos unos días en París, visitamos la Costa Azul (Niza, Cannes, Menton) y volamos a Roma, con ánimo de volver a ver sus antiguos monumentos y saludar a algunos amigos. Gracias a las facilidades del vuelo nos plantamos un par de horas en Atenas, que ya conocía yo pero que resulta siempre atrayente. Ascendimos a la Acrópolis bajo un cielo radiante, jubilosos de contemplar aquellas admirables ruinas. Paseamos por la orilla del mar hasta el templo de Poseidón, donde hay una magnífica vista que abarca la bahía. Hicimos una excursión a Corinto y Delfos, y otra a Micenas y Epidauro, que no conocíamos. Gozamos mucho en este viaje. Aquel acercamiento a Grecia, fortificado por algunas lecturas de historia y poesía, enriqueció nuestras emociones y a pesar de su brevedad nos dio una viva imagen de esta tierra en que la fábula y la realidad se funden de manera dichosa. Orillando el mundo mediterráneo alcanzamos la antigua Bizancio, para ver una vez más los bellos domos de Santa Sofía y sus extraordinarias mezquitas, que cubren de cúpulas y alminares el ámbito de la vieja ciudad cuya belleza, realzada por el mar que la ciñe, seduce y encanta. Ciudad de magia oriental en que se fundieron el refinamiento de una civilización decadente y el ímpetu bárbaro de los nuevos conquistadores. Consagrada por su situación geográfica a servir de puente eurasiático, permanece viva en medio de las pugnas que dividen al mundo y conserva algo de su lánguida gracia. En sus plazas, cementerios y jardines he recordado muchas de las historias de amor ardiente y de insidiosas intrigas que florecen en su literatura.

Recorrimos en unos minutos la distancia de Estambul a Beirut a la velocidad del *jet*. En el aeropuerto nos aguardaban el director del Protocolo, el secretario y el traductor de la embajada Luis Alva Cejudo y Elías Baini, así como algunas familias libanesas que habían residido en México. Saludos

de presentación, tradicional café, entrevista con la prensa, y emprendimos la marcha directamente a la sede de la embajada, en un barrio que no pude reconocer en la oscuridad de la noche. Al día siguiente salimos para desayunar en el centro. Pasamos por la Plaza de los Mártires, llamada así en recuerdo de un grupo de ahorcados por la represión del imperio otomano. La plaza, abigarrada y llena de comercios, con el incesante tráfico de una densa multitud, participa ya del aspecto del Oriente, aun cuando no abundan mucho los trajes coloridos ni el fez ni indumentaria que festonan las calles de otras ciudades orientales. Desayunamos en un café, casi frente al Ayuntamiento, edificio que imita groseramente el fasto del arte árabe. Continuamos por Bab-el-Driz y nos enseñaron el Souk Tahuille y el Mercado de los Franceses, que ocupan una serie de calles y callejones sustraídos a la circulación de automóviles y en los que se venden, en el primero, ropa para señores y telas y, en el segundo, frutas, verduras y viandas de excelente calidad, que satisfacían las apetencias de los ocupantes franceses que dieron nombre al mercado.

Al pasar por la cornisa que orilla el mar, mi esposa dijo que le agradaría vivir allí, en la avenida de París, en el tramo más bello, porque frente a las rompientes del mar hay una doble fila de árboles que sombrean el malecón. Tuvimos la suerte, pocos días después, de que en uno de los edificios más modernos, donde se encontraba instalada la embajada de Dinamarca, hubiera un local disponible. Allí instalé la representación de México. La casa tenía la ventaja de una soberbia vista hacia el mar que abarcaba el arco de la bahía y las montañas cubiertas de nieve en el invierno, cuya blancura contrastaba con la limpidez azul del cielo.

Nos prendamos del lugar y me instalé dispuesto, inclusive, a cubrir de mi peculio el excedente de la renta en caso de que ésta no se me autorizara. Llegó el día señalado para la presentación de credenciales. Vino a buscarme el jefe del Protocolo con su ayudante y en automóvil, precedidos por motociclistas nos dirigimos por un camino costero hacia el norte de la ciudad, donde residía el presidente, general Fouad Chehab. Al descender del coche, pasé revista a la guardia presidencial y fui introducido ante el mandatario, amable y cordial, con quien conversé en francés, idioma que la sociedad culta de aquel país guarda del protectorado. Como es costumbre en estos casos, la conversación giró sobre generalidades que aproveché para expresarle la excelente impresión que me había producido el desen-

volvimiento de Beirut, que yo había conocido veinte años atrás. Hablamos de la amistad de nuestros países y del mantenimiento de relaciones, planteadas siempre en términos de mutua comprensión y simpatía.

Celebré mi estancia en Beirut, no tan sólo por encontrarme en un lugar agradable sino por ser una ciudad donde mi hija podría hacer su licenciatura de Geografía, dado que existía allí, entre otras de prestigio, la Universidad Americana, que para mayor comodidad se encontraba a un paso de nuestra casa, sobre una colina que adornaban laureles y pinos y que yo solía cruzar camino de la cancillería, instalada no muy lejos. Casi recién llegado fui a Damasco para despachar un asunto que me encomendó la Secretaría de Relaciones Exteriores ante el gobierno de Siria. Tuve la suerte de encontrarme, al frente de una dependencia, a mi amigo, el embajador Nabie Georges Sabbagh, antiguo colega en Oslo, gracias a cuya intervención desahugué fácilmente mi encomienda.

Visité la ciudad, sus monumentos y curiosidades, como los *souks*, la mezquita de los Omeyas, el palacio Azem, la capilla de San Pablo y el Museo Nacional, que recoge importantes vestigios de Palmira, Dour Europos y otros sitios donde florecieron las antiguas civilizaciones de Siria. En la grata compañía de mi colega fuimos a un restaurante donde además de comer bien platicamos de los problemas del Medio Oriente. Me dijo que había estado como jefe de la guarnición de Palmira, en cuyas excavaciones había colaborado, y me recomendó mucho que no dejara de visitar aquella ciudad muerta.

Al regresar nos sorprendió en la carretera una nevada; antes de llegar a Soffar. La visibilidad era escasísima y el estrecho camino que bordeaba el precipicio sumamente resbaloso, pero gracias a la pericia del chofer Salim Nadar, escapamos indemnes de este peligro, con lo cual se ganó mi confianza, que nunca desmintió en su servicio.

Pronto me adapté a los usos sociales y al trabajo de la oficina, consagrando a éste la mañana y a los otros las tardes y muchas veces parte de la noche, pues las recepciones se sucedían casi sin interrupción durante todo el año. Y aunque en el verano amenguan en la ciudad, pues los pudientes se desplazan a sus quintas de recreo en la montaña, los convites no desaparecen del todo, y hasta se complican por tener que hacer largos recorridos. Así la vida de la capital se prolonga en las poblaciones de la montaña, donde hay toda clase de establecimientos de recreo. A unos cuantos minutos en

automóvil se encuentra Aley, que en el invierno tiene treinta mil habitantes y en el verano noventa mil. Otras, como Bhamdoun, no albergan tanta población, pero se ven también muy frecuentadas y enriquecidas por la presencia de algunos príncipes y magnates árabes que las escogen para veranear por su grato clima y relativa cercanía de sus Estados. Nosotros no podíamos desprendernos de Beirut por nuestras ocupaciones, pero los domingos solíamos aceptar unas invitaciones, entre otras, de la familia Boulos, que poseía una finca en Bhamdoun, donde se disfrutaba de amable reposo y la admirable vista del Valle de Lamartine. En Líbano hay antiguos inmigrantes que conservan vivo recuerdo de nuestro país. La señora Boulos desciende de una de esas familias.

No olvido tampoco a otros amigos que nos favorecían con sus atenciones. Paseos inolvidables a Gazir, el pueblo en que escribió Renán su famoso libro *La vida de Jesús*, a casa de la familia Chelala, donde solía encontrar al doctor Jorge Acra, nacido en México, del que salió cuando tenía diez años. Mostróse lo mismo que su hermano, siempre muy amistoso conmigo. Con él recorría las callejas del pueblo, y mientras ascendíamos hacia el monasterio escuchaba con fruición lo que yo le relataba de México. Guárdole un agradecido recuerdo por el esmero con que cuidó mi salud. Otros amigos también estaban atentos a nuestro bienestar y contento. Con frecuencia nos invitaban a sus *chalets* en la playa y nos agasajaban con envíos de golosinas en que es tan rica la repostería árabe.

La misión no sólo se ocupaba de los asuntos del Líbano, sino que extendía su jurisdicción en forma oficiosa a Siria, Jordania, Iraq, Irán y los Estados del Golfo Pérsico, y de manera especial a Pakistán por acuerdo de nuestro país, aunque sin mantener una misión permanente.

A estas actividades deben sumarse otras de carácter cultural que contribuyeron a mantener el prestigio de nuestro país y ganarle simpatías y consideración. De ahí mi presencia en la radio y televisión, y mis contactos con las universidades y las asociaciones periodísticas, con quienes mantuve siempre vínculos amistosos y de buena voluntad.

En las tareas, tanto sociales como culturales, conté con la comprensiva colaboración de mi mujer y de mi hija, mismas que dictaron conferencias, prepararon exposiciones, dieron a conocer nuestro arte folclórico y, particularmente, mi hija enseñó, en numerosas escuelas de jóvenes, algunos de los bailes regionales de nuestro país. Mi mujer colaboró, además, de una

manera muy activa y en diversas formas, con las sociedades de protección a la infancia, lo cual el gobierno libanés reconoció otorgándole, en un acto público, la condecoración de la Orden del Cedro con el grado de oficial.

En el campo intelectual no me faltaron estímulos. En la Universidad Americana, en la Universidad Francesa y en la Facultad de Letras encontré un ambiente de alta cultura. Las conferencias de Charles Mettra y Jean Salle en la Facultad de Letras fueron de extraordinario interés. No menos sugestivas las de otros conferenciantes enviados por la Universidad de Lyon. Inolvidables también las conferencias, lecturas y funciones teatrales organizadas por el British Council. En el Teatro del Líbano había anualmente por lo menos unas diez o doce representaciones de la Comedia Francesa. En el teatro de Beirut, en el West Hall y algunos otros locales vi obras de teatro clásico y moderno, puestas en escena algunas veces por estudiantes con el mayor decoro y rigor, tal, que valió a dos de los jóvenes actores becas para continuar sus estudios dramáticos en Londres.

Encontré así satisfacción a mi pasión por el teatro, pues aun cuando no pueda compararse esta actividad con la de las capitales europeas tampoco puede desdeñarse. Cuenta el Líbano con uno de los autores modernos más significativos, Georges Schehadé, poeta y dramaturgo de expresión francesa, cuyo misterioso mundo teatral tiene un encanto de aventura poética y de expectante inquietud. Vi con el mayor gusto representar algunas de sus obras y me encantaron su tierno humorismo, la poesía de sus personajes y el candor de su fábula. Nuestra amistad, durante mi estancia en Beirut, cuenta entre los recuerdos más agradables. En las tertulias de la embajada, la conversación de Schehadé aseguraba la animación y la alegría. A la expansión que nos procuraban aquellas horas de charla se agregaba alguna iniciativa de orden cultural. Entre estos testimonios cuento el de Camilo Abusuan, conservador del Museo Sursock, quien con su equipo de colaboradores me prestó amplísima ayuda, lo que me permitió llevar a cabo una exposición de piezas arqueológicas, de pinturas antiguas y modernas y de objetos folclóricos que mostraron diversas fases del arte mexicano.

Aprovechaba buena parte de mi tiempo en leer libros sobre la historia del arte en los países del Medio Oriente: arqueología de Mesopotamia y de Egipto, antigüedades helenísticas y romanas, así como arquitectura del Islam. Me interesaban aquellas ciudades-Estado con sus expediciones a las montañas de cedros, sus ritos fúnebres y cortejos sangrientos, cuyos fabulo-

sos vestigios se han encontrado en las tumbas reales de Ur, en las capas profundas de Uluk y las esculturas de Nínive, Babilonia y Asur. Fui a Biblos, Sidón y Tiro, ciudad de la púrpura, abatida por el tiempo y convertida en un cementerio de columnas. Más de una vez, al regresar, he oído el campanileo de las ovejas en las colinas y he contemplado, entre los huertos de naranjos y nísperos, “el mar del sol poniente”, y he sentido la tristeza de las cosas perecederas y la soledad del mundo antiguo.

En varias ocasiones fui a Balbek, algunas en compañía de viajeros mexicanos, con quienes mi entusiasmo por aquella acrópolis encontraba feliz desahogo, unido a un espíritu de cortesía.

Balbek se encuentra a pocos kilómetros de Beirut por un fácil camino que atraviesa el Monte Líbano, despojado, en el transcurso de los siglos, de sus corpulentos cedros y, naturalmente, erosionado, lo que en la actualidad se intenta compensar con terrazas plantadas de frutales, entre los que sobresalen los manzanos. De trecho en trecho se cruzan pueblos bien contruidos, de piedra, con arcadas, torres y alminares, que señalan la religión de cada lugar, de donde sube el tañido de las campanas, a las que responde el recitativo persistente del muecín.

Traspuesto el Monte Líbano tenemos el magnífico panorama del valle de la Beka, que limita al este la cadena del Antilibano, y al sur aparece un macizo nevado, del que fluyen las aguas del Jordán. Valle transparente, bien regado, con planteles de álamos y entre los caseríos cultivos de trigo y viñedos que producen excelentes vinos. Hacia el extremo oriental del valle, cerca de unos ojos de agua, se levantan las vastas construcciones de Balbek, que tuve la fortuna de ver bajo la luz de todas las estaciones. Una monumental escalera conduce a los propileos, de los cuales quedan las doce bases de la columnata, por donde se accede a un recinto hexagonal en el que todavía pueden admirar vestigios de su esplendor pasado. De aquí se pasa a un enorme patio cuadrangular, ricamente decorado en sus flancos, y hay que atravesar más de cien metros para llegar a la soberbia escalinata donde se desplanta el templo de Júpiter Heliopolitano. La construcción reposa sobre bloques graníticos que causan asombro por su mole y han dado lugar a mil conjeturas acerca de su transportación. Cubre un rectángulo de más de ochenta metros, que domina todas las otras construcciones circunvecinas, incluyendo el templo de Venus, que hoy aparece separado del conjunto por una calle que rompe la unidad de la Acrópolis. La construcción sufrió da-

ños irreparables a consecuencia de dos terremotos y de adaptaciones bárbaras para usos militares en la Edad Media. Persisten solamente seis columnas de uno de los peristilos, que miden veinte metros de altura y sobre las que reposa un entablamento ricamente esculpido. Esta columnata, que se destaca sobre el cielo nítido de Balbek, es uno de los impresionantes restos del mundo romano en su imperial dominio y nos deja, con su armonioso equilibrio, un estremecimiento poético. Ascendiendo por uno de los ángulos de la construcción árabe se puede ver un plantío de álamos y árboles frutales. Ahí solía yo descansar un buen rato para reanudar la fatigosa visita y descender de la plataforma al templo de Baco, que se levanta a poca distancia del peristilo meridional, mejor conservado y que puede admirarse en toda su grandiosidad y belleza. Menos elevado que el templo de Júpiter, se asciende para contemplar un pórtico rodeado de columnas que soportan un rico entablamento de mármol esculpido con figuras simbólicas de leones y toros. Un hermoso friso las adorna y todo el conjunto es de un efecto singular.

En el verano, Balbek posee una excepcional animación. Frente a las escalinatas del templo de Baco, se levanta, al aire libre, un teatro en el que se desarrolla un festival con los mejores conjuntos internacionales de teatro, *ballet* y música. Este festival que atrae viajeros de todo el mundo, constituye un orgullo para el Líbano.

Alargué poco a poco estas excursiones, tanto por gusto como para conocer mejor la cultura del Medio Oriente. Estimulado por la impresión que me causó Balbek, sin mucho esperar, en compañía de mi familia, la emprendí camino de Palmira. En el transcurso de este viaje estuve en el Krak des Chevaliers, castillo feudal soberbiamente emplazado y cuya reciedumbre es tal que a pesar de la injuria del tiempo conserva airosamente sus perfiles almenados y su arrogancia militar. En la época de su esplendor estuvo ocupado por dos mil caballeros, y por ciento sesenta años fue un reducto inexpugnable de los Cruzados. Saladino, el esforzado guerrero, asoló la región pero nunca pudo penetrar al reducto, que sólo se rindió cuando las Cruzadas tuvieron fin. Su historia está llena de gestas guerreras.

Fuimos a dormir a Homs. Por la mañana visitamos el lago. Luego continuamos hacia el Orontes. Al llegar a Hama cruzamos el puente del serrallo, dejamos el coche frente a la alcaldía y nos internamos por las medievales callejas hasta el Beit Azem, desde cuyas terrazas contemplamos una admirable vista sobre el río, las norias y los barrios de la margen derecha. La

frescura del lugar, frente al ardor de la planicie que se extiende bajo la reverberación, nos produjo una sensación deleitosa.

Avanzando más allá del Orantes, el camino pierde interés. Al atardecer llegamos a Alepo. En el vestíbulo del hotel me encontré con el profesor James Hudson, de la Universidad Americana de Beirut, quien me habló largamente sobre los recursos hidráulicos de la región. Los sirios se quejan de la aridez de su territorio, lo que es cierto por lo que toca al sur, pero en el norte cuentan con las obras prodigiosas del Éufrates, que irrigan una zona extensísima.

Por la noche recibimos la visita del ingeniero Shahin, que acudió con su esposa a saludarnos. Se lo agradecemos tanto más cuanto que en las costumbres feudales, que aún perduran en algunas capas de aquella sociedad, la mujer permanece recluida, y cuando sale a la calle lleva un velo que le cubre el rostro, dejando únicamente libres los ojos. Conocí el caso de una familia donde dos hermanas se distanciaron porque una, accediendo a la petición de sus hijos, jóvenes de ideas modernas, renunció al velo, cortándose por esto todo trato entre ellas. Gracias a la gentileza del ingeniero y de su hermano, Akram Shahin, a quien ya conocíamos desde Beirut, visitamos fácilmente esta ciudad, cuya historia se remonta a tiempos antiquísimos. Tuvo contactos con reinos milenarios, fue trono de una monarquía hitita, sufrió invasiones asiáticas y diversas dominaciones y conquistas. Hoy, unificada con Siria, recobra su importancia comercial, industrial y agrícola. Redújose nuestra visita a La Ciudadela, que se eleva en una prominencia rocallosa desde la cual se domina la ciudad y vastas lejanías; un monumento religioso del siglo XIII, denominado Madresseh el Firdows; la Gran Mezquita, fundada por los Omeyas en el siglo VIII; y, finalmente, hicimos un recorrido por los pintorescos mercados y por las callejas donde ambula una multitud de rara indumentaria, que nos hace sentir el contacto del Oriente.

Al regresar a Homs nos internamos en el desierto, por un camino que al principio es algo peligroso por las muchas hondonadas que tiene, pero que después corre sin accidentes por aquel espacio reverberante, en donde experimenté el fenómeno del espejismo. Por un momento vi una ciudad opulenta, con sus domos y alminares finamente coloreados de oro, que se destacaba en el horizonte y que así como apareció ante mis ojos se desvaneció como una visión mágica y quedó sólo el calcinado campo infinito.

Después de tres horas de viaje, cerca del mediodía, llegamos a Palmira, conocida antiguamente con el nombre armenio de Tadmor. Entramos por el Valle de las Tumbas y nos encaminamos al hotel Zenobia, donde nos detuvimos a tomar un refresco y esperar que pasaran las horas más ardorosas. Por la tarde recorrimos la vía principal, visitamos el palacio, el arco monumental, las columnatas, el anfiteatro y el templo de Bel construido de caliza rosada que en el crepúsculo toma una fulgurante coloración. Vimos la Casa de la Eternidad, donde reposa la reina Zenobia y contemplamos los monumentos griegos y romanos.

Al anochecer continuamos en automóvil por el desierto guiándonos únicamente por los postes telefónicos que siguen el oleoducto hasta llegar al campamento y estación de bombeo donde nos alojamos, recibiendo la grata impresión de su esmerada limpieza, tanto en el comedor como en las habitaciones, lo que nos hizo pensar en el habitual confort británico.

Desde Palmira, mi mujer y mi hija volaron en avión a Damasco y yo regresé en automóvil al puerto de Latakia, y luego por la costa a Beirut.

Por mucho que me apasionaran estas excursiones me alegraba volver a mi balcón mediterráneo. Mi vida beirutí estaba arreglada casi de acuerdo con mis más íntimos deseos, no obstante las presiones sociales, que a veces por su continuidad se hacían irritantes, pues había que concurrir a almuerzos, cocteles y cenas, cambiar de indumentaria e ir de un lado para otro. Este zarandeo me fatigaba un poco. En las embajadas, hoteles, casinos, clubes y restaurantes reinaba siempre incesante actividad. La gente se arremolinaba en los salones, se saludaba, se adulaba; se hablaba de todo en diferentes lenguas, sin calar en nada, pues apenas iniciada una conversación se interrumpía en un ambiente saturado de confusos rumores. Sin embargo, yo conseguía reservarme algún tiempo para mí mismo, que consagraba a escribir, leer u otras satisfacciones intelectuales.

Por las noches, solo o con mi mujer, me paseaba por el malecón y miraba el brillo de las olas entre las rocas. En los plenilunios la bahía tenía una placidez y un encanto que embelesaban y ponían en el espíritu un afán de infinita contemplación.

Fuera de mi vida en los círculos diplomáticos no podía dejar de observar el funcionamiento de las instituciones. Creo que en ningún país existen tantas religiones como en el Líbano no porque éstas tengan significación espiritual, sino interés político, social y económico, lo cual reper-

cute en las costumbres y modela las formas de existencia. Para mencionar sólo unas cuantas particularidades, diré que el presidente de la república debe ser un maronita, y el primer ministro un musulmán. En la composición del ministerio o de otras entidades públicas las religiones se hacen sentir también. Cristianos, ortodoxos romanos, ortodoxos griegos, chiitas, drusos, etc., compiten entre sí según su número. Esta convivencia posibilita, y de hecho influye, en las costumbres y formas sociales. Desde luego, el matrimonio es una institución religiosa que el gobierno legaliza a pesar de las contradicciones. Por ejemplo, mientras el matrimonio cristiano en cualquiera de sus ramas es monógamo, el musulmán es polígamo, sin que esto constituya un delito ante la ley. Otra de las cosas que atrajeron poderosamente mi atención, sobre todo por su frecuencia, era el llamado “crimen de honor”, una bárbara costumbre que aún perdura en el Medio Oriente, cuando una de las mujeres comete una falta que a juicio de la familia mancilla su honor, el jefe de ésta, que puede ser el padre o el hermano mayor, tiene derecho a matarla; y este crimen, que el código libanés sanciona, en la práctica goza de cierta lenidad y suele quedar impune. Y en otros países árabes esta costumbre es aceptada como institución, lo que da lugar a repugnantes delitos. En una ocasión entré al Palacio de Justicia, recinto de mármol blanco y negro, de aspecto sepulcral, en compañía de un abogado amigo. Se ventilaba precisamente un crimen de honor cometido en un pueblo de la montaña. El hermano mayor de una familia y el marido de su hermana estaban acusados de la muerte que el primero, a petición del segundo, había dado a la joven esposa, por suposiciones de adulterio. Compareció también ante el tribunal el supuesto amante, que negó absolutamente toda relación con la víctima. No sé cuál sería la sentencia que recaería finalmente en el caso, pero me impresionó el desenfado con que el fratricida respondía al juez, así como la actitud indiferente con que el marido asistía al proceso.

Beirut, por encontrarse en el periplo de los viajeros que dan la vuelta al mundo, y de los que van a visitar Tierra Santa, me ofrecía la ocasión de ver llegar a muchos mexicanos, cuya conversación traíame vivos reflejos de la patria, y esto me daba la sensación de no hallarme en tan extrema lejanía. El arribo de grupos muy numerosos y en forma repentina, motivaba una rápida movilización en la embajada para organizar un festejo en que irradiaban la alegría, los bailes nacionales y la camaradería que produce el encontrarse

en tierra extraña. A veces llegaban personalidades a las que había que presentar con ministros y funcionarios, y agasajar con recepciones y cenas en mi residencia, en el Hotel Fenicia o en el Casino, desde cuya terraza, por la noche, se ve el prodigioso espectáculo de la bahía de Juniye, de olas fosforescentes y luces altas y trémulas que suben por la montaña hasta el cielo.

XIV. Misión en Pakistán

En el año de 1965 se me confió la representación en Pakistán para corresponder a una misión que dicho país envió a México, pero sin perder mi carácter de embajador en el Líbano. La posibilidad de ir a un país geográfica e históricamente interesante renovó mis impulsos de viajero, y gustoso acaté las instrucciones. Por desgracia, las órdenes de pasajes se hicieron esperar y perdí la oportunidad de la mejor estación. Fui en el mes de abril, que es ya calurosísimo en aquellas latitudes.

El avión llegó a Karachi a la una de la mañana. Acudieron a recibirme un funcionario del ministerio de Relaciones y el joven Guerra, encargado de negocios de Cuba, el cual me prestó muy útiles servicios. Después de satisfacer los indispensables requisitos me condujeron al Hotel Intercontinental, emplazado en el centro de la ciudad; está totalmente refrigerado y resulta agradable ambular por sus salones, vestíbulos y corredores mientras afuera el calor abruma implacablemente. Tiene, además, su propia planta de purificación de agua y una piscina rodeada de pérgolas que la hacen sumamente grata. Ambos colegas me sugirieron permanecer en Karachi, que cuenta con más elementos y en donde están todavía la mayor parte de las misiones, hasta que el presidente, cuya residencia se encuentra en la capital interina de Rawalpindi, me fijara fecha de audiencia. Al día siguiente acudí a la oficina que el ministerio de Relaciones conserva aún en Karachi, en uno de los edificios coloniales, para cumplir con los dictados del protocolo.

Una vez efectuada esta preliminar operación dediquéme a explorar la ciudad. Esta es bastante extensa, y lo que más destaca en ella son las construcciones de la antigua administración inglesa, distribuidas en diversos lugares. En el centro comercial transitan densas multitudes que trafican, trajinan y mendigan. La falta de sombra en calles y plazas y la reverberación intensa angustian al viajero, que rápidamente prefiere regresar a la frescura del hotel.

Como mi llegada coincidió con la visita que hizo en Pakistán el presidente de China, tuve que esperar varios días, días que no desperdicié, pues leí interesantes libros sobre la historia, la economía y la cultura del país.

Al recibir la notificación del ministerio de Asuntos Extranjeros volé en un *jet* a Rawalpindi, desde donde se avistan ya las estribaciones del Himalaya. La ciudad, con sus arboledas y jardines, y las casas acotadas por setos y vallados, me causó una impresión reconfortante, que contrastaba con la desolada aridez de Karachi. Una vez más el servicio oficial acudió a mi llegada y me condujo a un hotel rodeado de un jardín silencioso. Al día siguiente, acompañado del jefe del Protocolo, me dirigí a la mansión en que despacha el presidente, situada en medio de un magnífico parque. Sin ninguna pompa, el general Ayub Kan, presidente de la república, me recibió en su despacho, acompañado del jefe del Ceremonial. El mandatario mostróse interesado en los problemas sociales de México y me habló de lo que ellos a su vez estaban haciendo en las diversas ramas, informándome, de paso, que en la ejecución de su programa de salud pública los ayudaba con mucha eficacia un médico mexicano que habían comisionado allí las Naciones Unidas. Cumplido el encargo de mi gobierno, me despedí del presidente paquistaní, quien me dejó la impresión de un espíritu activo, sereno, con una visión liberal de juicios y propósitos.

Cerca de Rawalpindi hay un lugar atractivo por sus hermosas esculturas búdicas, con influencias griegas y otros vestigios de esa refinada cultura. No podía naturalmente dejarlo pasar y le consagré una mañana que me proporcionó estimulante distracción. Fui también a Islamabad, la nueva capital, que a semejanza de Brasilia, el gobierno ha levantado desde los cimientos. Esta ciudad planeada como centro gubernamental, comienza a tener el aliento de los organismos vivos. Cuenta con un amplio y cómodo hotel, edificios ministeriales, residencias privadas y algunas misiones diplomáticas que, adelantándose a la ocupación oficial, se han instalado, atraídas por la suavidad del clima y la belleza del emplazamiento.

No quise perder la oportunidad de ir a Lahore, seguramente la ciudad más interesante y atractiva de Pakistán. Lo primero que se nota allí es la relación del hombre con la naturaleza. Desde que uno abandona el aeropuerto camina por avenidas bellamente arboladas y parques bien trazados, entre los cuales sobresale el famosísimo de Chalimar, que data del siglo XVII y sorprende por su extraordinaria obra de irrigación. Su importante

universidad y un conjunto grandioso de palacios y pabellones de mármol de estilo árabe, mezquitas y mausoleos primorosamente labrados le dan una agradable prestancia.

El viaje a Pakistán abría la posibilidad de visitar la India, que era el sueño de mi hija desde su niñez, seguramente por influencias de la familia del doctor Rauf, embajador de la India, con cuyas hijas Mireya tuvo íntima amistad, participando incluso en sus juegos, en sus costumbres y atavíos nacionales, ya que fuimos colegas en Japón y Canadá.

Volví a Karachi, donde me reuní con mi hija, que no me había podido acompañar a Pakistán porque tenía que presentar exámenes. Si las circunstancias lo hubieran permitido, me hubiera gustado utilizar la carretera de Lahore a Nueva Delhi, que no es más que un corto tramo. Pero con motivo de la guerra entre los dos países, hubo en aquella región fronteriza sangrientos combates y una tremenda destrucción de material bélico que la obstruyó, anulándola al tránsito por algún tiempo.

Volamos a Nueva Delhi, donde nos trazamos un itinerario esencial que nos facilitara la visita. Gracias a la gentileza del coronel Agudelo, embajador de Colombia y antiguo colega en Oslo, tuvimos a nuestra disposición su automóvil, equipado con refrigeración. Visitamos así agradablemente la ciudad, que no deja de causar asombro por sus contrastes, pues posee barrios silenciosos y solemnes, de escaso tránsito, donde se encuentran los edificios gubernamentales dispuestos en dilatados espacios, con vistas a un magnífico parque que se prolonga en una hermosa perspectiva, y otros barrios tumultuosos y abigarrados, desbordantes de vida tradicional; y recintos grandiosos, como el llamado Fuerte Rojo, símbolo del espíritu de la corte Moghul con todas su magnificencias y rigores.

No podíamos dejar de ver la India de los maharajás. Antes de llegar a Agra nos detuvimos en Sikandra a contemplar el mausoleo de Akbar, magnífico edificio de estilo árabe, recubierto de azulejos y cuya esplendidez contrasta con el desamparo del lugar.

El monumento primordial de Agra, todo el mundo lo sabe, es el Taj-Mahal, memorial dedicado a Mumtaz, esposa del Shah Jahan, que lo construyó en el siglo XVII. Recorremos el jardín junto a un espejo de agua que arranca del pórtico, teniendo a la vista siempre el armonioso edificio que señorea el conjunto con su gran cúpula, sus cupulinos y sus esbeltos minaretes. Cuando lo contemplamos en la precisión de su nítida atmósfera durante el día, y

más tarde bajo la plateada magia de la luna, sentimos cierta perplejidad que nos colma de una ensoñación infinita.

De este género de memoriales hay en Agra otro muy bello, aun cuando no tan grandioso, consagrado a Itamadud-Daulah, padre de la emperatriz Nur Jahan.

Continuamos hacia Jaipur, y a unos 36 kilómetros de Agra nos encontramos con unas colinas sobre las cuales se levanta la muerta ciudad de Fatehpur Sikri, que fue abandonada por falta de agua. Toda esta ciudad monumental de pórticos, templos, arcos, tribunales, palacios, escuelas, mezquitas, minaretes, fue entregada al silencio, que sólo quebranta la irrupción de los turistas. Es impresionante la solidez de las construcciones, que se han impuesto al estrago del tiempo. Uno de los más soberbios ejemplos de la arquitectura de esta ciudad es la mezquita construida por Akbar en la segunda mitad del siglo XVI, la cual se mantiene en su íntegra firmeza.

En Jaipur nos alojamos en un palacio convertido en hotel. Después de la cena paseamos por la ciudad. Calles de amplia traza, animación en el centro, población no mal trajeada. A la mañana siguiente visitamos el palacio de gobierno y el observatorio construido en el siglo XVIII por el maharajá Sawai-Jai Singh, que fuera un notable astrónomo, según se advierte en los extraños instrumentos que hizo erigir para el estudio y las mediciones astronómicas. También atrajo nuestro interés el Hawa Mahal o Palacio de los Vientos, construido en estilo indosarracénico, con muchos pisos, balconillos y ventanas cinceladas en piedra rosa, lo cual realza su fantasía arquitectónica. En los alrededores el fuerte Amber, notable ejemplar del siglo XVII. El palacio, de pórticos y balconerías labrados, ofrece una admirable vista hacia el lago y los campos. De allí fuimos a visitar el templo de Sanganar, cuyo domo, cornisas, molduras, pilares, elefantes y otras figuras, preciosamente labradas, son de un fasto que exalta la fantasía.

A pesar de los grandes calores decidimos ir también a Benarés la ciudad sagrada del indoísmo. Cuando el pequeño avión local en el que debíamos hacer nuestro viaje comenzó a trepidar en forma extraña, interrogué al agente de la compañía sobre la seguridad del aparato, a lo que él, levantados los brazos y los ojos al cielo, me contestó con el natural fatalismo de su raza: "Sólo el Alto Poderoso lo sabe..." y después de esta invocación abordamos el avión que, dando esquinazos por el viento, nos trasladó a las orillas del Ganges.

Atravesamos la ciudad, desde el aeropuerto hasta el hotel, en medio de una infernal reverberación. Infinidad de pequeños carros, algunos motorizados, otros de pedal, como una legión de insectos, circulaban zigzagueantes por las calles, cuyo incesante trajín, aumenta una multitud de peatones de todas condiciones y atavíos.

Rodeados por callejas de mercaderes donde alternan el esplendor y la miseria surgen templos en los que entran y salen las vacas sagradas, de esquelético aspecto, que limpian las calles de basura comiendo todo lo que encuentran y sembrándolas de estiércol que la gente utiliza como combustible.

Cerca de las mansiones de los maharajás, que dominan la vista del río, cruzamos una plaza en donde filas de mendigos, casi desnudos, enjutos, exhiben sus llagas, muñones y deformidades, sin que falten los leprosos que imploran insistentemente la caridad. Es un espectáculo repugnante y lastimoso, al que extrañamente se mezclan otras gentes del pueblo que ejercen sus oficios y ofrecen sus mercaderías con ciega indiferencia. Con dificultad nos abrimos paso, y trabajo nos cuesta rechazar a guías y vendedores que nos ofrecen amuletos cuya virtud deriva de haber pertenecido a leprosos, o recuerdos miserables sin ningún valor artístico. Logramos tomar una lancha con un boga y alejarnos de la orilla, donde la gente se baña y hace inmersiones. En una pequeña explanada hay unas piras en las que se incineran cadáveres que son transportados sin caja en un triciclo, sin ceremonia alguna. Se consumen, crepitantes, y de pronto se escucha una detonación: es el cráneo que estalla. Las cenizas se arrojan al Ganges y la vida continúa inalterable, muelle en los palacios de los maharajás y dura y fatigosa en la ciudad bullente.

Las aguas del Ganges corren silenciosamente. La voluntad de los dioses no modifica la condición de los hombres. En la inmensidad secular de aquella miseria, la conciencia aporta un reflejo de su fuerza fulgurante y sentimos lo terriblemente circunscrito de la condición humana.

Dejamos Benarés para regresar a Delhi y bajar luego a Bombay, camino de la ruta internacional. Hotel con vista al puerto. Vimos la animada ciudad, el museo, compramos algunas telas e hicimos una excursión a la isla de Elefanta, a unas dos horas en lancha de motor, para admirar las famosas grutas excavadas y cinceladas en la roca con magníficas esculturas.

En los momentos de partir, muy temprano, nos sorprendió ver en plazas y avenidas, durmiendo a la intemperie, miles de personas: gente que

nace, vive y muere en la calle, sin llegar a tener nunca un refugio hogareño. Como en todas las ciudades de la India el problema de la subalimentación y la aglomeración es patente; no es posible librarse de un sentimiento de conmiseración que nos acompaña, asociado a otro de admiración de su arte prodigioso.

Es comprometedor hablar de la India por su extensión, complejidad lingüística y riqueza de expresión cultural. En el noreste se hace sentir el acento del Tíbet y en Cachemira la influencia turca. En la llanura que riegan el Indo y el Ganges se manifiesta la influencia afgana derivada de Persia y Arabia. El norte está poblado por descendencia indoeuropea, en tanto que en el sur dominan los dravídicos, que habitaron primitivamente todo el subcontinente. Los imperios se han sucedido a través de los siglos, las religiones sumamente variadas, directamente o por conversiones se proyectaron a zonas lejanas como Ceilán, Bali y Birmania. La India fue un centro de irradiación del budismo, al mismo tiempo que del indoismo. El mapa lingüístico aunque elementalmente dividido en dos grupos, uno que corresponde a las lenguas que nacieron del sánscrito y otro propio de los dravídicos, se subdivide en una infinidad de lenguas y dialectos. Asimismo, el sistema de castas que tanto ha pesado sobre la India, asume una enorme complejidad política y socioeconómica, en la que los arios se colocaron en los niveles más altos, y de ahí ese laberinto que desconcierta al viajero. Por lo tanto prefiero pensar en la India como un poema de misterio, de contraste de sombras por el que pasa el amor, el deseo, la vida, el tiempo, la muerte. Los relieves en la roca, las pagodas, las mezquitas bajo los rumores del viento, tienen el estremecimiento de las catedrales del medievo. Pero ya antes las cuevas sagradas en sus esculturas, como teoremas pétreos, revelaban los héroes del Ramayana entre símbolos, teorías de animales, ocultos en selvas milenarias y la belleza de una desnuda humanidad, mientras Shiva, el destructor, bailaba su danza eterna en el corazón de los hombres.

Mientras volábamos sobre el Irán rumbo a Beirut me acordé que había recorrido una parte de su territorio, y el goce que me había producido la excursión por el mar Caspio, la visita a Isfahán, la más bella de las ciudades persas, y las ruinas de Persépolis, desde cuya grandiosa terraza se dominan las llanuras por donde llegaron las tropas de Alejandro a convertir en escombros la ciudad esplendorosa de Darío.

XV. Estallidos

Al hacerme nuevamente cargo del despacho de la embajada volví a fijar mi atención en las cuestiones del Medio Oriente, que ofrecen tan diversos ángulos y complicados planteamientos. Dedicué a este asunto el tiempo necesario. Concurrí a las conferencias que sobre el problema se dieron en la Universidad Americana de Beirut y estudié sus datos históricos, económicos y sociales, examinando toda suerte de alegatos. El problema que plantea la presencia de Israel dentro del mundo árabe cada día parece más difícil, a pesar de que la posición israelita, en la actualidad, por la fuerza de las armas y la protección de algunas grandes potencias, se diría más desafortunada. En las reuniones de ambiente diplomático este era uno de los tópicos que más se debatían, junto con la guerra de Vietnam. Ambos problemas pesaban con disgusto en aquellas horas en que la vida parecía deslizarse paradisiacamente. Árabes y judíos se atacaban en las fronteras, organizaban incursiones punitivas y crueles represalias. Recuerdo que un día, al llegar a Damasco, me encontré en el centro de la ciudad dos ahorcados que pendían siniestramente. Eran dos sirios que habían sido acusados de connivencia con el enemigo. Otras veces resultaba peligroso acercarse a la frontera, donde había latente, siempre, un gran recelo que solía transformarse en estallido bélico, aunque no faltaban días de ilusoria calma en que los ánimos parecían serenarse.

Durante los cuatro primeros años de nuestra estancia en Beirut, no se sentía angustia, aun cuando oficialmente el Líbano estaba en estado de guerra, pero esta guerra parecía lejana y simbólica, a pesar de las incursiones fronterizas. La gente, alegre, despreocupada, no pensaba más que en prosperar. Sin embargo, como un peligroso cáncer estaban allí los campos de refugiados palestinos míseros, insalubres, que parecían instalados para clamar venganza. Los palestinos no se incorporaron a la población libanesa, vivían de la donación de la ONU. Tampoco se les permitía trabajar. Sus barracas,

situadas en hondonadas más bajas que la ciudad, se inundaban durante las lluvias. ¿Pero qué podía hacer Líbano? No era posible para un país tan chico aceptar la integración de tantos refugiados. La generación que pasó su vida en tales condiciones se sentía llena de odio. Odio hacia el israelí que les había echado de sus tierras. Odio al inglés culpable de favorecer la creación del Estado de Israel. Odio disimulado, pero odio de todos modos, hacia el libanés, que no les había acogido como hermanos con quienes se comparte el pan, sino como extranjeros que traen problemas y a quienes ya es mucho que se les tolere. Odio hacia todo el mundo que había permitido semejante injusticia. Clamaban por una pronta revancha, en tanto que la pugna árabe-judía se iba agudizando. La serie de agresiones verbales y de hecho que mantenían tensas las pasiones, acabó por reanimar el fuego de la guerra. Teatralmente, Nasser gritaba y amenazaba, haciendo vibrar de esperanzas confusas y angustiosas al pueblo palestino y a todos los pueblos árabes. Pero los judíos, más disciplinados, cautos, astutos y mejor pertrechados, en un sorpresivo ataque liquidaron la aviación egipcia en tierra, sin que un solo avión se hubiese levantado. El empuje israelí conquistó rápidamente la península del Sinaí, ocupó prestamente Jerusalén, ocasionando graves pérdidas a Jordania, e invadió parte del territorio sirio. Ante tan considerable derrota, el presidente Nasser presentó su renuncia (que no le fue aceptada) a la Cámara de Diputados. Con espectacular dramatismo, en la televisión, acusó acerbamente a los Estados Unidos e Inglaterra de su fracaso. Desgarrado, abrumado como mártir, infortunado por la desdicha, logró con su plañido patético la solidaridad y el apoyo del mundo islámico, que vio en el desastre una maniobra imperialista contra la única persona que podía salvarlos, su profeta Nasser. Con este motivo, se organizaron en todas partes manifestaciones de apoyo en su favor. En Beirut, representantes de los partidos políticos salieron a proclamarle su adhesión. Esta manifestación desfiló en completo orden, pero después una muchedumbre de arrapiezos (lo que nunca se ve en Líbano) se puso en marcha bajo el mando de unos cuantos instigadores que los habían reunido para ir a felicitar al embajador de Egipto, por la reafirmación de Nasser como presidente, y protestar ante las embajadas de los dos países señalados por él como causantes de la derrota. Cuando esta chusma traspasó las rejas de la embajada egipcia, cometió algunas tropelías. Tuvieron los botineros que explicarles que allí no se iba a hacer destrozos, sino a festejar, lo que no impidió que se llevaran ceniceros, floreros y otros objetos de adorno.

Emprendieron la marcha bajando por Raz-Beirut hacia las embajadas de los Estados Unidos y Gran Bretaña, que estaban a un paso de nuestra misión y, en el camino, sacaron dos postes de teléfono que cargaron a guisa de arietes. Cuando llegaron a sus objetivos y vieron los imponentes tanques y una doble fila de soldados que les cerraban el paso, preguntaron por qué se les impedía atacar a las misiones anglosajonas. —Tenemos órdenes de protegerlas —replicaron los militares—. Malhumorados, los asaltantes quisieron asegurarse la impunidad si atacaban a las otras dos embajadas (México y Dinamarca) que tenían a la vista. La sandia respuesta del oficial de que “para éstas carecía de órdenes”, determinó nuestra desgracia y sin más se arrojaron furiosamente contra nuestro edificio. Comenzaron por romper los cristales de la planta baja, arrancar los teléfonos de la portería, destruir los espejos y destrozaron e incendiar los automóviles aparcados en la calle, entre ellos mi automóvil particular y el del embajador de Dinamarca. Al ver las proporciones que iba tomando la depredación hablé al Ministerio de Negocios Extranjeros, con el secretario general, a quien informé lo que ocurría y solicité que con urgencia mandara una patrulla de auxilio, lo que me ofreció hacer inmediatamente. Mientras yo telefoneaba, la ofensiva continuaba rabiosamente. Con el ariete derribaron las rejas del edificio. El ruido de cristales rotos era cada vez más estruendoso y las piedras llovían en nuestro salón y en el comedor, destruyendo los ventanales y algunos muebles, con el peligro de herirnos, lo que nos obligó a refugiarnos en el pasillo interior del departamento. Las vociferaciones de la calle hacían coro a las invocaciones de Alá que clamaba la sirvienta de rodillas y los brazos al cielo. Ya entonces grupos de los más audaces habían penetrado en el edificio y trataban de forzar la cerradura y derribar la puerta de mi departamento, que resistió gracias a su solidez, a un pasador auxiliar y a un pesado mueble que arrimamos. Justamente cuando esto acontecía, llegó la patrulla con instrucciones expresas de darnos garantías, las que podían haber sido impartidas desde el principio, pues todo lo que relato ocurrió en presencia del destacamento que cuidaba las embajadas de Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los oficiales alegaron después, con inverosímil estupidez, que ellos sólo habían recibido instrucciones de proteger a las embajadas antedichas.

Felizmente, el socorro llegó antes de que nuestra puerta cediera y que hubiéramos sido asesinados por aquella horda de salvajes que buscaban saciar su ciego aborrecimiento. La turba se dispersó corriendo en todas direc-

ciones. Cuando pude bajar, contemplé el espectáculo de una depredación frenética, y mi automóvil totalmente destrozado. Parecía increíble todo lo ocurrido. Tanto el interior del edificio como las aceras estaban cubiertas de vidrios rotos y había huellas de incendio.

Tan pronto como regresó el chofer con el coche oficial, que felizmente se encontraba en servicio fuera del lugar de los acontecimientos, me dirigí a mis oficinas para redactar un cable cifrado dando cuenta a Relaciones de lo ocurrido, y una nota de protesta ante el gobierno libanés, reclamándole por el atropello padecido y exigiéndole garantías para nuestras vidas y bienes, pues en la agitación que se había creado no estábamos seguros de que no se repitiera el ataque. El señor Banax, antiguo diplomático y jefe de los Servicios de Seguridad, vino a visitarme más tarde para expresarme sus sentimientos pesados y presentarme las excusas de rigor, a las que se agregaron después las del ministro de Relaciones. En los momentos en que conversaba con el señor Banax bajó el embajador de Dinamarca para reclamar a mi visitante por los acontecimientos de la mañana, pues las piedras habían alcanzado a su departamento y su automóvil había sido dañado. Esto no dejó de causarme extrañeza, pues el colega ni siquiera me había hecho la visita obligatoria, a pesar de nuestra muy próxima vecindad, el tiempo transcurrido desde su presentación de credenciales y el hecho de haber sido anteriormente diplomático en México. Esta reclamación me resultaba irritante, tanto por ser hecha dentro de mi casa cuanto por la acritud del tono, máxime cuando el señor Banax mostraba un sincero pesar por la injusta agresión. Por mi parte, entendí que en aquella hora, y dadas las circunstancias, las reacciones nacionalistas en el ánimo de gente incivil podían producir esas oleadas de furia no achacables al gobierno ni a la sociedad libanesa, y acepté las excusas, cargando el desmán a la violencia de la guerra.

En descargo a mi colega debo decir que su enojo se acrecentaba por el hecho de que el mismo día los archivos y los muebles del consulado de su país en Trípoli habían sido sacados a la calle y quemados.

Inmediatamente que la noticia del ataque de que habíamos sido víctimas se difundió, algunas personalidades, amigos y diplomáticos vinieron a visitarnos para manifestar su pesar por lo ocurrido, y con el deseo de borrar la deplorable impresión y alentarnos con su simpatía y amistad.

En Beirut, desde las primeras hostilidades, se apagó el alumbrado de las calles. Las fiestas se suspendieron, recomendando austeridad. La ciudad, de

por sí ruidosa, quedó sepultada en un siniestro silencio. Desde mi terraza oía yo el rumor del oleaje contra las rocas, que fosforecían suavemente en la noche. Pasaron días de expectación, sin que hubiera ninguna acción en la frontera del sur, pero no sin el temor de un ataque de los israelitas, pues aunque no había amago de parte del Líbano, su forzosa solidaridad con los otros países árabes, la presencia de palestinos en su territorio y la vigilancia de las tropas en la línea divisoria lo llevaría a hostilidades sangrientas. Sin embargo, el libanés se siente fenicio y desea a todo costo permanecer neutral. Ve el peligro y trata de evadirlo, porque es un pueblo vivo, trabajador y amigable, a pesar de ser vengativo. Su ideal: vivir bien, con lujo y en paz; pero en defensa de este nivel de bienestar para sus hijos llegaría a sacrificios extremos.

Un decir exultante que viene de la Biblia considera que el Líbano es la tierra del hidromiel, la tierra favorecida por Dios, la que siempre será bendecida y jamás perecerá. Ojalá que así sea, pues tengo viva simpatía por su gente y añoro sus deliciosos sitios, su suave cielo, su azul Mediterráneo.

XVI. Adiós a la diplomacia

Vivir en Beirut era muy agradable. Pero después de treinta y tres años de vida errante, deseaba volver a México y ver a mi hija asentarse en su tierra, de modo que, inmediatamente que se graduó de geógrafa en la Universidad Americana, presenté mi dimisión, mientras ella se iba a tomar un curso de filología hispánica en la Universidad de Salamanca.

El verano de 1967 dejamos el Líbano. La víspera de nuestra partida, muchos amigos y colegas pasaron el último día con nosotros y hasta gran parte de la noche, pues sabían que no podrían despedirnos en el aeropuerto de Kalder, sujeto a restricciones militares y medidas de emergencia. Como no se permitía la entrada a los particulares, llegamos sin acompañantes y abordamos el avión de la Sabena sin avistar los adioses de la amistad.

Como la mañana estaba muy transparente, poco tiempo después de levantar vuelo comenzamos a avistar las islas griegas que tantas veces me había prometido visitar, sin lograrlo íntegramente, pues sólo alcancé a estar en algunas de ellas. El vuelo en esta tranquilidad mediterránea, me daba una sensación de alegría y de plenitud victoriosa. Emprendía de una manera feliz este viaje en que descansaría de fatigas y preocupaciones. Me sentía liberado de obligaciones y esta circunstancia me producía un cierto bienestar. Dejaba vagar la vista por aquel mar azul de un esplendor luminoso en que de vez en cuando aparecían las islas de la mitología, y apenas había tenido tiempo de saborear esta felicidad, cuando ya estábamos cerca de la costa de Grecia y alcanzábamos a ver por un ala los mármoles del Partenón, para descender a la pista de aterrizaje. Brevemente estuvimos en el aeropuerto de Atenas y luego, en otra etapa, llegamos a Viena, únicamente para que descendieran algunos pasajeros, mientras nosotros continuábamos hasta Bruselas, que nos recibió, cosa rara, con un tiempo benévolo.

Fuimos a instalarnos a un hotel de la Plaza Roger, que preferimos por su comodidad y situación, pues nos permitía desplazarnos fácilmente en

todas direcciones e ir, inclusive a pie, a los teatros. Por la tarde regresamos al aeropuerto para recibir a nuestra hija, que volvía de la Universidad de Salamanca, y de allí nos fuimos a la casa de mi suegra, que no había cambiado nada desde nuestro último viaje. Uno de mis primeros cuidados fue hablar por teléfono a casa de los Vandercammen para informarme sobre el estado de salud de mi amigo y me regocijé al saber que se encontraba completamente recuperado del peligroso ataque que había sufrido dos años antes. Después de anunciarles nuestra visita nos dirigimos a Uccle, el hermoso barrio en que viven desde hace años.

Pasamos por la glorieta de El Globo, así denominada por un café que es centro de reunión de los vecinos de ese distrito. Reconocí los jardines del Diegweeg y descendimos la calle de Papenkasteel, bordeada de pequeñas villas floridas, todas frescamente pintadas. Al fondo, un bosque con un pabellón de caza. Mientras llamábamos en la casa de los Vandercammen, sentimos el encanto del lugar. En la acera opuesta hay un solar de densa vegetación con una hilera de rectos álamos. Todo el lugar parece envuelto en una paz soñadora. Una sincera emoción nos embarga al abrazar a nuestros fraternales amigos. Observo, con satisfacción, que Edmundo se halla totalmente recuperado e intacta su brillante inteligencia. Pasamos al interior de la vivienda y nos acomodamos en la veranda posterior que mira al jardín, donde conversamos largo tiempo. Insisto con él en que el sol de México le ayudaría a curarse del deformante reumatismo que soporta con estoica energía. Inquiero por los amigos comunes y escritores que formaron parte de nuestro círculo en la época en que yo viví en Bélgica. Evoco al padre de Ana que, a pesar de sus años, mantenía aquel rostro de juvenil sonrisa, dedicado con verdadero amor al cultivo de sus flores; inquiero por la madre que con tanta inteligencia y gallardía llevaba los quehaceres de la casa. El uno había muerto no hacía mucho tiempo y la otra sufría las dolencias de la senectud. Me pareció que flotaba sobre nosotros una indefinible tristeza, a pesar del gozo de nuestro encuentro, y de las circunstancias que evidentemente favorecían tal estado de ánimo. Qué lejos estábamos todos de aquellos días en que mi madre vivía aún y junto con mi hermana Adela íbamos a visitar a los Vandercammen en su primera casa, más allá de la barrera en Calvout, cerca de unas quintas donde los paseantes iban a saborear el pan recién horneado y la leche cremosa. Al igual que en otros días, se tendió el blanco mantel, y ya no la madre, sino la propia Ana nos sirvió la merienda.

El sol de la tarde penetraba suavemente por los cristales hasta la mesa en torno de la cual tantas veces nos habíamos reunido, y sentí, al contemplar este cuadro familiar, como una revelación de que se iniciaba también el crepúsculo de nuestra vida.

Una mañana, casi al salir del hotel, mientras caminaba por el bulevar Adolfo Max, me encontré con Pierre-Louis Flouquet, nos saludamos efusivamente y nos instalamos en la terraza de un café a darnos noticias mutuas de nuestras preocupaciones y fervores literarios. Flouquet, que había sufrido un infarto hacía un par de años, del cual logró restablecerse, mantenía su aire risueño, pero debía conservar cierta preocupación, por su parquedad para compartir la alegría del vino. Ya había entregado la dirección del *Journal des Poètes* a un comité de escritores más jóvenes. Estaba algo triste sintiendo como si lo hubieran postergado. Yo lo conforté y estimulé para que publicara su obra poética, pero en el fondo me daba cuenta de lo que pasaba en su espíritu y de que, para él, también el tiempo había transcurrido, con lo que esto trae aparejado el inevitable desencanto.

Hoy, desaparecido mi amigo, recuerdo su fina inteligencia, su fervor por la poesía y esa pasión con que supo alentarla durante tantos años. Gracias a sus extraordinarias cualidades de animador, Bélgica, en su famoso Festival de la Poesía de Knokke, continúa congregando, bienalmente, las más altas personalidades de la lírica moderna. Adiós, querido amigo, recuerdo tu amistad como un don precioso.

En el curso de aquellos días, me encontré o le llamé a su casa, no lo recuerdo bien, al novelista y poeta Albert Ayguesparse, con quien me unía un firme afecto iniciado desde mi primera estancia en Bruselas. Muy agradable tarde pasamos juntos recorriendo las tiendas de antigüedades y librerías de lance cercanas al Sablón. Recuerdo que entramos también a las Galenas Anspach, donde recogió, en la sección de librería, la *Antología poética* que le editó Seghers, en la colección *Poètes d'aujourd'hui*, la que me entregó avalorada con una expresiva dedicatoria. Estuvimos un rato en uno de los cafés de la Gran Plaza conversando sobre temas intelectuales y hechos de nuestro tiempo, y luego cenamos en uno de los muy animados restaurantes que se suceden en las calles vecinas llenas de paseantes. Nos sentamos en un rincón, lejos del calor de los asadores y frituras, donde continuamos un diálogo cerrado. Ayguesparse es un hombre sincero, de pensamiento claro y afectuosas actitudes, de gran comprensión y viveza intelectual. Por eso

está contra la confusión de los órdenes de creación, su novela enraiza en el realismo y su poesía en la magia de la imaginación. Nos separamos, con un fuerte apretón de manos y la promesa de volvernos a reunir.

No tardamos, efectivamente, en encontrarnos en casa de los Vander-cammen, en una reunión preparada para despedirnos. Se encontraban ahí, junto con los anfitriones, Pierre-Louis Flouquet, Pierre Borgeau, actual director del *Journal des Poètes*, René Meurant con su esposa, Ayguesparse con la suya, el hispanista Fernando Verhesen y su señora; todos ellos de cualidades eminentes. La dispersión que produce el verano me privó de encontrarme con otros amigos que han sido siempre puntuales a las citas que a través del tiempo nos hemos dado con afectuosa constancia. Los miraba no sin cierto asombro. Algunos conservaban sus peculiares rasgos de carácter, empero los años habían hecho su obra, y aquellos rostros que mantenían su expresión, habían perdido la frescura juvenil. No podía dejar de pensar en los semblantes que yo había descubierto en mi primera visita a Bélgica, con la copia borrosa que el tiempo me devolvía. La conversación era animada, nos reíamos de alguna ocurrencia, nos sentíamos alegres de encontrarnos juntos y, sin embargo, alguna cuerda recóndita disonaba en el risueño concierto. Al recordar a algunos amigos desaparecidos aquella disonancia se hizo más honda, pues ese recuerdo formaba parte de nuestra propia agonía. Con esta nota nostálgica nos despedimos, a sabiendas de lo difícil que sería volvernos a encontrar y gozar de las bellas horas que nos dio la amistad y que en nuestra juventud nos parecían inextinguibles.

A iniciativa de mi hija, salimos hacia Coblenza para seguir desde ahí el curso del Rhin, que tiene, además de su importancia geográfica, el lado histórico-romántico, por el florecimiento artístico que siempre ha mantenido en sus márgenes y cuyo encuentro es un verdadero regocijo. De Coblenza, siguiendo la ribera, que es muy pintoresca, por los castillos que descuellan en las alturas, nos dirigimos a Maguncia, primera etapa de esta excursión.

Todas las ciudades de la orilla del río tienen algo que las hace agradables. Maguncia posee un centro de actividades muy vivo, cerca de la vieja catedral, mas saliendo de ahí las calles tórnanse tranquilas, especialmente las que siguen paralelamente la ribera, donde hay algunos palacios majestuosos, rodeados de prados y arboledas, que contribuyen a la plácida impresión. Cenamos en el restaurante del hotel (vista al río) con el más delicioso vino que pudiera paladearse en la región y, luego, nos fuimos a un circo,

seguramente el mejor que hayamos visto en nuestra vida, por lo completo del programa, la rapidez de las mutaciones, la audacia y precisión de sus acróbatas y la espectacularidad en los números de los domadores.

Desde Maguncia hicimos una visita a Francfort del Main, donde yo había estado varias veces antes de la guerra, pero que mi hija deseaba conocer. No era esta la ciudad que yo recordaba. En medio de un gran trajín comercial donde se levantan los almacenes, despachos y restaurantes, se llevaban a cabo importantes trabajos urbanísticos; felizmente se conservaba casi intacto el conjunto que le da carácter y cuyas plazas y callejas medievales recorrimos morosamente. También visitamos las estancias y el jardín de la casa de Goethe, con la satisfacción que produce el acercamiento a la vida de un gran hombre.

Dejamos el Main para seguir a Heidelberg, que surge imprevista y luminosa, con su alta crestería en la montaña y sus edificios de fama secular. A diferencia de Maguncia, donde nos tocó un hotel nuevo, nos instalamos en un añejo hotel de la época kaiserina de chafados terciopelos, pero de cierta prestancia, muy agradable por su silencio y la belleza de sus jardines interiores. Desgraciadamente mi mujer se puso enferma, lo que estropeó parte de nuestro programa. Asistimos, sin embargo, a un concierto en una capilla e hicimos una excursión por el río que en aquel tramo es sumamente hermoso.

Uno de los más modernos trenes de Europa es, indudablemente, el que une a Alemania con Suiza. El camino es delicioso. Paramos unos momentos en Berna y Lausanne. Al llegar a Ginebra teníamos resuelto el problema de alojamiento en el Hotel du Rhône. Aquí tampoco tuvimos mucha suerte, porque nuestra hija se enfermó y hubo de permanecer ocho días reclusa.

Treinta años atrás había estado yo en Ginebra. Me pareció ahora mucho más animada. Es verdad que el espléndido verano le daba un brillo muy especial por el tránsito de turistas, en su mayoría italianos. Algunas tardes me sentaba a la orilla del lago o frente al torrente que corre cerca del hotel. La contemplación de aquella corriente inundada de luz me sumergía en un recogimiento sentimental, pero sin poder realmente concentrarme en nada, por toda la diversidad de sensaciones que me asaltaban y el ruido y las imágenes del bulevar.

Tan pronto como se recuperó Mireya y el médico autorizó el viaje, salimos a bordo del expreso de París.

Por hábito de los últimos años fuimos a alojarnos al Hotel Cayre en el bulevar Raspail. La brevedad de nuestra estancia sólo nos permitió volver a ver unos cuantos sitios y hacer algunas visitas. Por última vez fuimos al Jeu de Paume en busca de los impresionistas y luego a la Orangerie, que acogía una exposición de maestros de las escuelas fauvista y cubista, de las colecciones privadas de Suiza, que por esta circunstancia excepcional, pudimos ver reunidas. Conversé por teléfono con Miguel Ángel Asturias, muy pronto consagrado por el premio Nobel; fui a saludar brevemente a Jean Cassou, que se disponía a salir de vacaciones, y comí con Matilde Pomés, mi admirada amiga, a quien debo agradecerle la fina traducción de algunos de mis poemas.

Mientras mi mujer y mi hija volvían con sus familiares en Bruselas, yo fui un fin de semana a la casa de campo de la familia Thierry, cuya hija e hijo político, el profesor Ruiz-Ramón, mis amigos desde Oslo, me habían invitado hacía tiempo. La casa se encuentra en el pueblecito de Gandelu (Aisne) formado por una sola calle empedrada por la que se va a la vieja iglesia situada en el extremo, al flanco de una pequeña colina. El encanto principal son los huertos y jardines que colindan con campos esmeradamente cultivados. No lejos de ahí, en medio de esta paz aldeana, se levanta un memorial que recuerda a los hombres que cayeron en los sangrientos combates de la primera Guerra Mundial librados en esa región. Al par que admirábamos Ruiz-Ramón y yo la belleza del suelo de Francia, logrado en siglos de civilización, no dejaba de impresionarnos, patéticamente, aquel monumento que recordaba la barbarie humana. La misma tarde en que hicimos esta excursión, fuimos también a Chateau-Thierry a la orilla del Marne, célebre por los acontecimientos históricos que van unidos al nombre de la ciudad y del río.

Conviviendo en el seno de esta familia francesa, pude apreciar sus gustos y cortesía. Repartíamos el tiempo en paseos a pie o en automóvil por los alrededores, o en alegres pláticas en el huerto, donde solíamos tomar el aperitivo. La comida era siempre animadísima y el señor Thierry contribuía, más que ninguno, a darle refinamiento. Él mismo bajaba a la cava para escoger los vinos que había adquirido en sus recorridos por el país con suma perspicacia de catador, y que armonizaban con los deliciosos platillos sabiamente confeccionados por la señora de la casa. Por la noche, se superaba el convite con la champaña, también objeto de las búsquedas del señor Thierry, la cual nos infundía un radiante humor.

Días después, unido nuevamente a mi mujer e hija, hicimos una excursión por el valle del Loira. Parece increíble que habiendo vivido y estado tantas veces en París nunca hubiera visitado esta comarca, que es la más representativa del Renacimiento francés. Salimos en un ómnibus que se detuvo un rato en Orleans y seguimos hasta Chambord. Íbamos a recorrer aquella región “de gracia apacible, de moderación y de dulzura”, el jardín de Francia, de los maravillosos viñedos, de las cosechas prodigiosas de trigo, legumbres y frutos.

Poco tiempo después de atravesar una hermosa selva nos encontramos, súbitamente, con la visión deslumbrante del castillo de Chambord, cuya grandiosidad, riqueza y esplendor se destaca de una manera impresionante como una de las más bellas expresiones renacentistas. Ascendimos por la espléndida escalera hasta las terrazas y nos recreamos en la contemplación de los ricos decorados y la gracia de aquella arquitectura que resume la magnificencia de la época.

Siguiendo el curso del Loira, visitamos algunos de los más famosos castillos, Blois, semifeudal, semirrenacentista, en el que se conjugan la fantasía francesa y las influencias italianas; Chaumont, de sombrío aspecto, aunque esclarecido por el Renacimiento, refugio de Diana de Poitiers, al ser desposeída de Chenonceaux, por Catalina de Médicis, que lo reformó agregándole la doble galería tendida sobre el Cher; Amboise, connotado por querellas y gestas sangrientas, última morada y tumba de Leonardo da Vinci; Villandry, cuyos admirables jardines rivalizan con los de Azay-le-Rideau, encantador edificio de graciosos contornos, delicadas torrecillas y armoniosa simetría; y Langeais, excepcional por su unidad y su magnífico mobiliario, que evoca de una manera perfecta la vida señorial de aquella época, y tantas otras fortalezas, iglesias, abadías, ayuntamientos y museos saturados de historia monárquica y de arte singular.

Al recogerlos en los hostales siempre amables, con sus exquisitas comidas y sus deliciosos vinos, me sentía impregnado de la emoción del paisaje de aquellas moradas creadas por el orgullo y la pasión del arte, y de sus historias trágicas o galantes. Venían a mi memoria estrofas de los poetas, gloria de aquellas cortes, Pierre de Ronsard, Joachin du Bellay, Desportes y Malherbe, para los cuales tuve un recuerdo de gratitud y sentí como si me hablara secretamente al corazón el encanto de aquel mundo seductor:

...Vivez, si m'en croyez; n'attendez à demain:
Cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie.

Satisfecho este deseo, nos marchamos a Madrid. Como en otra ocasión, en que habíamos estado de paso, encontramos cierta inquietud en torno a la universidad. Tuvimos oportunidad de vernos con viejos amigos. Pasamos un día íntegro en el Museo del Prado. Fui a la *Revista de Occidente*, donde tenía una cita con Julián Marías. Este me presentó con el ensayista Laín Entralgo y los hijos de Ortega y Gasset, que han vuelto a publicar la influyente revista de su padre.

Un día, invitado por el editor señor Ruiz Castillo, fui a comer en el hospital de la Universidad de Alcalá de Henares. Atravesamos un campo dorado de mieses y pasamos frente a la casa que dicese por tradición de Cervantes, y luego visitamos el claustro y los salones de la famosa Universidad, fundada por el cardenal Cisneros, y nos detuvimos a leer admirativamente los nombres ilustres de aquellos que cursaron en sus aulas.

En esta ocasión no fuimos a otras ciudades de los alrededores de Madrid, con excepción de Aranjuez, cuya vega y jardines dan a los palacios delicioso ambiente.

Por tren, nos trasladamos a Barcelona y aprovechamos para volver a visitar la ciudad dominada por la animación y el estruendo constantes. Ascensión a la ciudadela de Montjuich para ver el panorama del puerto. Visita al Museo del Arte Catalán, al Pueblo Español, el Museo Principal, a la exposición de Picasso, catedral, casa consistorial, etcétera.

Una tarde nos embarcamos en el Leonardo da Vinci rumbo a Nueva York. Después de tantos viajes en avión, trenes, transbordos, excursiones y recorridos, sentíamos cierta laxitud, de manera que, al vernos instalados en nuestro camarote, experimentamos una sensación de bienestar. Durante la escala en Gibraltar nos distrajo el mercado que se hace en alta mar, previo regateo a gritos, en que se entienden a medias los baratilleros de las barcasas con los turistas de a bordo.

El paso por Lisboa, que yo no había vuelto a ver desde 1943, me despertó gratos recuerdos, pues allí nació mi hija Mireya.

Desembarcamos a buena hora e hicimos un paseo por la ciudad. Sorprendióme la cantidad de automóviles que llenaba las plazas y calles, que yo había conocido en un silencio casi provinciano. Atravesamos la Plaza del

Comercio, la del Rocío, la Avenida de la Libertad. Nos detuvimos un rato en el Jardín Botánico. Pasamos cerca de la Estrella, el barrio en que vivimos, y, luego, por los arrabales, que han crecido ordenadamente bajo los mejores auspicios. Pero sentíamos cierta desolación, como si fuéramos almas en pena que se pasean por un lugar donde no queda ya un amigo.

Regresamos al anochecer, cuando el barco se aprestaba a zarpar de nuevo, y continuamos nuestro viaje por un mar en calma. Rápidamente nos habíamos adaptado a la vida de a bordo. Después del desayuno, paseábamos un rato por los puentes y, luego, me ponía a escribir hasta el mediodía. Por la tarde hacía otro tanto, y me reservaba las noches para la vida social y la conversación. Mi mujer y mi hija habían hecho amistad con una familia española de México que regresaba de sus vacaciones en España, y cuya compañía les fue muy agradable por su viva simpatía e identificación con nuestro país.

Los días pasaron rápidos, apenas distraídos. Fugazmente avistamos una de las Azores. Desembarcamos en pleno verano en Nueva York. Esta vez me gustó menos que en otras ocasiones. Faltaban muchos de los amigos conocidos en lejanos días y en otros viajes; y aun los espectáculos me parecieron faltos de interés. Fuimos al Madison Square Garden a ver una exhibición de patinaje y una representación dramática en el Centro Lincoln. En las galerías privadas, por la época del año, había pocas cosas que atrajeran la atención. En cambio, pasamos unas horas deliciosas en el Museo Metropolitano, cuyo poder de sugestión no se agota fácilmente.

Continuamos nuestro viaje a Detroit para recoger el automóvil que habíamos adquirido desde Beirut. Ya en nuestro coche, fuimos a visitar el Instituto de Arte, decorado por Diego Rivera, y la casualidad nos llevó a los barrios destrozados por los disturbios raciales. Atravesamos el puente de Windsor para pasar la noche en un hotel y seguir al día siguiente para Toronto, en cuyos alrededores pernoctamos. Pero en vez de continuar a Ottawa, nos desviamos hacia Niágara para volver a ver las cataratas y visitar a unos amigos y compañeros de escuela de mi hija.

Al llegar a Ottawa nos encontramos con que mi hijo Manuel y su esposa habían cambiado de domicilio. Sabíamos que estaban construyendo una casa a orillas del Gatineau, pero ignorábamos con precisión el sitio, de suerte que tuvimos de esperar en un hotel hasta el día siguiente. La casa está en un paraje que nos dejó maravillados. Se levanta cerca del río, en una parte

alta, desde donde se columbra un largo tramo de su curso y la otra ribera. Los alrededores están cubiertos de pinares y arcedos e impera una tranquilidad absoluta, pues hay escasas fincas, y sus más próximos vecinos son un viejo arqueólogo zelandés y su esposa, que están un poco bajo el amparo de la joven pareja en aquella soledad. Allí pasamos dos semanas gratisimas, no tan sólo por el encanto del lugar y su placidez, sino por encontrarnos al fin todos reunidos.

No me cansaba yo de admirar el paisaje. Desde cualquier parte del salón se avista el río. A veces me sentaba a leer, pero frecuentemente levantaba la vista y me quedaba contemplando la hermosa corriente.

Para ir a Ottawa tomábamos, indistintamente, la ruta rural de Wakefield y cruzábamos el puente cerca del Parlamento o atravesábamos el Parque Nacional de Gatineau para salir por Island Park Drive.

El tiempo pasa rápidamente al lado de los seres queridos. Una tarde, después de comer, emprendimos el regreso. Mi hijo y su esposa nos acompañaron hasta las orillas de la ciudad. Allí los abrazamos fuertemente, le hice a él algunas recomendaciones y con la promesa de que los veríamos en México en sus vacaciones, nos dirigimos rumbo al San Lorenzo, que atravesamos al anochecer, para ir a descansar a Watertown. Al día siguiente nos detuvimos en Cleveland, cuyo Museo de Arte es, en verdad, extraordinario, y descendimos despacio por Ohio, atravesamos las verdes praderas de Kentucky, evitando por comodidad las ciudades; deteníamos al atardecer en algún albergue de pueblo para descansar en el silencio del campo y seguir por la mañana nuestro itinerario, en medio de una naturaleza que nos ofrecía muchas variantes, hasta que encontramos la confluencia del Ohio y del Mississippi, de borbotantes y densos caudales, que nos impresionó fuertemente, y seguimos siempre rumbo al suroeste, por Arkansas y Texas hasta alcanzar, al fin, la anhelada frontera, después de tanto peregrinar por extraña tierras.

XVII. Casi una elegía

Ya en México nos alojamos en el pequeño departamento que teníamos alquilado en el Paseo de la Reforma. De ahí nos desplazábamos fácilmente hacia el centro de la ciudad. Caminábamos con la dispersa curiosidad de los turistas por la avenida Juárez y la Alameda, comíamos en los restaurantes céntricos, regocijados de haber vuelto a México. Era grato encontrarse de vez en cuando con algún conocido y cambiar impresiones. En fin, me sentía gozoso de poder disfrutar de todo mi tiempo y me dejaba llevar por las sensaciones más halagadoras.

La ciudad a que he regresado es diferente de la ciudad de donde partí. Entonces tenía un millón quinientos mil habitantes; hoy, más de ocho millones. Con la industrialización ha fluido gente de todos los estados que aspira a salir del subdesarrollo. Esa misma industrialización le imprime un ritmo acelerado. Advierto muchos contrastes. Algunas colonias que tenían cierta unidad, como la Juárez y la Roma, han sido destrozadas, están en vías de transformación, carecen de carácter. En otros sitios, la mala muestra de estilos arquitectónicos resalta en forma irritante. La especulación mantiene baldíos terrenos en lugares prominentes, o construcciones efímeras que contribuyen al afeamiento de la ciudad. Buenas casas y hasta palacios están convertidos en vecindades. Surgen altos edificios sin plan ni concierto. Las calles se prolongan por kilómetros, sin obedecer a un urbanismo riguroso. Se van quedando barriadas de mezquina construcción como parches. Abundan los corrales de automóviles usados. Por dondequiera hay letreros en inglés con palabras híbridas que perturban el idioma.

Las multitudes lo invaden todo. Hay un cambio de sociedad. Algunas clases han mejorado con su iniciativa, pero el proletariado no ha elevado gran cosa su nivel: vive en suburbios aglomerados de improvisadas barracas. El progreso nos inunda bajo una niebla industrial que infecta y cubre

todo el valle. No hay realmente consideraciones humanas. Los atracos son frecuentes, muchas veces con sangrienta ferocidad. Ni el más prevenido se libra de la saña de los hampones.

Un año después de regresar a México, en el verano de 1968, comenzó a sentirse cierta inquietud entre los estudiantes. Una de las causas eran los costosos gastos de la Olimpiada. A esto se agregaban otras cuestiones de orden político. Un pleito de preparatorianos en el que hubo golpes y pedreas con brutal intervención de la policía, derivó hacia mayor tensión y agitación en el medio universitario. Se improvisaban mítines, vehementes oradores prorrumpían en arengas e imponentes manifestaciones recorrían la ciudad creando un clima de exaltación, una resonancia que envolvía tanto a la clase estudiantil como a grupos obreros y al público simpatizante de indefinida ideología.

La noche del 2 de octubre había asistido al teatro Sullivan junto con mi esposa, atendiendo una invitación del ex presidente Portes Gil para la centésima representación de una obra de Wilberto Cantón. Como llegamos un poco antes de la hora, fuimos a tomar café en un lugar cercano y escuchamos disparos y el incesante ulular de las sirenas de la Cruz Roja. Todo esto sonaba muy lejos y como el paso de los transeúntes y la marcha del tránsito de coches y camiones no apuntaba inquietud mayor, no podíamos figurarnos lo acaecido. Al día siguiente, un boletín de la Secretaría de Defensa informaba que en los sucesos de Tlaltelolco había habido treinta o cuarenta muertos. Pero con tantos testigos que presenciaron estos funestos hechos, nadie se dejó engañar y supimos que la suma de víctimas se había elevado a varios centenares, principalmente jóvenes. Esto había acontecido a un paso de donde yo, en ese momento, tranquilamente contemplaba una representación de vidas imaginadas por el autor, mientras que en la plaza de Tlaltelolco, gentes que existían verdaderamente y sentían el gusto de vivir, unos minutos después yacerían desangrados sobre el piso y con un gesto de horror en el rostro. Yo pensaba en los caídos en forma abstracta, para mí desconocidos, pero no podía apartar de mi imaginación la figura, sin conocerla, individualizada por la noticia, de aquella jovencita muerta al salir del cine. Y me ponía a pensar también en el padre, tal como él lo relató, buscándola entre los cientos de cadáveres transportados por las ambulancias, amontonados en hospitales y cuarteles, víctimas de la terrible jornada.

Las inquietudes de la patria y sus desasosiegos me produjeron una emoción amarga y desoladora. Muchas de las ilusiones que yo me hacía de lejos

se han desvanecido, no sé si porque idealizaba demasiado, o bien porque veo las cosas bajo distinto prisma. Cambiar la realidad no depende de la voluntad individual, ni siquiera de un conjunto apasionado y fervoroso, sino de múltiples factores cuyas fuerzas nos precipitan por cauces imprevistos. Volver es confrontar una parte de nuestra vida sobre la cual ya no tenemos influjo. Nuestro poder de acción también se ha debilitado y no alcanzamos a proyectar nuestros impulsos hacia el futuro. El recuerdo y sus motivaciones parecen constreñidos en nuestro corazón. Así el presente nos circunda de extrañeza y sentimos íntimamente la modificación con que los años nos acongojan.

No obstante que aún encuentro placer en los viajes, y desde mi llegada a México he hecho algunos dentro de la república, siempre regreso a casa con satisfacción y al contemplar este íntimo refugio, en el que conviven cosas que me agradan y los ensueños de mi vida infinitamente renovados, siento cierto deleite, aunque no le tenga tanto apego como mi mujer, que una vez dijo en la puerta del jardín que le gustaría pasar aquí el resto de sus días. Es verdad que ella siempre ha sido sedentaria. De muchacha acaso soñaba en casarse con un compatriota suyo de abrigo azul marino y bombín. Cuando iba a Ostende, Brujas o Leuwarden (capital de la Frisia) le parecía ir a remotos lugares. Mi vida, en cambio, está tejida de los caminos del mundo.

Teníamos el proyecto de construir nuestra casa en un lote que poseo en la Colonia del Valle pero la suscitación de un litigio con todos los incidentes de la picardía judicial, nos obligó a buscar una casa ya construida.

Mi casa no ofrece por fuera ningún atractivo especial. En la acera hay unas grandes jacarandas. De un muro de piedra gris sobresale el piso superior revestido de cantera. Al trasponer el zaguán se ve el jardín acotado de construcciones a las que se adhiere una vigorosa hiedra, un par de arriates con rosales, truenos, árboles frutales y un alto fresno. En la puerta principal cuelga una campana de Dinant con la divisa *Qui me tange vocem mean aud* (quien me toca me oye), juego de palabras sobre el temple de su metal y el

carácter de su pueblo, obsequio de Ana Vandercammen a mi mujer, y cuyo repique me trae ecos de las Ardenas.

Temprano, al abrir la ventana, entra el sol hasta nuestra cama. Este calor y esta radiación motivan, casi siempre una ponderación del clima de México, pues raras veces tuvimos algo semejante en otros países y lamentamos no poder decir nada igual de Bélgica, envuelta siempre en sus húmedas neblinas, a pesar de ser tan hermosa y grata por otros conceptos.

Mi esposa, que de esa tierra viene, es la que más goza de nuestro clima. Está identificada con México pero su carácter sigue siendo completamente belga, es activa y ordenada hasta lo inverosímil. Los papeles de mi escritorio, el correo o los libros a medio leer que dejo en cualquier sitio, son objeto de requisición y acomodo. Nunca está sin hacer algo y para descansar, pasa de una ocupación a otra. A mí, en cambio, me atrae la ociosidad de la imaginación y fácilmente pierdo el sentido de la tierra. Su espíritu práctico me libera así de las preocupaciones de lo cotidiano. A veces la oigo cantar, labor en mano, alguna de esas canciones francesas o *walonas* nostálgicas, evocadoras de la naturaleza en flor, del dulce cielo, de la edad de la vida, en que cada sueño acaba y en que el alma recogida termina su canto de amor, o aquélla que comienza, “*aux temps de cerises*” o la letra, recuerdo de un amor arrebatado por la muerte, con una nota de melancólica languidez. Esas tonadas y esas palabras hacen soñar en tiempos y lejanías que han pasado al misterio de las remembranzas.

En muchas cosas tenemos los mismos gustos, especialmente en pintura; no así en poesía. Antes de casarnos, ella había leído y conocía bien los clásicos franceses, algunas traducciones de Shakespeare, Walter Scott, Charlotte Brontë, etc. En su álbum de fotos intercalaba fragmentos de Lamartine, de Musset, Ronsard, de Vigny y André Chenier. Corneille era uno de sus autores preferidos; Racine también la cautivaba y recitaba largos pasajes de sus tragedias. Devoraba los libros con una velocidad extrema y releía los pasajes que la habían atraído. Dócil de carácter no leía más que lo que, en esa época, se permitía a las jovencitas. Cuando en unas vacaciones le di a leer *Le chant du monde*, de Jean Giono, la escandalizó su realismo. En cambio, la *Ilíada* y la *Odisea*, que puse en sus manos, la impresionaron al grado de que en sus sueños oía resonar sus cadencias, unidas a la visión de los dioses y héroes sobre el mar azul. Leyó el *Quijote* en francés y en español. Le revelé a Rimbaud y los simbolistas, pero a pesar de todos los libros modernos que le descubrí,

tiene exactamente los gustos de su juventud. Entre los poetas mexicanos su favorito es Amado Nervo. ¡Hasta su retrato tiene! En vano le explico que el amor de Nervo por la amada inmóvil fue una guadramaña, un fingimiento, pues la tuvo escondida diez años. Pero ella me recita “Gratia plena” con el estribillo: “Quien la vio, no la pudo ya jamás olvidar”, que franqueó a la inolvidable el reino de la poesía. Cuando lee a los nuevos poetas les reprocha su falta de musicalidad. Es verdad que desde joven sus inclinaciones fueron más vivas hacia la música. No faltaba a las *matinéés* de ópera en el Théâtre de la Monnaie, a las operetas y conciertos. Le agradaban los compositores modernos pero sigue prefiriendo a Liszt, Chopin, Grieg, Paganini y Rachmaninoff, especialmente si son interpretados por Brailowski.

Al bajar la escalera de mi despacho contemplo su retrato cuando Alva de la Canal la pintó a los treinta y seis años:

De tarde en el azul aparecida,
en galas de otro tiempo, los cabellos castaños,
con colores de Rubens el pincel de la vida
ha pintado la rosa de sus mágicos años.

En sus ojos serenos como en los claros lagos
avistamos las lindes de los países vagos;
reprimido en sus manos hay un vuelo de encajes
y en su alma el encanto de los hondos celajes.

Cuando el tiempo destruya su belleza imperante
y ya no pueda ver su sonrisa sedante,
brillará sobre el polvo de alguna galería

su minuto de gracia para la eternidad.
¡Que la pintó, dirán, la fantasía,
pero sólo yo supe que era pura verdad!

Una tarde, conversando con mi mujer, me preguntó si recordaba cuando nos conocimos, a lo que contesté afirmativamente y le referí algunos detalles.

—¿Recuerdas lo que me dijiste al invitarme a bailar?

—No, pero te veo charlando alegremente con un grupo de amigas. Cuando me acerqué a ti tenías un aire dichoso.

—Me dijiste mientras bailamos: “*Vous avez une moue délicieuse mademoiselle*”.

—Seguramente que así debió ser. Eran cosas por el estilo las que yo solía decir entonces a las muchachas.

Oh saisons! Oh châteaux!

Quelle âme est sans défauts?

En nuestro trato nunca ha privado un idioma. El español y el francés han alternado indistintamente. Muchas veces comenzamos una conversación en una lengua e insensiblemente pasamos a la otra. Procuramos mantener una expresión clara, evitando la mezcla que puede producirse en la construcción de las frases y en las palabras. De esta manera transmitimos a los hijos nuestros propios idiomas. Después ellos aprendieron otros en la escuela y los practicaron en nuestro continuo viajar.

En los días de su infancia, a mi hijo Manuel le gustaba que su madre le cantara canciones melancólicas, que por cierto desagradaban a la pequeña y en cuanto su madre comenzaba a cantar decía que eso era muy triste y se marchaba de la pieza. Al terminar la melodía regresaba, pidiendo le leyera un poemita de arte menor de Manuel de la Parra, titulado “Rosa que ríe”, de un ritmo pueril y de un fondo inocente. Estas rimas cantarinas colmaban su gusto y la petición se repetía indefinidamente. Pero mientras Manuel siguió con su afición musical, Mireya olvidó aquel poema y se orientó hacia la ciencia y los problemas ecológicos de México. Sin embargo, en ocasiones le oigo tocar discos con la elegía de Jorge Manrique a la muerte de su padre, poemas de Antonio Machado y las baladas de François Villon. Se especializó en el estudio de suelos. No obstante las trabas que la UNAM puso para revalidarle los estudios hechos en la Universidad Americana de Beirut, en cuya matrícula de honor figuró siempre, no se desanima, y me asombra su fervor por la tierra en un país donde tan pocos la quieren cultivar.

Entre mis personales alegrías tengo la de que mi hijo venga del Canadá en sus vacaciones. Su presencia me estimula, me conforta y hace que me sienta más confiado ante la vida. Motivo también de contento es la llegada de mi hermana Adela. Vive en Tuxpan. Después de la muerte de nuestra

madre es la que guarda los días luctuosos y felices. Custodia fielmente los manuscritos de mi padre. Para aminorar su soledad, mi cuñado, el doctor Andrés Villegas, que ha hecho su casa a la orilla del río, se la ha llevado a vivir junto con mi hermana Matilde. Esta es el genio alegre de la familia. Tiene para cada momento una feliz ocurrencia, una chanza dedicada a su compañera de tertulia y una ironía en las más embarazosas situaciones. Los años se suceden. Dejamos de vernos por algún tiempo, pero hay algo que nos acerca. Algo que late en nuestra sangre y une nuestros destinos.

Una de las razones que nos hizo escoger nuestra casa fue la cercanía de la de mi hermana Amalia. Después de tantos años de separación es siempre agradable saber que estamos a un paso uno del otro. La casa de mi hermana era muy alegre, pero un día el mayor de los nietos, que a todos tenía fascinados por su inteligencia y su gracia chispeante, tuvo un derrame cerebral que lo postró en cama, a consecuencia del cual falleció. Aquella mañana, mi cuñado Sergio me dio la triste noticia por teléfono. Desde sus primeras palabras sentí la desgracia. Lo fuimos a enterrar en el Panteón Jardín. Mientras dos sepultureros cavaban la fosa, yo sostenía a mi hermana Amalia, mirando el paisaje que se extiende desde la colina hasta el fondo azul del Ajusco. Bajo la fuerte radiación solar las hierbas y el color de las flores tenían un extraño esplendor. Pensé por unos instantes que yo podía quedar también en ese sitio, frente a aquel luminoso paisaje. Aunque en realidad no estaría frente a nada. ¡Qué importaría aquello! ¡Todo seguiría igual! Y bajé los ojos hacia la tierra mientras las sordas paletadas caían irrevocablemente al fondo de la fosa. El dolor invadió a todos en un silencio estremecido. La familia fue alcanzada por una sentencia inexorable que nos hizo sentir que toda la confianza en la felicidad es frágil y perecedera. Pero el tiempo pasó, se relegó aquella trágica desventura y luego vino una ola de casamientos y bautizos en la casa de los Benhumea.

Desesperanza y tristeza me producía por aquel tiempo el nublo de la vista. Al regresar de una excursión a la costa, sintiéndome con buenas reservas de

salud decidí operarme de catarata en una clínica particular. Seis días después volví a casa creyendo que todo había terminado, cuando, al contrario, principiaba uno de los periodos más angustiosos de mi vida. Poco después, y quizás por negligencia postoperatoria, se me desprendió la retina, lo que me produjo un gran dolor, una terrible desesperación. Felizmente vino de visita una paisana que había sido operada con éxito de igual padecimiento, en el Hospital 20 de Noviembre por el doctor Genaro Márquez Zavala, y me hizo tales elogios de él que decidí ponerme en sus manos. No lo pensé más y al día siguiente estaba yo en el hospital.

Después de la operación, que duró largo tiempo, pues tuvieron que ponerme un cincho de plástico para sujetar la retina, permanecí hospitalizado cerca de un mes, inmóvil y con la cara hacia arriba, siempre en la misma posición. No sabía a qué medio recurrir para sosegarme. A veces dejaba ir mi imaginación por los ámbitos más lejanos, pero pronto volvía a la obsesionante realidad.

Cuando el doctor Márquez pudo examinarme de nuevo, le dijo al médico auxiliar con cierto orgullo: “¿Recuerda, compañero, que este ojo no valía un cacahuate?”. Y se levantó del banquillo para que su colega se pusiera al aparato. Yo me sentí despedido de que se hablara con tanto desdén de uno de mis órganos más preciados, pero al mismo tiempo feliz.

Otra operación, posterior, de catarata llevada a cabo con la misma maestría, me hizo recuperar la totalidad de la visión. Después de unos días de convalecencia, me adaptaron unos cristales cuyo efecto de visualidad no podía ser más estupendo. Tras de tantas penalidades y angustias, el asomarme a la ventana, ver el jardín o contemplar un cuadro me producía un júbilo como nunca había sentido. Volví a la lectura, a los estímulos del gozo y a la creación literaria.

Con el tiempo, el mundo de la acción va dejando sitio al de la vocación. Me agrada recordar lo que viví, sentir que sigo viviendo. Recrearme en mi memoria mis emociones y confiarme al impulso de mis pensamientos. Me gusta soñar, dramatizarme. Mi espíritu es móvil y errabundo. Me lleva por luminosos espacios y me transporta a distancias insospechadas. En el descuento de los días evoco en un ensueño imágenes perdidas. Me veo caminando por las calles de ciudades remotas o en un paisaje nevado. Pienso en alguna circunstancia que me produjo goce o dolor y frecuentemente experimento la nostalgia de anhelos perseguidos en mi juventud.

Por las tardes, casi ya no salgo de casa. Alternativamente leo o escribo en mi estudio, bajo y echo un vistazo a mis pinturas o voy a la biblioteca, al fondo del jardín, para proveerme de algún ejemplar que repentinamente se me ha ocurrido leer. Recibo alguna visita familiar, a veces grupos estudiantiles de universidades mexicanas o extranjeras.

Durante la velada, sólo si hay una buena pieza de teatro o alguna película de calidad, veo la televisión, si no, como aborrezco desvelarme, me voy a acostar, hasta el día siguiente en que me saluda de nuevo la gloria del sol. Así, entre la luz y la noche, avanzo sustentado por la continuidad del tiempo.

XVIII. Veleidades de coleccionista

Mi afición a la pintura me llevó, a través de mis largos viajes, a formar una colección que comenzó con obsequios de algunos de mis amigos pintores. Después la fui aumentando con cuadros comprados en galerías, subastas o directamente en el taller de los artistas. He tenido a veces la suerte de algunos hallazgos.

En cada una de estas pinturas hay algo que me interesa y encanta. Nunca he adquirido una obra exclusivamente por el nombre del autor sino por su poder sugestivo. Muchas de ellas han sido motivo de paciente búsqueda, su posesión de verdadera alegría. En ocasiones me he decidido rápidamente, otras me han detenido alguna consideración y he estado a punto de renunciar, pero la codicia del coleccionista, frecuentemente combinada con la impresión que produce la obra, me ha inclinado a la adquisición. Horas sin fin he empleado en este género de rebuscas y vagabundeos que a veces me reprocho como pérdida de tiempo que hubiera podido consagrar a la creación literaria. Pero mi sempiterno amor a la pintura hace que encuentre atenuantes a esta disposición de espíritu.

Por momentos me detengo a contemplar alguno de estos cuadros y le brindo una particular atención, que me hace revivir la misma emoción que me atrajo hacia él.

A veces, con la imagen me viene el recuerdo de cómo llegó a mis manos. Así me pasa con la obra de un maestro holandés de fines del siglo XVIII. Representa un interior ordenado y pulido en el que dos mujeres, en el centro de la estancia, llevan a cabo una labor doméstica, mientras que por la ventana penetra suavemente la luz que baña la escena con apacible claridad. Aunque todo está admirablemente pintado con minucioso realismo hay un sentido de serena y humilde gracia. Cuando me detengo a contemplar esta tela me viene a la memoria la

circunstancia en que la adquirí. Un domingo que había salido con mi mujer para ir a un cine en el barrio de Shinbashi (Tokio) vi, poco antes de llegar, la tienda de un anticuario. Inmediatamente nos detuvimos, obedeciendo a mi manía de echar un vistazo a estas tiendecillas, y entré en ella, a pesar del reproche de mi consorte, que insistía en seguir hacia el cine. Desde la puerta descubrí, en lo alto, el cuadro, que me pareció admirable. Para cerciorarme hice que el anticuario lo descolgara, lo observé con mejor luz y confirmé la impresión primera. No cabía duda de que se trataba de un cuadro auténtico, de prodigioso encanto. Pregunté el precio y lo pagué inmediatamente, sin discutir, ante la estupefacción de mi mujer, que vio en todo esto una exacerbación de mi manía. Pero cuando me dijo que lo dejara para recogerlo a la salida del cine, le respondí: “Cuando uno encuentra un cuadro como ése no se lo deja, sino se lo lleva consigo”. Y tenía razón, pues días después, en una reunión de colegas en mi casa, la señora Walker, embajadora de Australia, me refirió que el mismo día de mi compra ella había visto el óleo, pero antes de decidirse quiso hacerlo *expertizar* por el embajador de Bélgica, perito en la materia, y regresó unas horas después. Cuando el mercader les dijo que un extranjero acababa de llevárselo, mi colega belga dijo: “Debe ser Maples Arce o el marqués D’Ajeta, porque son verdaderos tiburones de la pintura”. Viendo que estuvimos a punto de perder el lienzo, Blanca les contó cómo me lo había llevado al momento y lo que yo le había dicho. Oyendo esto el embajador de Bélgica, mientras admiraba esta escena holandesa, repitió mis palabras: “Cuando uno encuentra un cuadro como éste no se lo deja”.

No voy, por supuesto, a referir la historia de mis adquisiciones. Pero como estos cuadros me tienen compañía y rodean mi existencia de una suave irradiación, debo consagrarles algunas líneas, nombrar a los artistas más destacados, señalar algunos de sus rasgos y cualidades y decir mis preferencias.

El retrato de una niña, del muy conocido maestro catalán Pelegrín Clavé, que dirigió la Escuela de Bellas Artes a fines del siglo pasado es de excelente factura, pero lo compré por razones extra pictóricas, pues tiene algo de mi mujer en su infancia.

Como una creación de Pissarro podría pasar el paisaje de Víctor Vignon expuesto en la sala. Representa una granja con árboles y una

campesina inclinada sobre la tierra. La obra de este pequeño maestro del impresionismo es de una singular fascinación. Lo compré en Nueva York en una galería donde lo había visto varias veces. Unos meses después el marchante quería readquirirlo y me ofreció casi el doble de lo que pagué, pero yo me sentía fascinado por el cuadro y no quise desprenderme de él. “*C'est le dormant*”, le dije en la jerga de los coleccionistas, significando que un día llegaría al esplendor de los grandes maestros de su escuela. Por Théodore Duret, historiador del impresionismo, sabía yo que Vignon era amigo de Pissarro y Cezanne, con quienes solía pintar en Auvers.

Otro lienzo admirable es el balneario de Sainte Adresse, de Alfred Stevens. Data de 1883, época en que las playas atraían a los pintores. Creo que es la obra culminante de mi colección. He visto muchos cuadros de este pintor en los museos, pero nunca vi uno que lo superase ni que fuera tan impresionista. Tiene el encanto poético de estas costas nebulosas de La Mancha, de atmósfera ligeramente velada. Siempre lo contemplo con gran embeleso.

El barrio de Uccle, en Bruselas, es un barrio de pintores. Allí vivía el maestro Filiberto Cockx, cuyo taller visité en varias ocasiones. De él poseo uno de sus más bellos y significativos cuadros. Le encuentro gran semejanza con ciertas obras de Monet, pero las figuras aparecen menos acusadas, en un ángulo de la vieja Bruselas, con las torres de Santa Gudelia que apenas se insinúan en la vaguedad del cielo. El otro cuadro de Cockx (veinte años posterior), boscajes de Brabante, deja ver entre los ricos verdes del verano la leve flor de los ciruelos.

Entre los pintores que conocí de la misma promoción figura Rodolphe Strebelle, de quien tengo un paisaje de las Ardenas que me recuerda ciertos paisajistas holandeses. Como acuarelista es de un trazo limpio, certero, irremplazable, pero no tengo acuarelas suyas.

Otro pintor belga, Charles Michel, vino a México por primera vez allá por los veinte, volvió a su país, y luego regresó para quedarse definitivamente entre nosotros hasta su deceso, pasados los noventa años. De él tengo un dibujo y dos cuadros, una pradera con árboles donde está sentada su mujer, y un paisaje de Francia, *La carrière de sable*, de las cuales no quería separarse y sólo lo logré a fuerza de insistencia, y esperando tres años. Me quedó cierto remordimiento, pues me di cuenta

de que quería tener cerca aquellas obras que seguramente representaban mucho para él.

Durante mi estancia en Noruega, conseguí varios paisajes de sus pintores: de Sóren Onsager, la vista desde su estudio, con la nieve azul, algunos personajes pintados con mucha espontaneidad y un delicado tratamiento de la naturaleza, y otro, acaso más original y poético, que a mis amigos pintores les ha causado admiración por la fuerza de su trazo y el color que lo aparta de todas las escuelas. Uno de los que tengo de Heyerdahl es también muy personal, dada la vivacidad de sus rasgos y sus colores. Pero todavía más famoso que este es su antecesor Frits Thaulow, introductor del impresionismo en Escandinavia, del cual conseguí un paisaje de serena belleza. Representa una huerta de hortalizas, vista en la luz azulada de una noche de verano.

De gran encanto poético es la tela del maestro húngaro Désiré Pecsí Pilch, que tuve la suerte de conseguir, *La place de Lyon* de París, que por su ligereza, la originalidad de su técnica y su armonía, recuerda a Renoir. La adquirí de un ministro húngaro exiliado en Chile, que remató las obras de arte que tenía, para poner en marcha una fábrica de pianos.

Entre los precursores del impresionismo, aparte de Turner que influyó muy al principio, sobresalen el holandés Jonkins y el francés Boudin. En Suecia encontré una tablita de este maestro. No tiene firma, pero se reconoce su factura y el ambiente de la época. Es la playa de Trouville cuando estaba de moda, allí también encontré una pequeña tela de *La place du Tertre*, la placita de la comuna de Montmartre, es uno de los sitios que más han pintado los artistas franceses y extranjeros que han vivido en París. La vista que yo tengo está firmada por Durel. Es un cuadro estupendo. Lo encontré en Nueva York en una galería en liquidación. Estaba en el suelo, sin marco, reclinado contra la pared. Conozco bien esos trucos de *marchands*. Me acerqué con cautela y de manera indiferente, pareciendo interesarme por otro lienzo, pedí el precio; era muy caro, pero la atmósfera, el color y la ejecución coincidían con mi gusto. Es un cuadro vibrante, sutil, me quedé con él.

Un día entré a una galería de México y curioseé por sus trasfondos y desvanes. Encontré un cuadro cubierto de polvo, en el que ni siquiera se veía la fecha. Era de Jeanne Faraon, pintora francesa que exponía en París

ya por los años de 1880. A pesar del polvo, advertí la gracia con que estaba pintado. Pedí el precio, que ni acepté ni rechacé, reservando mi decisión para más tarde. Dos días después, que pasé por el establecimiento, limpio y pulido lo vi expuesto en el aparador. No era cosa ya de discutir el precio. Al contemplarlo en mi casa sentí todo su atractivo y ni siquiera guardé resentimiento por la maniobra de convertir mi despreciado hallazgo en joya de escaparate. El arte del coleccionista encierra entre otras muchas virtudes la de no dejarse dominar por la parla y sutileza del vendedor. Recuerdo que por un cuadro de Juan de M. Pacheco, soberbio documento de nuestra ciudad de hace cincuenta años, pagué sin regatear un alto precio a don Francisco González de la Fuente, olvidando las lecciones de mi colega de Tokio, el marqués D'Ajeta, embajador de Italia, quien me decía con aire de gran señor, pero con viveza lingüística popular cuando lograba una buena adquisición: "Colega, he tenido que batirme con el vendedor a cuchillo limpio..."

En una de mis búsquedas por las galerías de la Granja, encontré una playa de Santander con la caseta real, obra de José Arpa, pintor español que pasó por México cuando fue a fundar la escuela de Bellas Artes de San Antonio, Texas. El cuadro carece de esa unidad sensible de las obras maestras, pero tiene empaste y limpios colores.

Me sorprendió encontrar, una vez, en la casa de un anticuario de Estocolmo, un dibujo de A. Lebourg; había también unos desnudos de Sorne, pero entre el realismo de éste, y el impresionismo de aquél, no vacilé, preferí la amable vista de las orillas del Sena.

Un lienzo de Marie Lokke, pintora finlandesa en que dominan el ligero oleaje del mar batido de azul y el cielo espolvoreado de azul y rosa. Veleros amarillos con franjas verdes y anaranjadas, y en el ángulo unas bodegas de amarillo verdoso, donde se mueven figuras que ejecutan trabajos marinos y una vela blanca hacia el fondo. Obra vibrante de armoniosa claridad y gran encanto.

En su época de Ruán el pintor francés George Cyr estaba muy influenciado por la contaminación y sus telas aparecen sombrías, sin embargo, a través de la nebulosidad atmosférica se ve una riqueza de color; de esta época tengo dos paisajes, uno marítimo y otro industrial; pero al instalarse en Beirut, a la orilla del mar, adoptó una paleta mucho más limpia y clara, sensiblemente influido por la atmósfera

mediterránea. Durante sus viajes por aquel mar pintó a la acuarela, que dominaba con maestría las costas de aquella región. Al detenerse en Haifa pintó la vista de aquel puerto con suma elegancia y sobriedad. Las pequeñas barcas sugeridas suavemente y las ondas, al igual que los reflejos con transparentes pinceladas, la ciudad esbozada en una colina con manchas de verdes, grises y violetas, aprovechando la blancura del papel para dar la impresión de la luminosa atmósfera. La obtuve un día que fui a visitarlo, poco antes de morir. Algunas veces al pasar frente a su casa, que era camino obligado para ir a la embajada viniendo del centro, me detenía a conversar con él sobre el mundo de la pintura, tema de mi predilección. Creo que mi plática le animaba y le hacía ver la vida con cierto optimismo.

De uno de sus discípulos, Elie Kanaan, un poco alejado ya de su maestro y con propia personalidad, tengo una acuarela abstracta y un cuadro de grandes contrastes, rojo y verde, de una avenida por donde desfilan algunas figuras, una de blanco albornoz y otras más esquemáticas y fantásticas, que apenas se adivinan en la atmósfera expresionista.

Algunos domingos por la mañana solía visitar al Dealer's Club en Tokio, edificio de estilo japonés donde se efectuaban regularmente remates de toda clase de obras de arte nacionales y extranjeras. Por mediación de uno de los socios del club, Oguchi-san, hacía mis adquisiciones. Mientras él licitaba por mí en el gran salón de ventas, yo esperaba en la sala de té. Un día vi un paisaje de Walter Griffin, el impresionista norteamericano, fechado en París en 1897. Lo conseguí por algo más de lo que había fijado y salí radiante. Tiene el encanto poético de Sisley. Así lo sintió también Jean Charlot cuando se lo mostré. Yo no conocía nada de Griffin. Años después vi un cuadro suyo en el Museo de Rochester que me confirmó la significación del pintor. El lienzo es de un singular embeleso. La variedad de verdes que en él predomina constituye un elemento de su valor. Todo el cuadro respira delicada poesía, está dedicado a su amigo Seiki Kuroda, el gran maestro del impresionismo japonés, que reaccionó contra la escuela académica y llevó a su país las nuevas tendencias de Francia, donde vivió y sintió la pintura de los impresionistas. Yo poseo una tela suya, una mujer con el busto desnudo sentada en un jardín. Debe ser de fecha avanzada, pues el color es más vivo y la pincelada más segura que en sus primeras pro-

ducciones, de un impresionismo algo tímido, más apegado al modelo, aunque con los colores claros de sus maestros franceses. Es de una gran belleza.

Una sola vez tuve la oferta de una obra de Riujei Kishida. Es una especie de terraza, densa fronda a los lados, y por el espacio abierto corretea una niña. Este pintor es de los que más se cotizan en el Japón. Es interesante, lo pagué caro, pero creo que me dejé sugestionar un poco por su fama y algo también por mi avidez. ¡Imposible resistir a los armadillos que el diablo pone en el alma del pobre coleccionista!

Entre los pintores que más me interesaron cuando estuve en el Japón recuerdo a Takeji Fujisima, del cual compré un pequeño paisaje, muy bello de color y pintado con gran sobriedad. Fue lo único que pude conseguir de él. Me quedé con gran nostalgia de otro paisaje suyo que vi una tarde en la Galería Nishido. Lo contemplé cautivado un buen rato. Era de lo mejor que yo había visto de ese pintor. Pensaba comprarlo, haciendo, si era necesario, un sacrificio. Desgraciadamente no pude competir con un millonario, también aficionado a la pintura, lo cual no dejó de amargarme. Lo mismo me ocurrió con algunas otras obras de Sotaro Yasui, Umehara y un paisaje de Okada. Muchas veces recuerdo estas obras, que hasta prestadas algunas tuve en mi casa, y las veo como si realmente las tuviera ante los ojos, principalmente un vergel de Koumé (él firmaba a la francesa, había vivido en París al lado de los impresionistas, con los que se identificó su clara paleta). De él tengo un paisaje, representa una colina, un lugar solitario y poético. No aparece ninguna figura humana, según cierta tradición paisajista del Japón. Tiene el campo un tono vagamente otoñal, y en el tierno azul del cielo aparece un creciente de luna. Todo él respira delicada poesía.

En una de las paredes del vestíbulo se despliega un biombo de seis hojas, representativo del *ukiyohe*. Probablemente estuvo cerca del fuego de los bombardeos aéreos de la última guerra, porque en la parte posterior hay huellas de humo. Son escenas de las calles de un barrio de diversiones y casas de geishas, pintadas con admirable colorido, de suma gracia y finura, que hacen honor a Harunobú.

Responden a mi predilección por el impresionismo japonés, un paisaje de Tsuji de las orillas del Sena, entonado con el azul y rojo que apunta una sensación dulce, espiritual y delicada, y una nota de Zenza-

buro Koyima, del jardín del palacio de Katsura, en los alrededores de Kioto: una corriente de agua de un vago color violeta entre árboles de rojizo tronco, cubiertos de fronda verde que sugieren una idea de clausura, quietud y silencio.

En una ocasión, la víspera de mi aniversario, fuimos a visitar una galería donde reconocí un paisaje de S. Okada que había visto reproducido en una monografía. Lo contemplé y hasta lo elogí, pero mi mujer, con un gesto desdeñoso, expresó su desinterés. Salimos, y no bien habíamos caminado un tramo, acuciado por todas las emociones que se mezclan en el ansia de posesión, y seguro del valor de la obra, me reproché mi debilidad y regresé pero ya el cuadro había desaparecido. El dueño de la galería me dijo que acababa de venderlo, lo cual me contrarió, tanto más cuando en París, mientras iba a otro salón de una galería, había perdido en unos instantes un lienzo de Lebourg. Me quedé desilusionado por la pérdida. El día de mi cumpleaños llegó mi mujer triunfante, con el bello obsequio, y me contó cómo, mientras yo observaba otras pinturas, le había hecho una seña de inteligencia al vendedor, indicándole que se quedaba con el cuadro. Nos reímos de mi indecisión, y de la cachaza del oriental que de tan buen talante había seguido el juego. Del mismo Okada tengo una maravillosa miniatura hecha en Francia.

En otro de mis cumpleaños, también en el Japón, Blanca me ofreció un paisaje de los arrabales de Tokio con la firma de Yuzo Saeki, pintor japonés que vivió en París, enfermó de tuberculosis y, desesperado, se suicidó. Todo lo que conozco de él me gusta mucho, pero especialmente este paisaje admirablemente pintado, es la calle de un barrio con una fila de árboles, pervive la atmósfera poética de Utrillo, pero con mucho más fuerza, seguridad de pincelada y personalidad.

Consideradas como un arte popular, sin embargo, admirables de dibujo y colorido, son las estampas japonesas, que cada día se vuelven más raras. A ellas dediqué también mis esfuerzos e ingenio de coleccionista. Me atraían con viva ilusión y así, poco a poco, por mi acercamiento y relaciones con otros coleccionistas y comerciantes de estampas, fui consiguiendo algunas series de los más notables artistas. La gracia, la espontaneidad con que se mueven las figuras, la limpidez, la transparencia, el colorido, resumen el interés de este arte sobrio y vigoroso a

la vez, que al multiplicar las impresiones del paisaje agudiza nuestra sensibilidad. Fruto de mi afición ha sido una colección de estampas en la que prevalecen las obras de Hokusay e Hiroshigué, y que siguiendo la tradición japonesa conservo al abrigo de la luz y contemplo de vez en cuando morosamente.

Uno de los hallazgos más extraordinarios en mis búsquedas artísticas es una cabeza de Botisdava, de origen chino, procedente de uno de los templos del sur. Una tarde me llamó un anticuario con quien tenía amistad, para avisarme que le ofrecían una pieza incomparable, antigua, y que el vendedor tenía urgencia de dinero. Como él no disponía de la suma requerida había pensado en ofrecérmela. Fuimos a verla: una bellísima cabeza femenina de rasgos muy finos, tocado alto, elegante y llamativo. De su dulce sonrisa y ojos rasgados emana un aire de misterio. Pero por más que le decía a Blanca que era del siglo VI, ella persistía en decirme: “Cómprala porque es magnífica, pero no hay que engañarse. No es posible comprar en nuestros días una pieza tan antigua”. Picado por su falta de confianza en mi criterio y por su obstinación, me llevé la pieza al Museo Nacional de Tokio, para que la *expertizaran*. Tanto su director, el marqués Nagatake Asano, como el experto Yuzo Sugimura se entusiasmaron ante mi adquisición; la encontraron singularmente fascinante y me dieron un certificado describiendo detalladamente la escultura y determinando su antigüedad, que se remonta precisamente al siglo VI. Fotografiaron esta cabeza de Kuan-Yin (en sánscrito: *Avalokitesvara*) por todos lados, conservando unas copias para el archivo del museo. Blanca la colocó en una pequeña vitrina con espejos que permiten admirarla íntegramente.

Otro motivo de satisfacción es un largo *emakimono* que pinta el trajín de una gran ciudad china por las orillas del río de la vida. Sin duda es una obra maestra de la dinastía Ming. Los sucesivos poseedores de esta pintura han dejado testimonio de su admiración en caligrafías de diversas épocas. Por el realismo de las escenas, la vivacidad de las expresiones, la gracia del paisaje y la riqueza del colorido se creería peregrinar por las riberas de un río fluyente de vida; la contemplación en el largo metraje de esta faja de seda provoca una sensación de estímulos vagabundos.

De Japón me llevé un número increíble de pinturas, todas más bellas las unas que las otras, cuya lista sería demasiado larga a enumerar. A tres de ellas las llamamos: el Turner, el Cezanne y el Gauguin bretón, por su increíble parecido con estos grandes maestros, desdeñando así injustamente los apellidos de estos artistas japoneses. Es verdad que más rápidamente nos viene a la memoria los nombres de los maestros que estas obras evocan.

Aunque parezca inmodestia debo consignar las apreciaciones del señor Eikichi Hayasiya, embajador de Japón, quien se emocionó ante este mundo de evocaciones y me dijo: “Personas ricas que han viajado por Oriente me mostraron las cosas que de allá trajeron, y muchas veces no he podido decir nada, porque nada había que valiera la pena. Aquí, por lo contrario, me faltan palabras para expresar la admiración que me produce lo que usted ha logrado reunir”. Y todavía me dijo que en las galerías de arte de Tokio me recordaban por mi incesante búsqueda de pinturas y estampas.

Flotan en mi memoria aún las impresiones que he tenido durante la visita al taller de algunos artistas. En mis viajes a México solía llegar a la casa del doctor Atl. Vivía primero en Niño Perdido y, luego, en la colonia Santa María. Generalmente tenía cuadros sin terminar. Yo quería que me vendiera alguno pero Atl, con esa espontaneidad que él tenía, me había prometido obsequiármelo, y finalmente me quedé con el deseo, pues mi ausencia de México y la muerte de este amigo truncó mi esperanza. Con Goitia me pasó algo semejante. Mandé a una de mis hermanas a buscarlo a Xochimilco, pero me escribió que lo encontró sentado a la puerta de su choza muy abatido y que debía desechar toda posibilidad de conseguir algo suyo. En cambio, mi visita a Juan de M. Pacheco, discípulo de José María Velasco, fue fructífera. Casi olvidado, a pesar de ser un gran paisajista, tenía sus cuadros distribuidos en la sala, el comedor, la escalera y el estudio en los altos. Había allí una copia de Tiziano y retratos de damas de la sociedad porfiriana. Pero lo que descollaba sobre todo eran los paisajes, marinas y vistas de la ciudad. Cada vez que venía yo a México le compraba algunos cuadros. Aunque muy viejo, todavía conservaba cierta reciedumbre que le prometía algunos años más de vida, trágicamente cortada en una de esas bárbaras precipitaciones camioneras.

De Galarza conseguí tres pinturas que me gustan mucho. Una de ellas es la espléndida vista de una plaza donde la gente se apresura hacia la iglesia para oír la misa de domingo. Las otras dos son de una paleta muy clara y representan una calle de Amecameca y sus volcanes. A Galarza compré también inesperadamente una obra de Mateo Herrera. Hacía tiempo que no había visto un paisaje de él. Las últimas cosas que recuerdo eran ligeramente academizantes, pero esta impresión de Xochimilco, con el cielo de un gran esplendor, es obra indudablemente moderna. Al adquirirla sentí que rescataba del olvido a un pintor que, como tantos otros, algún día será valorizado. Los prejuicios muchas veces se han impuesto sobre la obra de un artista, en ocasiones porque sólo se le conoce parcialmente, y otras porque ha prevalecido una sentencia enemiga. De esta manera se opacó la figura de Alfredo Ramos Martínez, que además de ser un buen pintor fue un animador entusiasta, a quien se debe (con el establecimiento de la escuela de pintura al aire libre de Coyoacán, de la que derivaron otras escuelas de similar tendencia) la libertad expresiva que reinaría en los años posteriores. Tengo siempre a la vista algunas obras de Ramos Martínez, entre ellas unas figuras en una terraza, pintadas al pastel, en cuyo manejo no ha tenido rival en México, el retrato de una *Dama europea*, *Reunión de mujeres con trajes antiguos y unas flores*. Recuerdo bien su figura. Estaba siempre impecablemente vestido, con su corbata de lazo. Acostumbraba ponerse frente a la obra comenzada de uno de sus discípulos y, cuando le gustaba, agitaba la mano derecha señalando y ponderando, con gran entusiasmo, las cualidades, color o dibujo que advertía. Todavía desde Los Ángeles, donde vivió los últimos años de su vida, me envió, dedicado, un prospecto de sus murales, desgraciadamente no tan buenos como sus pinturas de caballete.

De un artista de aquella generación, Gonzalo Argüelles Bringas, vi hace algunos años una exposición de acuarelas en la Escuela de Bellas Artes, en compañía de Gabriel Fernández Ledesma y Germán Cueto. Hacía tiempo que no me aparecía por allí. Tuve una extraña sensación, pues me sentí muy lejos de la época en que casi a diario frecuentaba el académico recinto. La exhibición en general era muy agradable por la clara entonación, la alegría, la vivacidad de las escenas recogidas. Una generosa ocurrencia de Salvador Martínez Bález, que conoce mis aficio-

nes por la pintura, agregó a mi colección una acuarela de los volcanes de este artista, de quien poseía ya otras dos. Del mismo Martínez Báez conseguí dos paisajes de la época de Coyoacán, es decir allá por 1923, lo que no es fácil porque muchas de esas pinturas se dispersaron o se perdieron.

Las veleidades o caprichos del público se reflejan muchas veces sobre algunas personalidades. Con Joaquín Clausell ha pasado algo muy curioso. Se le consideró por mucho tiempo un simple aficionado, sin reconocerle sus auténticos méritos. A medida que han transcurrido los años, esa opinión fue cambiando hasta que su sensibilidad, su pasión por la pintura y su maestría se impusieron de manera incontestable. Su estudio constante de la luz sobre los objetos, paciente pero activo, creó una visión que lo identificaba con el impresionismo. Muestras de su superación técnica, alcanzada por la búsqueda y el esfuerzo, se imponen al espectador. Sus obras paisajísticas, especialmente en las que hay reflejos de agua, como las *Fuentes brotantes* y el *Canal de Santa Anita*, son en verdad cautivadoras. Por otra parte, su obra de caballete no es muy grande, pero lo que dejó lo sitúa en elevado puesto de la pintura mexicana. Yo siento no tener más que cuatro obras suyas: una de amplio formato del paisaje de Tlalpan, otra de Santa Anita, muy característica y otras dos de sitios no identificados.

Mucha gente cree que el impresionismo es un fenómeno exclusivamente de Francia, cuando en realidad es un fenómeno universal, aunque en París y sus alrededores hayan trabajado sus mejores exponentes, muchos de ellos extranjeros, pero sostenidos por el prestigio de Francia.

Del pintor Agapito Rincón ya tenía dos óleos, uno representando una vista de las torres del Carmen, otro, un soberbio panorama, además de una vasta colección de acuarelas; cuando sorpresivamente encontramos en una gaveta de su estudio todo un lote de incomparables pasteles. Me quedé con la mayoría de ellos. Todos representan diferentes pueblos, algunos de ellos vecinos a los volcanes de variable luz. A veces, sobre el perfil de *La mujer blanca*, se muestra un cielo verde nilo, frecuente en el invierno de nuestras montañas y que no me explicó por qué Orozco censuraba siendo tan verdadero.

Sólo un paisaje tengo del pintor catalán Camps Rivera, exiliado en México, que instaló una pequeña galería en que alternaban las obras

ajenas con las propias; ahí adquirí algunos cuadros de pintores mexicanos; uno de ellos, muy criticado por Blanca, muestra unas rosas de Romano Guillemin. En su estudio destacaban un desnudo de Aurelia, su mujer, y otro retrato de la misma, sentada, traje verde, sombrerito y guantes blancos, que me gustaban mucho. Los volví a ver en Bellas Artes, cerca de interesantes retratos de Montenegro y paisajes de bellos colores y sabia técnica de Ezequiel Negrete.

Recordando al pintor Enrique A. Ugarte, un día fui por su casa. Lo encontré en una silla de ruedas agobiado por el mal de Parkinson, ya en su parálisis. Ugarte había sido uno de los más brillantes alumnos de la Escuela de Pintura al Aire Libre de Coyoacán. En un rato de desesperación, mientras se fraguaba su enfermedad, destruyó su obra, aun cuando su familia logró salvar unas cuantas acuarelas. Yo quería que me vendiera alguna, pero no quiso, empeñándose, en cambio, en regalármela. Después de admirarlas un rato, le dije: “Escógela tú”. Uno de sus hijos le presentó varias sucesivamente sin que se decidiera. Volvió a verlas una y otra vez, hasta que, al fin, murmuró entre dientes, con mucho esfuerzo: “Esta”, y agregó: “tiene muy buen claroscuro”. Era, efectivamente, la más bella, una fiesta campestre en Xochimilco, algo verdaderamente delicado. No me causó, sin embargo, tanta alegría el regalo, cuanto dolor, al ver postrado a aquel amigo de juventud.

En mis tiempos juveniles me veía mucho con Alva de la Canal, Revueltas y Leopoldo Méndez. Nos reuníamos en el café, cambiábamos impresiones de nuestras experiencias personales, nos paseábamos por el campo; hacían exposiciones que yo presentaba al público. Ya he hablado de esto en otra parte. Debo, sin embargo, decir algo más sobre Leopoldo Méndez. Cuando me encontraba en Oslo, le pedí que ilustrara mi libro *A la orilla de este río*. Fue a visitar mi casa de Tuxpan, a contemplar el río y consultar retratos familiares. Los grabados, llenos de vida, atestiguan su sensibilidad y la comprensión del texto. La alegoría del Tajín, la purificación por la ceniza, la representación del retumbo de la tempestad, el paseo con mi madre por la ribera, mi asombro ante el cometa, los cuerpos femeninos bajo el agua, el juicio infantil sobre la belleza, la reunión familiar y en conjunto todas las ilustraciones interpretan delicadamente el paisaje, la emoción, los caracteres, el encanto de los escenarios y la palpitación ingenua de mi niñez. Guardo estas

ilustraciones, las cuales autoricé a Méndez de presentar al concurso de La Habana, lo que le valió el primer premio. Pero cuando a su muerte vendieron sus cosas, incluyeron las planchas de mi propiedad y así un marchante aprovechó la situación y arrambló con todo. También el retrato que Méndez me hizo en Xalapa para ilustrar *Poemas interdictos* se perdió en mis precipitados viajes. Conservo uno al pastel de época muy posterior y varias carpetas de grabados.

De Ramón Alva de la Canal poseo numerosas obras: varias acuarelas, el retrato de Blanca, otro amplio y acabado de Mireya, de una entonación azul y delicados reflejos. Otro más exiguo, cuando mi hija tenía sólo dos años, de un encanto imponderable. Con la misma gracia pintó a la niña que juega con una mariposa y la dama a la rosa. Mi amistad con él se remonta a días lejanos y esto tiene algo que ver en el despliegue con que figura en mi colección. Una naturaleza muerta, paisaje de cerros de Guerrero, dibujos tomados en el campo, retratos míos, ilustraciones de algunos de mis poemas y el *Café de nadie* que, junto con las cosas de Revueltas y las de Diego Rivera y Alfaro Siqueiros, constituyen la pintura más innovadora de la época. En un ensayo publicado en mi libro *Incitaciones y valoraciones* me he ocupado de su pintura mural y de su técnica pictórica.

Un domingo baldío fui a ver a Fidias Elizondo. Lo conocí hace ya muchos años, en la época en que, siendo yo muchacho, concurría a los estudios de Bellas Artes. Vive en una calle lateral al convento de Churubusco. A la entrada, en un ángulo, hay una escultura de gran movimiento que me recuerda las preocupaciones del noruego Vigeland. Mientras platicábamos Salvador Martínez Báez, Ramón Alva de la Canal, Elizondo, su esposa, Blanca y yo, la luz de la tarde envolvía los objetos de la estancia. Había un profundo recogimiento. Por la ventana, los árboles deshojados de la huerta del convento se reflejaban contra un cielo de otoño pródigo en oros. Blanca me susurró: “Qué bello cuadro”. Entonces yo dije que valdría la pena pintar aquello, con la intención de despertar el interés de Ramón que lo contempló en silencio.

Elizondo es un hombre recio, de cabellos blancos. Trabaja en su taller lleno de moldes, piedras, etc. En el salón alto hay diversas piezas en talla directa: mármoles, granitos y principalmente maderas: fresno, ahuyacán, mezquite y una muy bella, durísima, palo morado, increíblemente pulida. Como Elizondo es un trabajador empedernido, para descansar de sus escul-

turas hace muebles enriquecidos con excelentes tallas que ponen de manifiesto su gusto escultórico. Por un largo rato observé la obra de este artista para quien la vida no ha sido más que trabajo, y pensé, cómo había pasado de su juventud a la vejez sin desear ninguna gloria, caso raro en un país en que los artistas están más enamorados del halago incierto que de la creación verdadera.

Ejemplo de estos artistas silenciosos y modestos era Armando García Núñez. Vivía en Mixcoac, donde solía yo visitarlo en mis periódicos regresos. Tenía su estudio al fondo del patio de la casa donde había un palomar y le gustaba dibujar las actitudes y vuelos de estas aves. Conservaba en sus carpetas muchos estudios y dibujos, y expuestos en las paredes de su estudio que se componía de dos piezas, paisajes de diferentes épocas. Sentía gran amor por la naturaleza. Cuantas veces le era posible salía a los alrededores y se plantaba con tabla, cartón o bastidor ante el sitio escogido. Seguía la tradición de los pintores al aire libre. La sinceridad de interpretación y el desinterés del juicio de los demás era su regla de conducta. La vida para él era pintar y en medio de su modesto pasar y de la monotonía de su trabajo encontraba deleite. Directamente adquirí varias obras suyas, encantadores paisajes en las horas de atardecer, de color siempre sugestivo, el más antiguo es una vista del lago de Texcoco fechada en 1910 de argentada atmósfera. Otra de su época de España hacia 1920, con figuras de romería. En uno de mis regresos, como era mi costumbre, me presenté en su casa y supe de su muerte. Recordando que algunas veces salíamos a pasear por el campo real de su pintura, dirigí mis pasos hacia los lugares donde caminábamos juntos tan *amicamente*. Una tarde salimos por la larga calle de Actipan sombreada de grandes árboles que nos condujo hasta la reja del jardín delantero de su colega Gilberto Chávez. Entramos en la casa atestada de cuadros, que miré mientras hablábamos, y me quedé con un paisaje. Veinte años después he vuelto y he platicado con sus hijos, pero quedan pocas cosas.

De Fermín Revueltas, igualmente amigo de mi mocedad, tengo algunas acuarelas, una particularmente interesante de un café que sirvió de portada para el libro de Luis Mario Schneider sobre la literatura de vanguardia. A veces venía a mi casa para venderme una acuarela por veinte pesos que se iba a beber con otro amigo a la cervecería de Bellinghausen. Su prematura muerte, mientras yo andaba por Bélgica, me impidió adquirir algunos de sus paisajes de Tehuantepec y Michoacán.

De Luis Sahagún también tengo muchas pequeñas tablitas, muy bien pintadas, la mayoría son de su época italiana, pues es la que más me gusta. ¡Cuántas veces me iba a platicar con él y mirarlo pintar!

Una vez alguien me planteó el problema de mis aficiones de coleccionista: “¿A qué se debe que siendo usted en su juventud vanguardista, un enamorado de todo lo nuevo, lo original y hasta venidero, se halla hoy rodeado de muebles, alfombras y obras de arte del pasado?” De pronto me quedé cortado, lancé una mirada en torno mío, como buscando algo en que apoyar mi argumento, y repliqué: “Me parece que el deseo de posesión de obras de arte no se contradice con mis ideales de juventud, porque estas cosas no son del pasado, poseen un valor perenne por su belleza. Al tenerlas cerca, renuevan el sentimiento y el vuelo creativo del artista, que las mantiene siempre en tránsito”. Y mostrándole unas alfombras persas muy antiguas y bellísimas, así como la cabeza china, de la que antes hablé, le interrogué a mi vez: “¿No cree usted que es una obra auténticamente bella, y por lo mismo, imperecedera?”

Coleccionar es indudablemente una manía, una pasión, una voluptuosidad. Entre la literatura que se refiere al coleccionismo creo que no hay otra obra más significativa que la novela de Honorato de Balzac, *Le causin Pons*. Su lectura es ilustrativa de los resortes psicológicos del personaje, descontados otros elementos de la novela que le dan dramatismo. El espíritu que la impregna es el del acopio de las obras de arte y su carácter posesivo. Balzac, que se inspiró en algunos de sus amigos coleccionistas para crear la figura de Pons, ha puesto también en él algo de sí mismo. Quien pinta a uno de ellos, dice uno de los prologuistas, pinta a todos. Y es por esta manera que yo emparento con la curiosa y extravagante sociedad.

XIX. Amistad, ¡aleluya!, ¡aleluya!

En la amistad he encontrado magníficos ratos de confortación. No creo, como decía un idealista científico (Renán), que esta es un hurto a la sociedad y que llegará el día en que desaparezca. Creo todo lo contrario. Por algo Shakespeare anota en el *Rey Lear*, entre las máximas calamidades, el enfriamiento o la ruptura de una amistad añeja.

La lista de mis amistades es larga y he podido compartir con algunas, a mi vuelta a México, horas de cordial esparcimiento. Otras, logradas en el curso de mis residencias extranjeras, se han quedado atrás, en el tiempo, convertidas en recuerdos y con las cuales es casi seguro que no he de volver a convivir.

Los encuentros son raros. Sólo por acaso coincidimos. Nos movemos en una ciudad amplia y dispersa, en la que cada quien está abismado en sus problemas. Si la casualidad nos reúne, luego pasan meses, años, sin que volvamos a vernos... Cuántas invitaciones se han quedado en el aire, no sabemos por culpa de quién, y cuando volvemos a encontrarnos hay que proyectar nueva cita, que corresponde a un mutuo deseo pero que, acaso, tampoco se cumplirá. A pesar de todo, siempre quisiéramos departir con amigos pero el ajetreo con su afanoso ritmo nos va dispersando, y cada vez que se presenta la ocasión nos falta tiempo para comunicarnos lo que no hemos podido decirnos en nuestras largas separaciones. Apenas si logramos cambiar unas cuantas palabras, reír un poco y estrecharnos la mano. Como aquel marino de un drama de O'Neill, lleno de buenas intenciones, que para justificar su desidia exclamaba siempre: "¡Ah, ese viejo diablo del mar...!" Yo digo como un estribillo para justificarme: "¡Ah, esta ciudad calamitosa...!"

Mi sociabilidad no es muy grande, pues me cuesta trabajo adherirme a grupos o asociaciones, y menos identificarme con ellos. Si las circunstancias me empujan a estas formas de convivencia me siento incómodo y procuro

desprenderme de la reunión aprovechando cualquier coyuntura. A veces por complacencia quebranto mi reserva, pero el inesperado encuentro con sujetos indeseables me hace lamentar mi primer impulso. Mis relaciones con el mundo exterior, pues, están llenas de desconfianza. En cambio, en la amistad soy fiel y perseverante.

De vez en cuando me sorprende la llamada telefónica de un amigo, compañero o pariente que no veía desde hacía muchos años. Prometemos vernos, pero alguien extravía el número del teléfono o la dirección y se frustra el encuentro. Otras veces se efectúa rápidamente, con la presencia de una nueva generación que trae sus júbilos y problemas. Tal me aconteció con el doctor Felio Mirabent, cuyos padres y los míos fueron amigos en su juventud, cuando vivían en Tuxpan. Lo conocí muy niño, pero él me recordaba y seguía mis itinerarios diplomáticos. Al saber mi regreso a México me buscó, me llevó a su casa en Coyoacán y, bajo árboles centenarios, reunió a las dos familias, entre las que figuraba un ingeniero, tío de su esposa, constructor de la antigua carretera a Laredo, cuyo trazo levantó recorriendo la ruta tres veces a caballo, con las más extrañas aventuras, que nos narró de una manera vivaz. Pero poco tiempo después, tanto él como Felio, morían repentinamente.

El hijo de un compañero de escuela a quien apodábamos *El Diablo Rangel* me busca y me agasaja, guiado seguramente por el afecto que me unía a su padre. También me visita otro paisano al que le gusta hablar de las costumbres y el folclore de nuestra tierra. Una vez me recordó ciertos bailes ceremoniales, llamados “Malintones” (nombre que yo había olvidado por completo), en que las brujas bailan ante un guajolote y una vela de cebo para conseguir el regreso del marido o amante desamorado. Estas patrañas resultaban de una gran candidez, comparadas con otros expedientes mágicos. El doctor Alcázar me contó una vez que uno de sus hijos había caído bajo las potencias de una bruja que le suministraba amorosos bebestrajos mezclados con buenas dosis de su flujo, que le habían averiado el estómago y enajenado el entendimiento, aniquilándole la voluntad.

Por modo sucesorio, también me viene la amistad de Jesús Reyes Heróles. Su abuelo era amigo y cliente de mi padre, y su madre, apenas dos o tres años mayor que yo, continuó esa amistad. Con mucho celo y energía ella me prestó su colaboración en la obra de saneamiento y pavimentación del puerto de Tuxpan, emprendida durante mi gestión como secretario general

del gobierno en Veracruz. Inteligente, trabajador y apasionado de los libros, Reyes Heróles lo es también de la política, a la que considera hermosa. Sus ideales, a juzgar por lo que ha escrito, son de noble moderación para buscar el camino de la democracia, por la libertad. Las ideas expuestas en ensayos esclarecedores confirman su deseo de encontrar nuevas y mejores formas cívicas para México. Me agrada conversar con él, pues su charla vivaz y franca dispone a la expansión.

Por lo que toca a la política, a mí me parece que esta no es ninguna “*Dame à la Licorne*” y tentado estoy de decirle a mi amigo:

Este país de pobres y cucaña
es también de la intriga y de la zapa;
el político busca en la maraña
la chamba que acomodala a socapa.

Es capaz de moverse como araña,
despierto estar la sexenal etapa,
pescar en lo revuelto con su caña
y zamparse la última zurrapa.

Sólo brizna heteróclita nos dejan
del chinchorro de argucias que manejan.

Royendo un hueso y enseñando el cobre,
a todo el mundo miran displicentes,
mientras la suave patria llora sobre
los setenta millones de indigentes.

Tú, que en nada asemejas a sus señas
¿crées aún hermosa a la que sueñas?

Cuando mi tía, María Peruyero Arce, prima de mi madre, por cuya rama la parentela es muy extensa, cumplió ochenta y ocho años, invité a toda la progenie. Para halagarla en su amor al terruño hice venir a una cocinera especialista en platillos y dulces papantecos, que fueron la sorpresa y el deleite del convivio. La tía tiene clara memoria. Me dice: “Tu madre era muy

bonita y tocaba el piano con galanura”. De pronto siente nostalgia de su juventud, de la vida que se va y exclama con sencillez: “El tiempo pasa, todo se acaba, en verdad no quiero ya nada”.

Me gusta reunir amigos en mi casa de tiempo en tiempo. Los recuerdos son como sobrevivencias de nuestra juventud. Reconforta el trato reanudado después de años de alejamiento, y aunque las ideas no correspondan exactamente a la misma corriente intelectual, sentimos que algo nos acerca y nos une contra la incertidumbre de la edad.

Una noche congregué a la que fuera juventud de vanguardia. Estábamos casi todos: Arqueles Vela, Germán List Arzubide, Salvador Gallardo, Ramón Alva de la Canal, Germán Cueto, Leopoldo Méndez. Conversamos con alegría radiante, excepto Leopoldo Méndez, al que deprimía su diabetes y seguramente algo presentía, porque me dijo al despedirse su temor de “lo que pudiera enviarle la naturaleza”. Poco después fallecía de cáncer. Como invitado especial agregué al investigador argentino Luis Mario Schneider, que en esos días se recibía como doctor en Letras con su importante tesis sobre el estridentismo. No deja de tener cierta ironía que precisamente el movimiento literario más radical, más revolucionario y, por lo mismo, más sañudamente combatido por la burguesía burocrática de México, después de medio siglo se haya convertido en tema de disertaciones universitarias, ya que no únicamente Schneider, sino también el profesor Kenneth C. Monahan preparó, bajo el título de Manuel Maples Arce and Estridentism, otra tesis doctoral para graduarse en la Universidad de Northwestern, Illinois. Parte de ésa se publicó en *Cuadernos Americanos*, mientras que la obra de Schneider fue editada por el Instituto Nacional de Bellas Artes, en una pulcra impresión al cuidado de Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura del mismo Instituto y Ramón Puyol. Desgraciadamente no ha circulado, como sucede con el libro de Phillips sobre López Velarde. También el poeta y humanista Rubén Bonifaz Nuño dio un curso magistral de seis lecciones sobre mi poesía juvenil, en el Colegio de México.

Los amigos que dejamos de ver por un largo periodo se tornan distantes y, sin embargo, no los olvidamos. La vida nos los había sustraído en un paréntesis de alejamiento, pero intempestivamente nos los devuelve. Figura entre esos amigos perdidos y recuperados Andrés Iduarte, hombre de corazón y conversación, interrogante y respondiente. Los amigos llegan y se van. Los seres y las cosas envejecen con increíble rapidez, y la alegría se vuelve

desazón. Así me aconteció con Miguel Ángel Asturias, al que frecuentaba mucho durante mi estancia en París, en 1930. Después pasaron años sin encontrarnos, pero durante mis misiones sudamericanas nos veíamos a mi paso por Guatemala y, en fin, cuando volvió a México ya aureolado por el premio Nobel, tuve el gusto de verlo en mi casa en una cena con Miguel Álvarez Acosta, Fedro Guillén, Andrés Henestrosa, Francisco Cabrera, además de viejos y nuevos amigos y algunas compañeras de mi hija. En la cordialidad del ambiente, el novelista, con gentil talante, autografió algunos de sus libros dejando una nota de espiritual contento, entre sus jóvenes admiradoras.

Poco tiempo después vino a México Jorge Luis Borges a recibir el premio instituido para enaltecer la memoria de Alfonso Reyes. Por teléfono me dijo Alicia Reyes, directora de la Capilla Alfonsina, que el único escritor mexicano que Borges había manifestado el deseo de ver era a mí. Acudí a su hotel. Mientras Borges regresaba de un paseo a las pirámides, lo esperé en el bar donde vino a buscarme Alicia con el joven Miguel Capistrán, para llevarme al encuentro de Borges, quien me recibió proponiéndome la identificación de un verso mío: “y en todos los periódicos se ha suicidado un tísico”. Nos echamos a reír. Borges fue el primer escritor extranjero que se ocupó de mi libro *Andamios interiores*. Su recensión termina así:

Generoso de imágenes preclaras, el estilo de Maples Arce lo es también de adjetivos, cosa que no debemos de confundir con el charro despliegue de epítetos gesteros que usan los de la tribu de Rubén. Ya que es a todas luces evidente que una adjetivación laudable no ha de atenerse al prestigio de los vocablos aislados, sino a la conjunción feliz de ambas voces [...] Por su raudal de imágenes, por las muchas maestrías de su hechura, por el compás de sus versos que sacuden zangoloteos de encabritada guitarra, *Andamios interiores* resultará como vivísima muestra del nuevo modo de escribir...

No había vuelto a ver a Borges desde mi paso por Buenos Aires en 1950. Sentados en un diván, uno al lado del otro, comentó la situación de su país con sus problemas políticos y morales, intercalando algunas bromas, que no se entienden sin conocer el folclore bonaerense. Me preguntó por mis experiencias japonesas. Le hablé del haikú, pero él se interesa más por la tanka. Ofrecí conseguirle *El sendero entre hierbas* de Kotomichi Okuma traducido por Hirosada

Nagata. Me recitó el fragmento de una vieja saga y la versión suya al español. Cuando llegó el fotógrafo cogió su bastón, se puso de pie y siguió recitando milongas jadeantes de aflicción y cuchilladas y romances populares del campo argentino por donde cruza la figura de Martín Fierro. Los recuerdos de nuestra vida y la poesía, llenaron las horas de aquella tarde confidente.

Con motivo de la inauguración de la estatua del poeta español León Felipe Camino, en Chapultepec, y de los festejos que la rodearon, vinieron a México, especialmente invitados, escritores de los más lejanos países, a los que se alojó y trató rumbosamente, hecho inusitado en nuestra historia literaria, con olvido y dejadez de otros escritores nacionales o extranjeros mal valorizados como John F. Turner, quien con su libro *México bárbaro*, contribuyó a señalar los crímenes de la dictadura, preparando el advenimiento de la Revolución. No se trata de rebajar los méritos del poeta español, que yo aprecio, sino de señalar la desproporción en el exceso de los homenajes. Personalmente esta circunstancia me alegró, porque entre los invitados figuraron los poetas y ensayistas Robert Goffin, Edmond Vandercammen, Fernand Verhesen y Claude Couffon, maestro del Institut d'Etudes Hispaniques de la Universidad de París, a los que obsequié con una comida en mi casa. Hablamos de lo que se leía en la actualidad en Europa, lo que motivó un vivo cuadro de Couffon sobre las preocupaciones intelectuales de la juventud y sus preferencias, así como su alejamiento de autores que antes habían gozado de mucho crédito.

El más antiguo de estos amigos es Vandercammen, a quien conocí desde 1935, y con el cual he mantenido siempre trato o vigilante correspondencia. En 1944 me dedicó su hermoso libro de poemas escritos durante la guerra, *Grand combat*. Cuando le envié el primer avance al tercer volumen de mis memorias, me puso unas líneas estimuladoras. Inserto dicha carta por que da el tono de nuestra amistad:

194-77

Muy querido Manuel,

Te agradezco calurosamente el envío del número de *Cuadernos Americanos*, así como el periódico *Diorama* del 4 de abril.

Desde luego me dio gusto que estas dos revistas contuvieran extractos significativos de *Mi vida por el mundo*. Quiere decir que trabajas con entusiasmo en tu autobiografía y que además estás ahora en perfecta salud.

Alegría y queja de Panamá es un maravilloso ejemplo del modo en que reúnes los recuerdos regados por el mundo en tus numerosos viajes. Poeta, pintor a la vez que hombre culto, confieres a tus múltiples encuentros una dimensión esencial y doble, la del corazón y del espíritu, gracias a un poder de trascendencia notable. Sin por esto deformar las realidades primeras. Se trata de la significación de dar un paso más allá del vanguardismo a un nuevo humanismo. Para los que no conocieran suficientemente la grandeza de ideales de tus aspiraciones, se les puede aconsejar la lectura del prólogo al tomo 3 de tu autobiografía porque es un documento ejemplar. Este largo diálogo se desarrolla bajo el signo de la estrella de Quetzalcóatl y revela así todo el apego que consagras a las fuentes vivas del universo natal, es decir, a la autenticidad de tu actuación.

Tu vida está enteramente hecha de nobleza y de pasión, así como de fidelidad a ti mismo. Tú afirmas: “Por ser el mismo soy el que cambia”. ¡Bello lema de poeta! ¡Todas mis felicitaciones!

Queremos creer que Blanca y Mireya están bien y que sus amorosos cuidados estimulan siempre tu misión creadora.

Anita y yo los abrazamos con fiel cariño.

Edmundo

A veces me visitan amigos que he encontrado en otras partes del mundo, Francisco Ruiz Ramón, con quien he ido a contemplar los conventos barrocos y los paisajes de los pueblos aledaños; el maestro Andrew P. Debicki, de la Universidad de Kansas, para traerme sus estudios sobre poesía española contemporánea; el profesor Luis Sánchez, de la Universidad de Texas; Parmentier Ross, periodista del Canadá, en busca de datos sobre D. H. Lawrence, y Bárbara Diana Cantella Konz, estudiante de la Universidad de Texas, para consultarme sobre su tesis doctoral: *From Modernism to Vanguard: the Aesthetics of Haiku in Hispanic Poetry*. De mis amigos de Bogotá ha venido a buscarme el poeta Jaime Tello, al que no veía desde hace veinte años; me pidió que invitara únicamente a Luis Cardoza. Hablamos de algunos temas preocupantes de la América hispana. Otro bogotano de probada simpatía, León de Greiff, se me presentó una tarde inesperadamente, y estuvo tan alegre, expansivo y bohemio como de costumbre, desdeñando mi *whisky* escocés, por el popular y nacional tequila, al que hizo honor con gusto y todo el ritual mexicano.

Ya como invitado o como invitante no faltan pretextos para reunirse. A veces la saeta salta al aire y es recibida con risa jubilosa, la plática toma un cariz serio y nos quedamos cavilosos pensando en las cosas que quedaron atrás.

Por lo general las comidas son plácidas y alegres, pero en cierta ocasión surgió una controversia en que se habló acaloradamente. Alguien había planteado la interrogante de nuestro mestizaje. Una de las señoras dijo que seguramente las indígenas, tan pronto como vieron aquellos hombres blancos, rubios y barbados, habían caído rendidas de amor en sus brazos; a lo que otra dama replicó que, por el contrario, como los conquistadores venían sudorosos bajo sus corazas y apestaban, lo más seguro era que las mexicanas hubieran salido huyendo del hedor que despedían. Las réplicas zahirientes se sucedieron, y la discusión entre la malinchista y la xenófoba se encrespó vivamente. Un epigrama oportuno restableció la paz. Lo recuerdo:

Quando a la marina llegó Cortés
salió a su encuentro una anodina,
y echó sus naves de través.
—¿Tienes lengua? —dijo. —Soy la Marina,
el verbo de la tremolina.
Tú, guía. Al husmo, sigo tus pies.

En el ambiente del antiguo Coyoacán, placita de Santa Catalina, nos congregó un día para comer José Iturriaga a Luis Cardoza y Aragón, a José Rogelio Álvarez y a mí, con nuestras respectivas esposas. Al levantarnos de la mesa hicimos *harem*, como dicen los árabes, o sea que nos reunimos separadamente mujeres y hombres. Hablamos de política vulgar, de pintura, de poesía y hasta de existencialismo, y evocamos algunas figuras magistrales de nuestra época estudiantil con sus sorprendentes debilidades y manías. Mis contactos con Iturriaga, no muy asiduos, pero seguros, provienen de viejas amistades. A Cardoza lo conocí literariamente cuando residía en París, más o menos en la época en que me relacioné con Miguel Ángel Asturias y el Abate de Mendoza, cuyos libros dedicados aún conservo. Cuando comencé a tratar a José Rogelio Álvarez, era redactor de la revista *Tiempo* y ya se definía la avidez cultural, que lo llevó a dirigir la *Enciclopedia de México*.

De años atrás viene mi amistad con Jesús Silva Herzog. Amistad continua y cordial. No sabría decir ni cuándo ni dónde comenzó, me imagino,

a través de los desprendimientos del tiempo, y sólo por una vaga intuición, que fue en los primeros años de mi llegada a México, aquella ciudad circunscrita y plástica, administrativa y civil, que lindaba con la Tlaxpana, los patios ferroviarios de Nonoalco, los carteles del hipódromo de la Condesa y las praderas de la colonia Roma, por donde circulábamos jubilosamente y nos deteníamos a charlar, pues el tiempo era como un acordeón que se alargaba con placidez.

Grabada tengo en mi memoria una de las veces que, de vuelta de mi última misión al extranjero, comió en mi casa con un grupo de amigos comunes, entre los que figuraba el doctor Daniel Nieto Roaro y el joven Xirau Icaza, muertos pocos días después en condiciones dramáticas.

Profunda emoción me causó el relato de mi amigo sobre la cuestión petrolera, en la que tomó amplia participación como director de la empresa estatal. Silva hablaba con una voz de entonación enérgica, como si dictara, articulando claramente las palabras, el cuerpo y la cabeza erguidos, y “mirando hacia la noche que ven los ciegos”, como dice Shakespeare, concluyó con orgullo: “No soy prevaricador”.

Una vez me explicó que ante la pérdida de la vista comenzó a desarrollar otras facultades, especialmente la memoria. Gracias a esto, ya casi ciego, siendo subsecretario de Hacienda, despachó sin equivocarse un largo acuerdo con el presidente de la república, general Ávila Camacho. Todos los que conocemos el temple de este hombre, que ha sabido sobreponerse a su trágico destino, no podemos menos que admirarlo.

Entre los empeños literarios de Silva Herzog figura, en primer término, la publicación de *Cuadernos Americanos*, revista de gran rigor intelectual, honrada, vigorosa y de un valor histórico y artístico intachable. Es un elocuente espejo de la amplitud de visión de su director, de inmensa simpatía humana, un mexicano de la Revolución, que no se dejó ganar por la corrupción, que desacredita a nuestro país y causa su ruina. Para su editorial ha logrado reunir las más importantes colaboraciones mexicanas, españolas y latinoamericanas que se pueden conciliar. ¡Conjunto realmente magnífico!

Como cifra y blasón poético de su modernidad, Silva Herzog decía en su juventud que nunca lo había dejado un tren, en la época en que éstos tenían mucha importancia. Yo lo veo en las frescas mañanas del valle corriendo afanoso en la confusión de los andenes, como Dios le da licencia, aprovisionado de libros, interceptado de imágenes, tropezándose con la

gente, para abordar el tren que lo llevará a su clase de Economía en la Escuela de Agricultura de Chapingo. Chapingo es también la obra admirable de Marte R. Gómez, Manuel Mesa y otros maestros que abrieron brecha en el campo nuestro, y que merecen ser recordados por la evidencia con que veían desde entonces la realidad mexicana y su futuro.

Otro hombre que supo decir ¡no! al poderoso caballero Don Dinero fue Narciso Bassols, con quien tuve amistad desde mis años de estudiante. Era un espíritu de admirable lucidez y severa dialéctica. Su formación en las ciencias sociales parecía alejarlo de mí. Nuestros mundos eran diferentes, pero convergíamos en ciertas ideas sobre México y su realidad. En un viaje a Canadá, mientras yo desempeñaba aquella embajada, trató de convencerme para que me postulara al Senado de la república por el estado de Veracruz, con el apoyo del general Cárdenas, pero mis experiencias políticas anteriores me habían escarmentado, le contesté que no pensaba volver a la política. Durante el periodo presidencial de Cárdenas, Bassols viajó mucho en el desempeño de comisiones especiales. Nos encontramos en Bruselas y lo llevé al Museo Real. Lo que más le gustó fue un cuadro de Brueghel (*El Viejo*), *La caída de Ícaro*, que ilustra el mito griego y el proverbio flamenco, “Un arado no se detiene ante la muerte”, y la *Eva* de Cranach, desnuda, esbelta y erótica, excéntricamente ornada de un sombrero de anchas alas. Volvimos a vernos en Ginebra, donde fuimos a un concierto de Debussy, dirigido por Ansermet, y al salir del teatro nos paseamos por las orillas del lago conversando largamente sobre la cuestión española y la funesta política europea.

Bassols murió el día de mi partida para Noruega. Mucho me dolió la pérdida de este amigo. Pensando en él, me acuerdo de que cuando escribió el Plan Sexenal de Cárdenas, rechazó un cheque por cincuenta mil pesos, (¡de aquéllos que el viento se llevó!) manifestando que sus honorarios importaban sólo diez mil pesos. Pero esta es gente peregrina.

Al discutirse en la Cámara de Diputados la ley sobre la autonomía de la Universidad, que dictaminé y defendí como presidente de la Comisión de Educación, Bassols pronunció un discurso magistral, sin un error de dicción ni una fisura gramatical, compacto, invulnerable. Laico como los Lerdo de Tejada, Ignacio Ramírez y Altamirano, puso su clara inteligencia siempre al servicio de la nación, de la ley, del pueblo desvalido.

Algunos aniversarios de su muerte me he reunido con unos cuantos de sus viejos amigos (Víctor Manuel Villaseñor, Manuel Mesa, Ricardo J. Zeva-

da y pocos más) en torno a su tumba en el Panteón Jardín. ¿Hasta cuándo se le rendirá la justicia que merece?

Hay amistades basadas en la convivencia, en la costumbre; otras en la afinidad, aunque el trato no sea asiduo, pero a través del tiempo dejan señales inconfundibles en cartas, libros o mensajes. Me ha ocurrido así con Juan Marinello, firme y elevado espíritu de nuestro continente, cuya obra tiene raíces sustentadoras de jugosa originalidad y claridad de tópicos. Tanto él como yo participamos en movimientos sociales e intelectuales de nuestra juventud, y siempre me inspiraron confianza su aguda inteligencia, su calidad humana y su sinceridad frente a los problemas de la solidaridad nacional y la reivindicación histórica de nuestros pueblos. En el hogar fraternal de Gilberto Bosques, antiguo embajador en Cuba, volví a encontrarme con Marinello, después de muchos años de no vernos, un día de exaltada charla ante el paisaje del Ajusco. Con su simpatía personal quedan en mi mente los recuerdos de su sensibilidad poética y su rigor moral de luchador.

Amistades que se remontan a días lejanos, en un nuevo encuentro se reavivan, como me sucedió en Beirut con Fernando Benítez y Manuel Moreno Sánchez. Este último presidía una misión oficial del Senado de la república: a él y a sus compañeros los agasajé con un coctel en el hotel Fenicia. Más tarde, en México, Moreno Sánchez me invitó un domingo a su finca Los Barandales, situada en la montaña rumbo a Toluca, desde donde se vislumbra, en un valle, el pueblo de Acoyoacac. Comimos alegremente con nuestros hijos y algunos amigos, entre los cuales figuraban los poetas Jaime Labastida, director de la revista *Plural*, y Óscar Oliva. Carmen nos enseñó una admirable colección de alfarería de la cultura prehispánica, y después seguimos conversando acerca de los movimientos intelectuales que han influido en la Revolución y sobre historia, política y viajes. Los Moreno Sánchez tienen una triste añoranza de su hija Diana, de prometedora inquietud literaria, tempranamente desaparecida. En su memoria han creado un premio de poesía juvenil que ha servido para dar a conocer a algunos poetas de la nueva generación.

Durante el último año que permanecí en Líbano vino a Beirut Agustín Yáñez, a su regreso de una conferencia en Teherán, donde representó a nuestro país. Visitó la Universidad Americana, el rector le mostró que el nombre de Mireya figuraba en el tablero de honor entre las diez mejores alumnas de la institución. Esa noche lo invité, junto con el ministro de

Educación del Líbano, para cambiar impresiones. Mientras Rafael F. Muñoz (ya desaparecido) entretenía a un grupo con sus anécdotas de Pancho Villa, mi hija hablaba con ambos ministros sobre cuestiones de su especialidad, que seguramente atrajeron la atención de Yáñez. Precisamente por aquellos días Mireya se acababa de recibir de geógrafa y se disponía a ir a la Universidad de Salamanca a hacer un curso de filología hispánica. Al volver a México, Yáñez la nombró asesora pedagógica de la comisión de libros de texto gratuito, que presidía Martín Luis Guzmán, dando motivo a nuevos acercamientos entre nosotros.

Cuando Fernando Benítez vino a Beirut, la ciudad fenicia, hicimos una excursión a Damasco y Jerusalén, con muchos detalles de buen humor y un breve alto en Gerasa, ciudad fundada por un general de Alejandro, que entre las hierbas destaca las preciosas columnatas de su ágora. En México, Benítez ha venido, en ocasiones, a verme con escritores que sólo conocía de nombre, como Gastón García Cantú, tan entrañado en las cuestiones políticas y sociales de nuestro país, y el joven poeta José Emilio Pacheco. Alguna vez, por teléfono oigo un largo resuello y luego una voz ahogada que parece venir del fondo de “la noche tarahumara”. No cabe duda es Fernando, que me habla de sus ausencias, de sus achaques y de sus peregrinaciones entre huicholes y coras, guiado por un chamán en busca del sagrado peyote. Benítez, por merecidos títulos, es maestro de periodismo en la UNAM, pero su obra significativa está en sus estudios de etnología y sociología indígena que desde hace varios años ha emprendido apasionadamente, con vigoroso relieve. Largas conversaciones hemos tenido sobre la literatura mexicana y la necesidad de escribir su historia. Cuando nos reunimos con Georgina y Fernando, él siempre me pide un texto para su suplemento literario *Sábado*, y nos los lee con una voz potente, clara prosodia y deleite que nos evoca al inolvidable actor Alfredo Gómez de la Vega, por lo que Blanca le pregunta si nunca ha deseado ser actor.

Con motivo de mis ochenta años, Benítez publicó unas páginas de homenaje en el suplemento *Sábado*, del diario *Uno Más Uno*; le siguió una entrevista bien lograda de Cristina Pacheco en *Siempre!*; otra de Juan Cervera, muy sagaz, con el título de: “Del Estridentismo al Humanismo”, y un capítulo de *Mi vida por el mundo* en la *Revista de la Universidad*.

En las conmemoraciones de *Cuadernos Americanos* o del Fondo de Cultura Económica estrecho la mano a escritores o editores conocidos, con

quienes reanudo una amistad o simplemente saludo de paso. Una de esas noches, que platicaba con Roberto Cabral del Hoyo y Arturo Sotomayor, Rodolfo Usigli me confió que, siendo colegial, había escrito un poema a una chica a la que pretendía y en el que le regalaba su “moderno corazón lleno de jazz, de luz, de estridentismo”. El estudiante veía en la nueva tendencia poética algo brillante, moderno y musicalmente sincopado. Recordó también que una vez que ambos estábamos en Palacio esperando ser recibidos por el presidente Ávila Camacho éste me hizo pasar mientras despachaba con el secretario de Educación, Torres Bodet, lo que le había hecho pensar que de esta forma don Manuel había querido reconciliarnos. Estos litigios literarios se sitúan en la tercera década de este siglo. *El Universal Ilustrado*, entre 1922 y 1927, tiene muchos testimonios, pero el pleito se prolonga todavía en críticas y antologías posteriores.

Un amigo que debe de haberse mortificado con estas querellas es José María González de Mendoza, colaborador importante de Torres Bodet y admirador de mi obra literaria. Cuando publiqué *Memorial de la sangre* me escribió esta bella carta que muestra su libre espíritu y fina inteligencia:

Es admirable [*Memorial de la sangre*] por la serena fuerza que encierran los poemas, por la grave emoción que les infunde calor vital, por la armonía y gala de la forma, por las rápidas iluminaciones que los recorren, por la exacta concordancia con la inquietud presente que la sutil sensibilidad en ellos expresada revela. La hondura a que penetra el pensamiento en los oscuros entresijos del alma y la vasta amplitud del arco que entre sus dos puntos de apoyo salvan las metáforas, les agregan críptica belleza, muy del gusto de nuestros días. Place asimismo la variedad de registros pulsados, sin que sufra la unidad tonal.

El poema que da título al libro y la “Elegía paterna” se completan; en cierto modo, marcan los dos hitos –cuna y sepulcro– entre los que se extiende el panorama de la vida. Son dos creaciones de proporción estatuaría; por decirlo así. Poseen impresionante grandeza.

Pero todos los poemas la tienen. Son fuertes y bellos, de noble elevación de ideas. Y los de la segunda parte –de tan expresivo y afortunado título– aúnan a esas cualidades la finura. Poesía de madura sazón, de cabal plenitud, en la que se externa con sinceridad una personalidad impar.

En cuanto a la forma, placen el perfecto equilibrio de la arquitectura, la límpida calidad del verso, melodioso de acentos, justo tono, depurado de toda

escoria verbal, hecho con insustituibles vocablos. ¡Y qué vigor y brillo en las metáforas!

Es obra de eternidad, “monumento perenne como el bronce”, y escribir acerca de él será oportuno y actual en todo tiempo.

Admirable libro, repito, como de tal minerva.

Por añadidura, la presentación tipográfica es muy atractiva. Mis parabienes y un abrazo muy afectuoso.

José María González de Mendoza

En las librerías, a donde voy más por costumbre que por la ilusión de hallar un libro luminoso, excepcional como en otros tiempos (“*la chair est triste jhélas! et j’ai lu tous les livres*”), raros son los encuentros. Sin embargo, por allí veo a Felipe Teixidor, gran conocedor de libros antiguos y modernos o platico con algunos libreros de aficiones bibliográficas que por afinidad con el cliente, como en el caso de la señora Naval, le prestan ejemplares de su biblioteca particular. También me ha ocurrido con Manuel Porrúa. Una vez que yo necesitaba un libro agotado puso a mi disposición el ejemplar de su colección. “¿Acaso usted presta sus libros?”, le pregunté. “No a cualquiera”, repuso, “pero a usted sí”. Después subimos a la biblioteca que está en un piso superior de su librería, en la calle de 5 de Mayo, donde revisé algunos volúmenes preciosos; me pidió mi opinión sobre unos grabados japoneses y le autografié un ejemplar de lujo de mi antología romana.

La mayor parte de los libros mexicanos de mi biblioteca provienen de la librería Porrúa Hermanos. En mis tiempos de estudiante iba a huronear allí con mucha frecuencia, y en años posteriores no dejaba de asomarme de vez en cuando a sus anaqueles. Al regresar de una de mis misiones extranjeras, su actual gerente, Antonio Pérez Porrúa, me invitó a recorrer el renovado establecimiento y me dijo que había tenido que reforzar su estructura porque los libros pesan mucho. Sí, le contesté, hay algunos que son verdadero plomo.

Una tarde que me hallaba en casa, muy lejos de pensar en mi juventud literaria, vino a verme Francisco Reyes y Palma, joven universitario, para expresarme el propósito del licenciado Ernesto de la Torre Villar, director de la Biblioteca Nacional de México, de organizar una exposición bibliográfica e iconográfica en el cincuentenario del movimiento estridentista, cuya organización se le habla encomendado. Me pidió informaciones y documentos. Después de cincuenta años muchas cosas han desaparecido. Con lo que yo

le entregué, el aporte de la hemeroteca y la colaboración de algunos amigos se reunió un buen contingente, lo que para los visitantes jóvenes a la exhibición constituyó verdadera sorpresa. La exposición lucía espléndidamente en la sala José María Vigil con mis libros y los de mis amigos, las revistas *Actual*, *Irradiador* y *Horizonte*, las fotografías de Weston y Tina Modotti, las máscaras de Germán Cueto, los dibujos y grabados de Alva de la Canal, Charlot, Méndez y Revueltas, de gráfica original e innovadora. Imágenes de una rara visualidad, pinturas de espíritu nuevo, colores gozosos y grabados de un hondo sentimiento dentro de su simplicidad.

Después de dos meses se clausuró la exposición con un acto en el que el director de la biblioteca, en nombre del rector de la universidad, expuso el interés de esta manifestación intelectual relacionada con las teorías estéticas modernas, esfuerzo al cual –dijo– no podía ser ajena la casa máxima de la lectura en México. Expresó también sus simpatías por el intento juvenil de renovación reflejado magníficamente en los materiales puestos a la vista del público. El bibliófilo don Porfirio Martínez Peñaloza examinó certeramente los perfiles de aquella obra de tan característicos rasgos y sentido estético social que le imprimen un aspecto diferente de los otros vanguardismos europeos y americanos. Hizo especial referencia a las circunstancias históricas del momento en que surgió, paralelamente a los objetivos perseguidos por los maestros de la plástica mexicana, que cristalizó en el muralismo revolucionario. Se me invitó a que explicara cómo surgió el movimiento estridentista, lo que hice en unas páginas que titulé: “Palabras para un cincuentenario”; Arqueles Vela expuso sus puntos de vista sobre la metáfora en mi obra poética y glosó algunos ejemplos tomados de mis libros; tras él, List Arzubide recordó incidentes de la época que ponían de manifiesto nuestra actitud y nuestro estado espiritual ante la modorra que embargaba a los escritores de aquellos años.

Al salir de la Biblioteca alguien me preguntó si me importaba mucho la tarea poética. Le respondí afirmativamente, pero que el fruto es lo único que cuenta en el tiempo, y agregué:

Creo que no hay en ninguno de mis poemas un verso que no responda a una percepción o emoción vivida. Supongo que la verdadera intención del poeta es la de poder expresarse. Hay poetas que a fuerza de querer entrar en la realidad resbalan por un flujo de palabras superficiales. Detrás de esos torrentes muchas

veces no hay nada. La emoción poética se les escapa, y la resonancia de vocablos sin nexos infalibles produce una impresión de vacuidad ajena al rigor mismo de la poesía. La búsqueda exalta, causa alegría, esperanza de nuevas conquistas, pero sólo la poesía lograda vale la pena de ser transcrita y compartida [...] Muchos nombres literarios no se fundan en la obra justamente aquilatada, sino en la impresión que van dejando habladurías y repeticiones halagüeñas de amigos consolidados. Una frase, un verso aislado, una publicidad machacada terminan por abrirse paso en la masa social.

En los manuales escolares yo ando generalmente mal representado por poesías muy juveniles y críticas incompletas y parciales, lo mismo que en antologías y crónicas en las que no faltan los juicios hostiles y de mala intención, inspirados por interesados cenáculos.

Cierto crítico, por ejemplo, me llamó la atención, porque en la edición de *Urbe* (Andrés Botas e hijo, México, 1924) apareció mal escrito el nombre de Whitman, aunque bien sabía que, como dice Alfonso Reyes, en las imprentas hay duendes que se dedican a estas travesuras. Peor le pasó a José Gorostiza, al que en su *Prosa*, editada por la Universidad de Guanajuato, otro Puck –un hijo de la Noche de San Juan– le armó un terrible embrollo juntando en un solo cuerpo los nombres de dos ilustres escritores, lo que produjo esta monstruosa intrincación: William Butler Keats. Sin embargo, nada autoriza a creer por eso que somos descuidados o ignorantes, en todo caso el negligente es el crítico de atrofiada sensibilidad para la interpretación de los valores literarios.

Pero no todo es hostilidad, en una ocasión que concurrí a un homenaje al orador José Muñoz Cota, en Bellas Artes, promovido por sus discípulos, tuve la sorpresa de oír que éste iniciara su discurso de agradecimiento citando uno de mis poemas de juventud, con una dicción perfecta y suavidad en el empeño elocuente, que arrancó el apasionado aplauso. No pude escapar a la emoción. Me acordé de que en mi mocedad en los tinglados de oratoria de *El Universal*, algunos concursantes decían poemas míos y párrafos de Mariano Azuela, ligados al México de la Revolución y la esperanza.

El movimiento estridentista, que para algunos no fue sino un polvorín del que salieron vistosos fuegos de artificio, para José Juan Tablada –inconforme renovador de la poesía– el movimiento estridentista fue un cometa que cruzó brillantemente el cielo de México y que, como tal, continúa su

órbita y volverá, con igual fulgor, a inquietar el sueño de los eternos ronca-
dores de la literatura.

No he perdido aún el hábito de ir al café. En un cafetín de la calle de Donceles, frecuentado por profesores de la preparatoria, suelo encontrarme con Juan Pablo García, exiliado español, maestro de historia, y Luis Noyola Vázquez, catedrático de literatura mexicana. Ambos son personas de trato agradable y competentes en su profesión. Noyola siente especial atracción por mi libro *Memorial de la sangre*, lo elogia y le causa extrañeza que no se hable en México más de él. En torno a dicho libro, un escritor significativo, Ricardo A. Latcham, crítico de *La Nación de Santiago*, se expresó así:

Maples Arce atesora en la actualidad una experiencia resumida en las alquitaras del lenguaje y en un concepto poderoso del mundo, que se ha densificado a través de los años. El poeta ha llegado a un punto en que presencia el fluir de las cosas, sin los ímpetus moceriles, ni las impaciencias dictadas por el coraje o el espíritu rebelde. La virilidad de Maples Arce lo ha hecho vencer muchos obstáculos, debido en gran parte a su experiencia derivada de recursos simples que en su trama sobria descubren sin embargo la garra del león, la huella anímica de un gran carácter, de una voluntad ética. La música, como medida de baile en la cuerda, el afán metafórico, el estridentismo de sus inicios ha desaparecido para ceder el campo a un conceptualismo que descubre las emociones del paisaje, la grávida ternura que emana del ser individual e individualizante, necesaria para destacar la sólida unidad de este libro [...] La imagen ha logrado la densidad conceptual más absoluta y los sentimientos, vertidos en estrofas de clásica factura, se remontan a la esfera de lo absoluto. Maples Arce se ha descubierto así hasta significar en el panorama moderno de las letras mexicanas una actitud de rigor estético y de percepción mágica de las formas y sonidos que lo distinguen de una manera nítida, diamantina, entre el coro de los musagetas inmaduros o simplemente vocingleros.

Asisto de vez en cuando al café de las Américas, frente al tráforo de la avenida de los Insurgentes en cuya terraza tiene su peña el doctor Jesús López Velarde. El doctor me habla de su vida en Jerez, de su hermano Ramón, de sus recuerdos estudiantiles en Zacatecas, Aguascalientes y San Luis Potosí. Una vez que hablábamos sobre el escaso interés del público por las conferencias, contó uno de los contertulios, que en cierta ocasión Alfonso

Reyes suspendió una de sus lecciones en el Colegio Nacional, porque sólo acudieron tres personas, y se fueron todos a un café, donde el maestro hizo gala de su saber y donaire. Allí me presentaron con el bibliófilo Bernardino Aguilar, que me aclaró lo de ciertos versos injuriosos para México, atribuidos a don José Zorrilla y que en realidad son de García Gutiérrez, autor de *El Trovador*, aun cuando después me mostró un poema vengativo del autor de Don Juan Tenorio aludiendo al fusilamiento de Maximiliano. En torno a la misma mesa se sienta Pedro Caffarel Peralta, a quien le encantan los epigramas, y no desaprovecha los rasgos divertidos de políticos o literatos para lanzarles sus irritantes dardos. Su debilidad es Díaz Mirón. Al mínimo ataque sale a su defensa para sacarlo inmaculado de lamentable charca. En nuestra pugna con el poeta, de muchachos, solíamos parodiarlo diciendo: “Hay plumajes que cruzan el pantano y sí se manchan, tu plumaje es de esos...”. Cuando el Ayuntamiento levantó una estatua al poeta –de casaca e índice perentorio– en el antiguo Paseo de los Cocos, los veracruzanos, que no se mamen el dedo, expresaron su sentir con esta cuarteta:

Díaz Mirón el del gabán,
por buen gallo y por matón,
le señala a los que van
el camino del panteón.

Recuerdo que una vez me reí con José Gorostiza a cuenta de don Salvador, que en su poema “Engarce” dice:

¡Y aquel fruto vedado e indiscreto
se puso el manto, se quitó el decoro,
y fue conmigo a responder a un reto!

—Cuando la dama se puso el manto –comentó Gorostiza–, es que antes se había quitado el decoro.

—Es lo más seguro –corroboré–, pero Díaz Mirón resolvió el problema de la rima invirtiendo el orden moral de lo ocurrido.

Hablando de Díaz Mirón, una vez el general Jara me refirió que siendo él ministro plenipotenciario en Cuba los exiliados huertistas le estaban dando bastante guerra propalando falsas noticias y escribiendo mentiras en los pe-

riódicos. Un día lo visitó el poeta, quien pomposamente le preguntó: “¿Puedo llamar todavía mi amigo al señor general Jara?” “Claro está”, le respondió sencillamente a su antiguo compañero de Cámara. Gracias a la iniciativa del general, el poeta de *Lascas* pudo regresar al país. Pero hay otro detalle que pinta de cuerpo entero a los dos hombres: cuando se hacían trámites para el regreso del poeta, éste, con ánimo de halagarlo, le pidió a Jara un prólogo para uno de sus libros. A esto, el general declinó. Sonriendo, dijo al ungido de la gloria: “No, don Salvador, de ningún modo; yo no tengo ninguna autoridad para prologar a usted ni a ningún otro poeta de la tierra”. Yo le comenté: “De la misma manera que Díaz Mirón equivocó el ‘perfume de gloria’ con el tufo que dejó el asesino al salir de la redacción de *El Imparcial*, confundió también la crítica literaria con la prosa política del constitucionalista”.

Una mañana que entré al café La Habana, en busca de Ermilo Abreu Gómez, me encontré con Rubén Salazar Mallén, con quien en fecha anterior se había frustrado una invitación. Convinimos en reunirnos en mi casa con amigos cuya lista elaboramos al momento encabezada por el cuentista Edmundo Valadés, presidente a la sazón de la Sociedad de Escritores. Desde hacía largo tiempo no veía a muchos de ellos. A Wilberto Cantón lo había perdido de vista desde la noche del 2 de octubre, fecha trágica, imposible de olvidar. Al escuchar de nuevo la charla de Renato Leduc, rememoré las terrazas de los cafés de Lisboa donde solíamos coincidir por el año 1942, cuando la guerra nos desplazó lanzándonos por rumbos inesperados. Me complació volver a encontrarme con Carlos Pellicer, cuyo claro lirismo me ha deleitado. (No así los poemas de entonación patriótica.) Después de la cena, platicamos alegremente y nos despedimos tarde, con palabras que aseguraban nuevos encuentros. Carlos y yo nos dimos la acolada con frases ditirámicas, como andantes de un mismo camino lírico. Sentimos la ausencia de José Gorostiza y Ermilo Abreu Gómez, que se encontraban gravemente enfermos y tenían ya las horas contadas. A Gorostiza lo visité algunas veces durante su enfermedad. Parecía sereno, pero supe que le desagradaba que lo vieran decaer, y me abstuve al final. Ermilo Abreu Gómez se fue muriendo con esa parsimonia con que había vivido, recluido en su casa de San Ángel. Al enfermar, ya nunca volvió a la tertulia del café, tan grata para todos. Mucho me dolió la despedida de estos amigos, pues eran hombres de relieve intelectual y fina conversación.

Por lo que voy descubriendo del mundo, resulta difícil para mí hacer nuevas amistades:

Un poeta de a cuartilla
que da lustre a esta ciudad,
me explicó la maravilla
de hacerse de una amistad.

Los amigos del presente,
dijo, son como el mamey,
hay que probar más de veinte
para hallar uno de ley.

Sin embargo, nuevas amistades he adquirido asistiendo a un pequeño café (Saroma), en el pasaje que se encuentra entre la Comercial Mexicana de Pilares y la sucursal de Banamex, cuya terraza amenizan unas plantas. Paso en este sitio unas horas de mi vida diaria. Aquel café es una especie de club-barco que navega sobre el mar hereditario de nuestra cotidianidad. Sus parroquianos fueron atraídos por el excelente café que allí sirven, recién torrado, con todas las del arte. A fuerza de vernos comenzamos a tratarnos. Todos son de la misma clase social aunque de diversas ocupaciones. Hay ingenieros químicos y mecánicos, directores de laboratorios, industriales, expertos en economía, médicos, abogados, jueces, escritores, etc. Esta misma diversidad profesional hace que cada uno de ellos posea algo de interesante para todos. Por mi condición de viajero diplomático y escritor me dispensan el honorable título de “maestro”.

La tertulia es siempre muy amena. Llega el sociólogo don Carlos Borges y se hace servir dos o tres tazas de café en fila; y viene varias veces al día. Don Recaredo Vilches (de real nombre visigodo), español refugiado, antiguo republicano, reclama su “cortado madrileño”. No falta don Enrique Díaz Tenorio que dejó su lucrativo laboratorio farmacéutico para dedicarse a su improductivo *hobby* de pintor. Llega cargando sus telas que alegremente nos muestra satisfecho de sus progresos. No falta tampoco a la reunión don Juan L’hóiste, químico de profesión, pero hombre de muchas facetas intelectuales, con el cual lo mismo hablo de Goethe y los románticos alemanes que de los clásicos y simbolistas franceses. Don Juan además tiene la pasión del ajedrez y a veces organiza partidos con otros aficionados, entre los cuales un niño de diez años que frecuentemente los bate, nos deja admirados.

El ingeniero Lorenzo González, con un dejo especial en el hablar, que revela su origen norteño, siempre sonriente y amable, nos explica los problemas de nuestra tecnología y con franqueza aborda sus fallas y necesidades de enmienda.

¡Iturralde! Nombre sonoro con acentos revolucionarios, es hijo del que fue gobernador de Yucatán. Pero el joven Iturralde no quiso ser un mero *junior* y prefirió ir a París a estudiar medicina; estudios que interrumpió por la muerte de su padre, y regresó a México con la representación de importantes laboratorios franceses, que más tarde sustituyó por su propia empresa. Nos platican de su tierra, la tierra del Mayab. Por él y otros paisanos suyos me entero de la historia de Felipe Carrillo Puerto, de sus amores con la “Peregrina” Alma Reed, que trascendieron a todas las guitarras mexicanas. Según parece, al *leader* yucateco le gustaba rodearse de trovadores en las cantinas y su jactancioso socialismo era mera ilusión.

Mi amigo de juventud Rubén Salazar Mallén viene raras veces entre semana, pero acude fielmente el sábado, en este día estamos rodeados de maestros y alumnos universitarios, así como de otros intelectuales. Unas simpáticas jovencitas siguen con avidez nuestros coloquios literarios y nos cuestionan pertinentemente, a veces toman notas, se quedan pensativas o nos comunican las impresiones de sus últimas lecturas. Salazar Mallén me habla de los jóvenes escritores de posible porvenir, y me interroga sobre los movimientos poéticos de Europa que me son más familiares. Intercambiamos libros o revistas que nos han interesado. Con vivo placer nos encontramos siempre, como si no hubieran pasado los años. Pero los años pasan.

Mi amistad con el licenciado Emilio Portes Gil, ex presidente de México, data desde mi actuación política en Veracruz, cuando siendo yo gobernador interino lo atendí en un viaje que hizo a la Huasteca. Más tarde seguí de cerca su obra política y social llevada a cabo en la presidencia de la república, etapa breve pero trascendente por la reforma universitaria y las leyes laborales de su iniciativa. Después nuestras relaciones se estrecharon y con cierta periodicidad solíamos comer en un restaurante del centro. La charla con don Emilio, que ha vivido intensamente horas críticas de México, y ha estado en contacto con sus más arduos problemas, está cargada siempre de sugestivos recuerdos. Una tarde, después de comer, en que fuimos a visitar a un amigo enfermo en la colonia del Valle, de pronto me dijo: “Por aquí hay una calle que lleva el nombre de Esperanza, ¿y sabe usted por qué? Así

se llamaba la amante de un regente de la ciudad que quiso de esta manera enaltecer sus favores”. Esta revelación me puso en guardia contra otros nombres femeninos que acaso, por igual coincidencia, usurparon la nomenclatura heroica de la ciudad.

Al establecerme en México he cumplido con algunas obligaciones sociales, renovando de esta manera antiguas relaciones. Recuerdo gratamente al señor licenciado Miguel Alemán con su señora esposa, en cuyo honor reuní un grupo de amigos nuestros. En conversación parcial, antes de sentarnos a la mesa, escuché los puntos de vista del ex presidente sobre palpitantes problemas, expuestos con ecuanimidad y ponderación, pero sin soslayar la realidad que se nos venía encima. La comida, asordinada y circunspecta, se animó de pronto al presentar la fuente del huachinango a la veracruzana. Alguien exclamó: “¡Esto es lo que debió darse a la Reina!” Pues corría el rumor de que S. M. la reina Isabel II, huésped de nuestro país en esos días, se había indispuerto a causa de cierto platillo de un ardiente criollismo. Ya sin ninguna restricción se habló largamente de una infinidad de cosas, con ánimo expansivo. Al terminar, en plática a solas con mi huésped, me contó que estaba redactando sus memorias, que comprenderían los recuerdos personales de su padre, en la época del magonismo, hasta su actuación en la presidencia de la república. De tarde en tarde le visito, sin otros motivos de los de la amistad y el paisanaje. Alemán es persona agradable y sus apreciaciones realmente interesantes. En una ocasión que hablamos de los muchos libros que se han publicado últimamente sobre los dictadores de la América Latina, me hizo perspicaces observaciones políticas y literarias.

Igualmente recibimos, con íntimas amistades, a doña Eva Sámano de López Mateos, siempre gentil y cordial, es la sencillez en persona. En sus visitas al extranjero viajaba sin séquito y sin ostentación alguna. No era por su comitiva que se notaba su rango, sino por su porte, su educación y su cortesía. A Ottawa llegó acompañada sólo de dos amigas y a Oslo y Beirut de su hija. Durante el último aniversario de la muerte de su esposo, se extrañó, con razón, del pequeño número de personas que asistía a la ceremonia de recordación. Creo sinceramente que es uno de los mandatarios que más llegó al corazón de los mexicanos. No es que el olvido haya caído sobre el umbral de su casa, no. El aplauso, el halago, el brillo del poder han desaparecido, sí, pero no por olvido. El tráfigo terrible de esta urbe, hace que el más pequeño desplazamiento se convierta en una odisea. Las exigencias de

la vida nos sitian inexorablemente oprimiéndonos al punto de descuidar nuestras obligaciones cívicas, nos olvidamos en apariencia de todo. Pero en el fondo de nuestro ser conservamos vivos nuestros sentimientos de reconocimiento y afección. Al destello de este recuerdo hago memoria del joven presidente. La última vez que lo vi, la víspera de uno de mis viajes orientales, sentí el barrunto de su irrevocable destino, no obstante los esfuerzos que hacía por ocultar su declinación.

Así, entre vivientes y sombras de amigos desaparecidos, se va tejiendo la realidad que nos circunda. A veces me visita el recuerdo de alguna persona conocida, pero sólo de una manera efímera y medio desvaída, pues únicamente conservo cerca a los muy queridos, a los que me son afines. Constantemente evoco a Ignacio Millán, hombre generoso, leal e idealista, cuya amarga especialidad de cancerólogo le hacía sufrir en el trato con sus pacientes, más todavía si eran sus íntimos como Diego Rivera y Miguel Othón de Mendizábal. Su esposa Verna le seguiría poco después. Me parece que aún los veo; él tenía amable rostro, tranquilo continente, aire distraído y se sentaba al piano con una concentración reflexiva; ella, vivaz, alerta, de cabellera rubia y ligeros estallidos de risa en medio de nuestras animadas discusiones. No estoy seguro de cómo fue la muerte de Nacho. Alguien me dijo que una noche, en su lecho, se había quedado dormido para siempre. Las últimas noticias que tuve de Verna me llegaron a Beirut, por una carta en la que me anunciaba su libro sobre Joyce. Después hojeé el libro, profusamente ilustrado en una librería de la calle de Hamra. No supe más de ella. Jamás podré consolarme de la pérdida de estos verdaderos amigos. La partida de ambos fue acompañada del desvanecimiento de otras relaciones, pues los Millán tenían una rara capacidad de afectos y generosa cordialidad. En su recuerdo escribí una elegía que termina así:

¡Ay!, mi llanto
corre por el silencio que esconden las ciudades.
Profetisa del sueño, haz tú este milagro.
Regrésame su sombra, aunque esté más oscuro
que el mismísimo Fausto; ¡él tan claro!,
y permite que venga
a respirar conmigo el aire del poema.

Las viejas disciplinas de los poetas trágicos
llegan hasta la arena manchada de cadáveres,
frente al mar y las olas que en voz alta te nombran:
Millán, Millán, Millán, te llaman las sirenas
desde la niebla inmensa de mi vieja memoria.
Cuando llega el crepúsculo me quedo pensativo
y me digo a mí mismo, ante tu apagamiento:
tú ya no tienes penas, ni yo tengo sosiego.
Duerme, querido amigo, el sueño del olvido.
La vida es lo que huye, y su furor, la nada.

La muerte alcanzó también a Francisco González Guerrero, que caminaba ya en una niebla, semiapagada la vista, y poco después a Martín Gómez Palacio, quien enfermó gravemente en un viaje ilusionado por España, del que regresó únicamente para morir. De los contertulios que solían acudir al Café Campoamor quedan pocos supervivientes; hasta el mismo café, en el rinconcito del reloj turco, desapareció en aras del progreso bancario. Otro tanto puedo decir de mis amigos de *El Universal*, cuando llego a la redacción sólo encuentro a Demetrio Bolaños Espinosa. Lo mismo me ocurre al visitar *Excelsior* y *Revista de Revistas*, solamente saludo a Manuel Horta, defendiéndose del tiempo gracias a su malicia y donaire.

Más de una vez la muerte nos ha frustrado una cita o el propósito de un encuentro. Cuando supe que la enfermedad del general Jara se agravaba, tuve la intención de ir a verlo a Veracruz. Había sacado ya mis boletos, cuando el ex presidente Ruiz Cortines me mandó decir que suspendiera mi viaje porque ese mismo día traerían al general en un avión para internarlo en el Hospital Militar, donde iba a ser operado. Pensé que nos veríamos al día siguiente, porque uno de sus ayudantes me contó que antes de aterrizar había pedido le dieran una vuelta para contemplar la ciudad. Por la mañana, al presentarme en el hospital, el oficial que me recibió, en vez de conducirme al cuarto del paciente, me condujo al despacho del director. Ahí encontré a una de las hijas del general y al doctor Rafael Moreno Valle, en cuyos rostros leí lo que acababa de pasar. Abracé a Velia conmovido y cambié palabras de sentimiento con los otros amigos. Después de un rato, a bordo de un automóvil, seguimos el carruaje fúnebre hacia la Agencia Gayosso de Félix Cuevas, donde se instaló el catafalco.

Mientras hacíamos este silencioso recorrido, apenas interrumpido por alguna que otra expresión dolorida, recordé que cuando el general Jara era secretario de Marina se le acercó un antiguo compañero de luchas revolucionarias a proponerle un negocio en que correspondería al ministro un millón de pesos, que le aseguraban una vejez desahogada, él lo despachó con cajas destempladas: “Nunca he prevaricado y no voy a hacerlo ahora que estoy en las últimas. Dé usted gracias a nuestra vieja amistad que no lo consigne”. Vino también a mi memoria una carta del general que me escribió a Ottawa, en la que me contaba, desde el Instituto de Cardiología donde se encontraba recluido, sus quebrantos de salud y su temor de que no nos volviéramos a ver. Le repliqué, con ánimo de reconfortarlo:

Aunque a su corazón le fatigue la espera
volveré a verlo antes de que decline el año.
Auguro que los campos claros de primavera
iluminen su alma con el frescor de antaño.

Yo no sé por qué fui a remotas fronteras,
en busca de otros cielos como los emigrantes,
cuando gloria y honores no son más que quimeras.
¡Ah el río de la belleza! ¡Ah mirajes distantes!

Mucho lo he recordado en los tiempos postreros,
en un tren, a la orilla del mar, en los senderos
de un parque, en el silencio de una sala vacía.

Sueño que un día elevemos nuestra copa espumante
y que apunte en sus ojos aquel fulgor chispeante
de cuando gobernaba y a la vez combatía.

Esto ocurrió en 1956. Habían pasado doce años durante los cuales nos vimos muchas veces y en diversos sitios del mundo, pues sus actividades como presidente del Consejo de la Paz lo obligaban a desplazarse continuamente. En una ocasión le regalé un corte de casimir inglés que se mandó a hacer y usaba de preferencia en las solemnidades. Le llamaba “el traje de Maples” y con él se presentó en Moscú a recibir el Premio Lenin de la Paz. Era un

espíritu alegre y humanista; no le pesaba la vejez; en las reuniones resultaba generalmente el de mayor edad con lo cual solía hacer bromas, al igual que con su enfermedad, pues cuando alguien en una ocasión le reclamó que hubiera abandonado la clínica para ir de paseo, le respondió que como estaba sordo confundió las palabras de su médico y en vez de “reposo” oyó “retozo”, lo que él se administraba con mucho gusto.

Seguí con el pensamiento largamente el recuerdo de este hombre que sabía corresponder con toda nobleza al afecto, y para quien los vocablos que connotaban sentimientos no eran ecos vanos del lenguaje, sino consecuencias de un firme carácter.

En los funerales del general Jara me encontré al ex presidente Lázaro Cárdenas. Al estrecharle la mano –porque sabía cuánto lo quiso– le dije con honda emoción: “Debemos darnos mutuamente el pésame”, a lo que él respondió: “Es verdad, es un gran dolor para todos”.

Poco tiempo después, un día que me proponía visitar al general Cárdenas, un amigo íntimo de ambos me advirtió que éste no tenía humor de ver a nadie, dada la conjunción de su enfermedad y de sus sufrimientos. Con la esperanza de que se recuperara esperé tiempo. Una tarde, a través de la televisión, me sorprendió la noticia de su muerte. La misma noche me presenté en su casa para rendirle un postrer homenaje, y como él me había dicho de su amigo Jara, pensé que la muerte de este hombre leal, honesto, incorruptible, era un gran dolor para todos los mexicanos.

No recuerdo quién dijo que la amistad es el vino de la vida, la frase está citada por Boswell en su biografía del doctor Johnson. Y es que la amistad es un cordial que tonifica y alegra. Hay amigos que ponen algo así como una nota de brillo en su amistad. Por desgracia, a medida que avanzamos, el círculo se reduce y sentimos que va cayendo sobre nosotros la sombra de la soledad.

XX. El Tapado y yo

Yo soy un hombre inclinado a la amistad, y una de las amistades que más me hubiera gustado cultivar es la de El Tapado. En el lenguaje de las instituciones públicas mexicanas esta palabra, no obstante su guiño pintoresco, es una de las más aventajadas y que mejor conviene a la índole de nuestro pueblo.

En el descubrimiento de nuestro folclore y los mitos de nuestro tiempo, algunos escritores mexicanos han desplegado gran sagacidad de ingenio. Yo sé que mi aporte en este campo es insignificante y que a veces me confundo, más que por los defectos de la persona, por quienes hacen su retrato, equivocando los recargos, la riqueza barroca, la sobrevaluación, el guiño, el gesto, el discurso o el fuego de sus ojos.

Hasta la fecha se ignora quién introdujo el eufemismo en el léxico de la politología, pero debe haber sido un gran solapado. Existe la versión de que tomó origen al principio de nuestra Independencia, pero sin ninguna justificación concreta, y otra más dudosa aunque se remonta a la historia antigua, con argumentos traídos de los cabellos, que ni siquiera me atrevo a enunciar. Pero sin meterme en honduras puedo asegurar que *El Tapado* y su trascendencia lograron introducirse entre los futurarios de la sucesión de generales criollos y mestizos, hasta sus últimos recuentos propiamente institucionales. Es en realidad una creación netamente mexicana, un reflejo de la colectividad y de la desgana nugatoria fundada sobre el *consensus*. No faltará algún reaccionario despechado que pretenda insinuar su carácter espurio alegando que no figura en la Constitución. ¿Pero quién puede negar su presencia? Cada seis años, cuando parecía olvidado, subordinado al silencio y como dejado de la mano de Dios, da nuevas señales de vida en el momento oportuno de la primavera electoral. Pues él es el correctivo de un linfatismo idiosincrático.

No hay que confundir al Tapado con el Providenciado; algo se parecen pero no son lo mismo. El primero carece aún de fisonomía propia; se significa apenas por un aspecto cambiante, tornadizo, yuxtapuesto, confuso y un tinte casi sublunar. Resulta imposible verlo bien desde el principio, porque detrás de su rostro hay otro rostro, y detrás de éste otro más, en una profundidad fantasmagórica, hasta que toma el sentido de la realidad.

Entre el ego del Tapado y el ego del Providenciado hay seguramente afinidades y diferencias opresivas –espacios, lejanías, degradaciones– que la psicología clásica no puede mensurar. Posiblemente uno y otro mantienen cierta relación comunicativa, pero ¿qué voz de ángel puede declararlo?

Aunque nunca he asistido a la transfiguración del Tapado, me imagino que esta no es fruto del azar. Lo dicen las Escrituras. Como en un relicario políptico de la antigua escuela de pintura flamenca adivino que el Tapado recibe primero el rayo de la visitación, que opera mediante el desistimiento de la soberanía. Entonces el agraciado pasa una temporada de interno en una atmósfera nocturna sufriendo las maceraciones del silencio, trabajando oscuramente de modo infecundo y poco creador o jugando al alelévi que lo desrealiza. Siguiendo la nueva estrella, los magos del incienso –prensa, radio y televisión– llegan a adorarlo, junto con la grey y los pastores. En calidad de Providenciado es presentado a los comités agrarios y sindicales provistos de banderines y calicós, y afirmado ya en su propia potencia se dispara a los cielos despejados.

Pero en el interregno de las horas de enclaustramiento y la caída de las últimas escamas del insomnio, el Tapado despliega un trabajo de paciencia, precisión y saliva que hacen de su vida una obra de arte.

Resulta inútil buscar al Tapado entre los hombres de la calle, entre las multitudes que circulan por la ciudad; más bien podría hallársele en las altas esferas ministeriales, en los intringulis de la familia revolucionaria; en todo caso los caminos que conducen a él son oscuros e intrincados.

Hubo una época en que los Tapados venían del norte, tenían fisonomía, psicología y catadura regionales muy marcadas, pero una revuelta rompió la cadena supersticiosa y el procedimiento selectivo tomó un giro diferente. Para enriquecer el friso del pluralismo se reclamó el concurso de otros estados de la Federación, que adoptaron el tono de sus diferentes estilos: magnánimo, bondadoso, risueño, económico, galán, violento, prodigo, cauteloso, etc. Un dirigente del Tercer Mundo hizo el recuento de

los Tapados disponibles en la remesa sexenal correspondiente y resultaron siete, número cabalístico apropiado para esta clase de operaciones, pero los entendidos en la materia pensaron que al menos tres o cuatro eran falsos, destinados únicamente a aumentar la ilusión democrática.

A veces hemos creído descubrir al Tapado en su caverna, iluminado por un rayo de la lámpara de Aladino, pero, ¡hay!, sólo era un trasunto de lo imaginario.

Ha habido Tapado que se había ya introducido en la ciudadela de la Revolución y en una noche corrosiva perdió todo, y su sueño presidencial se le derrumbó como un castillo de azúcar. Mientras El Oscuro no se quite la capucha que lo despersonaliza, estamos aún en las fronteras de lo imaginario, ambiguo y convertible.

Hace años, por un raro designio del destino, me encontré bajo el lampo del oscuro fulgor de uno de los Tapados más remontados y misteriosos de nuestra historia. Cuando llegué a congratularlo me lo encontré solo, cosa rara, sentado en una silla de tule al fondo del corredor de su casa. Le pregunté qué se proponía hacer, y me contestó con esta frase sibilina: “Estoy creando *personalitis*”. Pues lo más importante en esos casos es la afabulación que causará la impactación nacional. Pocos días después apareció en todo su esplendor, dotado de historia, divisa, personalidad, heroísmo y poder. Y tan formidable fue el destape que desapareció de mi vista dejándome sólo las favilas o pavesas de su fábula. No volví a verlo más. ¡Oh, beatos, los que de su amistad gozaron!

Muchos años más tarde, en el crepúsculo de mi vida, una circunstancia imprevista me puso a la vera de la más amable de las amistades. Asistía yo a un desayuno político, invitado por un ex presidente, cuando llegó El Esperado a la reunión. Saltó de su automóvil, alegre y deportivo y entró hasta donde yo estaba, algo comprimido por el gentío. Apenas pude cambiar con él dos palabras: “Creo que no nos conocemos”, insinué. No sé si bromeaba, pero me contestó: “Yo sí lo conozco a usted”. Esta vez sí se me hizo, pensé, cuando una alcavela de gobernadores, como una nube legendaria, nos envolvió y se lo llevó por los aires.

El Tapado suele disimularse tan bizarramente que ni el diablo, ni su abuela lo encontrarían. Cuando creemos haberlo reconocido por un rasgo, al instante sufre una alteración y modifica su trayectoria; sus movimientos y su figura se desracionalizan y se pierde en las puertas giratorias

de la antilógica o se aleja a trancos emprendedores por oblicuos pasajes. Al momento de alcanzarlo y casi tocarle la espalda, contrariando los principios de la estabilidad, desaparece de nuestra retina. En los delirios de mi fantasía lo he rastreado por lugares inimaginables, impregnados de magia, en los laboratorios del sueño en las logias penumbrosas, en las fiestas de huicholes trenzadas de cintas de colores, en los cenáculos de anticuarios, entre las aguafuertes de Goya, Rembrandt y Callot por donde pasó el tiempo amarillento. Cuando me disponía ya a oír el soplo de su palabra, ¡qué decepción!, no era él, y yo que creía que al fin iba a estrechar su mano, abrazarlo, brindar en su honor, ofrecerle mi vida por la suya. Pero todo en vano. Nunca coincidimos. Al llegar al punto interseectivo, El Incógnito está ya lejos.

El Tapado es inestable, elástico, univoco e indestructible. A veces se presenta bajo la forma de un espantapájaros del futurismo; otras, como una sombra violeta pastel, que se esfuma por el filo de una esquina; otras más, bajo el aspecto de un donador de gracias que reparte la tierra y sus frutos, el agua, el sol, el oro de los trigos.

En los últimos tiempos han aparecido métodos para su detección. Uno de ellos consiste en observar la consonante final del apellido paterno de los inscritos en la parte *contáble* del *who is who*, del ¡Ji, Ji, Ji!, y según la repetición de la consonante final se saca la consecuencia. Sin embargo, las bizarrías alfabéticas, dada la intervención de algunas vocales finalistas y un ligero empujón de la fortuna, pueden frustrar las reglas del juego. Aunque yo he consultado el método susodicho con la Sociedad Metafísica Alfa-Omega, mis diligencias han sido infructuosas. Sólo dicen haber oído rumores de izquierda y resacas de derecha, sin sentido, o lo más probable es que únicamente oyeran el farfulleo de *Os vencidos da vida*. Queda aún la lectura bajo el pestañeo de las constelaciones que, a veces, porque brillan o parpadean demasiado en la madrugada, no dejan claro su mensaje. Y ni que hablar de las tretas más grasientas de la baraja, que en ocasiones exhibe una presencia en la sota que se adelanta, reclamando el machetazo al caballo de espadas. ¡Oh, amigos lectores! ¿Creéis esto justo y razonable?

Por más que indago en los palimpsestos más antiguos de la cábala y en las enciclopedias más modernas de la cibernética, sigo en las tinieblas. Me he quemado las pestañas y he envejecido a ojos vistas sobre los libros y monumentos de la sabiduría zoroástrica y faraónica, sin jamás descifrar el

enigma de El tapado ni encontrar la realidad de su dimensión, pues en las claridades de su espacio todo es fantasía, fluctuación, ruina y espejismo.

Por él me he metido en las mojíngas de máscaras antiguas, en los bailes de negritos y tocotines; he bailado con los enanos, he brincado con los serranos; he tenido que enfrentarme con los protestatarios de Marx para hacer valer sus derechos. A pan y agua he pasado días enteros con la Madre Matiana tratando de vislumbrar algo en los arcanos del futuro. Lo he buscado en Los Libros Rituales de la Biblia, en El Libro de Asientos del Año de Hidalgo, El Libro de Don Q, en El Libro de la Licantropía (*El lobo estepario*), en El Libro de Difuntos –negro y plata– del Tepeyac. No he descuidado los tratados de la comunicación humana, y en mi inocencia he llegado hasta escudriñar las páginas de la Sección Amarilla. No descuidé tampoco los viejos calendarios Galván y los almanaques iluminados. Oráculos. Óleos de Ibarra. Por los portillos del silencio he ido a la deleitosa vega para meditar bajo los olivares y resguardarme de la soflama de los discursos, mientras rebaños de merinos balan hacia los brillos de palacio. ¡Oh deliciosa pastorela, derrama la luz de tu alegría sobre mi corazón escéptico!

Hay en el *Fausto* de Goethe un extraño pasaje, el que se refiere a las Madres, y al que se le atribuye un carácter fálico. Mefistófeles le dice a Fausto: “¡Son las Madres!” Y Fausto, espantado, repite: “¡Las Madres!” Entonces Mefisto: “toma esta llave... sujétala desde luego, y no la desprecies”. Y Fausto ve crecer el pequeño objeto en sus manos, brillar y lanzar relámpagos. Así, El Dioscuro, cuando recibe de su antecesor el emblema, siente crecer la fuerza de su poder y baja hasta la entraña del pueblo a cumplir su fin secreto.

Antes de terminar sólo quiero aclarar esto: El Tapado se compone de dos partes, la personalidad de origen y el cuerpo del sistema, levantado por el hilo de la imaginación, que le suelta carrete y lo empina como un cometa.

Por todo lo anterior resulta difícil concebirlo. En realidad no he podido captar su naturaleza y carácter, acaso porque es diferente de los demás seres. En cuanto a la ubicación, a veces se presenta en algún lugar público, muy evidente, pero de pronto El Encapuchado desaparece y no vemos sino el desierto y el cielo infinito. Y no se crea que esto es ilusorio, porque he visto también el fenómeno contrario. Del horizonte de la nada se revierte a la encarnación de la materia, y allí se queda ya insustituible, pues les aseguro, ¡oh amigos!, que pega de locura.

Observando el panorama trágico de América con sus tiranos sangrientos y sus magnates megalómanos, no puedo menos de consolarme con nuestros modestos Tapados, que al menos no se desolidarizan con el pueblo que los acepta y confirma en su destino. El Tapado representa, entre el gobierno que languidece y muere, y el porvenir de las instituciones y la vida que continúa, algo así como el eslabón perdido de la democracia. No pretendo idealizar al Tapado, ni hacer su elogio; me doy cuenta de sus debilidades, contradicciones y extraña duplicidad, pero no es posible ignorar en un balance imparcial, que en muchas ocasiones ha sido un factor de concordia y unificación nacional y que gracias a él hemos acabado con los cuartelazos y la muerte súbita de los oponentes, manteniéndose en una pacífica dimensión social, que lo hace acreedor al Premio Nobel de la Paz.

Un visionario de las montañas de Guerrero se imagina haberlo visto entre la magra caballada que trota por las praderas electorales, pero lo que yo pienso es que, entre las sombras de la política, acaso confundió el aspecto de los jamelgos con la superior naturaleza del jinete. Este fenómeno de intrincación no es extraño en nuestras latitudes, pues el escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez encontró, nada menos que a *El hombre que parecía un caballo*, en la efigie y el alma de un poeta colombiano. Yo, más bien, me inclino a creer que se trata de un centauro. Un día, cuando el tiempo haya pasado y triunfe el esplendor del método cartesiano sobre la indivisión de los elementos, El Tapado aparecerá a las generaciones subsecuentes como el centauro Quirón que educó a los héroes de la mitología griega. El Tapado es el maestro absoluto del sortilegio: carne y mármol, paradoja y bronce de nuestra patria.

Si yo fuera tan rico como el rey de Libia me mandaría pintar por un émulo de Goya el retrato del Tapado, una síntesis de inteligencia y penetración reveladora de sus anhelos infinitos, aspiraciones y plenitud creadoras, para colocarlo en la chimenea de mi estudio a favor de la luz crepuscular, y contemplarlo morosamente en mis largas horas de soledad y desencanto.

XXI. Tierras nativas

El pueblo lejano

Yo nací en un pueblo que era sólo una villa,
una iglesia en su atrio rebañaba el lugar,
traspasaban el aire perfumes de vainilla:
mi madre allí tenía sus galas y su hogar.

Su nana le decía cosas de maravilla:
“—Vela, se mi figura que te vas a enmaplar”
y ella sonreía, radiante la mejilla,
al galán forastero que la iba a buscar.

Muchas veces pensando en el tiempo y la vida,
el destino y la muerte, mi alma oscurecida,
recibe las caricias del amor familiar,

y sueño con el pueblo en sus horas mejores,
en las bellas criaturas y sus tiernos amores
oyendo en mis umbrales los latidos del mar.

Hay en mí un lado sentimental que no puedo desconocer. Personas, lugares y cosas me afectan de alguna manera y me llevan a un humor nostálgico. No olvidé a mi tierra natal, Papantla, y ella tampoco me olvidó. Bajo los auspicios del Ayuntamiento, presidido por el doctor Agustín Lammoglia, se llevó a cabo una fiesta en mi honor para declararme hijo predilecto. La ceremonia tuvo lugar en el salón de actos de la escuela municipal que lleva el nombre de la educadora María Gutiérrez. En esa ocasión leí un capítulo de mi libro

A la orilla de este río, en el que relato el viaje que, siendo niño, hice a Papantla con mis padres. El pueblo, de fiesta, ofrecía un aspecto jubiloso por los cientos de danzantes que con sus coloridas indumentarias tomaron parte en el programa, desfilando y ejecutando sus bailes a lo largo de las calles. En medio de esta alegría desbordante sentí la fuerza de sus tradiciones y los vínculos emocionales que me unen con aquella gente. Solar totonaca que abarca una de las zonas arqueológicas más notables de la república, donde destaca la geométrica belleza del Tajín. Lluvia o trueno en la vieja cosmogonía.

La pirámide trunca de los nichos se yergue bajo un cielo restirado de azul. La vez anterior que estuve allí había, reclinada en un costado, una estela que representaba una hermosa escena ceremonial. Luego, desapareció. Apuntalada de estrellas mantiene El Tajín su íntegra geometría calendárica. Antigua, porque en el siglo XI ya se le había abandonado, y moderna por su perfecta funcionalidad sideral. Símbolo del tiempo, cuenta la sucesión de los días de un ciclo completo, siguiendo un ritmo admirable ante el cerrado horizonte de montículos, que prometen extraordinarias revelaciones arqueológicas. Estaba yo frente al mundo de esa raza espiritual, a la vez delicada y fuerte, que agitada por un anhelo de trascendencia nos dejó este mirífico monumento que muestra a nuestros ojos la grandeza de su cultura. Contemplando la construcción de irresistible seducción y belleza, siento la medida de los días transcurridos para siempre y lo que nos aguarda. Tierra nativa: desde las entrañas de tus bosques me llega la brisa estremecida del perfume de tu vainilla. La rotación de los días encerrados en la mudez de la piedra, inclina a la admiración de tu origen metafísico. Por el fino modelo de tus bustos y las caras sonrientes tostadas por el sol, lo mismo que en las esculturas mágicas, esplenden tus palmas y hachas ceremoniales, con la gracia y delicadeza de un legado invulnerable. Nos atrae la girándula de tus danzas, que desafían a la muerte, pero nuestra alma distraída por intereses y pugnas, está lejos de tu forma de ser y de tu corazón mismo. Nadie comprende la asociativa de tus elementos. Han pasado por ti silenciosos siglos sepulcrales, mas el ritmo riguroso de las escalas de tu pirámide sin par, concreta, como si estuviera allí para la eternidad, la gloria viva de tu genio.

Quiero, con mi palabra, lavar la injuria del injusto Claudel, hombre de ciega certidumbre, que denigró, sin conocerla, nuestras viejas razas y sus grandiosos mitos; y que sobre su imprecación brillen para siempre los biseles de tu piedra engarzada en el mecanismo de los astros.

Muchas veces he pensado en aquella legendaria arquitectura y hasta creo que la he idealizado. Mientras la admiraba hablé con el cuidador del campo, un hombre atezado, despierto y locuaz, que me refirió varias leyendas vernáculas relacionadas con la vida de los totonacas, una de las cuales se aprovechó para hacer una película en la que el mismo vigilante tomó parte, y no dudo que lo haría bien, dado el garbo que ponía en la narración, subrayada por el floreo de su machete, con el que al mismo tiempo cortaba pequeños tallos o apuntaba a los montículos que circundan la zona.

Aquella estrellada noche estuve dando vueltas en el parque en compañía de dos hermanos, parientes míos por el lado de mi madre, que estaban enemistados por hondo desacuerdo. Caminaban a mi flanco, dirigiéndome la palabra, sin hablar entre sí, situación algo incómoda para todos, pero que no era completamente novedosa, pues sus padres vivieron también bajo el mismo techo sin cambiar palabra, ocupando cada uno las piezas extremas de la casa. Después de un rato nos sentamos. Me sentía distante en el pasado de mi niñez. No lejos estaba el atrio de mis correteos, apiñado de recuerdos. La musiquilla de una feria reverberante me envolvía mientras indígenas, hombres y mujeres de albo vestido se reunían en pequeños grupos susurrantes cerca del quiosco o en los escaños que acotan el jardín. Pero ni siquiera lo que sucedía a mi alrededor lograba captar mi interés. Yo estaba pensando en algo distante, muy lejos del tiempo, que me hacía ir y venir como una exhalación. Solía escapar de la casa de mi tía Concha a la casa de mi abuela y metía la mano en alguno de los tenatitos rebosantes de pesos y tostones que había en el repositorio de la vainilla, y me iba a los puestos del mercado a comprar raspados de frambuesa y confites de almendra. No estaba descartado de mis proyectos casarme con una de mis primas y, en consecuencia, ser enteramente feliz llevando la vida más deleitosa del mundo. Para librarme del aburrimiento haría estupendas excursiones por la playa e iría a visitar al Cacique Gordo de Zempoala, con el cual me divertiría en grande jugando a las matatenas y pagándole con calcomanías cuando yo perdiera, y recibiendo en cambio códigos de colores con maravillosas historietas cuando ganara...

El silencio se había ya hecho en el pueblo cuando regresé a mi posada decidido a naufragar en las olas del sueño. Bajo la dulzura de estas impresiones me sentía feliz. Mi tierra natal me recibía cariñosamente. Partí llevando en mi viejo corazón tonificado la sonrisa que florece en la faz de sus antiguas esculturas.

Tajín

Bajo abrasantes soles tropicales
por el camino voy de la vainilla;
absorto, con ojos sensuales,
descubro del Tajín la maravilla.

Vallada de verdura reluciente
descorre su votiva gradería,
y a los biseles de la luz poniente
vuela la metafísica del día.

El genio de su eterna fantasía
-Rayo o trueno de mitos coruscantes-
ha vuelto a florecer a los viandantes.

Ausentes están diosas y pinturas,
pero desde el azul de sus alturas
siento el duro latir de sus danzantes.

* * *

Llegué de nuevo al río. Contemplé maravillado el paisaje. Apenas una ligera vibración se cernía sobre la reluciente atmósfera. El río estaba azul oscuro, las estrellas emitían sus mensajes infinitesimales. Volví a vivir los episodios de mi vida infantil: el trajín y el divagar cotidianos, las impulsiones de mi espíritu en aquellos días y las angustias y júbilos de mi mocedad. Surgían y se desvanecían en las nebulosidades de mi recuerdo sombras y escenas anacrónicas. Pensé en Mariana, la recamarera, que acudía a decirme que ya era tarde y que mi madre me esperaba. Me parecía oír desde el viejo caserón de la Peña el acento cavernoso de don Segismundo Gervi, cuando al pasar le gritaba: “¡Don Segismundo!”, y el eco me contestaba “mundooo”; la sostenida queja del pistón de Zaleta; y hasta creí ver al diablo, con bigotes

y piocha pintados de hollín, que desde algún escondite intentaba jugarme una de sus malignas bromas.

No sé cuánto tiempo permanecí fantaseando en aquel lugar. Era seguramente muy tarde cuando emprendí el camino a casa siguiendo el mismo recorrido que hacía con Mariana. En vez de acostarme me instalé en el comedor, abierto al patio florecido de limoneros y astronómicas, y subyugado por mis vivencias infantiles caí en una honda ensoñación: vi que se acercaban las sombras de mi niñez con un mágico halago e imaginé esta

Serenata pueril

La vida es un teatro
hecho por tres o cuatro,
afirma Calderón.
Van llegando al tablado
gente de mi pasado,
sombras de mi telón:
Cristina y Severiano
cogidos de la mano,
Mariana, la mucama,
Zaleta, el embrujado
y brujo del pistón
que perdió la chaveta
por la que no lo ama,
pues ama a otro varón.
Yo sueño con lo arcano
y el diablo entra en lo vano
haciendo una pirueta
por el escotillón.

Las brujas bailan al son
de una música terqueante
para volver al amante
de nuevo a su posesión.

El aquelarre hace ronda
delante del guajolote,
palabras del epazote
se oyen en la traspisonda.
—Por aquí has de llegar;
en la noche del Erebo
frente a la vela de cebo
a fuerza tienes que entrar.
Está en su punto el conjuro
cuando al guanajo hace ¡tong!
Surtió ya efecto lo oscuro
por arte del Malintón.
Con el alma fatigada
pasaba horas de extrañez
viendo entre la palizada
las sagas de mi niñez.

Es noche de retreta
la pena de Zaleta
suspira en la veleta
que escala su pistón;
su larga queja ensaya
al pie de la Atalaya,
y al diablo le da raya
el encantado son.

Con lírica acrobacia,
trasunto de la gracia,
sus altas notas hacia
la noche alzan su son.
Planea por los tejados,
se planta en las estrados,
y en bailes y tinglados
arguye su pasión.

Todo es suave y vago,
la noche mero halago,
la mar pleno cantar.
El mágico insondable
que cuelga sus tesoros
tachado de meteoros
me clava el formidable
mirar del ultramar.

Entonces me decía:
¿Cuál es la profesía?
¿La vida es un afán?
Hay gentes laceradas,
mujeres encintadas
y buques que se van.

Muchachas de ojos zarcos
que esperan blancos barcos
riberas de la mar,
con senos y caderas
de tensas primaveras,
como barcas veleras
ansían también bogar.
Yo andaba por los cielos
buscando en mis desvelos
la curva kepleriana,
cuando el sutil intruso
ligero me propuso
los senos de Mariana.

Con golpe acelerado:
—Estate bien portado,
te vas a condenar.
—Están tus días contados,
gritóme el emboscado
con hondo resonar.

Mas hícele yo frente,
y le solté estridente:
—Me haces los mandados.
—De mí te has de acordar.

Algunas sombras raras
detrás de las mamparas
están a lo que están.
La trova con su lazo
las ata en breve plazo.
¿Caerán o no caerán?
¡Si mudan las estrellas,
cuánto más las doncellas!

El tiempo chinchurreta
y el vicio con careta
del brazo juntos van.
Que suba el proxeneta,
más alto que un cometa,
y enrédese en su treta
el diablo-sacristán.

Hembras de vida airada
ostentan de pasada
sus garbos y rabeles
con ilusorio afán.
—Qué dos tan zalameras,
requiebro a las troneras.
Y ellas: —Pero mieles
al asno no se dan.

Olvídense mis señas
y grítenle a las peñas
los que vendrán atrás.
El eco es el segundo
y no don Segismundo,

que desde el otro mundo
responde al trasbarrás.

Natura es un enigma
que pone como estigma
su sexo al tulipán,
desde su verde entraña
la vida es miel de caña,
azúcar de arrayán.

Modele Dios su barro
de donde yo me agarro
igual que hierro a imán.
Que no me queme el fuego
de su divino Ego,
y séame leve el juego
de vienen y se van.

—La rueda de la vida
está ya prevenida,
tu suerte está perdida,
no puedes escapar,
pues un golpe oceánico
que alcance hasta lo pánico
te habrá de sepultar.
—Que calle el agorero,
ya sé que somos cero
y todo ha de acabar.

La muerte rasca y rasca
en forma que da basca
su ríspido violín.
Tras ojos van las manos
de cuerdos y de insanos:
deshacen los gusanos
la carne hasta su fin.

Suenan ranas y grillos
sus agrios caramillos,
y el diablo se divierte
con el de los platillos.
La dulce queja vierte
su vano lamentar
Mariana en su ventana
siente las languideces
de una dicha lejana
que nunca ha de llegar.

Me arrullan las mareas
de las aguas leteas.
Sombras consoladoras
que me cerráis la mano,
llevadme a las auroras.
El alma mira a veces
el fondo del arcano.

¡Oh estelar portento!
¡Amable serenata!
El río va con lento
señorío de plata.
Un niño escucha atento
la endecha estremecida
que discurre en el viento
y le embruja la vida.

En la noche de seda
la rutilante luna,
desde sus miradores,
en el azul vigila
la casa de la cuna
ya sin sus moradores.
Adiós, gentil Zaleta,
en mi corazón queda

tu mágica escoleta
y la
queja de tus amores.
¿Quién, con la melodía
de tu música, un día,
hubiera imaginado
que me consolaría
del hoy y del pasado?

En mis oídos
jamás se apagarán
los dolientes ayes,
que como errantes layes
sobre los mares van
de tus sonidos.

Despejó la noche el ceño,
se desnubló mi pesar,
como en el viejo cantar,
todo fue tan sólo un sueño
a las orillas del mar.

Cuando levanté la vista entre el cerro y la solana caía la claridad del cielo; las sombras de los árboles comenzaban a concretarse y despertaban las primeras disonancias matinales.

El mar –plata y azul; vaivén y espuma– tiene una suave palpitación. No me canso de contemplar el horizonte y la curva del cielo. Siento una vaga nostalgia, sensación fabulosa de tiempo y de distancia. La inmensidad se esfuerza por alcanzar las huellas de mis pasos en la arena. Embelesado recorro sus movimientos, la semántica de las mareas rezumantes de espuma que adicionan guarismos aumentando las primas náuticas y las corrientes reformatorias. ¡Oh almirante de los milenarios, adelantado azul de las tierras contingentes! ¡Hurra por el montaje de horizontes, la sucesión suntuaria y el superávit de pájaros! Sobrellevas en tus cambios la medida de la contradicción humana. Los impulsos y sofrenos de tu mecanismo son la imagen de la eternidad. Mírate en el alinde de la estupefacción franqueada por noviembrés de púrpura y

refrenda nuestro pacto metamórfico endosando las eflorescencias de tu reino contra las últimas libranzas del sueño. ¡Que tus resonancias de canto tibetano vengan rodando en el tumulto del silencio la voz blanca de Dios -alfa y omega, todo y nada- mientras deploro el tiempo maravilloso de mi infancia frente a la honda inquietud de la transitoriedad de la vida!

XXII. En la hora de nuestra hora

Cuando vuelvo a remirar mi vida y rememoro mis tiempos de embajador, pienso en el contraste de lo de ayer y lo de hoy.

Al llegar a un nuevo país las autoridades me recibían en el puerto de entrada, un funcionario se ocupaba de mis pasaportes y equipajes, todas las puertas se abrían a mi paso, alegraban mi optimismo las notas del himno nacional, presidentes y monarcas me recibían con amable sonrisa, y yo les entregaba cartas escritas con soberbia caligrafía en las que mi mandatario les llamaba grande y noble amigo y les recomendaba que creyeran en todo lo que yo les dijese, especialmente en aquello que contribuyera a afirmar los lazos de amistad entre nuestros pueblos y países.

Yo aspiraba a destacar los más altos valores de nuestra cultura, el progreso de nuestras instituciones, el crédito de nuestro gobierno, los rasgos característicos del espíritu nacional y lo mejor de la sensibilidad y el genio de nuestro pueblo, sin olvidar, cuando las circunstancias lo requerían, el planteamiento de nuestro derecho ante las voraces acometidas del imperialismo y el esclarecimiento de los graves asuntos de nuestra vida internacional. ¿No éramos acaso los representantes personales del presidente de la república? Imbuido de este sentimiento de responsabilidad, estaba convencido de la importancia de mi investidura y hasta marchaba por todas partes con entonada satisfacción. En aquel tiempo *le roi n'était pas mon cousin*, todo el mundo me trataba de Excelencia. Hoy, si acaso, el billetero que se me acerca ofreciéndome el premio de la lotería, me llama con ambigüedad folclórica, *mi distinguido*. Mi sueldo era muy modesto, los gastos de sostenimiento insuficientes, pero gracias a la destreza, al trabajo de mi esposa y a nuestra economía, conseguimos representar decorosamente a nuestro país. Recepciones y banquetes resultaron siempre a la altura de las circunstancias. Entonces los embajadores no llevábamos ningún muestrario

en nuestras maletas, no íbamos a vender nada, de esto se ocupaban los *atachés* comerciales; si acaso, portábamos alguna pieza de la más bella alfarería o algún trabajo de plata cincelada, como recuerdo de la patria y adorno de la misión. Siempre nuestras residencias realzadas con muebles finos y obras de arte estaban a tono con cualquier otra representación; pues sólo en Italia y Canadá encontramos una casa completamente amueblada. El fuero diplomático de que gozábamos, nos obligaba más a la escrupulosidad. Digo nos, porque sé que la mayoría de mis colegas pensaban como yo. ¡*Hélas*, no puedo decir la totalidad! Pues hubo algunos (raros) que tomando como excusa sus insuficientes emolumentos traficaron vendiendo dólares en el mercado negro del país donde estaban acreditados; vendiendo al mayoreo medias de seda y lencería fina; cajas de *whisky*, vinos y champán, y ha habido épocas florecientes de ese comercio.

Ahora regreso con el cabello blanco, anublada la vista, algo decaído por la fatiga del tiempo, pero con el alma enriquecida por las visiones del mundo y el trato inteligente y afable de los mejores hombres con quienes conviví en mi largo peregrinar. No echo de menos los honores oficiales ni tampoco la bella mascarada de títulos, condecoraciones y festejos palaciegos, pues tengo, en cambio, la felicidad de haber vuelto a la tierra. El recuerdo de las horas bellamente vívidas. La plenitud de la emoción que eleva al espíritu por el poder supremo del arte. Y no olvido la gracia y el encanto de las cosas pequeñas que gusté con deleite.

¿Qué más puedo pedir? La presencia de mi mujer y de mis hijos, la *explayación* con mis amigos, de vez en cuando la lectura de un buen libro, la carne radiante y la sensación gozosa de existir en el milagro de cada día.

Durante mis años de diplomático me encontraba siempre en la obligación de un gran ajeteo social que no me explico cómo mucha gente envidia. Ahora vivo casi en un retiro, tan sólo interrumpido por el triste deber, que cada día se hace más frecuente, de acompañar a viejos amigos a su postrer morada. Los amigos se van. Siento que la jornada se acorta. La muerte. La muerte siempre. El término de todo. Un existencialista decía que morir es lo menos que puede pasarnos. Bien lo sé. Ya Sor Juana me había prevenido con tiento retórico ante su retrato: es cadáver, es polvo, es sombra, es nada... De joven ni siquiera pensaba en la muerte, acaso la intuía vagamente. De viejo, me parece la vida un paréntesis, un tránsito entre el ser y la nada. Boecio nos dice, para consolarnos, que no debemos

ocuparnos del más allá, de la misma manera que no lo hicimos antes de venir al mundo. Pero cuando la vejez nos advierte de la necesidad fatal de un término, no dejamos de preocuparnos, por más que el inconsciente desvíe la interrogación obsesiva. Después de andar la mitad del camino de la vida comenzamos a sentir la declinación. A veces se presenta de una manera concreta, por una señal física, otras como una aprensión. Recuerdo que una vez que encontré al abate de Mendoza y caminamos un trecho juntos por la calle, de pronto él sintió que una pierna le falseaba, produciéndole un agudo dolor: “Es la vejez, mi querido Manuel”, me dijo. Algo semejante me ha ocurrido a mí con la vista, mas no con la misma brusquedad. Durante el día la visión se me presentaba muy tenuemente apagada, pero por la noche los focos eléctricos, los fanales de los automóviles y las luces del tránsito se estrellaban. “Es la vejez”. Un día en que platicaba con mi amigo, el doctor Jesús López Velarde, me preguntó cómo me sentía de salud, y recuerdo haberle contestado que increíblemente bien. Y, efectivamente, aquella mañana yo tenía una sensación de bienestar físico, pero de pronto me asaltó el temor de algo enigmático y recordé a un amigo que al regresar a su casa de un examen médico que colmaba todas las aspiraciones más optimistas, había caído fulminado por una embolia cerebral; y a otro que después de haber recibido la más amplia aprobación para un seguro de vida, apenas había salido del consultorio y subido a su automóvil sufrió una falla cardíaca. En mi familia se ha registrado esa forma de muerte súbita, de manera que en ocasiones viene a mi imaginación la posibilidad de un trance igual; pero como nadie muere la víspera, según reza el refrán, y yo sigo ileso, siento mi espíritu templado contra esa incierta amenaza, suspendida en los arcanos del tiempo. Sin embargo, al pisar los umbrales de los setenta, que según opinión corriente inician la decena trágica, no es posible liberarse absolutamente de estas opresoras conjeturas. Pensando en la muerte intenté calcular el tiempo que me restaba de vida. Como yo me parecía a mi padre y éste murió a los cincuenta y seis años, creí que no llegaría más que a su edad. Pero como al cumplirse el plazo nada me sucedió, me vino la ocurrencia, como si se tratara de un problema de aritmética biológica, de que viviría la mitad de los años que sumaban mis progenitores a su muerte, o sean los cincuenta y seis de mi padre y los setenta y siete de mi madre, que por mitad dan sesenta y seis. Esta idea no nada más se me ha ocurrido a mí, sino que la encontré en el

Diario de guerra y ocupación del escritor alemán Ernest Jünger, que estuvo obsesionado por ella. A mí me pasó otro tanto; pero al llegar a dicha edad, como tampoco ocurrió lo temido, decidí no atribularme y vivir sin poner límite a lo fatal. Lo que sí me ha preocupado por momentos es el temor de ser sepultado vivo, pues ciertas anécdotas del truculento lance me han obligado a pensar en el horror de una situación igual. Morirse es fácil, y no creo que constituya esto una dificultad para nadie. Pero la cripta no deja de inspirar desconfianza y el espanto de no poder salir de allí, me hace desear costumbres más seguras y definitivas del bien morir, y hasta pediría, para liquidar cualquier recelo, que mi cuerpo fuera expuesto en un espacio abierto al cielo, como hacen los parsis en la India, que entregan los restos de sus deudas a la avidéz de pájaros devoradores que en un instante tijeretean y limpian la carne hasta no dejar sino los huesos.

A medida que pasa el tiempo se pone a prueba mi fortaleza. Vivir me exige cada vez más un esfuerzo de optimismo. Guardo algo, sin saber exactamente qué. Intuyo que el tiempo forma parte de mi experiencia, es la dimensión de mis días. Así, pongo final a esta *vida escrita*, inspirándome en el precepto de que una biografía necesita un cadáver, y un autobiografía requiere un hombre que no haya muerto del todo. Hundido en esta marca de ensueños, mi vida es como un acordeón, parece dilatarse. Siento por momentos un ahogo de estremecimiento seguido de ilusiones de infinito. Un instante rozo el abismo, pero me recupero pronto, y mi corazón continúa su ritmo pacífico, en un vaivén que me sumerge y me hace refluir en las edades. Por un rato, el tiempo fue mi juguete predilecto, lo descubrí junto con el enigma del cangrejo, en horas de baja marca. Pero no me escapa su frivolidad. Le gusta mostrarse en público, es la crónica, el espejo de la credulidad; va a la feria de las vanidades y se viste de luces las tardes del domingo. No se lleva bien con la eternidad, que es más misteriosa y acaso un tanto lóbrega, aunque Dante la vio como luz vivísima. A la hora de las postrimerías hay que decidirse. Niños, jóvenes, ancianos, señoras y señores, hagan su juego. ¿Tiempo o Eternidad? ¿Historia o Absoluto? ¿Plenitud o Lobreguez? Escojan, pero atinen, porque no se admite cambio ni irreversibilidad, y los que están dentro ya no pueden salir. La idea seductora para mí es la Supervivencia, la Poesía, según Valéry. Una ilusión más que no he perdido. Por ella afirmo mi identidad de poe-

ta, testigo, inflicto, significativo e interiorizante, hasta el final cuando caiga como *corpo morto cade*.

Siento que he perdido el ímpetu juvenil, aun cuando las agitaciones humanas golpean mi corazón; pero no me doy por vencido, estoy de pie y termino estas páginas, una tarde de cielo gris, ráfagas de viento y luz adventicia, antes de que la muerte me empuje al banquete hamletiano.

Índice

Prólogo. Bajo el mito de las estrellas	7
I. Bélgica: amor, poesía y amistad.	15
II. Brevemente, Polonia	41
III. ¡Italia! ¡Italia!.	51
IV. Lindezas de Portugal	71
V. Londres bajo las bombas.	79
VI. Placentero retorno	93
VII. Alegría y queja de Panamá	97
VIII. Esquemas y retratos de Chile	111
IX. Recuerdos de Colombia	127
X. Embajada en el Japón	139
XI. En el país del que mi nombre es emblema	193
XII. Latitudes de nieve	203
XIII. Descubriendo el Medio Oriente	219
XIV. Misión en Pakistán	231
XV. Estallidos.	237
XVI. Adiós a la diplomacia	243
XVII. Casi una elegía	253
XVIII. Veleidades de coleccionista	263
XIX. Amistad, ¡aleluya!, ¡aleluya!.	279
XX. El Tapado y yo.	305
XXI. Tierras nativas.	311
XXII. En la hora de nuestra hora	323

Siendo rector de la Universidad Veracruzana
el doctor Raúl Arias Lovillo,
Mi vida por el mundo, de Manuel Maples Arce,
se terminó de imprimir en junio de 2010
en Editorial Ducere, S.A. de C.V., Rosa Esmeralda 3 bis,
col. Molino de Rosas, C.P. 01470, México, D.F.
La edición, impresa en papel cultural de 90 g, consta de mil ejemplares
más sobrantes para reposición.
Se usaron tipos Goudy Old Style de 18:28, 11:14 y 9:11 puntos.
Formación: Aída Pozos Villanueva, cuidado editorial: Leticia Cortés Flores.